

NI SIQUIERA LA ESTRELLA MÁS BRILLANTE
PUEDE BRILLAR PARA SIEMPRE

CÓDIGO AZUL



N.R.
WALKER

CÓDIGO AZUL

SRIE ATROUS, LIBRO DOS

OceanofPDF.com

N.R. WALKER

OceanofPDF.com

ÍNDICE

[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Capítulo Dieciséis](#)
[Capítulo Diecisiete](#)
[Capítulo Dieciocho](#)
[Capítulo Diecinueve](#)
[Capítulo Veinte](#)
[Capítulo Veintiuno](#)
[Capítulo Veintidós](#)
[Capítulo Veintitrés](#)
[Capítulo Veinticuatro](#)
[Capítulo Veinticinco](#)
[Epílogo](#)
[Canciones Para Steve](#)
[Sobre La Autora](#)
[Acerca del Autor](#)
[También de N. R. Walker](#)

OceanofPDF.com

DERECHOS DE AUTOR

Artista de portada: N.R. Walker
Editor: Posy Roberts, Boho Edits
Editorial: BlueHeart Press
Traductor: Francisco David
Código Azul © 2022 N.R. Walker
Serie Atrous © 2022 N.R. Walker

OceanofPDF.com

Todos los derechos reservados:

Esta obra literaria no puede ser reproducida ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluida la reproducción electrónica o fotográfica, en su totalidad o en parte, sin autorización expresa por escrito, salvo en el caso de breves citas plasmadas en artículos críticos y reseñas. Esta es una obra de ficción, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con establecimientos comerciales, eventos o locales es casual. El material artístico autorizado se utiliza únicamente con fines ilustrativos.

OceanofPDF.com

Advertencia

Destinado a un público mayor de 18 años. Este libro está destinado a un público adulto. Contiene lenguaje gráfico, contenido explícito y situaciones adultas.

OceanofPDF.com

Marcas comerciales

Todas las marcas comerciales son propiedad de sus respectivos dueños.

OceanofPDF.com

SINOPSIS

Steve Frost soñaba con llevar el cinturón de campeón nacional de artes marciales mixtas, tal vez incluso convertirse en profesional, pero en lugar de eso, se encuentra trabajando como guardia de seguridad para los ricos y famosos de Los Ángeles.

Rápidamente se gana una reputación por sus *habilidades de gestión de personas*, franca y precisa, y consigue un puesto en el equipo de seguridad de una prometedora banda de chicos, Atrous. Años después, es jefe de seguridad. Conoce a estos chicos, y con innumerables giras, vuelos, viajes en coche, actos públicos y conciertos, se acerca a un miembro de la banda en particular.

Jeremy ha sido un pilar para Atrous desde el primer día, pero aún más estos últimos meses. Ahora es la cara de la banda más que nunca, y también se ha ganado la atención de un delirante fanático acosador.

Cuando la fama y el estrés son demasiado, cuando la salud de Jeremy se resiente, Steve se convierte en el salvavidas de Jeremy. Pero como Jeremy ya sabe, y como Steve está a punto de aprender, ni siquiera la estrella más brillante puede brillar para siempre.



OceanofPDF.com

CÓDIGO AZUL

**N.R.
WALKER**

OceanofPDF.com

CAPÍTULO UNO

LAS OFICINAS de Platinum Entertainment ocupaban las cinco últimas plantas de los niveles ejecutivos del edificio Krüper, en el centro de Los Ángeles. Hormigón refinado y elegante, acabados y mobiliario caros, todo ergonómico.

Parecía un edificio de miles de millones de dólares y probablemente costó eso. Aunque no tenía un interés especial en su precio.

Lo que sí me gustaba eran las medidas de seguridad para entrar. Nadie, y quiero decir nadie, se acercaba a esos cinco pisos sin las credenciales necesarias.

Al menos Platinum había utilizado parte de la insultante fortuna que Atrous había conseguido para ellos aplicando medidas de protección.

Eso *sí* que me importaba.

Ser convocado a una reunión con el gran jefe, Arlo Kim, no era demasiado inusual; todos los jefes de departamento se reunían a menudo. Eso no era nada nuevo. Pero una reunión de emergencia con todos los empleados más cercanos, y *sólo* con ellos, no era algo frecuente y me ponía más que nervioso.

Neil Ambrose, el gerente de la banda, estaba allí. Los tres representantes personales de la banda también estaban allí. Roscoe Hall, Amber Seratt y Ryan Morton.

Y yo, jefe de seguridad.

Nos sentamos alrededor de la enorme mesa ovalada de la sala de conferencias.

—¿Alguien sabe de qué se trata? —Roscoe fue el primero en hablar—. ¿Neil?

Neil negó con la cabeza.

—Ni idea. Sólo me dijeron que tenía una hora para estar aquí.

—A mí me dijeron lo mismo —añadió Amber. Ryan asintió.

Teníamos reuniones muy a menudo. Y muchas que podrían haber sido simplemente un correo electrónico. ¿Pero una *reunión de emergencia*?

Técnicamente estábamos todos acabando nuestra semana de descanso. Teníamos que volver al trabajo mañana. Habíamos terminado la gira *Código Rojo*. Una enorme gira internacional de ocho semanas. Agotamos todas las entradas, gran cobertura de prensa internacional, excelente publicidad. Que nos llamaran un día antes para una reunión de emergencia no era bueno.

La sensación de preocupación en mis entrañas fue a más.

—Mi sensación es que esto no es bueno.

Roscoe me ofreció una sonrisa, pero fue forzada.

—No te ofendas Steve —dijo—, pero que estés aquí me preocupa.

Ciertamente no me sentí ofendido.

—Por eso creo que esto no es bueno.

Ryan, Amber y Neil nos miraron a mí y a Roscoe como si tuviéramos que dar más detalles o como si supiéramos algo que ellos no sabían. Así que les expliqué.

—Si estoy aquí en la primera sesión informativa, significa que está relacionado con la seguridad. —Me encogí de hombros—. Y es algo que afecta a la banda. Si fuera una preocupación más general, todo el mundo estaría aquí. Así que supongo que esto es serio y algo que mantener en secreto.

Roscoe asintió, y supe que si alguno de ellos pensaba lo mismo, sería él.

Antes de que Neil pudiera decir nada, la puerta se abrió y entró Arlo, seguido de una mujer con un portátil en la mano.

Nunca la había visto antes. Tendría unos treinta años, vestía un traje a medida, llevaba el pelo largo y oscuro recogido en una coleta, y sus ojos eran inteligentes y seguros. No sabía quién era, pero estaba claro que iba en serio.

—Gracias por venir con tan poca antelación —dijo Arlo. Se dirigió a la mujer—. Ella es Hetty Reyes. Es una especialista en seguridad forense digital. Hemos recibido algo de correo, tanto físico como digital, relacionado con Atrous. Es... —Hizo una mueca—... preocupante.

Se me erizaron los vellos de la nuca.

Roscoe se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿Perdón?

Arlo asintió pero se volvió hacia Hetty, y ella tomó la palabra.

—Buenos días. —Puso el portátil sobre la mesa, lo abrió y pulsó algunas teclas hasta que la pizarra inteligente de la pared cobró vida.

En la pantalla había imágenes de correos electrónicos, cartas y paquetes. Todos enfocados a un miembro de la banda en particular. Parecía algo de una película, de la CIA o del FBI.

Excepto que esto era real.

Una fría sensación de temor me invadió.

Hetty nos mostró cada uno de ellos, de forma clínica, profesional y práctica.

Las cartas enviadas por correo comenzaban como la mayoría de las cartas de los admiradores. Expresando amor y gratitud. Luego con enfado por la falta de respuesta personal. Crecieron en frecuencia, en urgencia.

Regalos de todo tipo fueron devueltos al remitente, sin abrir.

Entonces empezaron los correos electrónicos a Platinum. Desde verter la culpa, las acusaciones, la responsabilidad, hasta el enfado.

Había enlaces a las redes sociales, por supuesto, con imágenes publicitarias de sesiones de fotos y algunas tomadas por los admiradores en los conciertos o en la calle, subiendo a los coches, en los aeropuertos.

Todas las imágenes habían sido recortadas, centrándose totalmente en un hombre.

Jeremy Dalton.

Sentí frío desde el cuero cabelludo hasta los dedos de los pies.

—¿Dónde está ahora? —pregunté.

—Está aquí. Arriba —respondió Roscoe—. Maddox y yo volvimos ayer de Vermont. Jeremy vino, se tomaron unas copas y se quedó en nuestra casa. Vino con nosotros esta mañana.

Miré a Arlo.

—¿Lo sabe?

Arlo negó con la cabeza.

—Todavía no.

Jesús.

—Si el culpable ha utilizado las redes sociales y un correo electrónico, son rastreables, ¿no? —preguntó Roscoe.

Hetty hizo clic en otra pantalla.

—Se están usando RPVs codificadas. Múltiples. Todas diferentes. Pero creemos que es el mismo usuario.

—La policía ha sido notificada —añadió Arlo—. Nos reuniremos con ellos para compartir toda la información que tenemos.

No sé por qué, pero eso no me hizo sentir mucho mejor.

—Quería que lo supierais primero. Steve, tendrás que implementar nuevos planes de seguridad. Tú y yo los revisaremos. Pero no quería decírselo a los chicos sin tener algún tipo de plan de choque —continuó Arlo.

—¿Cuánto tiempo ha estado sucediendo esto? —preguntó Ryan.

Ryan era el representante de Jeremy. Se veía un poco pálido.

Arlo hizo una pausa.

—La primera carta llegó hace seis meses.

—¿Seis meses? —Roscoe y yo gritamos al unísono.

—Recibimos cartas y paquetes todo el tiempo —explicó—. Incluso algunos que rozan lo preocupante. Ocurre más de lo que creen. Pero los correos electrónicos empezaron hace cuatro semanas.

—Cuatro semanas sigue siendo demasiado tiempo —dije—. ¿Qué riesgo hemos corrido en ese tiempo? ¿Eh? Cada día. Cada vez que salimos de aquí o lo llevamos a casa. —Oh Dios—. Cuando estábamos de gira...

Arlo levantó las manos.

—El correo tiene matasellos de Estados Unidos. Los correos electrónicos están enviados desde una ubicación en Londres. Por eso nunca asociamos las dos cosas. No al principio.

Hetty asintió y se desplazó por las páginas de la pizarra hasta las primeras cartas físicas.

—Esta línea de aquí —dijo señalando una en particular—. “*Sólo el verdadero fan sabe...*”. —Y luego se desplazó hasta un correo electrónico—. De una RPV registrada en Londres. “*Sólo el verdadero fan sabe...*”. Es demasiada coincidencia. Así que empezamos a atar cabos y encontramos algunas otras similitudes, que nos hacen pensar que se trata de la misma persona. Todavía estamos trabajando para conectar todas las RPVs. Podría haber más, pero esto es todo lo que tenemos hasta ahora. Y esto es suficiente para justificar la preocupación. Presenté mis hallazgos al Sr. Kim esta mañana.

—¿Las cartas tienen matasellos de un lugar de Estados Unidos? —preguntó Ryan—. ¿Dónde?

—De distintos sitios —respondió Arlo—. San Diego. Columbus. Seattle.

—Creemos que están utilizando un servicio postal secundario —dijo Hetty—. Hay personas que reciben cualquier correo y lo reenvían según las

indicaciones por una tarifa. Hace que parezca que viene de otro sitio.

—Así que esto no es una cuestión policial —dije—. Cruzaron las fronteras del estado y del país, el fraude postal... Esto es un asunto del FBI.

Tanto Hetty como Arlo asintieron.

—Primero nos asesoramos con las fuerzas del orden locales, como es el protocolo. Confía en mí —dijo Arlo con sinceridad—. Nos tomamos este asunto muy en serio.

Apreté los dientes. Esto era puta mentira, y probablemente era algo que debería haber guardado para una conversación privada con Arlo, pero estaba cabreado.

—Deberíamos haberlo sabido antes. No sólo has puesto en peligro a Jeremy o a toda la banda, sino a estos chicos. —Señalé a Roscoe, Amber y Ryan—. Y a mí y a mi equipo también. Y sabías que alguien estaba enviando esta basura mientras estábamos de gira en el extranjero. En nuestro momento más vulnerable. —Golpeé la mesa con un poco de fuerza—. Supuestamente desde Londres, mientras estábamos *en Londres*, y nunca lo mencionaste.

—Resulta que no creemos que esté en Londres —dijo Hetty.

—En ese entonces no lo sabías —respondí.

—Si no estaba en Londres, si todas las RPVs están codificadas o son falsas —dijo Roscoe—, entonces, ¿dónde está?

Arlo hizo un gesto a Hetty para que respondiera. Ella nos miró a cada uno de nosotros.

—Creemos que es muy probable que esté aquí, en los Estados Unidos.

—Bueno, eso es jodidamente genial —murmuré.

Los duros ojos de Arlo se encontraron con los míos.

—Entiendo tu frustración. Pero recibimos correo de todo el mundo todos los días. Necesitábamos pruebas antes de seguir adelante.

Le sostuve la mirada.

—Tenías que decírnoslo hace seis meses.

—Debatir si divulgamos todos los correos de los fanáticos que pasan por el sistema es discutible —dijo Arlo con desprecio—. *Hoy* hemos llegado a la conclusión de que creemos que el remitente de estas cartas es el mismo, y había mucho correo que revisar. Tenemos que poner en marcha y actualizar protocolos y medidas para garantizar la seguridad de todos.

Cristo.

Roscoe me miró y asintió. Sabía que estaría de mi lado en esto.

Seguridad total, a tiempo completo. En los cinco.

Como si pudiera leer mi mente, Arlo continuó:

—No creemos que haya una amenaza física inmediata, pero dejaremos que las autoridades lo juzguen, y prometo que la seguridad de todos es la máxima prioridad.

Aun así, no era un consuelo.

Le hablé a Arlo. No le pregunté exactamente, sino que le dije cómo iba a ser.

—Me sentiré mucho mejor cuando hayamos concretado los detalles. Necesitaremos más personal a pie de calle, seguridad privada, detalles completos día y noche de cada uno de ellos. Aquí, en casa, dondequiera que vayan. No les gustará, pero tendrán que aceptarlo.

Arlo suspiró.

—Vamos a decírselos primero.

Neil habló a continuación:

—Si puedo sugerir... —Hizo una mueca pero lanzó una mirada hacia mí—. No hagas nada sin preguntar o informarles primero. Yo aprendí esa lección, y bien. Todos sabemos cómo fue. Son cinco hombres adultos. Tienen que formar parte del proceso de decisión. Se trata de ellos. Es para ellos. Deberían estar aquí.

Una parte de mí quería mandar a Neil a la mierda, pero la parte de mí que sabía que tenía razón quería mantener mi trabajo.

¿Cómo lo había llamado Roscoe? Cuidar de estos cinco chicos era como arrear gatos.

Arlo asintió.

—Vamos a traerlos.

Quince minutos después, los cinco miembros de la banda estaban sentados, mirando fijamente la pizarra. Con los ojos muy abiertos y un poco pálido, Jeremy se sentaba en el centro. Maddox se sentaba a un lado, Wes al otro, y ambos se habían acercado un poco más a Jeremy a medida que avanzaba la presentación de diapositivas.

Odiaba verlo tan vulnerable. Odiaba que hubiera estado en peligro sin que yo lo supiera, y odiaba que ni siquiera pudiera tranquilizarlo en una habitación llena de gente.

Siempre había sentido debilidad por Jeremy. Pero en los últimos dos años, más o menos, desde el calvario de Maddox y Roscoe, había pasado mucho tiempo con él, y cuanto más tiempo pasaba con él, más profundos eran mis sentimientos.

Ahora, cada vez que lo veía, mi corazón daba un doble latido. Mi vientre se tensaba cada vez que me sonreía o me miraba.

Pasar una semana con él en la granja familiar de Roscoe en Vermont hace más de dos años lo había sellado para mí. Tenía sentimientos legítimos por él, que había hecho todo lo posible por ignorar. Y, por supuesto, desde que Maddox se había alejado de los focos y Jeremy había entrado en escena, había pasado la mayoría de los días con él. Incluso podría decir que nos habíamos vuelto algo cercanos.

Siempre había sido diligente y profesional. Aquí nadie sabía que era gay. Casi había acabado con mi última carrera. No iba a dejar que arruinara ésta también. Por mucho que quisiera decir algo, por mucho que quisiera tocarlo como él me tocaba a mí, me rodeaba con su brazo, saltaba a mi espalda, me hacía llevarle a caballito cuando estaba demasiado cansado

para caminar. Todas las pequeñas caricias, las risas, tan casuales, como si no significaran nada para él.

Aunque significaban algo para mí...

No es que importara. Jeremy era heterosexual y era un cliente. Esas eran dos líneas rojas a las que no me acercaba.

Amber, Ryan, Roscoe y yo estábamos de pie en la pared del fondo, y la energía irradiaba de Roscoe. Casi vibraba de ira, miedo y frustración.

—Maddox va a perder la cabeza —murmuró Roscoe.

Y Jeremy iba a flipar.

—Nos ocuparemos de ellos —respondí.

Arlo explicó la necesidad de aumentar la seguridad y cómo divulgaría todos los planes una vez que la policía y posiblemente el FBI hubieran intervenido. Tendríamos que seguir sus consejos y no entrar en pánico. Dijo que todo esto era una cuestión de precaución. Sólo quería mantener a los chicos al día. Estar bien informados era parte del plan. Nada de secretos, bla, bla, bla.

Como si les estuviera vendiendo un seguro.

Cuando terminó su discurso de venta, me miró.

—¿Steve? ¿Algo que añadir?

Todos se volvieron hacia mí, y Maddox rodeó a Jeremy con su brazo y le dio un suave apretón en el cuello. Cuando los ojos de Jeremy se encontraron con los míos, casi pierdo los nervios.

—Para empezar —dije—, habrá cambios en las rutinas diarias, y cada uno tendrá su propio destacamento de seguridad, las veinticuatro horas, todos los días, así que tendréis que acostumbraros a eso. —Pude ver que ya no les gustaba la idea, así que levanté la barbilla—. Elaboraré los detalles y los revisaremos juntos, resolveremos cualquier problema o pregunta. Pero, ¿Jeremy?

Se pasó la mano por la cara y luego me miró. Esos ojos azules se nublaron de miedo.

—¿Sí?

—Estás conmigo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO DOS

PASÉ lo que parecieron horas con la policía. Tras ser incapaces de decidir si se trataba de un trabajo de la unidad de ciberdelitos por acoso o si tenían que llamar a la División de Detectives de Apoyo por acoso, decidieron que era un asunto federal y se lo pasaron al FBI.

Mientras tanto, yo había llamado a Robbie y le había dicho que reuniera a todo el equipo. Sí, todavía les quedaba un día de vacaciones. No, no me importaba. Les indiqué que trajeran una bolsa de ropa para unos días. Robbie nunca preguntó por qué. Nunca lo hacía. Su única respuesta fue la habitual:

—Claro, jefe.

El agente del FBI que apareció no parecía tener más de veinte años. Bueno, quizá veinticinco. Traje, pelo rubio, ojos oscuros, y dudaba que se hubiera afeitado todavía. Se llamaba Miles Zielinski, y tomó diligentemente notas y fotografías, pidió copias de todo, todo ello mientras sudaba la gota gorda mientras el equipo legal de Arlo se sentaba en una esquina como buitres.

Pero los informes fueron archivados, el caso estaba abierto.

Los casos de acoso de alto perfil son demasiado comunes hoy en día, aunque todavía se toman en serio. Cuanto más alto sea el perfil de la persona, más implicación, por supuesto.

—Esto debe mantenerse en secreto. La prensa no debe enterarse —había amenazado Arlo.

Zielinski había recogido su maletín, miró a Arlo a los ojos y le dijo:

—Pues entonces, no se lo diga.

Casi me reí. Quizá el chico no fuese tan malo.

Nos tomamos un descanso de diez minutos y fui en busca de Jeremy. Lo encontré en el tercer piso, en el estudio de ensayo de baile con Maddox y Roscoe. Roscoe estaba sentado de espaldas a la pared, estudiando la pantalla de su teléfono, mientras que Maddox y Jeremy estaban tumbados de espaldas en medio del suelo. Estaban sudados y jadeantes, como si hubieran estado bailando durante horas. Conociendo a estos dos, probablemente lo habían hecho.

—Hola —dije, entrando. Me acerqué a Jeremy y miré hacia abajo, donde yacía en el suelo—. ¿Cómo te sientes?

—Iba a llamarte. —Se levantó el dobladillo de la camiseta para limpiarse la frente, revelando un sudoroso paquete de seis abdominales, que yo no necesitaba ver.

—¿Por qué? —pregunté.

—Para que vinieras a protegerme. —Hizo una mueca—. Maddox acaba de intentar matarme.

Maddox resopló.

—Fue coreo, Jer.

Entornó los ojos hacia Maddox.

—Una forma de tortura. Un crimen contra la humanidad. —Luego se volvió hacia mí—. Avisa a La Haya.

Vale, claramente estaba bien.

Roscoe se puso en pie y señaló la puerta con la cabeza.

—¿Tienes un segundo?

—Claro. —Me incliné sobre Jeremy de nuevo—. No puedes irte sin mí.

Hizo una mueca.

—¿Soy un prisionero?

—Sí.

Jeremy puso los ojos en blanco y golpeó a Maddox.

—Avisa a La Haya.

Maddox se rio, se dio la vuelta y se puso en pie.

—Vamos, levántate. Todavía tienes más para dar.

—Ah, vete a la mierda. Anoche me hiciste beber —refunfuñó.

—¡Te tomaste dos cervezas! —gritó Maddox mientras Roscoe y yo salíamos.

No perdió el tiempo.

—¿Qué dijo la policía?

—Es un asunto del FBI.

—Joder. —Pasó su mano por la frente—. Bueno, bien. Supongo.

—El agente a cargo acaba de dejar los pañales.

Roscoe suspiró.

—Magníficamente increíble.

Me encogí de hombros.

—Probablemente sea injusto. Puede que esté bien. Dado que es tan joven, podría entender mejor todo el tema cibernético.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Qué tan malo es?

—No lo sé. Supongo que sabremos más a medida que pase el tiempo. Con suerte los federales rastrearán a esta persona y todo acabará en cuestión de días.

—Dios, eso espero.

—Yo también.

Roscoe me estudió durante un segundo.

—Si necesitas algo, házmelo saber. Si necesitas que estos chicos se lo tomen más en serio... —Se encogió de hombros—. Estoy contigo.

Cualquier cosa que digas que necesitamos o tenemos que hacer, me aseguraré de que lo hagan.

—Gracias.

Me dio una palmada en el hombro.

—Parecías bastante preocupado en la reunión.

Mantuve una expresión neutra y un tono uniforme.

—Mi trabajo es protegerlos. A todos vosotros.

Sonrió.

—Y lo apreciamos. Y para que sepas, entre tú y yo, Maddox sólo está distrayendo a Jeremy ahora mismo. Estaba bastante agitado antes.

Asentí.

—¿Dónde están los demás?

Señaló hacia arriba.

—Salón.

Así que todos estaban todavía aquí.

—Bien. —Comprobé mi reloj—. Será mejor que vuelva. Me voy a reunir con mi equipo ahora y vamos a trabajar en los detalles. Robbie será más que probablemente vuestra seguridad.

Sonrió.

—A Maddox le encanta el grandote.

—También haré que se revisen la seguridad de todos los hogares. Sólo para asegurarme de que está todo en orden.

La sonrisa de Roscoe se apagó.

—Sí, por supuesto.

MI EQUIPO NO ESTABA muy contento de acortar sus escasas vacaciones; después de todo, acababan de terminar una intensa gira internacional de ocho semanas. Y se mostraron cautelosos y curiosos por

saber qué hacían el Sr. Kim y Neil Ambrose sentados al fondo de mi reunión.

Hasta que les expliqué por qué. Entonces todos se pusieron en modo profesional.

Yo iría con Jeremy, con Riko como mi segundo. Robbie se llevaría a Maddox, y por extensión, a Roscoe. Ivan tendría a Wes, Jason estaría con Luke, y Zoe se encargaría de Blake. Dado que Luke y Blake vivían juntos, Zoe y Jason harían doblete.

Los otros ocho miembros de mi equipo rotarían según fuera necesario, pero habría dos con cada miembro en todo momento, tres en el mío con Jeremy. Cada vez que quisieran salir en público tendría que ser planificado y aprobado, con un número de seguridad mayor. Si salían en grupo, había que poner todas las manos en la masa. Si se trataba de una sesión publicitaria o de promoción, traíamos seguridad privada adicional.

—Tienen programadas algunas reuniones informativas sobre la gira aquí en las oficinas centrales el martes, que se mantendrán hasta el momento. El único evento de prensa programado esta semana es el jueves. Es una entrevista con Billboard, que iba a ser en una localización acordada, pero eso puede cambiar. Así que mucho de lo que haremos será en sus casas —dije. *Gracias a Dios no había eventos de prensa*—. Pero eso también podría cambiar. Ya sabéis cómo es. Robbie, Ivan, Jason y Zoe, recibiréis una agenda completa de vuestro chico. Sobre lo que sea, citas con el quiropráctico, entregas de comestibles, mantenimiento de la casa, sesiones de estudio. Lo controlaréis todo, y nos mantendremos en contacto constante. También recibiremos una lista de las visitas aprobadas a sus casas, y cualquiera que no esté en la lista no entra.

Todos me miraban fijamente, cada vez más preocupados con cada apunte que decía. Suspiré.

—Escuchad, honestamente, con toda probabilidad, todo esto será para nada. Los federales atraparán a esta... persona. —Opté por no decir

palabrotas—. Por lo que sabemos, está al otro lado del país y no supone ninguna amenaza física. Pero no voy a arriesgarme, y no voy a esperar a que ocurra algo para poner en marcha los planes.

Todos asintieron, y Arlo, al fondo, también asintió, como si aprobara que le restara importancia.

—Bien, chicos, eso es todo. Robbie y Riko, un segundo por favor.

Robbie era un hombre grande. Alguna vez había dicho que el lado de la familia de su padre era polinesio, y que por eso medía un metro noventa y sus hombros tenían casi un metro de ancho. Era grande. La mayoría de los fans o seguidores sobreexcitados echaban un vistazo a Robbie y retrocedían muy rápido.

Si supieran que era tan blando como un gatito. Bueno, un gatito blando al que había visto lanzar a un hombre adulto como un muñeco de trapo.

Riko, en cambio, era un japonés alto y musculoso. Lo suficientemente guapo como para ser modelo, su cara era todo ángulos agudos y suponía que no tenía más de un ocho por ciento de grasa corporal. Tenía los ojos de un halcón; el hombre lo veía todo, no se le escapaba nada y tenía los reflejos de un gato. También era cinturón negro de jiu-jitsu.

Mientras yo practicaba el más reciente jiu-jitsu brasileño, Riko se entrenaba a la vieja usanza. Como prueba, cuando empezó con nosotros, mandó a Ivan al suelo aplicando presión en nada más que su pulgar. Cero fuerza y esfuerzo, pero utilizando el propio impulso del cuerpo de Ivan, éste se volvió de revés y cayó al suelo mientras Riko ni sudó.

El hecho de que lo eligiera para ser mi segundo, para estar cerca de Jeremy, decía mucho de mi confianza en él.

—¿Qué pasa? —dijo Robbie con un movimiento de cabeza.

—Te encargas de Maddox, lo que significa que también tienes a Roscoe. Sospecho que Maddox querrá estar cerca de Jeremy, así que doblaremos mucho.

Nada se le escapaba.

—Claro que sí.

—Y Riko, nos encargamos de Jeremy. Si, por la razón que sea, no puedes localizarme, llama a Robbie y haz lo que te diga.

Riko asintió.

—Comprendo.

—Entre tú y yo, nos encargaremos de que nunca esté solo. De día o de noche.

—Entendido.

—Eso lo va a cabrear.

Riko casi sonrió.

—Lo superará jefe.

Casi sonrió.

—Va a tener que hacerlo.

Neil Ambrose se acercó.

—¿Steve? Un momento, por favor.

Me di cuenta entonces de que Arlo Kim se había ido.

—Claro. —Le dije a Robbie dónde estaba Maddox y seguí a Ambrose hasta la esquina.

—Aprecio todo lo que estás haciendo —dijo.

Conocía esa mirada.

—Crees que estoy exagerando.

No era una pregunta. Pero no había nadie preguntándome porque tener a Jeremy siendo el objetivo de un acosador me tenía en vilo.

—Creo que tenemos que ser precavidos y no aplicar un estrés innecesario...

No iba a entrar en una competición de pollas con él.

—Esto... —Señalé la sala ahora vacía, donde mi equipo acababa de estar—. Es lo que hago. Me encargo de la seguridad y la protección de la banda. Especialmente cuando un miembro de la banda tiene un acosador

que ha desencadenado una investigación del FBI. Lo que hice hoy no fue nada. Básico, incluso. Cosas de manual.

—Y también soy responsable de su bienestar —respondió.

—Bien. Tú preocúpate de su salud mental. Yo me preocuparé de mantenerlos vivos. Y al final de toda esta mierda, saldremos bien.

Me miró fijamente y yo le devolví la mirada hasta que se echó atrás. Finalmente, asintió, se dio la vuelta y se fue.

Riko sonrió.

—Tu don de gentes es impresionante. Tendrás que enseñarme cómo haces eso de los ojos.

—¿Qué hago?

—Cómo hacer que la gente se cague de miedo con sólo una mirada.

Sonreí.

—Es una habilidad.

—Es una habilidad de “te patearé el culo, no me provoques”.

—Exactamente. —Señalé con la cabeza el ascensor—. Vamos a buscar a Jeremy.

Jeremy seguía en el estudio de danza con Maddox, tomando una bebida deportiva, incluso más sudado ahora que antes. Su pelo rubio se le pegaba a la frente, sus mejillas estaban enrojecidas y una V de sudor oscurecía la parte delantera de su camiseta. Se le pegaba al cuerpo, a su pecho definido, a su cintura estrecha, a sus bíceps.

Sonrió al verme y yo ignoré la presión que provocaba en mi corazón. Como había hecho durante los dos últimos años y algo más, fingí indiferencia.

Robbie estaba de pie junto a la puerta. Le hice un gesto con la cabeza y luego volví a mirar a Jeremy.

—Cuando estés listo, jefe —dije.

Jeremy se enderezó, con las manos en la cintura. Todavía respiraba con dificultad, pero lanzó la botella de bebida deportiva medio vacía a Maddox.

—Caramba. Me encantaría quedarme y morir un poco más, pero tengo que irme a casa.

Maddox se rio, dejó la botella y le lanzó una toalla para que se limpiara el sudor.

—Límpiate. El pobre Steve tiene que pegarse a ti como si fuera pegamento.

Ojalá...

—Como si a Steve le importara —dijo Jeremy pasándose la toalla por la cara.

Oh, le importa. Desearía que no lo hiciera, pero le importa.

Luego hizo girar la toalla y trató de golpear a Maddox con ella, lo que dio lugar a que ambos tuvieran una pelea de golpes de toalla.

Me acerqué a Robbie.

—¿Dónde está Roscoe?

—Reunión con Ryan y Amber.

—De acuerdo.

No tenía dudas de que estarían en esa reunión durante un tiempo, pero por ahora, mis reuniones habían terminado. Si necesitaba que me pusieran al día sobre los horarios o las citas, el señor Kim o Ambrose me informarían. O lo haría Roscoe.

Hoy quería hacer una revisión de la seguridad de la casa de Jeremy. Miré a Jeremy y lo encontré sin camiseta. Su torso perfilado y musculoso brillaba de sudor. Pálido y perfecto.

Tenía el cuerpo de un caballo de carreras. Esbelto, poderoso, fuerte.

Cristo.

Se puso una camiseta y me di cuenta de dos cosas. Los ojos de Riko pasaban de Maddox a mí, y Maddox me sonreía.

Fingí que no acababa de revisar a Jeremy, y fingí que Maddox no lo había visto, y fingí que Riko no había captado todo el asunto.

—Maddox, ¿estás bien para esperar a Roscoe, o quieres que Robbie te lleve ahora?

—Oh, estoy bien —dijo, sonriendo—. ¿Y tú?

Sí, definitivamente me vio mirando a Jeremy.

Le sostuve la mirada.

—Estaré mucho mejor cuando compruebe la seguridad de la casa de Jeremy.

Maddox sonrió, sorprendido, tal vez incluso impactado.

—Apuesto a que lo harás.

Lo fulminé con la mirada de “te voy a joder si no lo dejas pasar” pero Maddox se limitó a reír.

Jeremy lanzó su toalla a Maddox.

—Eh, gilipollas, ¿por qué estás siendo un gilipollas? Como si el hombre no tuviera suficiente para preocuparse.

Maddox se limitó a hacer una bola con la toalla y a apuntar un triplete al cesto de la esquina, completamente imperturbable.

—Sí, lo siento. —Luego se volvió hacia nosotros—. Vosotros dos tendréis una primera cita muy divertida esta noche.

—Vete a la mierda. —Jeremy puso los ojos en blanco—. Robbie, ven y estrangúlalo o algo así.

Maddox se rio, pero luego su sonrisa se volvió seria y le tendió la mano a Jeremy.

—Ten cuidado. Te llamaré más tarde.

Jeremy le devolvió el apretón de manos de hermano que hacían y le dio una palmada en la espalda a Maddox.

—Lo tendré.

Maddox me miró fijamente.

—Cuida de él.

Levanté una ceja como respuesta.

—Sí, sí —dijo Maddox poniendo los ojos en blanco—. Lo sé.

Diez minutos después, Jeremy, Riko y yo salimos del ascensor en el sótano y subimos a la parte trasera de la furgoneta que nos esperaba. Yo en la parte trasera con Jeremy, Riko al lado del conductor. Estas furgonetas eran enormes, todas negras, con cristales tintados. Había miles de ellas en Los Ángeles y ya nadie las miraba.

Sabía que las oficinas y el edificio de Atrous eran seguros. Probablemente el lugar más seguro del planeta para los chicos. Pero al salir, al estar en el tráfico y al frenar para entrar en la casa de Jeremy era cuando éramos el mayor objetivo.

Me sentí más seguro cuando circulábamos.

—¿Te sientes bien? —pregunté.

Bebió de una botella de zumo y se encogió de hombros.

—Tan bien como podría esperarse. ¿Han encontrado algo más sobre esa persona?

Negué con la cabeza.

—Todavía no. Serás el primero en enterarte.

—¿Y ni siquiera sabemos dónde está?

—No.

Se quedó mirando por la ventana un rato.

—Eh, ¿a dónde vamos?

Sonreí, satisfecho de que al menos fuera consciente de su entorno.

—Le pedí al conductor que pasara por mi casa. Necesito ropa y demás.

—¿Realmente voy a tener un compañero de casa por el tiempo que dure esto?

—Vas a tener dos —dije. Riko levantó la mano.

Jeremy volvió a suspirar.

—Mirad, viví con cuatro chicos durante mucho tiempo. Así que aquí están las reglas. —Contó con los dedos—. Recogéis vuestra propia mierda, haced lo que queráis en la cocina porque el señor sabe que no la uso, pero mantenedla limpia. Y nada de roncar. Cristo.

Eso me hizo sonreír.

—Ni siquiera sabrás que estamos contigo.

Se quedó callado un rato.

—Tendré que llamar a mi madre. Si los medios se enteran de esto...

Asentí.

—Por supuesto.

—Tío, sólo quería dormir toda esta semana. La gira fue brutal. Hacer cuarenta conciertos en ocho semanas y seis países diferentes era tan fácil como mear cuando tenía veinte años. Ahora tengo veintisiete.

Veintisiete...

Con la cabeza apoyada en el reposacabezas, se giró para mirarme.

—¿Cuántos años tienes, Steve? Hiciste toda la gira, cada concierto, cada hotel, cada viaje en coche, cada vuelo.

—No canté y bailé en el escenario durante cuatro horas cuarenta veces.

—No, pero seguiste trabajando. De pie, corriendo de un lado a otro, dirigiendo a un montón de gente, manteniéndonos a todos juntos. Esa mierda no es fácil.

No, no lo era.

—Tengo treinta y cinco años.

—¿Treinta y cinco? —se quedó mirando—. Vaya.

—¿Es un buen “vaya”, de que no parezca que tengo treinta y cinco años? ¿O un mal “vaya”, de que te sorprenda que no esté en una residencia de ancianos?

Jeremy se rio.

—Un poco de las dos cosas.

—Gracias.

Volvió a quedarse callado durante unos minutos.

—¿Y todavía corres ocho kilómetros al día? ¿A tu edad?

A mi edad. Jesús.

—Correr, nadar, cardio, artes marciales...

Me miró de arriba abajo.

—Eso explica tú físico.

Mantuve mi mirada al frente.

—Necesito mantenerme en forma para manteneros a vosotros cinco en control.

Jeremy se rio.

—Arreando gatos.

Asentí.

—Arreando gatos.

Riko se dio la vuelta.

—Tiempo estimado de llegada, dos minutos, jefe. Nadie nos sigue.

—Gracias. —Entonces miré a Jeremy—. Entrarás conmigo. Riko se quedará en la puerta.

—¿Como lo hacen en las películas?

—Más o menos.

—¿No puedo esperar en el coche? Estoy muy cansado. Maddox me ha sobre cansado con lo de la coreo de mantenlo distraído.

—No vas a esperar en el coche.

—No soy un maldito niño.

—No voy a dejar que esperes en el coche sin protección, como un pato sentado, mientras yo estoy dentro y...

—Riko puede encargarse...

—Jeremy —dije con la voz baja. Lo miré fijamente, sin romper el contacto visual.

Primero apartó la mirada y puso los ojos en blanco. Se quedó mirando por la ventana.

—Así que, esto de los prisioneros es muy divertido.

No respondí.

El conductor se detuvo y señalé mi casa.

—Estuco blanco, techo de tejas, segundo piso. Espérame para...

Jeremy abrió la puerta y salió.

—Joder.

Salí detrás de él, pero ya se había adelantado y le seguí rápidamente.

Saqué el llavero, abrí la puerta principal y le dejé pasar al vestíbulo, cerrando rápidamente la puerta tras nosotros.

Jeremy sonrió como si hubiera ganado la partida.

—No tiene gracia.

—Eres rápido para tener treinta y cinco años.

Quería estrangularlo. O tal vez besarlo. Posiblemente ambas cosas. Tenía una sonrisa que me retorció por dentro. La había ignorado durante años. Ahora podía ignorarla.

—Apégate al plan, Jeremy.

Empecé a subir las escaleras y él me siguió sin hacer comentarios. Abrí la puerta principal y entré primero.

—¿Pensé que un caballero mantenía la puerta abierta? —dijo Jeremy detrás de mí.

—Normalmente lo haría. Pero por si acaso nos encontráramos a un tipo esperando en mi apartamento para dispararte, pensé en ir yo primero.

Jeremy dejó de sonreír.

Señalé la pequeña sala de estar y la cocina.

—Sírrete una bebida si quieres.

Desaparecí en mi habitación y metí algo de ropa en una bolsa de lona. Me ayudó el hecho de que hacía apenas dos días que las había recuperado de la lavandería, cuando volvimos de la gira.

Esa era mi vida.

Vivía prácticamente en una maleta.

Cuando volví a salir al salón, Jeremy estaba de pie frente a mi vitrina de trofeos.

—Campeón de división, AMM. Ganador del estado de California, Artes Marciales Mixtas. Gran Campeón de AMM.

—Sí, hay unos cuantos.

—¿Unos cuántos? Hay como veinte.

—Iba a guardarlos —admití. No estaba seguro de por qué le estaba diciendo esto—. Pero son un buen recordatorio.

—¿De qué? ¿De que si alguien irrumpe en tu casa, eligió al tipo equivocado porque puedes matar a la gente con tus propias manos?

Sonreí.

—El objetivo es incapacitar o herir en una situación de autodefensa. No matar.

Me miró fijamente.

—¿Pero, podrías?

Me encogí de hombros.

—Sí.

—Jesús. —Se volvió hacia los trofeos—. En todos los años que te conozco, nunca supe esto. Quiero decir, sé que eres bueno en lo que haces, y todos hemos visto ese video tuyo en ese torneo o lo que sea. El que nos mostraste hace un tiempo.

—Título regional.

Sus ojos se dirigieron a los míos.

—Sí.

—Eso fue hace mucho tiempo. —Y no me había propuesto enseñárselo a la banda y a los directivos. Se lo había mostrado a mi equipo y todos se habían enterado y habían venido a verlo.

Jeremy asintió lentamente.

—¿Te gusta hacer trabajo de guardaespaldas?

—Claro —respondí—. Cuando la persona a la que cuido me escucha, es genial.

Resopló y me gané una sonrisa.

—¿Y cómo es eso?

—No lo sé —contesté con un tono inexpresivo—. ¿Estás listo para irnos?

Miró alrededor de mi casa una vez más.

—Sí. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí.

—Entonces vamos. Necesito una ducha caliente y comida. —Entonces se detuvo—. Espero que te guste comer fuera. No esperes que haya comida de verdad en mi casa.

—No saldremos a comer esta semana. Demasiado arriesgado.

Parecía genuinamente sorprendido por esto.

—¿Qué se supone que debo hacer para comer?

—Podemos pedir. Puedo hacer que un miembro de mi equipo vaya a recogerlo. Preferiría que no tuviéramos un rastro de diferentes repartidores apareciendo en tu casa cada día. O podemos pedir que nos entreguen víveres.

—Yo no cocino. —Negó con la cabeza—. Quiero decir, solía cocinar. Pero lo odio, y nunca se me dio bien. Sólo pregúntales a los chicos.

—He visto tus habilidades para asar. ¿Recuerdas la semana que pasamos en Vermont en la granja del tío de Roscoe?

Se quedó con la boca abierta.

—Oye. Asé esa carne muy bien.

—La carbonizaste tanto que consideré enviarla para la datación por carbono.

Jeremy se rio.

—De acuerdo. Entonces, cocinas tú. Pero te lo digo ahora, no como esa mierda de tofu a la parrilla y quínoa. Me gusta la buena comida.

—Trato hecho. —Me reí y me detuve en la puerta—. Quédate detrás de mí esta vez, y cuando salgamos, tú vas primero y yo detrás de ti.

Movió las cejas.

—Suenas a una proposición Steve. ¿Intentas ligar conmigo?

Había tantas cosas que podría haber dicho, que quería decir. Una respuesta ingeniosa, tal vez incluso la verdad. En cambio, puse los ojos en blanco y abrí la puerta.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO TRES

LA CASA DE JEREMY era enorme. Había estado en las casas de todos los miembros de la banda en un momento u otro, y aunque todas estaban en el Hills de Los Ángeles, y cada una valía una cantidad absurda de millones, todas eran diferentes. Cada casa reflejaba su propia personalidad, sus gustos y su estilo de vida.

La casa de Maddox, que ahora compartía con Roscoe, era enorme, con grandes espacios abiertos, mucho mármol y cristal. Casi como un museo, pero considerablemente más cálida, más acogedora ahora que Roscoe vivía allí.

La casa de Wes era de estilo art-deco. Enorme, pero diseñada y construida por algún arquitecto famoso en los años setenta, ahora totalmente engalanada con todas las cosas modernas que se pudiera imaginar.

La casa de Luke era... bueno, Luke y Blake vivían juntos. La casa de Luke estaba en el Hills, y Blake tenía una casa en la playa de Malibú. La casa de la playa era alucinante y estupenda para los fines de semana, pero estaba un poco lejos del centro de Los Ángeles para trabajar todos los días, mientras que la casa de Luke estaba más cerca. También era una casa de fiesta de primera, con su propia sala de cine, una cancha de baloncesto cubierta y una piscina con cascada. Blake pasaba tanto tiempo allí que

acabó mudándose. Según todo el mundo, tenían dormitorios en los extremos opuestos de la casa y un flujo constante de mujeres entre ellos.

Todos los chicos hablaban de muchas noches pasadas en casa de Luke. Yo no estaba al tanto de todo lo que ocurría allí, y tampoco quería estarlo. Verlos relajados era genial, pero verlos con mujeres no lo era. Bueno, ver a Jeremy intimando con una mujer no era divertido para mí. No es que lo haya visto hacer eso últimamente...

Pero la casa de Jeremy era diferente. Era una mansión colonial española de inspiración mediterránea. El exterior era de estuco blanco sobre paredes de ladrillo de adobe, puertas en arcos, vigas de madera y un techo de tejas de arcilla. Había varios patios de baldosas, el mayor de ellos junto a su dormitorio principal. Todos los demás dormitorios tenían un pequeño balcón con barandillas de hierro decorativas. Los jardines estaban llenos de palmeras, enredaderas y altos setos.

En el interior había paredes blancas, suelos de terracota, hierro forjado, colores naranjas y azules oxidados. La mayoría de las obras de arte eran de madera o de tela, todas texturizadas y terrosas.

Muy cálida y hogareña. Al igual que Jeremy.

Toda la finca estaba delimitada por altos muros de estuco que, afortunadamente, contaban con una buena caída al otro lado. Si alguien quisiera escalar los muros exteriores, necesitaría nada menos que equipo de escalada. No era imposible, pero sí lo suficiente como para mantener a la mayoría de la gente fuera.

Tenía un vecino con el que lindaba su propiedad. Una celebridad de la tecnología que hizo su fortuna creando una aplicación de medios sociales y vendiéndola a Google. La siguiente la vendió a Apple. Jeremy dijo una vez que nunca había visto al hombre.

La casa también formaba parte de la comunidad cerrada de Beverly Park, lo que significa que el acceso a la parte delantera de la casa era muy limitado. Los visitantes tenían que pasar por las puertas de la comunidad y

luego por la puerta de Jeremy. Ninguna persona al azar podía acercarse fácilmente a su entrada. No sin alguna tecnología seria, conexiones serias, o un tanque del ejército.

Maddox y Roscoe vivían a sólo diez minutos en coche, y estaba bastante seguro de que serían caras frecuentes en los próximos días.

Esperaba que todo esto terminara en cuestión de días. Por muy feliz que fuera de pasar todo este tiempo con Jeremy, no quería que fuera así.

Cuando entramos, yo lo hice primero, Jeremy detrás de mí, y Riko me siguió. Entramos en un vestíbulo y pasamos a una sala de estar que se abría a la cocina. A la izquierda había una sala de estar formal, con un piano de cola, y, por lo que pude ver, un vestíbulo que quizá conducía a los dormitorios. El lugar era enorme, por lo que era difícil distinguir la distribución inmediata. Estaba tranquilo y un poco oscuro hasta que Jeremy desactivó el sistema de alarma y pulsó un botón en la pared, y todas las persianas comenzaron a subir.

La vista era excepcional.

—Necesito una ducha y comida —dijo Jeremy. Se dirigió a la nevera y sacó una botella de agua mineral saborizada, y luego, con toda tranquilidad, se dirigió a un armario y sacó un vaso—. ¿Quieren algo de beber?

Me resistí a suspirar. No estábamos aquí para tomar algo ni para socializar.

—Riko y yo haremos una revisión del perímetro mientras te duchas. Iré contigo primero para revisar tu habitación y el resto de la casa.

Jeremy comenzó a sonreír y enarcó una ceja.

—Una oferta muy atrevida.

Dios, si supiera...

Esa fue su segunda insinuación en una hora de que yo sugiriera algo entre nosotros. Tal vez sólo estaba siendo juguetón.

Tal vez yo debería dejar de soñar.

—Entonces, después —añadí ignorando su comentario—, si puedes, acompaña a Riko a una habitación de invitados. Yo estoy bien con un sofá o el suelo.

Jeremy se bebió la mitad de su bebida, pero se las arregló para lanzarme una mirada extraña.

—Dios, Steve. Tengo cinco habitaciones para invitados. No vas a dormir en el suelo.

Riko se aclaró la garganta.

—Lo ha hecho antes. En las giras o cuando hacéis esos rodajes que duran toda la noche. Nos acostamos en sofás o en sillas. Él elige el suelo.

Jeremy parecía horrorizado por esto.

—Nooo. ¿Qué demonios hace Arlo para no hacer los arreglos adecuados?

—Y se encarga —dije—. Siempre tenemos habitaciones de hotel adecuadas, pero a veces trabajamos más de lo habitual y necesitamos dormir donde y cuando podemos.

—Bueno, sigue siendo una mierda. Y tú —dijo Jeremy a Riko—. Dejando al viejo dormir en el suelo. Dios.

Riko se resistió a sonreír y yo miré fijamente a Jeremy.

—No soy un anciano. Y como líder del equipo, es mi trabajo cuidar de ellos.

—Tú cuidas de ellos. Cuidas de nosotros —dijo Jeremy—. ¿Quién cuida de ti?

Nadie.

—Me las arreglo bien. —Miré alrededor de la gran habitación—. ¿Tu dormitorio?

Jeremy tarareó.

—Más despacio, grandulón. Al menos puedes invitarme a cenar antes —bromeó, pero le abrió el camino. Su tercera insinuación...

¿Me lo estaba imaginando?

Resulta que su habitación estaba al final de unas escaleras, lo que significaba que estaba alejada de todas las demás habitaciones, y cuando llegamos al rellano, entendí por qué.

Su habitación por sí sola era probablemente el doble de grande que todo mi apartamento.

Su cama era enorme y de aspecto muy lujoso. Había un sofá y una mesa ante un enorme arco con puertas de cristal que imaginé hechas a medida. Se abrían a un patio privado de baldosas de terracota que daba a la piscina de agua salada que había debajo.

Su armario parecía un gran almacén, y su baño privado era enorme. Dios. Incluso su ducha era del tamaño de un ascensor.

Todo parecía increíblemente caro.

—¿Todo despejado? —preguntó Jeremy.

Me giré para verle quitarse los zapatos. Pateó las zapatillas hacia el armario. Luego se pasó la camiseta por encima de la cabeza, dejando el pantalón de chándal bajo en las caderas. Sus abdominales se flexionaron y se movieron, su V desaparecía bajo la cintura.

—Ah, sí. Todo despejado. —Me volví hacia la vista—. ¿Podemos abrir las puertas traseras para echar un vistazo al exterior? ¿Alguna habitación en la que no quieras que entremos?

Se detuvo en la puerta del baño.

—Podéis ir donde queráis. El panel para desbloquear las puertas traseras está junto a la puerta corredera de cristal de la cocina. El código es 0540.

—Gracias.

Me fui antes de que pudiera desnudarse más en mí presencia.

Riko y yo revisamos rápidamente todas las habitaciones, que eran muchas: un gimnasio, un despacho, una sala de música con aspecto de estudio, además de las habitaciones de invitados y el enorme garaje. Pusimos nuestras maletas en una habitación cada uno, y cuando terminamos, abrí las puertas traseras e hicimos una revisión del perímetro.

Era el final de la tarde y el aire era cálido en los últimos días del verano. El sol se ponía sobre el océano, con tonos anaranjados que se reflejaban en la piscina, y si no estuviera aquí para hacer un trabajo serio, podría haberme permitido tomarme un momento para apreciar la vista.

Riko dejó escapar un largo suspiro.

—Guau. ¿Podrías imaginarte viviendo aquí?

Resoplé.

—No con mi sueldo. No en mi vida. —Volví a entrar, saqué mi teléfono y me puse en contacto con todos los demás.

Estaba terminando mi llamada a Robbie justo cuando Jeremy salió, recién duchado. Llevaba unos pantalones ligeros grises y una camiseta negra sencilla, sin zapatos. Su pelo rubio arena era un poco más largo de lo que solía llevar, ondulado cuando estaba mojado.

Su olor, el de su desodorante o el de su gel de baño, lo que fuera, al pasar junto a mí me hizo perder el hilo.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó Robbie por el teléfono.

—Sí —respondí rápidamente—. Repórtate a las 2200.

—Por supuesto.

Terminé la llamada y me encontré con que Jeremy me sonreía.

—¿Todo bien, jefe?

Estuve a punto de decirle que se callara, pero entonces recordé con quién estaba hablando.

—Tenemos que revisar algunas cosas. —Tenía mi pequeño bloc de notas, que abrí de un tirón, y pulsé mi bolígrafo—. El nombre de tu empresa de seguridad y un número de teléfono. Necesito hablar con ellos. Lo ideal sería que vinieran esta noche, pero quizá no sea posible. También quiero que hagas una lista de los comestibles o artículos personales que necesites para que pueda encargarlos...

Jeremy levantó la mano.

—Para. —Se palmeó la barriga—. Me muero de hambre. En realidad estoy empezando a sentirme un poco mal porque necesito comer.

—Oh, lo siento. Por supuesto. ¿Qué quieres?

Su respuesta fue inmediata.

—Barbacoa coreana. Filete de cerdo a la parrilla y costillas de cerdo y bulgogi, con kimchi y japchae. Ah, y el arroz. Necesito tener el arroz. —Se dirigió a un armario y sacó una bandeja que aparentemente estaba llena de menús para llevar—. Este es mi restaurante favorito y entregan...

Cogí el menú.

—Lo pediré y haré que lo recojan —dije—. Nadie que no conozcamos llegará a la puerta de tu casa.

Jeremy me miró fijamente durante unos segundos antes de decidir, obviamente, no discutir.

—Bien. Lo que sea. Tengo que llamar a mi madre. —Dejó el menú conmigo, salió por la puerta trasera y se sentó en una tumbona junto a la piscina—. Hola, mamá... Sí, estoy bien. Escucha, hay algo que tengo que decirte y no quiero que entres en pánico...

Hice que Riko se quedara junto a la puerta, y fui a pedir comida suficiente para alimentar a un pequeño ejército e hice que uno de nuestros empleados de la compañía la recogiera.

Jeremy volvió a entrar y se fue por el pasillo, volviendo unos momentos después con una carpeta y me la entregó.

—Aquí está la información de seguridad. —Volvió a la cocina—. Has pedido comida, ¿verdad? Puede que tenga algunas galletas o algo aquí... —Abrió un conjunto de puertas de armarios de la cocina y sacó un estante vertical deslizante. Parecía bastante vacío.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, claro. Si no como después de un tiempo, me siento un poco raro. Es algo relacionado con el azúcar en la sangre. No soy diabético ni nada. Sin embargo, ha sido así desde que era un niño. Si gasto demasiada energía

y no la repongo, me pongo un poco tembloroso y con náuseas. —Encontró una caja de galletas, las inspeccionó con una mueca antes de abrirlas y meterse una—. Maldito Maddox me hizo hacer demasiadas horas de ensayo de baile hoy, y sólo comí medio sándwich en todo el día.

Abriendo su nevera, al verla casi vacía, le serví un poco de zumo.

—Bébetelo. ¿Cómo no sabía esto de ti? —le pregunté—. ¿Cuánto tiempo hemos pasado juntos en los últimos años?

Podía recordar que siempre estaba comiendo o tenía algún tipo de tentempié en la mano, o alguien siempre le pasaba algo para comer. Supuse que comía mucho debido a la carga de trabajo. Sabía que no era mi trabajo asegurarme de que comieran, pero aun así.

—Cuando estuvimos en Vermont, tampoco me lo dijiste —añadí—. Para ser sincero, ni siquiera lo mencionaste. —No estaba seguro de por qué estaba tan dolido por esto.

Tomó el zumo pero se desentendió de mi preocupación.

—Porque la tía de Roscoe trajo tanta comida que no hicimos más que comer esa semana, ¿recuerdas?

Eso era cierto.

—No es gran cosa. Suelo llevar algo conmigo, o Ryan lo hace. Siempre hay comida en las oficinas o en la gira. Pero anoche me quedé en casa de Madz y esta mañana, sin previo aviso, tuvimos que ir a las oficinas. —Se encogió de hombros y se metió otro barquillo en la boca—. Luego de todo el asunto del video acosador y el caso del FBI... No tenía ganas de comer mucho. Sólo me comí la mitad del sándwich porque Blake me obligó.

—Haremos un pedido de víveres. —Miré en los estantes de su despensa—. ¿Cómo es que no tienes comida?

—Porque no cocino, y acabamos de volver la semana pasada de una gira de dos meses. Dormí la mayor parte de la semana, para ser sincero. —Volvió a inspeccionar la caja de galletas—. Creo que están caducadas. Saben horribles.

Cogí la caja y comprobé la fecha de caducidad. Estaban bien.

—Saben fatal porque son galletas integrales con un 95% menos de grasa. —Se las devolví—. Come un poco más.

Negó con la cabeza.

—Ya me siento mejor. Pero has pedido comida, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo... cómo se tomó tu madre la noticia?

Puso los ojos en blanco.

—Le dije que no se asustara, pero por supuesto que lo hizo. Le dije que no era nada. La policía encontrará a este chiflado y no pasará nada. Este tipo de situaciones pasa todo el tiempo.

—Para ti no es así.

Se encogió de hombros.

—Sólo hay que leer la mitad de lo que dicen de nosotros en Internet.

No estaba seguro de si sólo se lo había dicho a su madre o si realmente lo creía él mismo. Pero no se trataba de ellos como banda. Se trataba de él, muy específicamente. Sólo de él.

—Le dije que no puede decírselo a nadie. Si la prensa se entera, será un circo.

Asentí lentamente.

—Bien. —Estudié su cara durante un segundo. Se veía un poco mejor—. ¿Te sientes bien ahora?

Se metió otra galleta.

—Sí. Aunque estas malditas galletas tienen el contenido nutricional del cartón.

—Vamos a empezar a hacer la lista de la compra. La pediremos y nos la entregarán a primera hora.

—¿Seguro?

Lo miré fijamente.

—Esto es Los Ángeles. Puedes conseguir que te entreguen cualquier cosa. —Y cuando decía cualquier cosa, quería decir cualquier cosa... Cogí

mi bloc de notas y mi bolígrafo—. ¿Qué quieres para desayunar?

—Café helado. Ryan suele traerlo para mí.

—Me refiero a la comida.

Hizo una mueca.

—Um...

—¿Huevos revueltos? ¿Panecillos? ¿Cereal?

Se rio.

—No he comido cereal desde que tenía como dieciséis años. —Suspiró—. He echado de menos las hojuelas de maíz.

Lo garabateé.

—Las hojuelas de maíz van en la lista. Tomas leche de soja, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Recuerdo que bromeabas con Maddox hace unos años. Te retó a que bebieras leche de vaca e hicieron apuestas para ver cuánto tiempo tardaba en afectarte.

Se rio.

—Dios, mis amigos son unos imbéciles. Sólo para que sepas, puedo tomar lácteos, sólo que no es una gran idea que tome mucha cantidad.

—¿Y las comidas y cenas? ¿Qué te gustaría esta semana?

—¿Qué tal si sugieres algunas cosas?

—¿Qué tal una mierda de ensalada de tofu y quínoa?

Echó un vistazo a mi cuaderno de notas.

—¿Puedes anotar sentido del humor? ¿Lo venden en el mercado de agricultores?

Sonreí.

—Creo que sí, sí. ¿Qué tal unos rollitos de carne y ensalada, y fruta para el almuerzo? En la cena podemos comer pescado...

—Pescado no. Cualquier cosa menos pescado.

—Comiste tres porciones de ese pescado en Singapur hace tres semanas.

Jeremy levantó una ceja hacia mí.

—Porque estaba cocinado con todas esas especias, envuelto en hojas de plátano, y no sabía a pescado. Estaba muy bueno, así que si quieres volar en ese puesto callejero de Singapur donde la abuela... —Inclinó la cabeza—. ¿Podemos traerla en avión porque también hizo ese pollo...?

—No vamos a traer a nadie en avión Jeremy. ¿Te gustan los tacos?

—¿Serán tan buenos como en ese restaurante mexicano en Sunset que me gusta?

—Absolutamente no. Pero podemos intentarlo. —Señalé con la cabeza la máquina de café que había en la encimera de su cocina—. ¿Algún tipo de cápsulas de café que prefieras?

Miró la máquina y luego a mí.

—Um... ¿del tipo que hace café helado?

Dios mío. Anoté el tipo que me gustaba.

Riko se aclaró la garganta desde el pasillo y sonrió.

—Siento interrumpir, pero Elsie está en la puerta con la entrega de comida. ¿Quieres que vaya a buscarla? —Tenía el teléfono en la mano.

—Oh, gracias a Dios —gritó Jeremy—. Sí, por favor. Es la mejor noticia que he tenido en todo el día. Literalmente.

—Sí —acepté—. Aliméntalo, por favor. Y dile a ella que le enviaré por correo electrónico la lista de la compra para que la entregue mañana temprano.

—Claro que sí. —Riko volvió a poner el teléfono en su oído—. Sí. Estaré allí en un momento.

Jeremy se quedó callado un segundo.

—¿Quién es Elsie?

—Es una empleada de la empresa. Pedidos de comida, limpieza en seco, documentos, contratos. Lo que sea, ella lo entrega, lo deja y lo recoge. Hay dos mensajeras en Platinum, pero ella es mi favorita. La reconocerías si la vieras.

Frunció el ceño.

—Hay muchos empleados en Platinum que no conozco.

—No se espera que los conozcas a todos.

Volvió a quedarse callado mientras se mordía el labio inferior.

—¿Crees que podría ser uno de ellos?

—¿La persona que está obsesionada contigo? ¿Alguien que trabaja en Platinum?

Asintió.

—Lo dudo mucho. Todo el mundo es revisado por seguridad y se le toman las huellas dactilares. Arlo maneja esto con prudencia. —Lo tranquilicé con una mano en el brazo—. Confío en todas las personas con las que tratas a diario. No tengo ningún problema con todos los que tienen un contacto estrecho contigo, ni siquiera con los que se cruzan contigo en un pasillo. De hecho, creo que las oficinas de Platinum son el lugar más seguro para vosotros. Incluido el personal.

Sonrió, claramente tranquilizado.

—Bueno, bien. Supongo.

Le di un apretón en el brazo. Era realmente el primer indicio de duda que había visto en él en todo el día.

—Estarás bien. No sólo el FBI está tras esta persona, sino que Arlo también tiene a su equipo cibernético en ello. Rastrean todo tipo de locuras en Internet, desde los fans ilusos que creen que te vas a casar con ellos, hasta los que te odian. Ya has visto lo buenos que son. Es probable que el equipo de Arlo encuentre a esta persona antes que el FBI.

Sus ojos se fijaron en los míos de una manera que hizo que mi corazón reaccionara.

—Gracias.

Riko entró llevando una caja llena de envases de comida para llevar.

—Espero que tengas hambre.

Jeremy levantó las manos en señal de victoria.

—¡Sí! ¡Comiiiiida!

DESPUÉS DE LA CENA, Riko se acostó temprano, listo para intercambiar turnos conmigo a las tres de la mañana. Hice el pedido de víveres, algunas llamadas telefónicas y, después de hablar con la compañía del sistema de seguridad, revisé la carpeta que Jeremy me había dado.

Jeremy pasó la noche hablando con Maddox, luego con Luke y Blake, y envió mensajes de texto a Wes. Neil Ambrose me llamó para discutir un programa actualizado para la semana. Lo envió por correo electrónico, y menos de un minuto después, Ryan llamó.

—¿Recibiste la nueva agenda?

—Sí. Supongo que tú también la recibiste —pregunté.

—Sí. En realidad se ve muy bien.

—Sí. —Para mi sorpresa, Ambrose había cancelado casi todo. Todavía se les esperaba en las oficinas el martes para repasar el material de la gira, porque el equipo de producción necesitaba ponerse a ello si había alguna posibilidad de tener el nuevo DVD de la gira y todo la mercancía a la venta en unos meses, así que podía entender la urgencia.

La semana en sí era bastante tranquila para empezar. Las primeras semanas de vuelta después de una gira solían serlo. Mucho descanso y recuperación, pero también muchas reuniones. Nunca había tenido que estar en todas, pero a lo largo de los años, había aprendido lo suficiente. Ahora pasarían horas reflexionando sobre la gira. Lo que iba bien, lo que había que mejorar, lo que había que hacer más o menos.

—Todavía tengo a Julio reservado para el lunes —dijo Ryan. Julio era el fisioterapeuta de la banda que incluso estuvo de gira con nosotros—. Dijo que estaba bien haciendo visitas a domicilio, pero le dije que tenía que aclararlo contigo.

Eso me hizo sonreír.

—Claro que sí. ¿Puedes enviarme su número y lo arreglo?

Jeremy me miraba ahora desde el sofá de enfrente.

—¿Estás hablando de mí?

—Sí —respondí—. Es Ryan.

Jeremy se levantó de un salto y se abalanzó sobre el sofá y la mitad de mí y tomó mi teléfono.

—Ryan, tienes que traerme café. Mañana por la mañana, por favor. Steve me va a obligar a comer quínoa o puto tofu. Y está amenazando con enseñarme a cocinar. Necesito café de verdad.

Pude oír a Ryan decir algo y Jeremy suspiró, cerrando los ojos.

—Oh, gracias a Dios. Eres el mejor. Aunque no demasiado temprano, ¿verdad?

Jeremy me devolvió el teléfono, pero se quedó dónde estaba. En el sofá conmigo, un poco demasiado cerca.

No lo suficientemente cerca.

Subió las piernas, claramente sin ir a ninguna parte, y yo fingí que su rodilla tocando mi muslo no me quemaba a través de los vaqueros, calentando mi sangre.

No significaba nada.

—Parece que tienes todo bajo control —dijo Ryan con humor.

—No le creas —respondí—. Cenó una montaña de barbacoa coreana. Sin tofu a la vista.

Ryan se rio.

—Me parece bien. Me pasaré por la mañana y le llevaré su café. Para que lo sepas, en caso de que tengas que saberlo, él lo llama “café helado” pero en realidad es el americano helado. ¿Quieres algo de Starbucks?

Lejos de mí. Jeremy estaba tan aislado del mundo real que ni siquiera sabía qué café bebía.

—No, estaremos bien. Gracias. —Entonces me acordé de la cocina de Jeremy, que estaba muy vacía—. En realidad, dos cafés negros estarían bien.

—Claro que sí. Si necesitas que te consiga algo, que te lleve algo, sólo tienes que mandarme un mensaje. O hazme una lista para cuando llegue sobre las nueve.

—Lo haré. Gracias de nuevo.

Terminé la llamada y deslicé mi teléfono en el sofá a mi lado.

—Estará aquí sobre las nueve —le dije a Jeremy—. Con tu café.

Sonrió, pero se desvaneció rápidamente.

—Estoy cansado —murmuró.

—Vete a la cama.

Suspiró.

—Sí, supongo que es lo mejor.

Tuve la sensación de que quería hablar, o tal vez no quería estar solo.

—¿Vas a quedarte despierto?

—Sí.

—¿Hasta cuándo?

—Riko se hace cargo a las tres. —Frunció el ceño—. Eso apesta.

—Está bien. Tengo mucho que revisar. —Señalé su lista de amas de llaves, jardineros, la empresa de mantenimiento de la piscina y cualquier otra persona que hubiera estado en la casa en los últimos seis meses—. Es un buen momento para redactar mi informe. Revisaré todas las cerraduras de nuevo, ese tipo de cosas. —Consulté mi reloj. Eran las nueve y media—. Y todos los equipos se reportarán muy pronto.

Estudió mi cara durante un rato.

—Si sirve de algo, siento que tengas que pasar por esto.

—Ciertamente no es tu culpa.

Suspiró.

—Sí, pero aun así. Estoy seguro de que preferirías estar en otro lugar.

La verdad es que no.

—Jeremy, es mi trabajo. —Me di cuenta en cuanto lo dije de que sonaba duro, y no quería que pensara que no estaría aquí si no fuera mi trabajo. Porque lo haría. Así que me encogí de hombros—. Pero tu casa no está precisamente mal, y no eres una compañía terrible.

Resopló.

—Vaya, gracias.

—Aunque no sepas cocinar.

Jeremy se rio.

—Eres un hombre difícil de complacer.

—Realmente no —dije con una sonrisa—. Pero sinceramente, no me importa. Si estuviera en casa, estaría viendo alguna birria de programa en la televisión.

—¿No sales mucho?

Negué con la cabeza.

—No. No bebo, y paso tanto tiempo con mi equipo o con vosotros que realmente no tengo una vida social adecuada. —De nuevo, me di cuenta de que eso sonaba como si le estuviera culpando a él. Así que añadí—: Pero para ser justos y de todos modos, aunque no trabajara con vosotros, probablemente no saldría. No es realmente lo mío.

La sonrisa de Jeremy se amplió.

—Y voy a ser completamente honesto contigo, Steve. No eres exactamente una persona con don de gentes. Para cualquiera que no te conozca, emites vibraciones de psicópata.

Casi me reí.

—¿Vibraciones de psicópata?

Sonrió sin vergüenza.

—Totalmente. Tienes esa expresión de “no me hagas matarte”. Pero no conmigo. Verás, sé que puedes hacerte el duro, pero en realidad eres un gran blandengue.

—¿Un blandengue? Creo que prefiero las vibraciones de psicópata, si te soy totalmente sincero.

Se rio de eso.

—No lo prefieres. Sólo quieres que la gente piense que eres peligroso. Pero te conozco mejor.

Esta conversación estaba entrando en un terreno muy personal.

—Bueno, tendrás que guardarte eso para ti. No puedo permitir que arruines mi reputación.

Jeremy se rio, claramente cansado, pero sus ojos eran cálidos. Me miraba fijamente, demasiado cerca y aún no lo suficiente. Hacía que mi corazón se acelerara de una manera que no debería.

—Será mejor que me vaya a la cama —murmuró justo cuando sonó su teléfono. Gimió y miró la pantalla. Vi el nombre de Maddox antes de que contestara—. Hola, gilipollas.

No pude escuchar exactamente lo que Maddox decía, pero Jeremy se rio.

—No, me voy a la cama... jodidamente cansado, por eso. —Se levantó del sofá con un gemido—. Di buenas noches a Steve. —Extendió el teléfono y escuché a Maddox.

—Buenas noches, Steve.

—Buenas noches, Maddox —dije.

Jeremy extendió su puño y yo choqué el mío con el suyo.

—Buenas noches, Steve —murmuró, con su mirada clavada en la mía.

Mi estómago se retorció por la sensación, mi pulso se aceleró.

—Buenas noches, Jeremy.

Sonrió mientras se dirigía a su habitación. Pude oírle hablar con Maddox hasta que estuvo demasiado lejos para distinguir algo más que las ocasionales carcajadas.

Dijo que me conoce.

“Sólo quieres que la gente piense que eres peligroso. Pero yo te conozco mejor”.

Dejé escapar una lenta respiración y traté de no darle demasiada importancia a eso. O cómo me miró. Cómo me sonrió...

Cristo, Jeremy.

Mi teléfono sonó, sorprendiéndome. Era Robbie.

—Hola, jefe —dijo—. Todo bien aquí. ¿Cómo van las cosas con Jeremy?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO CUATRO

ME LEVANTÉ ANTES de las siete. Dormir tres horas no era mi forma favorita de vivir, pero podía arreglármelas.

Elsie nos entregó los víveres y Jeremy bajó con los ojos adormilados y marcados por el sueño. Llevaba los pantalones de la noche anterior, sin camiseta, y su pelo rubio era un desastre. Estaba absolutamente guapo.

Me miró entrecerrando los ojos.

—¿Qué coño?

Riko y yo estábamos guardando las cosas, y me detuve y sonreí a Jeremy.

—Buenos días. El café está listo.

—¿Café helado? —graznó, todavía medio dormido, y miró a su alrededor—. ¿Ha estado Ryan aquí?

Conseguí no reírme.

—Todavía no. Tienes una máquina de café.

Entrecerró los ojos con más fuerza para mirarme.

—¿Qué hora es?

—Siete y cuarto.

Gimió y se pasó la mano por la cara.

—¿Mi cafetera hace café helado?

—Veré lo que puedo hacer. —Deslicé un cartón de huevos sobre la encimera—. ¿Quieres beicon y huevos revueltos?

Parpadeó un ojo y suspiró.

—Sí, eso sería genial, gracias.

Me reí de eso.

—Oh, no. Eso no era una oferta. Los vas a cocinar tú. —Señalé a Riko, a mí y luego a Jeremy—. Para los tres.

Me miró fijamente y luego se llevó la mano a la oreja.

—Lo siento. ¿Qué fue eso? No lo entendí bien por encima de la declaración que hice ayer de que *no* cocino.

Le dirigí mi mirada de “no estoy bromeando”.

—Vas a aprender.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y gimió. Casi esperaba que diera un pisotón. En lugar de eso, dio la vuelta a la isla y se abrazó a mi espalda, con el lado de su cabeza contra mi nuca.

—Pero, Steeeve.

Así era él con Maddox y los otros chicos.

Conmigo no.

Claro que se había agarrado de mi brazo, incluso me había pasado el brazo por el hombro un montón de veces. También había tenido que llevarle auestas cuando se quejaba de estar demasiado cansado.

Pero nunca me había abrazado. Un abrazo por la espalda, de entre todas las cosas.

Cada célula de mi cuerpo se encendió y las mariposas inundaron mi vientre. Intenté mantener mi cuerpo relajado y, al mismo tiempo, tratar de grabarlo en mi memoria.

—Las clases de cocina comienzan hoy —dije logrando de alguna manera mantener mi voz neutral—. ¿Tienes una sartén?

—No lo sé —murmuró. Entonces se apartó y cogió unas cuantas cosas de la pila de comestibles—. ¿Qué tal si yo guardo esto y tú cocinas? Tomaré

notas. Notas mentales. No voy a escribir nada.

Intenté no reírme, pero no lo conseguí.

—Bien.

Pillé a Riko mirándome fijamente antes de que negara con la cabeza.

—¿Qué?

—Qué fácil te dejas doblegar —dijo mientras ponía un paquete de pasta en la despensa. Luego lanzó a Jeremy una mirada incrédula—. Nunca se doblega tan fácil.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Quieres cocinar?

—No, jefe —respondió rápidamente.

Jeremy se rio y me pasó el brazo por el hombro.

—Todo el mundo piensa que eres un malote. Los tienes a todos engañados.

Le di un empujón juguetón.

—Suéltame y termina de guardar estas cosas.

Jeremy suspiró pero me quitó el brazo de encima.

—Pensé que habías dicho que había café.

Puse los ojos en blanco, pero decidí preparar el café antes que los huevos. Jeremy me observó mientras servía una taza de café con hielo y lo rellenaba con una botella de agua fría. Se la entregué.

—¿Es eso?

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Eso es todo lo que hay que hacer?

—Eh, sí. Eso es un Americano helado. Es lo que bebes todos los días.

Le dio un sorbo y pareció realmente sorprendido.

—Incluso yo podría hacer esto.

Resoplé.

—Sí, podrías. —Hice dos cafés a continuación para mí y para Riko, y para cuando revolví los huevos y freí un poco de beicon, Riko ya había

guardado todo y estaba preparando las tostadas.

Nos sentamos en el patio. El sol ya estaba caliente, y era muy fácil olvidar que esto era trabajo. Y eso era culpa mía. Estaba tratando esto como si fuera algo más.

Algo que no era.

Sentado frente a un Jeremy todavía sin camiseta mientras se zampaba el desayuno, murmurando con la boca medio llena sobre lo bien que sabía, era difícil imaginar que alguien quisiera hacerle daño. Sabía que la persona responsable de las amenazas tenía claramente algunos problemas con la realidad. Tal vez fuera inofensiva. Tal vez las amenazas eran vacías y sus delirios seguirían siendo fantasiosos. Pero, no obstante, la amenaza seguía existiendo.

Odié que fuera Jeremy a quien querían.

Que alguien pudiera querer hacerle daño me hacía sentir todo tipo de maldad.

—¿Qué pasa? —me preguntó Jeremy.

—Nada. ¿Por qué?

Puso los ojos en blanco.

—Tienes que trabajar en tu capacidad de mentir. —Terminó el resto de su café helado—. Haces ese movimiento con los ojos. Como si no te gustara lo que estás pensando.

Mantuve el rostro neutro, aparté el plato y le miré a los ojos.

—¿En serio?

—Sí. Tienes unos cuantos gestos pequeños.

Se me cayó el estómago.

—¿Tú crees?

—Claro —respondió alegremente. Se volvió hacia Riko—. ¿A qué sí?

Los ojos de Riko se abrieron de par en par.

—Eh... —Se puso en pie y apiló rápidamente los platos vacíos—. Iré a limpiar.

Jeremy y yo vimos cómo Riko desaparecía dentro, y luego me sonrió.

—¿Por qué te tienen miedo? ¿Eres malo con ellos?

Me reí.

—No, en absoluto. Sólo soy... profesional.

—Malo.

¿Por qué le sonreía?

—No. Tengo altos estándares. Me gusta que las cosas se hagan de cierta manera.

—Como los militares.

—No soy militar. Yo tenía una actitud equivocada para los militares.

—¿Necesitabas entrar como general? No te veo recibiendo órdenes de nadie.

Mi sonrisa se amplió. *Realmente me conocía.*

—Algo así.

—¿No estaba Iván en el ejército? —Negó con la cabeza—. Quiero decir, es del tamaño de un tanque. Maddox lo llama sargento instructor.

Me reí.

—Ivan no estuvo en el ejército. Su padre sí.

Jeremy asintió.

—Ah. Eso tiene más sentido.

—Llamaba a su padre *bojnik*, y supuse que ese era su nombre —dije—. Resulta que en croata significa mayor.

Jeremy hizo una mueca.

—Dios. ¿Llama a su padre por su rango? Y yo me quejaba de que mi madre quería que bajara la música a medianoche.

Me reí.

—Ivan es un buen tipo. Me alegro de que esté en nuestro equipo. No me gustaría enfrentarme a él.

—Está con Wes y Amy, ¿verdad?

Asentí.

—Sí.

Hizo una mueca.

—Pobre Amy. ¿Su primer destacamento de seguridad y tú les diste a Ivan? —Se rio—. Bueno, eso es un bautismo de fuego si alguna vez hubiera uno.

Eso me hizo sonreír.

—Estará bien. De todos modos, no es su primera vez. ¿No recuerdas el primer mes que salieron? —Amy. Una dulce chica que robó el corazón de Wes hace unos dieciocho meses. Se conocieron en un acto de prensa donde ella trabajaba como técnico de maquillaje, y para Wes, fue amor a primera vista. Para Amy, no tanto. Al principio ella no estaba interesada en absoluto, lo que, por supuesto, hizo que Wes cayera en picada.

¿Cómo podía alguien no estar interesado en salir con una de las mayores estrellas del mundo?

Unas semanas después de que ella lo rechazara, volvieron a encontrarse en otro acto de prensa. Pero él respetó su “no” original, así que hablaron durante horas como amigos, y he aquí que ella le invitó a tomar un café.

Desde entonces han sido inseparables.

Su relación no había estado exenta de problemas. Primero, Platinum intentó mantenerlo en secreto, pero los paparazzi pronto acabaron con eso. Luego, la pesadilla de unos cuantos fanáticos celosos que habían dicho alguna mierda en Internet y, por supuesto, los putos paparazzi habían intentado seguir todos sus movimientos.

Tuvimos que aumentar la seguridad de ella y de Wes, y pensé que eso pondría fin a su relación, pero no les había disuadido. Eso fue hace un año y medio y todavía estaban juntos. Ahora vivían juntos, así que aunque Wes era nuestro principal cliente, su equipo incluía ahora a Amy.

—¿Tenía un equipo completo entonces? —preguntó Jeremy.

Me sorprendió que no lo supiera.

—Sí. Sólo para ir y volver del trabajo, ese tipo de cosas. Nadie se queda con ella. Sólo transporte.

Jeremy frunció el ceño.

—Recuerdo que Wes estaba cabreado. Supongo que olvidé lo malo que fue.

Lo estudié por un segundo. Su problema no tenía nada que ver con Amy en ese momento. Su problema era que la banda estaba cambiando. Su círculo de cinco estaba creciendo.

Primero Maddox con Roscoe. Luego Wes con Amy.

—El siguiente serás tú —dije apuntando a una broma, aunque no me sentara bien. Al final pasaría—. Encontrarás una chica.

—¿Yo? —parecía algo horrorizado—. No es probable.

Una cosa que había notado en la última gira era que si había una o dos noches libres y Luke y Blake habían querido quedar con algunas chicas, Jeremy había optado por no hacerlo. Ni siquiera una vez.

—¿No te interesa? ¿Incluso en algo casual?

Puso cara de circunstancias.

—¿Conoces el dicho de que debes hacer tus amigos antes de hacer tu dinero? ¿Cómo voy a saber realmente si están conmigo por mí?

Asentí lentamente.

—Me parece justo.

—Prefiero estar solo que ser tomado por tonto.

Dios, dolió escuchar eso.

—He terminado con el flujo de caras sin nombre, ¿sabes? —dijo—. No tiene sentido y... —Negó con la cabeza—. No importa. No quieres escuchar esta mierda.

—Puedes decírmelo —dije suavemente.

Me miró a los ojos.

—Llevamos mucho tiempo haciendo esto, ¿verdad? Y ha habido mujeres. Muchas mujeres.

Dios, no tenía que decírmelo. Lo sabía muy bien.

—Y esto va a sonar terrible. Pero no las recuerdo. No podría decirte un nombre o una cara. Simplemente no tenía sentido. Y ya no puedo hacer eso. Siento que estoy regalando una parte de mi alma en cada ocasión. —Se encogió de hombros—. Ya no tengo nada que dar.

Oh, Jeremy...

—Te ha pasado factura.

Asintió.

—Sí.

—¿Te sientes solo?

Sus ojos se dirigen a los míos.

—Sí. Hay una razón por la que Eleanor Rigby es mi canción favorita. Quiero decir, aparte del hecho de que es una obra maestra de música. —Me dedicó una débil sonrisa y volvió a encogerse de hombros—. Esta vida es aislante. ¿Recuerdas lo que pasó Maddox, cómo dijo que se sentía como un mono de circo castigado por querer algo fuera de la jaula? Y cómo él era sólo una mercancía en un intercambio.

Asentí.

—Se siente así. —Luego sonrió—. No me malinterpretes. Me encanta mi vida. No cambiaría nada. Soy feliz. Sólo desearía... algunos días desearía saber cómo se siente la *normalidad*.

—¿Normalidad? —Hice una mueca—. Es el trabajo. Y las facturas y el alquiler y las tareas domésticas.

Jeremy me dedicó una sonrisa de disgusto.

—Deja de venderlo con tanto entusiasmo.

—Lo siento.

Negó con la cabeza.

—Sé que soy un privilegiado. Lo sé. No tengo que preocuparme por el dinero. No tengo que luchar con eso.

—Tus problemas son únicos, sí —dije—. Pero no por ello menos válidos.

Finalmente sonrió, aunque teñido de tristeza.

—Sólo quiero algo real y genuino. Y tal vez eso no pueda suceder para mí mientras Atrous exista.

—Tú también te mereces ser feliz —le dije. Aunque la idea de que encontrara a la mujer perfecta casi me mataba por dentro, él merecía ser feliz.

¿Y qué derecho tenía a sentirme herido? Jeremy era heterosexual.

Resopló.

—¿Y someterlo a esto? ¿Tener un acosador obsesionado y una investigación del FBI? No, gracias. Por no hablar de las giras y los horarios locos, y de mi dedicación a los chicos. No es fácil pedirle a alguien que sea la quinta persona más importante de mi vida. Es como decir: “Oye, creo que eres increíble y podríamos tener algo grande, pero aquí está la escala de todas las personas importantes de mi vida”. —Levantó una mano como una vara de medir, luego la otra mucho más abajo— “y aquí es donde estás tú”. No puedo pedirle a alguien que haga eso.

—La persona adecuada lo entendería. Y Maddox no trata a Roscoe así. Ni Wes a Amy —intenté. Levanté las manos por igual—. Tal vez son iguales pero están separados.

—Bueno, incluso en ese caso —respondió— no quiero separar mi vida entre los chicos, la banda que está aquí, y luego... alguien que está allá. Y la verdad es que si no puede formar parte de mi vida con los chicos, entonces ¿qué sentido tiene?

—Cierto. —Suspiré—. No os envidio, chicos.

Me lanzó una mirada curiosa.

—¿No?

—La casa, claro. El jet privado es agradable. No voy a mentir. Pero veo lo que os cuesta. La privacidad, las intrusiones, la demanda. Y el peaje que

supone para vuestra salud. Física y mentalmente. —Negué con la cabeza—. Quiero decir que los dos estamos aquí ahora mismo porque algún fanático delirante te ha puesto en el punto de mira y ha instigado una investigación del FBI.

Tragó un nudo en su garganta y se tomó un momento para considerar lo que había dicho.

—¿Crees que es una amenaza seria?

Me encontré con su mirada.

—No tengo ni idea. Pero Arlo y Ambrose sí, y hasta que los federales me digan que han atrapado a esta persona, lo trataremos como algo serio.

Riko se unió a nosotros.

—Jefe. Un tal Sr. Gerald Dubrowski está en la puerta.

Comprobé la hora. Eran las ocho menos cinco. Mierda. No me había dado cuenta de que habíamos estado hablando tanto tiempo.

—Bien, que entre. —Me puse en pie—. Estaba a cargo de la instalación del sistema de seguridad —le dije a Jeremy—. Estaré un rato con él. Riko te tendrá cubierto. Y no olvides que Ryan llegará sobre las nueve. Conociendo a Ryan, llegará temprano. Y también tienes una sesión de fisioterapia con Julio.

Jeremy me hizo un simulacro de saludo.

—Entendido. —Se levantó y yo desvié rápidamente la mirada para no parecer que lo estaba mirando. *¿Era mucho pedir que se pusiera una camiseta?*

—Voy a ducharme —anunció. Luego se acarició el vientre. Sus abdominales, muy planos y definidos—. Gracias de nuevo por el desayuno. Me vas a mimar.

—No, no es así. Lo justo —respondí—. Porque vas a cocinar el almuerzo, ¿recuerdas?

MI REUNIÓN con Gerald Dubrowski duró aproximadamente una hora. El sistema de seguridad de Jeremy era bueno, y dada la ubicación -la comunidad cerrada, la altura en la parte trasera del límite de su propiedad- su casa estaba bien protegida.

Me sentía seguro aquí, y Jeremy también. Pero eso no era razón para relajarse.

—¿Puede alguien acceder y ver estas imágenes? —pregunté.

Gerald frunció el ceño al principio, pero enseguida negó con la cabeza.

—No sin acceso a través de nuestros servidores. Necesitarían una autorización de seguridad de alto nivel.

—Necesitaré el nombre de todos los que tienen acceso a esa información.

Gerald se detuvo y me miró fijamente.

—Puedo responder por todos los de mi equipo. Te aseguro que...

—Entonces no deberías tener ningún problema en darme la información. —Así que cambié de táctica—. En realidad, sería mejor dejarme al margen. Te enviaré los datos de contacto de un tal agente especial Miles Zielinski, del FBI, y podrá hacérselos llegar. ¿O prefieres que la petición venga de él, como una solicitud formal de información?

—¿El FBI?

—Hmm. —Me quedé mirando la pantalla—. Me gustaría tener otra cámara aquí. —Señalé la pantalla—. Y aquí. Y quiero una mejor imagen térmica.

—Se trata de un software líder en el sector.

—Quiero un grado militar. Multiespectral, 4K, con audios e iluminadores incorporados. Quiero poder ver sus retinas. —Gerald se pasó la mano por la cara. Permaneció en silencio durante un largo rato—. Hay un producto. Todavía no está en el mercado. Ha sido aprobado, pero están esperando los derechos de distribución o algo así. Tiene capacidades de

detección de largo alcance, del tipo de evaluación de amenazas. Y puede leer la firma de identificación de los drones.

Le sonreí y le di una palmada en el hombro.

—Ahora estamos en la misma página.

—Tendré que hacer algunas llamadas. Y necesitaré que el Sr. Dalton lo apruebe, por supuesto.

—Por supuesto.

A Jeremy no le importaría.

—¿Puedes mostrármelos en línea? Si son buenos, necesitaré cinco. —
Levanté cinco dedos.

—No van a ser baratos —añadió.

No me importaba quién lo pagara. Jeremy o Platinum.

—Si los mantiene vivos, entonces vale la pena.

—AQUÍ ESTÁ —dijo Ryan cuando salí. Me tendió una taza de Starbucks —. ¿Café?

—Gracias.

Miré alrededor de la habitación, y antes de que pudiera preguntar, Ryan asintió sin darse la vuelta.

—Está ahí fuera.

Efectivamente, estaba en una tumbona a la sombra con una libreta y un bolígrafo. Riko estaba de pie, fuera de la vista de Jeremy pero lo suficientemente cerca.

Le di un sorbo a mi café.

—Lo siento, he tardado más de lo que pensaba con la empresa de vigilancia. ¿Qué me he perdido?

—Actualización del calendario —respondió Ryan—. La semana siguiente está todo en marcha.

—¿Todo? —Reuniones, entrevistas, sesiones de fotos y una aparición en *Late Nights in LA*.

—Sí.

¿Qué coño había cambiado desde ayer?

Ryan claramente leyó mi mente. O tal vez mi expresión facial. Negó con la cabeza.

—No sé en qué está pensando —dijo rotundamente—. Ambrose acaba de confirmar que todo está en marcha. Supongo que supone que el caso del FBI habrá terminado para entonces.

Tal vez acabara. Pero, ¿por qué no cancelar todo hasta estar seguros? Me resistí a gruñir.

—*Late Nights* es el próximo jueves, ¿verdad?

Asintió.

Diez días de distancia. Diez días parecían toda una vida.

Ayer Ambrose y Arlo estaban preocupados por la seguridad, ¿y hoy les importa una mierda?

No es que le dijera esto en voz alta a Ryan. O a cualquiera, en realidad.

Saqué mi teléfono, leí la actualización de Ambrose y pulsé Llamar. Contestó al cuarto timbre.

—Steve.

—Acabo de recibir tu mensaje. —Mi tono era cortante, pero eso probablemente no era nada nuevo—. Estaba en una reunión. ¿Has oído algo sobre el caso?

—No hay avances.

—Y todo sigue adelante para la semana que viene.

—Hm. —Y con ese simple tono, me dio la impresión de que la orden había venido de Arlo Kim—. Tenemos las galas de premios a la vuelta de la esquina. Ya sabes cómo es eso.

Sí, lo sabía.

Eran mis eventos menos favoritos del año.

Atrous había ganado en los Brit Awards y en los Grammys a principios de año, y ahora Arlo Kim aspiraba a arrasarse con los AMAs y los Billboard Awards.

Pero faltaban semanas. Seguramente todo esto habría terminado para entonces.

—¿Cómo está Jeremy esta mañana?

Me giré para ver a Jeremy bajando de la tumbona con el teléfono pegado a la oreja. Estaba entrando.

—Sí, está bien.

—Bien. Mantenme informado.

—Por supuesto.

—Estarás mañana, a las nueve de la mañana.

—Sí, así será.

—Te llamaré más tarde con una actualización, si escucho algo o no.

—Bien. Gracias.

Terminé la llamada justo cuando entró Jeremy.

—Ah, hola —dijo sonriéndome. Ahora llevaba unos pantalones cortos de baño y una camiseta vieja, con un aspecto relajado, un poco bronceado y extremadamente guapo—. Maddox va a venir.

Tan pronto como lo dijo, mi teléfono sonó. El nombre de Robbie apareció en la pantalla. Contesté, mirando a Jeremy.

—Robbie.

—Hola, jefe —dijo Robbie—. Te apetece tener compañía.

—Sí, por supuesto.

Jeremy sonrió.

Así que añadí:

—Pero avisa a Maddox y a Roscoe que Jeremy va a preparar nuestro almuerzo.

Jeremy frunció el ceño y luego habló en su teléfono.

—Lo que sea que diga Robbie sobre qué voy a cocinar es mentira... Oh, muchas gracias, joder. —Se rio y guardó su teléfono—. Estarán aquí pronto.

Robbie se rio en mi oído.

—Nos vamos de aquí en diez minutos.

—Lláname cuando llegues a la puerta.

—Lo haré.

Terminé la llamada y miré fijamente a Jeremy hasta que no pude ocultar mi sonrisa.

—Vas a cocinar.

—Entonces *tú* me estás ayudando.

Ryan se aclaró la garganta y tanto Jeremy como yo nos giramos para mirarle. Parecía una mezcla de diversión y confusión.

—Esperaré hasta que llegue Roscoe y lo salude, luego me iré.

—¿No quieres quedarte a comer? —preguntó Jeremy.

—Eh... —parecía un poco asustado—. No, gracias.

—¿Ves? —me dijo Jeremy—. Ni siquiera Ryan quiere comer lo que yo hago.

Me reí de eso, justo cuando Riko entró, con su teléfono en la mano.

—¿Mantenimiento está aquí para verte?

—Bien. Déjalos entrar.

FUE UNA REUNION muy rápida con el personal de jardinería y de limpieza. ¿Pensaba que eran posibles sospechosos? Ni un poco. ¿Pero podrían ser utilizados como puntos de acceso? Tal vez.

Les expliqué, sin demasiados detalles, que era necesario mejorar la vigilancia y la seguridad. Todos se quedaron con los ojos abiertos, y no era mi intención asustarlos. Pero tampoco iba a endulzar nada.

—¿Se os ha acercado alguien en los últimos seis meses para preguntaros por su trabajo aquí?

Todos respondieron que no.

—¿Alguien que haya empezado a trabajar en su empresa en los últimos seis meses ha mostrado interés en esta dirección?

No.

—¿Algún cambio en los proveedores?

No.

—¿Se ha notado alguna actividad sospechosa en la casa o en sus alrededores?

No.

—¿Alguien había intentado entregar algún paquete en el tiempo que Jeremy estuvo de gira?

No.

Les dije que entendía que no estuvieran en la casa a tiempo completo y que agradecía que vinieran con tan poco tiempo de antelación. Luego les di mi número y les dije que si alguien se les acercaba y les hacía preguntas sobre Jeremy, que por favor se pusieran en contacto conmigo inmediatamente.

Si recordaban algo, pensaban en algo, debían llamarme. A cualquier hora, de día o de noche. No importa lo insignificante que pudiera parecer.

El jardinero jefe, un hombre mayor llamado Christian, se detuvo al salir. Tenía las manos ásperas y una piel que había visto demasiado sol de California.

—¿Está el Sr. Dalton en peligro? —preguntó en voz baja—. Es un buen chico. —Luego hizo una mueca—. Trabajamos en muchas casas en esta zona. Algunos propietarios no quieren hablar con nosotros. Pero Jeremy sí. Siempre sonríe, siempre habla. Nos ofrece bebidas cuando hace mucho calor.

Sonreí ante eso. Por supuesto que Jeremy sería amable con todo el mundo. Así era él.

—Está bien. Como he dicho, en este momento son cuestiones de precaución.

Me sostuvo la mirada durante un rato antes de asentir. No me importaba que no me creyera. Si sacaba sus propias conclusiones de que esto era serio, entonces podría estar más atento a cualquier mínimo problema en el futuro.

Lo acompañé a la salida justo cuando Jeremy venía por el pasillo, llevando un pequeño teclado.

—Ah, hola, Chris —dijo Jeremy.

Christian sonrió y asintió.

—Sr. Dalton.

—¿Estás bien? —le preguntó Jeremy, ligeramente preocupado.

—Oh, sí —respondió Christian, pero me miró.

La sonrisa de Jeremy se amplió.

—No dejes que este tipo te engañe —dijo dándome un suave golpe con el dorso de la mano—. Es un gran oso de peluche.

Puse los ojos en blanco y Christian se rio, pero se despidió y se fue.

—Tienes que dejar de decirle a la gente que soy un oso de peluche.

—¿Y llamarte qué? ¿Un malvavisco?

¿Un malvavisco?

Levanté una ceja hacia él.

—¿Un qué?

Jeremy se rio, y cuando se dio la vuelta y siguió caminando, me di cuenta de que Ryan, Robbie, Maddox y Roscoe estaban en la sala de estar. Maddox sostenía una guitarra.

Y todos nos miraban.

—Ah, hola —dije—. Lo siento, estaba en una reunión.

—Buenos días —dijo Maddox, un poco demasiado alegre. Como si supiera que sentía algo por Jeremy.

Maldita sea.

Jeremy se acercó a Maddox y salieron al patio. Riko y Robbie los siguieron. Jeremy y Maddox, que nunca se alejaban de la música durante mucho tiempo, estaban trabajando en el desarrollo de alguna melodía o letra, lo que les ocupaba horas.

Y eso me venía muy bien.

Me dio la oportunidad de hablar con Ryan y Roscoe. Les conté que me había reunido con el servicio de limpieza y el equipo de jardinería, y que no había servido de mucho.

—También he tenido una reunión con la empresa de vigilancia de seguridad que hizo la instalación aquí. He solicitado una actualización para incluir una mejor visión nocturna y térmica. Esta casa es bastante segura, pero al estar en el cañón, también está muy expuesta. Especialmente por la noche. Está muy negro en los límites. Si alguien *realmente* quisiera entrar por la pared trasera, podría hacerlo. Tal y como está ahora, seguro que aleja a los menos decididos. Pero esos no son los tipos que me preocupan. —Miré hacia fuera, donde Jeremy y Maddox estaban sentados en las tumbonas, riéndose—. Y también que tal vez todos los miembros de la banda tengan en cuenta mejorar su seguridad. Estoy esperando un presupuesto antes de plantear algunas opciones a Jeremy.

Roscoe asintió.

—Ciertamente no puede hacer daño.

—Estoy de acuerdo —dijo Ryan—. Especialmente para Jeremy. No sólo por este último asunto, sino porque es el único de los chicos que vive solo.

Realmente no había pensado en eso. Es decir, sabía que vivía solo. Sabía que los otros chicos de la banda vivían todos con alguien. Maddox tenía a Roscoe, Wes vivía con Amy, Luke y Blake compartían dos casas juntos... Jeremy estaba solo.

Odié ese punto.

—Exactamente.

Roscoe asintió.

—A Maddox le preocupa que esté solo. Le preguntó anoche si quería quedarse en nuestra casa.

Ignoré la punzada de malestar que me produjo la mención de eso. También odié esa idea... No por cuestiones de seguridad ni nada por el estilo. Sino porque entonces no tendría tiempo con él...

Esa constatación golpeó más fuerte que el malestar.

¿Estaba mi juicio nublado cuando se trataba de Jeremy? Sí.

¿Estaba anteponiendo mis propias necesidades egoístas a las suyas?

—No es que importe —continuó Roscoe—. Ha dicho que no. Quiere quedarse aquí.

Un alivio egoísta instantáneo me inundó.

—Y no está solo —dijo Ryan con una sonrisa—. Tiene a Steve.

Me resistí a gruñir. Y a sonrojarme.

—Y a Riko —murmuré.

—Muy bien —dijo Jeremy en voz alta. Me estaba sonriendo, y Maddox estaba un paso detrás de él—. Este gilipollas no se cree que vaya a cocinar.

Roscoe y Ryan se volvieron hacia mí, y tuve que obligarme a no sonreír.

—Va a aprender a cocinar.

A Maddox le pareció divertidísimo, al parecer. Ignoré la forma en que Roscoe me observaba y me centré en cómo Jeremy me sonreía de camino a la cocina.

—Oye, mira esto —dijo Jeremy mostrando a Maddox su máquina de café—. Esto puede hacer café helado.

—No me digas. ¿En serio?

—Cierra la boca —dijo—. ¿Cómo iba a saber eso?

—Porque tomas uno todos los días.

—La gente me los trae. ¿Sabes la última vez que entré en un Starbucks?

—Miró hacia arriba, como si tratara de recordar—. No lo recuerdo. Creo que estábamos en el instituto.

Comprobé la hora y le pregunté a Jeremy:

—¿Quieres empezar a hacer la comida ahora?

Se palpó el estómago.

—Sí, tengo hambre.

—¿Tienes algunas galletas o algo? —preguntó Ryan—. ¿Zumos?

Ryan sabía que Jeremy necesitaba comer todo el tiempo. Por supuesto que sí. Era su representante... Todavía me molestaba no haberlo sabido hasta ayer.

Jeremy fue a su nevera y la abrió, revelando que estaba llena.

—Contemplad.

—Mierda —dijo Maddox—. ¿Esas son... verduras?

Jeremy le empujó.

—Vete a la mierda.

Maddox se rio y fingió limpiarse una lágrima falsa.

—Cariño —le dijo a Roscoe—. Nuestro chico ha crecido.

Jeremy los ignoró, suspiró y me miró.

—Esto es culpa tuya.

Me reí y me volví hacia Ryan.

—¿Seguro que no quieres quedarte?

Asintió.

—Será mejor que me vaya. Le dije a Wes que pasaría a verlo. Mañana estaréis todos en las oficinas, ¿no?

Roscoe asintió.

—Sí.

—Nos vemos entonces.

Cuando Ryan se fue, fui a la nevera y saqué el pollo.

—¿Estás listo?

Jeremy miró la carne de pollo cruda y luego a mí. Negó con la cabeza.

—Eh, no.

Maddox volvió a reírse.

—Jer, nunca supe que cocinaras. Nunca. Tal vez una pizza congelada.
No comida *de verdad*.

Parecía ofendido.

—Preparé el desayuno esta mañana.

Me burlé.

—No lo hiciste. Miraste.

—Tomé notas.

—Era beicon y huevos.

—Y también estaba bueno.

Maddox soltó una carcajada.

—Esto va a ser muy divertido.

—No vas a mirar —le dijo Jeremy—. Ve a nadar o algo así.

—Oh, diablos, no, no me lo pierdo —respondió.

Pero Roscoe lo tomó por los hombros y lo llevó fuera.

—Déjalos en paz —dijo. Luego me dedicó una sonrisa por encima del hombro mientras desaparecían por la puerta.

¿Por qué fue esa mirada?

—¡No tengáis sexo en mi piscina! —gritó Jeremy.

Pudimos oír la risa de Maddox.

Jeremy puso los ojos en blanco.

—¿Podemos cocinar mal su pollo?

Resoplé.

—No.

CAPÍTULO CINCO

EL ALMUERZO FUE tiras de pollo a la parrilla en pan plano con ensalada. No era difícil, pero Jeremy hizo un trabajo realmente bueno, y ayudarlo en la cocina, estar a su lado, enseñarle, reírse con él fue muy sencillo.

Sentados a la mesa del patio trasero, junto a la piscina, mientras comíamos -Jeremy y yo, Maddox y Roscoe, y Robbie y Riko- era tan fácil fingir, como un admirador iluso, que aquella era mi vida real. Que podía sentarme a la mesa con ellos, como amigos.

Como novio.

¿Yo era tan malo como un fan iluso?

Cristo. ¿*Lo era*?

—¿Estás bien, Steve? —preguntó Maddox.

Me di cuenta de que todos me estaban mirando. La conversación se había detenido.

—Sí, claro. Estaba analizando lo que podrías haber hecho mejor con el pollo.

Todos se rieron, por suerte. Y Jeremy gimió.

—Todo el mundo es un maldito crítico. Y por ese comentario, Steve, vas a cocinar la cena, para que todos lo sepamos.

Me reí.

—Sólo estoy bromeando. La verdad es que quedó bastante bien.

—No, puedes quedarte con tus cumplidos. Todavía vas a cocinar la cena.

Puse los ojos en blanco.

—Puedes verme cocinar. Podrías aprender algo.

Jeremy hizo una mueca, mirando a Maddox.

—Es un jodido juicioso.

Resoplé.

—No te estoy juzgando.

—Si te sirve de consuelo —ofreció Roscoe—, Maddox tampoco sabe cocinar.

Maddox le lanzó una mirada de asombro.

—Oye.

Jeremy asintió a Maddox.

—Se olvidan de que básicamente nos fuimos de casa a los dieciséis años. Y entonces los cinco vivíamos juntos y nuestros padres se turnaban para traernos la comida, o comíamos ramen. O pizza congelada.

Maddox estuvo de acuerdo.

—Hemos pasado la mitad de nuestra vida adulta en habitaciones de hotel.

Cuando lo decían así.

—Eso es muy cierto, lo siento —dije.

Jeremy se llevó la mano al pecho.

—¿Así que me *estabas* juzgando?

—No.

Se indignó.

—De todos modos, puedo cocinar en una parrilla. Eso cuenta como cocinar. Es decir, hay carne. Y fuego.

Me reí.

—Cierto.

—De todas formas, esta noche cocinas tú —dijo Jeremy.

Después de esta conversación, eso no era descabellado.

—Me parece justo.

Podía sentir la mirada de Roscoe sobre mí, como si pudiera ver a través de mí. Como si pudiera sugerirme que pusiera a otra persona a cargo de proteger a Jeremy porque no estaba siendo profesional.

No se equivocaría. *¿No es así?*

—Voy a recoger esto —dije apilando rápidamente los platos—. Y debería comprobar algunas cosas. —Le di a Jeremy un movimiento de cabeza mientras me alejaba—. Felicitaciones al chef.

—Te ayudaré —oí decir a Roscoe, y me dio miedo. Sabía que me seguía, que quería un poco de intimidad para poder preguntarme qué coño estaba haciendo.

Efectivamente, llegó con las manos llenas.

—Puedes dejarlo en el mostrador —dije esperando que captara la indirecta—. Yo me encargaré de esto.

—No, está bien —contestó despreocupadamente—. De todos modos, creo que van a nadar.

Miré hacia el patio y, efectivamente, Maddox estaba haciendo una bomba para el mayor chapuzón en la piscina, y Jeremy se estaba quitando la camiseta.

Dios.

—¿Cómo ha estado Jeremy? —preguntó Roscoe.

—Sí, bien. Como si no pasara nada. —Me encogí de hombros—. Bueno, ha pasado un día y no hemos salido de casa. Y sin duda, teneros aquí le viene muy bien.

—¿Y cómo estás tú con todo esto? —insinuó. Iba por lo casual, pero en realidad no lo era.

—Estoy un poco enfadado porque nos enteramos ayer —admití. No era una mentira, pero era un desvío de lo que realmente estaba preguntando—.

Han sabido que esta... persona se ha centrado en él durante seis meses y ¿sólo lo dicen ahora? Estábamos de gira, por el amor de Dios. En nuestro momento más vulnerable, y nunca dijeron que había una posible amenaza.

—Sí, estoy contigo en eso. Entiendo que tienen muchos fans que dicen muchas locuras. Pero hay una diferencia entre que alguien escriba “cásate conmigo, Jeremy” en Twitter, y que envíe correos repetidos y dirigidos y redirigidos desde diferentes RPVs.

Asentí.

—Sí.

—El equipo de Internet de Arlo probablemente encontrará a esta persona antes que el FBI —dijo—. Son bastante buenos en lo que hacen. Pueden cortar a través de la basura de las redes sociales como un cuchillo caliente corta la mantequilla.

—Tal vez deberían dar toda la información a los fans —sugerí—. Tendrían el nombre, la dirección, el lugar de trabajo y el número de la seguridad social de la persona para la hora de la cena.

Roscoe se rio.

—No, es la verdad. No se les escapa nada.

Suspiré y empecé a enjuagar unos cuantos platos.

—Sabes, el 99,9 por ciento de sus admiradores son geniales.

—Pero ese 0,1 por ciento no, ¿verdad?

—Sí. Y los medios de comunicación. A algunos de esos paparazzi imbéciles me gustaría encontrarlos en un callejón oscuro sin cámaras.

Roscoe se rio.

—A mí también me gustaría. —Se quedó callado un rato, pero yo sabía que algo iba a pasar. No tardó mucho—. ¿Recuerdas que en la gira anterior, tú y yo estábamos en la furgoneta con Maddox y Jeremy y dijiste que pensabas que Maddox y yo teníamos algo? Dijiste que podías leer a la gente, y cómo él me busca y me espera, y pensaste que ya estábamos juntos.

Joder. *Aquí vamos.*

Seguí enjuagando los platos y asentí.

—Claro.

—Bueno —dijo—, estoy percibiendo algunas vibraciones entre tú y Jeremy.

Mi mirada se dirigió a la suya. Sabía que iba a pasar, pero aun así no me preparó para mi reacción.

—¿Qué?

—Te busca —dijo Roscoe—. Te espera.

Negué con la cabeza, porque eso era ridículo. Supuse que iba a hablar de mí. De cómo estaba yo con Jeremy, no de cómo estaba Jeremy conmigo.

—Eso es ridículo.

Roscoe enarcó una ceja y esbozó una media sonrisa.

—¿Lo es? Porque empecé a notarlo en la gira de *Código Rojo*. En Londres y París. En Tokio.

—Está en mi grupo —intenté. Pero era cierto. Desde que Maddox dio un paso atrás, Jeremy tomó la delantera, lo que significaba que como jefe de seguridad, yo me encargué de Jeremy—. Debía buscarme y saber dónde estaba. Había una multitud bastante loca durante la gira.

Roscoe asintió lentamente.

—Cierto.

—Y que yo esté aquí se llama *protección cercana* por una razón.

—Lo sé. Y lo entiendo. Sólo que se siente diferente. —Se encogió de hombros—. No sé. Tal vez lo estoy interpretando mal. Sé que te respeta, y después de la semana que pasamos en Vermont, nosotros cuatro solos... estás más cerca de él que de los demás, y eso está bien. No es gran cosa.

No estaba seguro de a dónde iba esto.

—¿Cuál es tu punto, Roscoe? Si te preocupa que no pueda hacer mi trabajo...

—No —dijo riendo—. Dios no. Es que... Ni siquiera lo sé. Maddox cree que estoy loco. Dice que Jeremy es el más hetero de los heteros, pero no

estoy seguro. —Se rio y suspiró—. Vale, mira. Creo que podría estar un poco enamorado, ¿o tener un bro-mance por ti? No lo sé. Y no tengo ni idea de hacia dónde gira tu puerta, si entiendes lo que quiero decir.

Oh, maldita sea.

No digas nada. No digas nada.

—Y todos hemos visto a Jeremy con muchas mujeres —continuó.

Sí, lo habíamos visto. No necesitaba el recordatorio.

—Pero nunca le he visto con nadie como actúa contigo. Se ríe mucho contigo, y es un poco sensiblero cuando estás alrededor.

Recordé cómo me abrazó antes.

—Siempre es cariñoso con los chicos.

—Sí. Con los chicos. Nunca con Ryan, nunca con Amber, ni siquiera conmigo. Pero lo es contigo.

—Él confía en mí —dije.

—Confía en ti. Steve, sólo te digo lo que veo. Y si es realmente heterosexual, entonces tal vez ha captado algunos sentimientos que podrían asustarlo en algún momento... No lo sé. Supongo que sólo digo que con todo lo que está pasando, con el acosador y el FBI, y ahora quizás esto... Está lidiando con mucho. Sólo que si no eras consciente, ahora lo eres.

Me apoyé en la encimera de la cocina y me crucé de brazos. Luego, al darme cuenta de que eso me hacía parecer a la defensiva o autocomplaciente, me metí las manos en los bolsillos.

—Sé con qué está lidiando. —Dios, esto era malo. Me pasé las manos por el pelo—. Maldita sea.

—Mira —dijo suavemente—, lo entiendo. Créeme...

Pero entonces dejó de hablar y se dedicó a mirar fijamente.

—Steve, ¿tú...? ¿Estás...?

Le lancé una mirada mortal.

—Joder. —Negó con la cabeza, aturdido—. No lo sabía. No es asunto mío. Creía que todo era cosa suya. —Comenzó a sonreír—. ¿Pero si es

mutuo...?

Suspiré.

—No lo es. No puede ser. Es... —Apenas podía formar palabras. Tenía la boca seca—. Él es, como dijiste, muy heterosexual. Y me gustaría mucho mantener mi trabajo, así que si pudieras no decir nada a nadie, sería genial.

Las cejas de Roscoe se fruncieron mientras intentaba atar cabos durante unos segundos. Dije que Jeremy era heterosexual, básicamente admitiendo que yo no lo era.

—Steve...

—Ni siquiera a Maddox. —Eso no era justo y lo sabía—. Lo siento. No quiero decir... —Dejé escapar un suspiro—. No puedo permitir que nadie se entere. Simplemente no puedo. Ya me ha costado...

—Steeeeeeve —gritó Jeremy desde la piscina.

Suspiré.

—Steeeeeeve —volvió a gritar.

Me mordí un gemido y salí hacia la piscina. Maddox estaba sentado en el escalón, con su cuerpo pálido y delgado medio oculto en el agua. Jeremy seguía en el agua, pero tenía los brazos cruzados en el borde de la piscina, con la barbilla apoyada en las manos. Tenía el pelo mojado y su piel brillaba bajo el sol.

Me sonrió.

—Maddox no me cree.

—¿Sobre qué?

—Todos los trofeos en tu apartamento. —Jesús.

—Vale, uno. —Maddox se rio—. No puedo creer que hayas entrado en el apartamento de Steve.

—No le iba a hacer esperar en el coche solo. No me gustaría pensar en qué problemas se metería.

Jeremy sonrió, y Maddox se rio de él.

—Y dos, ¿qué es eso de un título nacional de la MMA?

Miré a Jeremy y puse los ojos en blanco.

—No había trofeos de los nacionales. Sólo regionales y estatales.

Nunca pude competir por el cinturón.

Roscoe estaba ahora a mi lado pero me negaba a mirarle. Sí, Jeremy había estado en mi casa. Pero sólo porque no le dejé quedarse en el coche sin mí.

—Hay como veintitantos trofeos —dijo Jeremy—. Regionales, de distrito, estatales. Todos de campeón, además. Ningún segundo puesto.

—¿Por qué no había ningún trofeo nacional? —preguntó Maddox, todavía sonriendo.

Consideré cómo responder.

—Lesión.

Ambos pusieron cara de dolor. Comprendían cómo las lesiones podían hacer descarrilar una carrera.

—Oye —dijo Jeremy—. Nunca respondiste sobre el recordatorio.

—¿Qué?

—Dijiste que ibas a guardar los trofeos, pero eran un buen recordatorio. Nunca me dijiste de qué.

Le sonreí y le repetí lo que él me había dicho.

—Que si alguien irrumpe en mi casa, sabría qué eligió al tipo equivocado porque puedo matar a la gente con mis propias manos.

Jeremy se rio y se levantó sin esfuerzo de la piscina. Su cuerpo musculoso estaba empapado, el torso y los brazos ondulados con músculos que brillaban al sol, los pantalones cortos bajos en las caderas.

Cristo.

Aparté la mirada y, por supuesto, mis ojos se dirigieron directamente a los de Roscoe. Y, por supuesto, él me estaba mirando.

—Tengo trabajo que hacer —murmuré mientras volvía a entrar.

Maldita sea.

En el espacio de veinte minutos, me las había arreglado para salir del armario ante Roscoe y básicamente había admitido que no importaba lo mucho que me gustara Jeremy porque era heterosexual.

¿Excepto que Roscoe pensaba que podría no serlo?

¿Había estado Jeremy buscándome, esperándome como había dicho Roscoe? En Londres, París y Tokio. Esas ciudades de la gira eran una locura, y los chicos estaban agotados para entonces.

¿Se había quedado Jeremy dormido en mi hombro en la furgoneta en Londres?

Sí.

Estaba cansado. ¿Y qué?

¿Había disfrutado cada segundo?

También sí.

¿Me había cogido del brazo cuando salimos de aquel restaurante de París porque los paparazzi estaban allí?

Claro que sí. Porque era peligroso y la multitud nos rodeaba.

¿Me pidió a mí, y sólo a mí, que le acompañara a la una de la madrugada a unos callejones de Izakaya en Tokio para degustar la mejor comida callejera del mundo?

Sí, pero eso era una cuestión de seguridad.

Y en Singapur, cuando salimos de la rueda de prensa, volvió a agarrarme del brazo para atravesar el vestíbulo y subir a la furgoneta.

¿No estaban todo relacionado con el trabajo? Donde Jeremy necesitaba mi ayuda profesional, no mi compañía.

Roscoe estaba imaginando cosas.

Seguramente.

Estaba tan seguro de que Roscoe me iba a llamar la atención por mi comportamiento, pero no. Se había dado cuenta del comportamiento de Jeremy hacia mí.

Pero nunca le he visto con nadie como actúa contigo. Se ríe mucho contigo, y es un poco sensiblero cuando estás alrededor.

Te busca.

Te espera.

Nunca le he visto con nadie como actúa contigo.

Y luego esto...

Si es realmente heterosexual, tal vez haya captado algunos sentimientos que podrían asustarlo en algún momento. No lo sé. Supongo que sólo digo que con todo lo que está pasando, con el acosador y el FBI, y ahora quizás esto... Está lidiando con mucho.

Estaba lidiando con mucho. Una presión interminable, y ahora amenazas contra él.

Estaba lidiando con mucho.

Pero la idea de dejarlo, de que otra persona se encargara de su protección, de no verlo todos los días, me hacía sentir un poco enfermo.

Necesitaba poner en orden mis cosas.

Así que me dediqué a limpiar la cocina y luego a esconderme con mi portátil, escribiendo informes y revisando el horario recién ajustado para la próxima semana. Envié mensajes al equipo de transporte y a los conductores, y luego cometí el terrible error de buscar a Jeremy en las redes sociales.

Había grupos de Facebook, páginas de fans, cuentas de Twitter y TikTok dedicadas exclusivamente a él. Cientos de ellas, si no miles. No estaba buscando ninguna amenaza.

Ese no era mi trabajo y, francamente, no sabía por dónde empezar.

La mayoría de los mensajes eran imágenes y fotografías que no eran precisamente difíciles de ver. Jeremy en el escenario, sudoroso, con la camisa pegada a su cuerpo. O sin camisa, empapado y desgarrado, con el micrófono en la mano y las venas del cuello tensándose mientras cantaba.

Las fotos eran “trampas para la sed”... lo que sea que eso significara.

Fotos de él en la gira de *Código Rojo*, riendo, sonriendo, con los chicos, solo.

Conmigo.

Era extraño verme a mí mismo en las fotos de Internet.

Como si estuviera viendo fotos de otra persona.

Fotos mías con él, acompañándolo a una furgoneta, fuera de la furgoneta, dentro de un edificio, fuera de uno. Mi mano en su espalda, él agarrado a mi brazo.

Londres, Dublín, París, Múnich, Praga, Roma, Singapur, Manila, Hong Kong, Tokio...

Entonces, como era un completo masoquista, aparentemente, hice clic en mi nombre.

Había muchas fotos mías. Con todos los chicos de la banda en los últimos siete u ocho años. Muchas fotos anteriores de mí acompañando a Maddox, pero últimamente más de mí con Jeremy. Y los comentarios... Un montón de comentarios.

Sexi Steve

Pedazo de Guardaespaldas

Steve “Hombre de Hielo” Frost, el guardaespaldas más frío de Hollywood.

Dios. ¿A quién se le ocurrió esa mierda?

No era frío, ¿verdad?

Mi cara de trabajo era normalmente estoica. Estaba observando cada cosa, concentrado, enfocado. No estaba allí para sonreír a las cámaras.

Recordaba esta mierda de cuando todo era sobre Maddox y Roscoe. Todo ese ruido de las redes sociales era una completa absurdez.

Excepto para la gente que convierte al *admirador* en fanático, incapaz de separar la realidad de la ficción. Para ellos, éramos unos pocos individuos selectos. Cinco chicos de una banda y su seguridad o sus representantes. Eso era todo. Conocían cada detalle de nosotros.

¿Pero qué eran para nosotros?

Eran unos cientos de miles de personas. Todos los rostros de todas las multitudes, de todos los conciertos de todos los países se difuminaban. Sin nombre.

La locura.

Comprendía la emoción de los fans, y nunca menospreciaría lo que una banda como Atrous pudiera significar para ellos. Escribían canciones con las que los fans conectaban. Abordaban temas que hablaban directamente a sus admiradores, con los que estos se identificaban. Y eso era algo maravilloso.

¿Pero tener una fijación con ellos, pensar que tenían derecho a ellos, amenazarlos? Eso era algo que nunca pude entender.

Riko asomó la cabeza.

—Oye, jefe. Estoy fuera de servicio hasta las tres de la mañana. Voy a dormir un poco. Jeremy está en el salón delantero con Julio.

Consulté mi reloj y me puse de pie. Eran las cuatro.

—Mierda. —He perdido la noción del tiempo. ¿Están Maddox y Roscoe todavía aquí?

—No, se fueron hace unas horas.

—Dios, lo siento. —Ni siquiera había oído llegar a Julio.

—Todo está bien —dijo.

Se fue a su habitación y yo salí al salón. Julio había traído su camilla de fisioterapia portátil. Jeremy estaba tumbado en ella con una toalla en el culo y Julio estaba de pie en el otro lado, masajeando los músculos de los hombros. Levantó el brazo de Jeremy y lo giró, haciendo que todos los músculos de la espalda se abultaran y se deslizaran. Luego hundió el pulgar a lo largo de un músculo sobre el omóplato que hizo gemir a Jeremy.

Maldita sea.

—Ah, hola —dijo Julio al verme. Le dio otra pasada al trapecio de Jeremy—. Steve está aquí.

Jeremy no levantó la cabeza pero levantó un poco el brazo.

—Hmm.

—Sólo quería que supieras que Riko está descansando y que me tienes a mí —dije—. Pero os dejaré a vosotros dos con lo vuestro.

Jeremy gimió algo parecido a un asentimiento justo cuando Julio le tocó el hombro.

—Date la vuelta —dijo.

Y esa fue mi señal para irme. Ver a Jeremy en la mesa sin más que una toalla sobre su entrepierna era demasiado para mí.

—¿Cómo se siente ahora la parte baja de la espalda? —Oí decir a Julio mientras volvía a coger mi portátil.

Esta noche me instalé en la mesa del comedor en lugar del sofá, pensando que sería más profesional. Me conecté a su feed de seguridad y rápidamente tuve las cuatro vistas de las cámaras de seguridad en mi pantalla. Las puertas delanteras, la puerta principal, el patio y la valla trasera.

Llamé a Ivan, Jason y Zoe, y me dijeron exactamente lo que quería oír.

—Nada que informar jefe.

Todos sabíamos que cualquier detalle de protección era aburrido en un 99%. Pero era ese uno por ciento para el que debíamos estar preparados en cualquier momento.

Jeremy entró desde la sala de estar, vistiendo sólo su bañador, caminó hacia el sofá y cayó de cara sobre él.

—Agh.

Lo único que pude ver de Jeremy fue un pie que sobresalía del sofá y, con una risa, me encontré con Julio al llegar a la puerta. Tenía la mesa plegada y su bolso colgado del hombro.

—¿Necesitas ayuda con algo? —pregunté.

—No, lo tengo dominado como un arte —dijo—. Pero gracias.

—¿Cómo está el paciente? —pregunté.

—Jodidamente cansado —murmuró Jeremy contra el cojín del sofá.
Julio me sonrió.

—Lo cual no es sorprendente, teniendo en cuenta a lo que sometió su cuerpo en estos dos últimos meses. Cuatro o cinco meses, si se incluyen los ensayos que hicieron antes de la gira.

—Tal vez pasar el día en la piscina con Maddox no fue una gran idea —dije.

—Oye, Steve —dijo Jeremy. Todavía estaba boca abajo en el sofá, pero extendió el brazo para sacar el dedo corazón.

Me reí, y Julio asintió.

—Bueno, al menos está comiendo bien —dijo Julio—. Tiene que comer más regularmente.

Dios, ¿todo el mundo lo sabía menos yo?

—Sí ya me enteré.

—Oooh —gimió Jeremy—. Mis dos padres son tan lindos.

—Oye, Jeremy —dije. Me miró por encima del hombro, así que le mostré el dedo corazón de vuelta.

Se rio y volvió a enterrar la cara en el cojín.

—Te toca hacer la cena.

Puse los ojos en blanco y Julio sonrió.

—Jeremy nos vemos la semana que viene.

—No puedo esperar —murmuró—. Más masaje relajante, menos tortura la próxima vez.

Acompañé a Julio a la salida y cerré la puerta principal tras él. Pasé junto a Jeremy, que seguía tumbado en el sofá, y volví a mi portátil. Vi a Julio salir en coche y, en cuanto la puerta se cerró tras él, suspiré.

Ahora estábamos sólo Jeremy y yo otra vez.

Fui a la cocina y corté una manzana y pelé una naranja, eché unas galletas en el plato, cogí una botella de agua y se las llevé a Jeremy.

—Aquí tienes —le dije deslizándolo todo en la mesita de café frente a él.

Jeremy lo miró fijamente.

—¿Es para mí?

—Eh, sí. ¿Para quién más podría ser?

Se sentó y se acercó al borde del sofá.

—No tenías que hacer eso. Pero gracias. Tengo un poco de hambre.

Sus rizos rubios estaban un poco desordenados después de toda el agua salada y luego una sesión de fisioterapia. Seguía sin camiseta y estaba un poco bronceado.

Intenté recordar una época en la que estuviera más guapo que en este momento. Ni siquiera con trajes de diseño y joyas caras.

No. Unos bañadores viejos y el pelo despeinado valían más que cualquier etiqueta.

—¿Estás bien? —preguntó logrando de alguna manera comer, sonreír y hablar al mismo tiempo—. ¿Estás mirando por alguna razón?

Mierda.

—No, lo siento. Sólo pensaba...

—Oh, bien —dijo metiendo otro trozo de manzana—. Yo también. — Luego negó con la cabeza—. Esta manzana está muy buena. Y la naranja. Es tan sencillo. ¿Por qué no he estado haciendo esto durante años?

Negué con la cabeza.

—No tengo ni idea. De hecho, no tenía ni idea de que no tuvieras comida en tu casa.

Se encogió de hombros.

—He estado ocupado... durante una década.

Le sonreí.

—¿Es eso lo que estabas pensando?

—¿Eh?

—Dije que sólo estaba pensando, y dijiste que tú también.

—Oh, claro. Sí, estaba pensando... —tomó un sorbo de su agua y me sonrió—... que podrías enseñarme algunos de tus movimientos de MMA.

Me quedé mirando.

—Eh... ¿qué?

—Algo de defensa personal, pero también para poder darles una paliza a los chicos cuando lo necesiten.

—No te enseñaré nada para que puedas golpear a tus compañeros de banda.

Se rio y se llevó una rodaja de manzana a la boca.

—Entonces enséñame.

Antes de que pudiera responder o antes de que pudiera pensar en una docena de razones por las que era una idea terrible, mi teléfono sonó.

Era Neil Ambrose.

Hice clic en Responder.

—Steve.

—Sí, Steve. Tengo algunas noticias —dijo—. Acabo de hablar con nuestro hombre en los federales. Tienen a una persona de interés para interrogarla.

CAPÍTULO SEIS

A JEREMY le esperaban en el cuartel general de la compañía a las nueve de la mañana para ver las imágenes promocionales de la gira de *Código Rojo*, y condujimos en relativo silencio. En realidad, Jeremy había estado callado desde mi llamada telefónica con Ambrose. Oír la noticia de que se había encontrado a una persona de interés le había afectado. Pensé que se alegraría de la noticia, pero no parecía ser el caso.

Cuando se lo conté anoche, puso cara de circunstancias y asintió lentamente, inventando una excusa para irse a la cama temprano. Y esta mañana, sólo había picoteado su desayuno.

Apenas me había dicho cinco palabras en toda la mañana. Eso me puso al límite.

Riko estaba en el asiento delantero y yo en el trasero junto a Jeremy.

—Tiempo estimado de llegada, cinco minutos, jefe —dijo Riko.

—Gracias. —Me volví hacia Jeremy y esperé a que me mirara. Cuando no lo hizo, golpeé su rodilla con la mía—. Oye —dije.

Se encontró con mis ojos y me dio una sonrisa sin alegría.

—Hola.

—¿Estás bien?

—Claro.

Sonreí.

—Sabes, después de una década de estar en el centro de atención y de que te hagan todo tipo de preguntas, habría pensado que podrías mentir mejor que eso.

—Yo no miento.

—Le dices a la gente lo que quiere oír. Y yo no quiero eso. Quiero que me digas si algo va mal. Puedo reaccionar mejor si sé cómo te sientes, ¿de acuerdo?

Gruñó, pero no llegó a poner los ojos en blanco. Así que iba con el tratamiento de silencio.

—Pensé que estarías contento con la persona de interés que encontraron los federales.

Su mirada se dirigió a la mía antes de volver a mirar por la ventana. Pero sostenía su teléfono con demasiada fuerza, con los nudillos blancos.

—Sí, así es. Supongo.

—Jeremy —susurré. No había forma de que Riko o el conductor pudieran oírme. Jeremy me miró, con los ojos cautelosos—. Estarás bien.

—Sí, lo sé —murmuró—. Sólo lo hace real, supongo.

Quería decir que siempre fue real, pero supuse que no quería oírlo.

Puso los ojos en blanco.

—Puedes decir que siempre fue real. Sé que quieres hacerlo.

Me reí.

—¿Soy tan fácil de leer?

Estuvo a punto de sonreír, pero en su lugar soltó un suspiro.

—Nos enfrentamos a esta mierda todo el tiempo. ¿Por qué ésta es diferente?

Le miré a los ojos y le dije la verdad.

—Porque eres tú. Esta persona está obsesionada contigo y no vamos a dejar que se acerque a ti. Así que estás atrapado conmigo como compañero de casa hasta que la amenaza termine, lo siento.

Sus ojos azules se encontraron con los míos.

—En realidad no me importa tenerte cerca. Aparte de todo el asunto de la cocina que insistes en que haga. ¿Realmente la gente hace eso todos los días?

Sonreí ante eso.

—Si crees que la cocina es mala, espera a que te enseñe cómo es la limpieza.

Se rio y me alegró el corazón verle sonreír.

—Oh, creo que está en uno de mis contratos que no puedo hacer eso. No hay limpieza de ningún tipo. Va en contra de la política de la empresa.

—¿En serio?

—Sí.

—Bueno, mi contrato establece claramente que todas las partes deben contribuir por igual. Cocinar y limpiar es obligatorio, y no importa si eres uno de los cantantes más famosos del mundo. Harás tu parte.

Se rio en voz baja, y por supuesto, ignoró la parte de *famoso*.

—¿Tu contrato?

—Sí.

—Necesitaría ver eso para asegurarme, de lo contrario, me parece una tontería.

—Oh, lo tengo copiado aquí mismo —dije metiendo la mano en el bolsillo de mis vaqueros y sacando el dedo corazón.

Jeremy se rio, su estado de ánimo era mucho mejor ahora.

—Tiempo estimado de llegada, treinta segundos —dijo Riko.

—Entendido —respondí.

Jeremy me miraba, con una sonrisa en los labios.

—¿En serio acabas de decir “copiado” como un maldito marine?

No le di la respuesta sarcástica que quería. Dado que ahora estaba bromeando conmigo, sin duda se sentía mejor después de admitir que su acosador había empezado a ser demasiado real.

La furgoneta redujo la velocidad y atravesó el primer conjunto de puertas y luego un segundo conjunto, en el que Sayed, nuestro conductor, tuvo que mostrar su identificación en una puerta de la barrera. Esto formaba parte de la mayor seguridad que el Sr. Kim había instalado en las oficinas del edificio Krüper tras el incidente de Roscoe y Maddox en Nueva York. Platinum tenía su propio nivel en el sótano para aparcar en sus propias puertas, y en los ascensores, sólo las tarjetas de acceso aprobadas podían acceder a cualquiera de las plantas que poseía Platinum.

Cuando la furgoneta redujo la velocidad en los ascensores, me acerqué y le di unas palmaditas en la rodilla a Jeremy.

—No te preocupes por el caso o por los federales. Las autoridades se encargarán de ello. —Lo cual era mucho más fácil de decir que de hacer, lo sabía muy bien—. Haz tu vida normal y deja que nosotros nos preocupemos del resto. ¿De acuerdo?

Jeremy me dedicó esa media sonrisa que hizo que mi corazón golpeará contra mis costillas.

—Copiado.

Antes de que pudiera gruñirle, Riko abrió la puerta de la furgoneta.

—Todo despejado.

Salí de la furgoneta y me situé frente a Riko, esperando a que Jeremy saliera. Le acompañé hasta el ascensor y pulsé el botón, ignorando la sonrisa que llevaba. Las puertas se abrieron. El ascensor estaba vacío, así que le tendí la mano, haciéndole un gesto para que entrara.

Jeremy miró mi mano.

—Pensé que querías tomarte de la mano por un segundo.

Le seguí y Riko me siguió. Me puse en la parte de atrás con Jeremy. Riko se puso delante de nosotros, de cara a la puerta.

—Tomarse de la mano es un cargo extra —dije—. Tendría que consultarlo con Ambrose.

Jeremy se rio.

—Copiado.

Suspiré.

—El sarcasmo también tiene un costo adicional.

Sonrió.

—Aunque no es realmente un sarcasmo, ¿verdad? ¿Cuál es el precio de las burlas en general? ¿El doble? ¿El triple?

—Cero. Sólo tienes que ir con Ivan en vez de conmigo.

Jeremy se rio.

—Auch.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron en nuestra planta. Saludamos al personal de recepción al entrar.

—Maddox y Wes llegaron hace unos minutos. Blake y Luke llegarán en cinco —expliqué.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jeremy.

Levanté mi teléfono.

—Sé dónde están todos.

Llegamos al salón y Maddox y Wes estaban en la máquina de café. Ryan entró, con el iPad en la mano, al mismo tiempo que nosotros.

—Oh, bien, estás aquí —dijo Ryan a Jeremy—. Tenemos que repasar algunos conceptos para la sesión de fotos... —Ryan se detuvo y frunció el ceño—. Pareces cansado.

—Buenos días, Ryan —dijo Jeremy con demasiada alegría—. Pareces algo que un gato arrastró. ¿También tienes un loco acosador obsesionado que intenta matarte, o sólo soy yo?

Ryan parecía justamente amonestado.

—Lo siento. Es que... no lo pensé.

No, no pensaste.

Miré a Maddox y a Wes.

—Apenas ha tocado su desayuno. Necesitará comer algo.

Jeremy suspiró.

—Por el amor de Dios, Steve.

Maddox se rio y bromeó secándose una lágrima falsa.

—Parecéis a mis padres.

Jeremy le empujó.

—Vete a la mierda, gilipollas.

—Y no debe salir de este edificio sin mí —añadí.

—¿Le darás una paliza si lo hace? —preguntó Maddox con una sonrisa emocionada.

—¿Una paliza a Jeremy? No, por supuesto que no —respondí rotundamente—. Pero segurísimo tendría una pequeña charla con cualquiera que le ayude a escapar.

Jeremy resopló.

—Voy a suponer que no sería una charla agradable.

—Para ellos seguro que no. —Entonces me volví hacia Ryan—. ¿Está Ambrose?

—No lo he visto, pero supongo que está aquí en alguna parte.

Le hice un gesto con la cabeza, y entonces los teléfonos mío y de Ryan sonaron al mismo tiempo. El mensaje era de Ambrose.

En mi oficina. Diez minutos.

Esto sólo podría ser una actualización de la persona que los federales habían traído para interrogar, seguramente.

Mi mirada se dirigió a Jeremy, que me miraba fijamente. Estaba claro que podía adivinar de qué se trataba el mensaje.

—Te lo haré saber tan pronto como lo sepamos —le dije.

Volvió la mirada de preocupación, pero asintió.

—Copiado.

Ni siquiera podía enfadarme.

—¿Es una noticia sobre el acosador? —preguntó Wes.

—Los federales encontraron a alguien para interrogarlo anoche —dijo Maddox. Obviamente, Roscoe se lo había dicho.

Amber entró, decidida. Incluso enfadada.

—Reunión con Ambrose —dijo Ryan.

—¿No has visto el flash de noticias del circo de mierda que se ha montado? —preguntó.

Una punzada de preocupación atravesó mi pecho. Ryan negó con la cabeza.

—No...

Ella mostró su teléfono.

—Acaban de soltar a quien habían detenido para interrogarlo —dijo con una mirada de desprecio en su rostro—. Y alguien que le conocía lo publicó todo en el puto Twitter.

—¿Qué? —preguntó Jeremy en voz baja—. ¿Publicado sobre qué?

Maddox ya estaba mirando su teléfono. Está claro que encontró algo en medio segundo porque miró a Jeremy, con la cara un poco pálida.

—Acosador de Jeremy Dalton. —Maddox negó con la cabeza y siguió leyendo—. Es tendencia. FBI involucrado, fans locos, acosador de Atrous, salva a Jeremy. —Entonces Maddox miró a Ryan y a Amber—. ¿Cómo coño ha pasado esto?

Jeremy se pasó la mano por el pelo.

—Bueno, esto es simplemente genial.

Quería ir hacia él. Quería darle un apretón en el hombro, quería tranquilizarlo, abrazarlo.

En cambio, Maddox rodeó a Jeremy con su brazo y lo miró a los ojos.

—Ya lo resolverán. Mientras tanto, nosotros seguiremos con nuestra vida, ¿verdad?

Por mucho que deseara haber hecho eso, me alegraba que tuviera a Maddox. Si alguien podía entender por lo que estaba pasando Jeremy, era su mejor amigo.

Los ojos de Jeremy se encontraron con los míos y le hice un gesto con la cabeza. No tuve que decirle a Maddox que no se apartara de su lado; hoy

no lo iba a dejar solo ni un segundo.

—Dame unos minutos —dije—, y te diré lo que sabemos.

Jeremy intentó sonreír, pero fue breve. Aunque había gratitud en sus ojos.

Ryan, Amber y yo tomamos el ascensor hasta el último piso.

—Esto es exactamente lo que queríamos evitar —dijo Amber. Estaba enfadada, y con razón.

—Los malditos paparazzi van a estar metidos en todo esto —murmuró Ryan—. Va a ser un circo.

Lo que decían era cierto, sí. Pero todo lo que podía pensar era en Jeremy. Él estaba en el ojo de la tormenta de mierda. En el centro. Su vida, su privacidad, su seguridad.

Apreté la mandíbula para no decir nada de esto en voz alta. Y cuando se abrieron las puertas del ascensor, salí primero y me dirigí por el pasillo hacia el despacho de Ambrose.

La puerta estaba ligeramente entreabierta, así que llamé y metí la cabeza. Ambrose estaba hablando por teléfono, pero asintió y me hizo un gesto para que entrara. Roscoe ya estaba allí, sentado frente al escritorio de Ambrose.

—¿Te has enterado? —susurró Roscoe.

—Ahora mismo.

—¿Dónde está Jeremy?

—Con Maddox en el salón.

Roscoe suspiró aliviado.

—¿Cómo está?

—Creo que está más asustado de lo que deja ver. —Mi teléfono sonó. Era Zoe.

—Zoe —respondí en un susurro—. ¿Qué pasa?

—Multitud de medios de comunicación reuniéndose en las puertas de entrada.

¿Ya? Maldita sea.

—¿Entraste?

—Sí, jefe. Estamos bien.

—Estoy en una reunión. Quédate con los chicos en el salón hasta que vuelva.

—De acuerdo.

Cuando terminé la llamada, Amber y Ryan se habían sentado y Ambrose puso el teléfono sobre su escritorio.

—Era el señor Kim. Ya lo tiene legalizado. La persona que filtró la información es, al parecer, un miembro de la familia de la persona de interés que publicó que el FBI se había llevado a su hermana *antes* de que ésta fuera liberada. Alegan que no sabían que debían mantener la boca cerrada. Por cierto, la persona que fue entrevistada fue liberada sin cargos.

—¿Quién era?

Ambrose suspiró.

—Sólo un fan demasiado entusiasta que acumuló unas cuantas direcciones de correo electrónico con diferentes RPV para tener cuentas de títeres en las salas de chat del fandom de Atrous.

Jesús. Negué con la cabeza.

—Hay una gran diferencia entre publicar tonterías en el chat y amenazar de verdad con matar a alguien —dije—. ¿En qué coño estaban pensando los federales?

Ambrose se encogió de hombros.

—Aparentemente tienen a algunas personas de interés en la lista. Esa fue la primera.

—Oh, genial —dije secamente—. La primera y mira qué desastre.

Ambrose me miró y supe que probablemente me había pasado de la raya, pero no me importó. Esto no era una broma.

—No estoy exagerando —dije—. Esto acaba de hacer el trabajo de todos diez veces más difícil. El mío más aún. —Levanté mi teléfono—. Zoe

y Blake acaban de llegar con Luke y Jason, y ya hay una multitud de paparazzi y medios de comunicación abajo en las puertas de entrada.

Ambrose suspiró.

—Nos ocuparemos de eso. De momento —continuó—, es una afirmación infundada de alguna persona en Internet que no está involucrada en el caso. La *persona de interés* para el caso no ha hablado de ello, pero la hermana... —Frunció el ceño—. Bueno, la hermana grabó un vídeo del dormitorio de esta persona, y está cubierto de pared a pared con fotos de Jeremy, recortes de cartón, muñecos, todo ese tipo de cosas. Pero no es sólo el dormitorio. Es toda la casa, aparentemente. Es un poco espeluznante. Ahora está en todo Internet, y los medios de comunicación se han fijado en esas imágenes.

Dio la vuelta a su iPad y tocó la pantalla, lo que hizo que apareciera un sitio de noticias. Le dio a Reproducir y, efectivamente, había un dormitorio completamente cubierto de fotos y posters de Jeremy. Incluso el edredón tenía su cara, al igual que las almohadas. Se oía una voz femenina que decía:

—El FBI vino a interrogarla sobre una fijación con una celebridad. No hay que adivinar quién es el famoso...

Oh, simplemente genial.

—¿Dónde está esta persona ahora? —preguntó Roscoe—. ¿No la hermana, la que habla, sino la persona de interés que fue interrogada?

—Han pedido un abogado y ha sido liberada hace unas dos horas —respondió Ambrose.

Probablemente tratando de averiguar las entrevistas y las tarifas de pago. Ninguno de nosotros lo dijo en voz alta, pero sabía que todos lo estábamos pensando. Y Ambrose también, porque añadió:

—Les han impuesto una orden de silencio.

—Así que *no pueden* hablar de ello, pero eso es demasiado poco y demasiado tarde para la hermana que ya ha hablado —dijo Ryan—. El daño

ya está hecho.

Ambrose asintió.

—El Sr. Kim tiene a Relaciones Públicas trabajando en una declaración formal.

Me resistí a suspirar. Roscoe masajéo sus párpados con el pulgar y el dedo índice.

—La persona que posee ese dormitorio... —dije—. ¿Qué sabemos de esta? ¿Hombre, mujer, edad, dirección?

Ambrose hizo una pausa y, por un segundo, pensé que no iba a responder. Lo cual era una estupidez porque sin duda ya estaba en todo Internet.

—Mujer, diecinueve años. La dirección es aquí en Los Ángeles. Se llama Lilian Sosa.

—¿Y las otras personas de interés? —preguntó Roscoe—. Dijiste que había una lista. ¿Se les ha entrevistado?

—Sólo uno, hasta ahora. Un chico llamado Adrian Thrift. El equipo del FBI en Ohio lo llevó para interrogarlo esta mañana temprano en relación con un servicio de redirección de correo. Aparentemente tiene toda una operación de redirección, pero ha estado cooperando.

La turbia redirección del correo tenía como objetivo proporcionar marcas de correos aleatorias para despistar cualquier sospecha. Era difícil atar cabos cuando una carta venía de Los Ángeles, otra de Ohio y otra de Londres.

Por una cuota, podía enviar varias cartas selladas y con dirección en un paquete al Sr. Thrift. Entonces él distribuiría cada carta a personas en diferentes lugares que simplemente echarían la carta al correo. La carta tendría entonces un matasellos de un lugar en el que no se originó.

Era muy turbio. Y muy ilegal. Las únicas personas que habrían utilizado un servicio así estaban escondidas u ocultaban su ubicación. Mentirosos, tramposos, evasores de impuestos.

Acosadores.

A mí me pareció una gran molestia. Lo mismo con el cambio de RPV. No es que yo supiera cómo hacerlo, pero me pareció un atraso.

—No lo entiendo —admití.

Ambrose ladeó la cabeza.

—¿No entiendes qué?

—Si esta persona obsesionada está tratando de llamar la atención de Jeremy, si quiere que él sepa quién es, ¿por qué ocultar su identidad?

—Están ocultando su identidad a la policía y a los federales —dijo Ambrose—. Quieren la atención de Jeremy, no la de las autoridades. —Respondió como si fuera una pregunta, diciéndome que esto era, en el mejor de los casos, sólo una suposición.

Podía ver su punto, pero no me sonaba a verdad.

—¿No lo crees? —preguntó Roscoe.

Todos me miraron fijamente, esperando mi respuesta.

—No. No lo sé. Hay que reconocer que no soy psicólogo y no puedo empezar a entender hasta qué punto debe ser una persona cegada e ilusionada, o lo que sigue como comportamiento típico. Pero —añadí—, en la última década, lo único que sé es el tipo de fan que sigue a estos chicos. Los que creen sinceramente que van a casarse con uno de ellos. Ese tipo de apego y encaprichamiento es algo que todos hemos visto mil veces, ¿verdad?

Cada uno de ellos asintió, más o menos.

—Probablemente no es cien por cien sano, pero es mayormente inofensivo. Se excitan y se vuelven un poco salvajes. Quieren toda la atención de los chicos. Dan sus nombres y números de teléfono, direcciones. Lo que no hacen es esconderse.

Amber ladeó la cabeza.

—¿Qué estás diciendo, Steve?

—Que el tipo de fan que tiene su habitación cubierta de posters y recortes de cartón de Jeremy va a querer que él sepa quién es. —Señalé con la cabeza la pantalla del iPad, donde aún se veía la imagen del dormitorio—. Vemos ese tipo de fans todos los días. La mayoría de las veces son geniales. Aman a la banda, la apoyan y la protegen. Te apuesto lo que quieras a que la mayoría de los hashtags en las redes sociales son fans apoyando para proteger a Jeremy.

Ambrose asintió.

—Hay mucho, sí.

Levanté el dedo.

—Pero esa persona, ese 0,1 por ciento, que odia a Jeremy, por cualquier razón injustificada y estúpida, es a quien deberíamos buscar. No a alguien que dice amarlo. Busca a los que le odian.

Ryan hizo una mueca.

—Entiendo lo que dices. Pero a veces algunas personas no saben distinguir la diferencia. Lo que creen que es adoración y amor es una obsesión espeluznante, y a veces esa obsesión se convierte en algo totalmente distinto. Y entonces adquieren esa mentalidad de que si ellos no pueden tenerlos, nadie más puede. A menudo hay graves problemas psicológicos en juego.

—Sí, lo entiendo —admití—. Pero esto no se siente así. La ocultación de su identidad se siente fuera de lugar. —Todos me miraron fijamente y me pasé la mano por la cara—. No sé —dije. Necesitaba callarme—. Lo siento. Estoy seguro de que el FBI sabe lo que hace.

Me quedé callado durante el resto de la reunión. Cuando terminara, transmitirían todas las novedades a Jeremy y a los chicos, así que aparté a mi equipo. Sabía que todos estarían esperando escuchar.

—Hola, jefe —dijo Robbie cuando entré—. ¿Qué pasa?

Todos se detuvieron y escucharon.

—En última instancia, no hay ningún cambio en nuestra configuración, y las cosas seguirán como hasta ahora. Tendré que hablar con los medios de transporte, porque es de esperar que haya algún control de los medios de comunicación y de las multitudes, pero eso depende de la seguridad en tierra. Nos centramos en nuestros chicos, en llevarlos a los lugares y garantizar su seguridad personal —suspiré—. Supongo que todos habéis visto las imágenes de la casa con los carteles y las fotos.

Asintieron.

—Los chicos lo estaban viendo —dijo Ivan—. No es bueno.

—No. El Sr. Kim emitirá una declaración legal esta mañana, y espero que eso sea el final.

—La persona que interrogaron —dijo Zoe—. ¿Qué pasó con ella?

—Liberada sin cargos. Pero también están hablando con otra persona en Ohio sobre la redistribución del correo. Y creo que tienen una lista de otras personas de interés.

—Así que nos quedamos como estamos —dijo Robbie.

No era realmente una pregunta, pero asentí de todos modos.

—Mientras siga existiendo la amenaza actual, seguiremos asignados. Que los medios de comunicación se enteren no es lo ideal, y sí, dificulta nuestro trabajo. Pero no es nada que no podamos manejar. Os tomaréis unos días para que podáis ir a casa, ver a vuestras familias y dormir bien.

—¿Y tú jefe? —preguntó Riko.

Probablemente debería rotar, dejar que otra persona cubra mi turno durante unos días. Pero no había manera.

—Me quedaré con Jeremy.

Nadie pestañeó. Nadie me cuestionó. Y no estaba seguro de si eso era algo bueno o malo, pero no me iba a ir del lado de Jeremy hasta que todo terminara.

Simplemente... no.

Cuando Jeremy y los chicos salieron de su reunión con los directivos y Ambrose, me puse en pie, con el corazón palpitando cuando Jeremy se encontró con mis ojos.

—Oye —dije.

Metió la mano en el bolsillo trasero y trató de sonreír.

—Hola.

—¿Estás bien?

Consiguió asentir y luego dejó escapar un largo suspiro.

—Sí. Todo está bien. Sólo una cosa más. Todo forma parte del trabajo, ¿no?

—No —respondí rotundamente—. No te has apuntado a esto.

—Aunque, en cierto modo, lo hice. Los fans y el bombo de los medios.

—Se encogió de hombros—. Lo bueno, lo malo y lo feo.

Maddox le dio una palmada en el hombro a Jeremy.

—No hables así de Luke y Blake.

Jeremy sonrió. Más o menos. Luego señaló una de las salas de conferencias.

—Tenemos que ver estas imágenes de la gira.

—Voy a por las palomitas —dijo Luke mientras se dirigía a la zona del salón.

—Trae refrescos —gritó Wes tras él, pero luego decidió seguir a Luke.

Maddox sonrió tras ellos antes de pasar el brazo por el hombro de Jeremy mientras se dirigían a la sala de conferencias.

—Vamos, consigamos los mejores asientos. Y hasta te dejaré abrazarme, pero no se lo digas a Roscoe.

Jeremy le empujó.

—Vete a la mierda.

No pude evitar sonreírles, pero mientras desaparecían por el pasillo, se me ocurrió algo.

Las imágenes de la gira...

Necesitaba ver las imágenes de la gira.

Me dirigí al despacho de Ambrose y lo encontré, de nuevo, con el teléfono pegado a la oreja. Me hizo un gesto para que entrara, así que tomé asiento y terminó su llamada.

—Gracias de nuevo por la actualización... vale, adiós. —Parecía haber envejecido cinco años—. Han llamado a la policía para que controle a la gente de abajo.

—Bien. —Luego añadí—: Podría valer la pena pedirles que den una vuelta por la casa de Jeremy. Sin duda habrá algunas sanguijuelas esperando a las puertas.

Ambrose suspiró como si no hubiera pensado en eso.

—Podría necesitar una escolta para llegar a casa a este puto ritmo.

Ambrose no solía decir palabrotas, y menos en mi compañía. Estaba claro que había tenido una larga mañana.

—Así que —dije—. El material de la gira que los chicos están viendo. Me preguntaba si podría verlo. Más concretamente, las imágenes del público. No necesito ningún material entre bastidores de la banda. —Eso, lo vi con mis propios ojos. Lo viví con ellos. Sin embargo, no lo dije en voz alta—. Cualquier multitud que se reúna en los hoteles, en los aeropuertos, en los estudios de televisión y en las entrevistas, en cualquier lugar donde el público estuviera o tuviera acceso visual a la banda.

Me miró fijamente.

—¿Crees que esta persona estuvo allí?

—Creo que no deberíamos descartarlo.

—¿En Europa o en Asia?

—Sí. Dijiste que algunas cartas venían del extranjero. Y que las groupies nos sigan en una gira mundial no es nada nuevo.

Ambrose me estudió, buscando algo. Le sostuve la mirada con convicción. Esto no estaba fuera de mi ámbito de responsabilidad. ¿Podría hacer que alguien más revisara las imágenes? Claro. ¿Sabrían qué buscar?

¿Lo sabría yo?

—Sé cómo leer una multitud —dije—. Sé cómo leer a un individuo. No sé lo que estoy buscando, exactamente, pero creo que lo sabré cuando lo vea.

Se mordió el interior del labio durante un segundo antes de conceder un asentimiento.

—De acuerdo. Veré lo que puedo hacer.

Intenté no sonreír.

—Gracias.

Su teléfono zumbó y él gimió. Dado que nuestra reunión había terminado, no quería hacerle perder más tiempo. Le hice un gesto con la cabeza mientras me iba, y él ya estaba atendiendo su teléfono.

Así que, ahora que la banda estaría ocupada durante algún tiempo, llevé a Robbie y a Riko al vestíbulo. Quería ver a la multitud...

Y eso me dio otra idea.

La multitud fuera era grande y la mayoría era de los medios de comunicación: TV, reporteros, fotógrafos. Muchas cámaras y teléfonos. Pero también había un buen número de aficionados. La policía estaba allí ahora, controlando y dispersando, supongo. La seguridad del edificio vigilaba las puertas principales, comprobando las identificaciones y las autorizaciones antes de dejar entrar a nadie. También había seguridad secundaria en la recepción y en los ascensores.

Cristo.

Vi una cara conocida junto al mostrador de recepción y me dirigí hacia ella.

—Es un espectáculo, ¿eh?

Katarina era una encargada de seguridad, con su uniforme de seguridad y las manos a la espalda, y me dedicó una sonrisa forzada.

—Podría decirse que sí.

—Supongo que el sótano y el aparcamiento están igual.

Ella asintió una vez.

—Sí.

—¿Puedo preguntar...? ¿El alcance de las cámaras de seguridad? ¿Vuestras cámaras sólo cubren las entradas y salidas y las plantas interiores? ¿O habrá imágenes de esta multitud en el exterior?

Sus ojos afilados se dirigen a los míos.

—El metraje exterior es limitado, aproximadamente cuatro metros. Más allá de eso, no sé qué calidad obtendrás. No si buscas detalles faciales.

Asentí.

—Me gustaría verlo. Pero haré que la petición venga del jefe. Estoy seguro de que no tengo autoridad para venir a pedirlo sin más —dije riendo un poco—. Sólo quería saber si era posible.

Ella sonrió ante eso.

—No hay problema. —Miró a la multitud y frunció los labios—. El FBI y la policía, según las cadenas de noticias y los sitios de entretenimiento. *El Daily-E*, aparentemente, está publicando un hilo de todo el día.

Gruñí.

—Me lo imagino.

Señaló con la cabeza la pared de cristal y la multitud que había más allá.

—Parece que también tienes algunos fans.

Seguí su línea de visión y, efectivamente, los periodistas intentaban llamar mi atención. Sus gritos apagados eran apenas audibles a través del cristal.

—¡Steve! ¡Steve!

Fue entonces cuando me di cuenta de que Robbie y Riko se habían colocado a mí alrededor como si necesitara su protección.

Probablemente sería divertido si un centenar de personas no estuvieran gritando mi nombre, agitando los brazos y las cámaras hacia mí. Había más de treinta metros y una pared de cristal entre nosotros, otra seguridad y la policía, y aun así... era desconcertante tener la atención dirigida a mí.

Me volví hacia Katarina y le hice un gesto con la cabeza.

—Alguien de arriba se pondrá en contacto —dije—. Sobre las imágenes.

—No hay problema —respondió ella. Su mirada estoica volvió a dirigirse a la multitud que se agitaba y gritaba.

Volví a los ascensores y, en cuanto se cerraron las puertas, me desplomé.

—Ha sido una locura. ¿Cómo saben quién soy? Quiero decir, cuando estoy con la banda, claro. ¿Pero por mi cuenta?

Robbie negó con la cabeza.

—Jefe, tienes que mirar internet más a menudo.

—He leído los informes y los reportes...

—Me refiero a las redes sociales. No para los chicos o la banda. Sino para ver lo que dicen de ti.

—¿De mí? —Pero entonces recordé los comentarios sobre mi frialdad y el Hombre de Hielo. Puse los ojos en blanco—. No te creas todo lo que lees en internet.

Riko suspiró cuando las puertas se abrieron en nuestro piso.

—Salir esta noche, con esa gente, va a ser divertido.

—Seguro que el Sr. Kim hará una declaración —dije—. Eso suele dar a los buitres algo que comer durante un tiempo. Crucemos los dedos para que nos dejen en paz. Pero si queréis descansar un poco mientras los chicos ven las imágenes de la gira, os sugiero que lo hagáis ahora.

—Buena idea —aceptó Robbie mientras pasábamos por la zona del salón. Acomodó su enorme envergadura sobre uno de los sofás—. No hace falta que me lo digas dos veces.

Volví a la oficina de Ambrose y solicité también las imágenes de seguridad de la planta baja, a lo que Ambrose accedió de inmediato.

Un hombre apareció en su puerta, sosteniendo un papel.

—Ah, Peter, llegas en el momento perfecto —dijo Ambrose—. Él es quien necesita las imágenes.

Peter me entregó el papel.

—Su código de acceso. Siga el enlace. Es sólo para un usuario, aprobado por su número de identificación de personal.

—Gracias.

Peter se marchó sin decir nada más y Ambrose suspiró, restregándose la mano por la cara.

—Lo siento. Medidas de seguridad en torno a todo el material inédito. Ya sabes cómo es eso.

Asentí.

—Sí. Está bien. Seguro que mi equipo está tratando de recuperar el sueño en el salón. Yo estaré en mi despacho.

Su teléfono volvió a sonar, aunque esta vez contestó inmediatamente.

—Arlo.

Uf. Buena suerte con eso. Le hice un gesto para que lo atendiera y lo dejé en paz. No envidiaba su trabajo. Me gustaba Ambrose. Se movía en esa línea de tratar de mantener a todo el mundo feliz bastante bien, aunque después de todo el calvario con Maddox hace unos años, realmente hizo que todos los miembros de la banda fueran su primera prioridad.

Mientras que Arlo Kim se guiaba por los números, Ambrose ponía a la gente por encima de los presupuestos. Lo respetaba por eso.

Bajé a mi despacho y encendí las luces. Me pareció que hacía una eternidad que no entraba aquí. Me senté en la silla y encendí el ordenador. Mientras esperaba a que arrancara, miré las noticias en mi teléfono.

Jeremy Dalton...

El cantante, compositor y productor de Atrous, Jeremy Dalton...

Acosador de Atrous...

Atrous. FBI. Policía.

Jeremy...

Jeremy...

Jeremy...

Suspiré y deslicé mi teléfono sobre mi escritorio, ya había visto suficiente. Me conecté a mi ordenador, seguí el enlace que me había dado Peter e introduje el código.

Efectivamente, se abrió una pantalla que mostraba... Cristo. Quince horas de grabación.

Y esto era sólo el material que había solicitado. Multitudes en los aeropuertos, entrevistas, delante de los estadios, fuera de los estudios de televisión, fuera de los hoteles.

Presioné Reproducir.

El material comenzó, naturalmente, con el inicio de la gira en Los Ángeles. Entrevistas, una actuación en Late Nights, sesiones de fotos. El metraje recorre las multitudes, las filas de gente, cientos, miles de caras.

Aplausos, vítores, gritos, fans emocionados que se volvían locos con sólo ver a la banda. Maddox y Jeremy, sobre todo, pero también Wes, Luke y Blake. Aunque habían hecho un esfuerzo deliberado por compartir el asiento de las preguntas en todas las entrevistas, Jeremy y Maddox seguían siendo los favoritos de los fans.

Mi estómago y sus estúpidas mariposas me traicionaban cada vez que Jeremy aparecía o mostraba esa sonrisa de alto voltaje mientras saludaba. Lo cual era una estupidez, porque en las imágenes nunca estaba lejos de él. Caminando a su lado, delante de él, detrás de él, a lo sumo unos metros.

Era desconcertante vernos interactuar así.

¿De verdad me había sonreído así cuando se bajó de la furgoneta en el estudio de televisión?

Traté de pensar si habíamos bromeado sobre algo, pero fue hace tantas semanas. Hace tantas ciudades y paradas de la gira.

No podía pensar en nada en particular, pero ahí estaba él, sonriéndome, y ahí estaba yo, devolviéndole la sonrisa. Bueno, era más bien un conato de

sonrisa, pero aun así...

Atrapado en 4K.

Pero luego mi sonrisa se desvaneció cuando nos abrimos paso entre el muro de fans que gritaban. Jeremy los saludó a todos y yo me mantuve entre él y la policía, que mantenía la línea.

No fue hasta que las imágenes se cortaron después de la entrevista cuando me di cuenta de que ni siquiera había estado mirando al público. Había estado demasiado ocupado mirando a Jeremy.

Cristo.

Así que pulsé el botón de rebobinado y, esta vez, me centré sólo en la multitud. Las caras, el comportamiento, las posturas, las expresiones.

A los treinta y cinco minutos de la grabación, vi algo que me hizo incorporarme y pulsar Pausa.

Todavía en Los Ángeles, el hotel en el que nos alojábamos al principio de la gira. Siempre nos quedábamos juntos en la gira, incluso cuando estábamos en Los Ángeles. Sí, todos vivíamos aquí, pero era una cuestión de seguridad, de logística.

Había una multitud decente en la calle del hotel. Siempre la había. En su mayoría mujeres, pero no siempre, sosteniendo pancartas y carteles, fotos. Gritando, cantando canciones de Atrous, riendo. En su mayoría, muy emocionados por la posibilidad de ver a la banda.

Excepto por una persona.

Una mujer estaba de pie en el borde de la multitud. Tenía el pelo castaño y la cara redonda y pálida. Llevaba una camisa negra de manga larga y vaqueros cuando todos los demás llevaban camisetas y pantalones cortos, como si eso no la hiciera destacar lo suficiente.

Pero lo que me llamó la atención fue su comportamiento.

Se quedó quieta con los brazos caídos. Donde todos los demás saludaban o bailaban, ella no se movía. No sonrió ni se emocionó. En todo caso, parecía enfadada. Incluso confundida.

Anoté la marca de tiempo, hice una captura de pantalla y seguí observando.

La siguiente parada fue la ciudad de Nueva York. Fue sólo una parada de dos días en el camino de Los Ángeles a Londres. No hubo concierto, pero sí entrevistas y publicidad, un mal necesario en una gira.

Los chicos estaban entusiasmados por volver a viajar al extranjero. Había pasado un tiempo entre las giras, y dado que su última gira fue en Estados Unidos, era hora de volver a Europa y Asia.

La gira iba a ser otra larga, pero se habían preparado y entrenado bien, y tenían todo un nuevo álbum de canciones para cantar en directo por primera vez.

Los medios de comunicación estadounidenses estaban exaltados, pero nada comparado con los mercados de ultramar, que se habían adelantado a la gira y a todo el bombo y los beneficios que conllevaba.

Escudriñé cada centímetro de la multitud neoyorquina en cada evento, pero no encontré nada que destacara.

El metraje saltó entonces a Londres. Volamos en avión privado, por supuesto, y evitamos el loco caos de Heathrow. Pero la multitud en el hotel era atterradoramente grande. El hecho de que el público supiera en qué hotel nos alojábamos era preocupante, pero la seguridad y la policía locales lo habían gestionado muy bien.

Las cámaras se movían entre la multitud que gritaba, y aunque estaba oscuro y lloviznaba, podía ver las caras con suficiente claridad.

Ninguno destacó.

Pero entonces la cámara se alejó de la multitud antes de que cortaran la grabación, y la pantalla se congeló durante medio segundo antes de pasar a los chicos que salían del hotel a la mañana siguiente.

Fue sólo un destello. Un pequeño momento. Pero vi algo...

Le di a Pausa y retrocedí unos cuantos fotogramas.

Y allí, al borde de la multitud, había una mujer de pelo castaño con una cara pálida y redonda. No sonreía. Incluso parecía un poco enfadada.

Saqué la captura de pantalla que había hecho y puse las imágenes una al lado de la otra.

No podía estar seguro al cien por cien. Y yo no era un identificador, pero si lo fuera...

Sólo creía que podrían ser la misma persona.

Pero dos posibles avistamientos eran *tal vez* una coincidencia. Y una posible coincidencia no era suficiente. Necesitaba más. Así que hice una captura de pantalla de la grabación y anoté la marca de tiempo.

Los fans pueden seguir a un grupo en sus giras. Los groupies siguen a las bandas por todo el mundo todo el tiempo.

Me dije a mí mismo que eso no probaba nada.

Así que seguí mirando. La agenda de Londres estaba llena. Recordé lo ajetreado que fue, la gran cantidad de gente que había en cada momento. Entrevistas, sesiones de fotos, conferencias de prensa. Salir a comer a los restaurantes estaba descartado, y hacer turismo también era un no rotundo.

Pero el equipo de seguridad londinense que Platinum había contratado era el mejor, y se quedó con nosotros durante la mayor parte de la gira europea. Eran una unidad capaz, muy profesional, y se pusieron a nuestro servicio sin rechistar. Gestionaron las multitudes e incluso la seguridad de nuestro equipo de escenario y del personal de bastidores. Recuerdo que en Londres pensé que nunca había una persona fuera de lugar, a pesar de la gran cantidad de gente con la que tratábamos cada día.

Las entrevistas y las actuaciones publicitarias fueron una locura, pero los tres conciertos en el O2 agotaron las entradas. La gente hizo cola durante horas. En los puestos de venta no quedaba nada.

Reduje la velocidad de las imágenes de las multitudes. Masas de gente, miles de caras. Nadie me llamó la atención.

Londres.

Dublín.

París.

Berlín.

Estaba empezando a pensar que estaba imaginando cosas.

Un golpe en la puerta de mi oficina me sorprendió. Cerré el portátil justo cuando Jeremy asomó la cabeza.

—Te encontré.

Me puse en pie y consulté mi reloj.

—Mierda. Lo siento. Perdí la noción del tiempo.

—Relájate. No es tan tarde. —Abrió la puerta de par en par y entró—.

¿Qué haces aquí?

—Esta es mi oficina.

Miró a su alrededor.

—Nunca he estado aquí. —Luego frunció el ceño—. Es un poco pequeña.

—¿Nadie te ha dicho que el tamaño no importa?

Dios. ¿Por qué me ponía nervioso que estuviera en mi espacio?

Jeremy se echó a reír y se llevó la mano al pecho.

—Nadie *me* ha dicho eso, Steve. ¿Alguien *te* lo ha dicho?

—Eh, no. Lo siento, se me escapó. —Fingí que no estaba avergonzado—. Y de todos modos, no necesito una oficina grande, y no me importa la vista.

Se asomó por las persianas de la ventana.

—Probablemente sea mejor así. Porque no te dieron unas buenas vistas.

—Sólo estoy aquí para trabajar en las listas y los horarios —dije.

Jadeó muy fuerte, sobresaltándome. Pero cuando me di cuenta de lo que estaba mirando, gemí.

—¿Esto es Cyko? —Arrancó el calendario de mi escritorio y sus ojos azules se dispararon hacia los míos, amplios e incrédulos—. ¿Tienes un calendario de Cyko en tu escritorio?

Cyko era una banda de chicas que Platinum había formado hace unos años. Habían tenido algo de éxito, pero nada comparado con Atrous.

Seguía sosteniendo el calendario, como si fuera una prueba de un delito grave. Incluso parecía ofendido.

—Los estaban repartiendo —expliqué—. Si Atrous me diera un calendario, tendría el suyo aquí. Pero no me dieron ninguno, así que no lo tengo.

Se quedó con la boca abierta. Estaba realmente ofendido.

—Esto no servirá. —Sacó su teléfono y sacó un contacto y se acercó el teléfono a la oreja—. Ryan, necesito un calendario de Atrous. En realidad, toda la mercancía de Atrous que tenemos... Sí, lo sé. Es muy importante. Y que lo entreguen en la oficina de Steve... Correcto, sí. Y ya que hablamos del despacho de Steve, tenemos que discutir por qué su despacho es tan pequeño y no tiene vistas.

—No, no lo hacemos. Me gusta mi oficina —dije esperando que Ryan me escuchara.

Jeremy se rio.

—Bueno, es una pena... Sí, gracias.

Terminó la llamada, suspiró y se guardó el teléfono en el bolsillo, luego apoyó el culo en mi escritorio. Todavía tenía el maldito calendario en la mano.

—Dijo que la asignación de oficinas no es realmente su decisión, pero que vería lo que podría hacer.

Puse los ojos en blanco.

—No voy a cambiarme de oficinas.

—He tardado veinte minutos en encontrarte. ¿Y si fuera una emergencia?

—Entonces te encontraría yo. —Me puse de pie y caminé alrededor del escritorio para quitarle el calendario, pero lo alejó de mí.

—No, esto es una prueba —dijo sonriendo.

Consideré la posibilidad de alcanzarlo, pero ya estábamos lo suficientemente cerca. Nuestros pies y piernas casi se tocaban. Si lo alcanzaba, estaría entre sus piernas, y eso no sería una buena idea.

Me crucé de brazos y fingí que no acababa de imaginarme estar entre sus piernas.

—¿Prueba de qué?

—Tu traición.

—¿Traición? ¿De verdad?

Se llevó el calendario al pecho.

—Prueba A. De que tienes la mercancía publicitaria de otra banda en tu escritorio. —Luego hizo una pausa y levantó una ceja—. Oh. ¿Te gusta una de las chicas? ¿Cuál? Dios, te gusta Jessie, ¿no?

Claro, tenía el pelo rubio, los ojos azules y una sonrisa impresionante. Pero yo prefería el pelo rubio, los ojos azules y la sonrisa de Jeremy.

—Dios no —murmuré—. ¿Has terminado por hoy?

—¡Sí! —Salió disparado del escritorio—. Es hora de estar en casa. ¿Qué me vas a preparar para cenar?

—No voy a preparar la cena —respondí—. La harás tú.

—Pero, Steeeeeve —se quejó.

Recogí el portátil y el bloc de notas y los metí en la mochila.

—Deja de quejarte.

—Cocinaré mal tu pollo.

—¿Qué vas a hacer con su pollo? —preguntó una voz conocida.

Jeremy y yo nos giramos para encontrar a Maddox mirándonos desde la puerta. Tenía una expresión extraña: medio divertida, medio “Qué mierda pasa”.

—Eh —empecé sin estar muy seguro de cuánto había escuchado.

Jeremy me señaló.

—Él es el mayor dolor de culo que he tenido, incluso más que tú. Y eso es decir mucho. —Luego levantó el calendario—. Y tiene un calendario de

Cyko en su escritorio.

La mirada de Maddox se dirigió a mí.

—¿Eres fan?

Gemí y deslicé la mochila sobre mi hombro.

—La verdad es que no.

Jeremy caminó detrás de mi escritorio y sostuvo el calendario sobre la papelera.

—Estoy herido. De muerte incluso. —Luego procedió a mirarme a los ojos y a tirarlo a la basura—. No estoy seguro de cómo podrías compensarme.

Suspiré.

—Supongo que tiene que ver con la cena.

Jeremy sonrió.

—Y no cocinándola yo.

Me dirigí a la puerta y apagué las luces.

—¿Siempre es así? —Le pregunté a Maddox.

—Te has rendido con demasiada facilidad —dijo—. Pensé que eras más fuerte que eso.

—Eh —dijo Jeremy siguiéndonos—. Estoy aquí.

Maddox enlazó su brazo con el mío mientras empezábamos a caminar.

—Tienes que ser firme con él para que conozca sus límites. Algo así como un cachorro. Ah, y si cocinas, que sea tofu.

Jeremy se interpuso entre nosotros y apartó a Maddox.

—Él es *mi* Steve. Tú tienes tu propio Steve. —Unió su brazo con el mío como había hecho Maddox—. Y odio el maldito tofu.

Es mi Steve.

Su brazo se enganchó con el mío, su mano en mi brazo. Todo parecía surrealista. Y demasiado bueno.

Obviamente significaba algo diferente para Jeremy, pero hizo que mi corazón se saltara algunos latidos y se hiciera un nudo en mi estómago.

—Creo que el hecho de que odies el tofu fue la razón por la que lo sugirió —logré decir.

—De todos modos, ¿qué vas a preparar para cenar? —preguntó Jeremy.

—¿Qué tal un filete y una ensalada?

—Has dicho mal hamburguesas y patatas fritas.

No pude evitar reírme justo cuando se abrieron las puertas del ascensor y salieron Roscoe, Riko y Robbie. Se detuvieron al vernos acercarnos. Evité la mirada de Roscoe. Sabía que había interpretado demasiado la forma en que Jeremy me tocaba.

—Oh, mira, son las tres R —dijo Jeremy echando su brazo hacia atrás—. Retórica, Redacción y Relectura. Oye, Riko, ¿quieres comida rápida de In-N-Out para cenar? Invita Steve.

—Steve no invitará —dije rotundamente—. Steve va a preparar la cena a regañadientes.

Riko no estaba seguro de con quién estar de acuerdo.

—Eh, soy fácil.

Entonces miré a Roscoe y también a Robbie.

—¿Habéis terminado por hoy?

—Sí. ¿Llegaste lejos? —preguntó Roscoe—. Ambrose nos dijo lo que habías pedido. Fue una buena idea.

—¿Pedido? —me preguntó Jeremy—. ¿Qué has pedido? Te he preguntado qué hacías en tu despacho y no me has contestado.

—Porque estabas demasiado ocupado quejándote de mí calendario.

Jeremy se volvió hacia Roscoe.

—¿Qué tipo de calendario tienes?

Roscoe parecía un poco preocupado, pero antes de que pudiera responder, Maddox pulsó el botón del ascensor.

—¿Podemos irnos ya?

Miré a Robbie y a Riko.

—¿Se ha despejado el piso de abajo? —Me sentí mal por estar encerrado en mi oficina todo el día.

—Sí, casi todos. La mayoría se fue hace unas horas. Se cansaron de esperar, supongo. Aunque los policías siguen ahí —dijo Robbie con una sonrisa. El ascensor sonó y las puertas se abrieron. Por suerte, estaba vacío.

—Eh, yo uso el calendario de mi teléfono y la aplicación de programación —respondió Roscoe cuando todos entramos en el ascensor—. Oh, y tenemos un calendario artístico en la oficina en casa. La madre de Maddox nos lo regaló. ¿Por qué?

—¿Artístico? —respondió Maddox—. Es un calendario de estatuas masculinas desnudas. Como *David* y demás.

Jeremy se rio.

—No importa. —Suspiré—. Dios. No volveré a usar el calendario de Cyko. ¿Feliz ahora?

—¿Cyko? —preguntó Roscoe.

—No puedes usarlo más —dijo Jeremy—. Lo tiré a la basura.

Las puertas del ascensor se abrieron hacia el garaje y Riko salió primero. Entonces, mientras Robbie salía, un fuerte golpe resonó en el garaje.

Robbie saltó hacia atrás, bloqueando la entrada del ascensor. Pulsó el botón de cerrar la puerta, y yo agarré a Jeremy y lo lancé contra la pared, inmovilizándolo contra la esquina con mi cuerpo.

Las puertas se cerraron por fin y mi corazón volvió a la latir.

—Maldita sea —respiró Jeremy.

No me atreví a moverme. Le presionaba contra la pared, mi cuerpo al ras del suyo, cada surco, cada plano. Nuestros pechos subían y bajaban, nuestros rostros estaban tan, tan cerca. Sus ojos azules buscaban los míos.

—¿Estás bien? —conseguí preguntar.

Asintió levemente con la cabeza y luego miró mis labios.

¿A mis labios?

Me agarró de la cintura.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó Roscoe.

Giré entonces, recordando a todos los que estaban en el ascensor con nosotros. Robbie seguía de pie frente a la puerta ahora cerrada. Roscoe tenía a Maddox en la esquina opuesta a la nuestra.

Dios, Riko todavía estaba ahí fuera.

Mi teléfono sonó en mi bolsillo. Lo saqué y vi el nombre de Riko en la pantalla.

—¿Informe? ¿Estás bien?

—Sí, jefe. Estoy bien —respondió—. Fue una maldita mesa. Algún *idiota* —gritó sólo pude suponer que para que el idiota pudiera escucharlo—. A algún idiota se le cayó una mesa plegable.

—Entonces, ¿está todo despejado?

—Sí, todo despejado.

Desconecté la llamada.

—Todo despejado. —Me obligué a dar un paso para separarme de Jeremy. No muy lejos, pero ya no estábamos pegados. Puse mi mano en su cara y le di unos ligeros golpecitos en la mejilla—. ¿Estás bien?

Asintió.

—¿Qué fue? —preguntó Robbie.

—A algún idiota se le cayó una mesa plegable o algo así —dije. Pulsé el botón de nuestro aparcamiento y les hice un gesto a Roscoe y Maddox—. ¿Estáis bien?

Ambos asintieron.

—Sí —respondió Roscoe, con la respiración agitada.

La verdad es que no estaban bien. Y tampoco lo estaba Jeremy. Habíamos pasado de las bromas a la seriedad en una fracción de segundo, y Jeremy estaba nervioso. Justificadamente.

Me había vuelto complaciente. Distráído.

Las puertas del ascensor se abrieron y, de nuevo, Robbie se situó al frente y en el centro. Su enorme estructura ocupaba la mayor parte de la entrada. El único quién nos recibió fue Riko. Estaba enfadado, con un borde duro en sus ojos.

—Está todo despejado. El transporte está listo para marcharnos.

Robbie llevó a Maddox y Roscoe a la furgoneta que les esperaba y yo tomé el brazo de Jeremy.

—¿Listo?

Asintió y le acompañé a la furgoneta. Riko se quedó a nuestro lado y yo eché un vistazo a la cabina de seguridad. Efectivamente, había un guardia de uniforme junto a la cabina con una mesa metálica plegada apoyada en el pilón. Hizo un gesto de disculpa y le miré con desprecio mientras subía tras Jeremy, me sentaba a su lado y ponía mi mochila entre mis pies.

La puerta se cerró detrás de nosotros y Riko se apresuró a subir al asiento del copiloto.

—¿Estás bien, Riko? —le pregunté. Había salido por su cuenta. Esta vez fue inofensivo, pero podría no haberlo sido. Ese fuerte estallido podría haber sido un disparo y habría estado solo.

—Sí, jefe —dijo por encima del asiento—. Aunque ese guardia debería revisar sus calzoncillos. Puede que le haya dado un buen susto.

El guardia de seguridad tuvo la delicadeza de levantar la barrera de seguridad para que no tuviéramos que reducir la velocidad. Supongo que porque no quería que le dieran otra reprimenda. Se despidió de nuevo con la mano mientras pasábamos, y después comenzó a bajar la barrera.

Jeremy estaba tranquilo. Le di una palmadita en la pierna.

—¿Estás bien?

Tragó saliva.

—Hm, sí.

Está claro que no lo estaba. Deslicé mi mano sobre la suya y la apreté.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Eso no debería haber ocurrido.

—¿Qué parte?

Entonces lo miré.

—Todo. No debería haberte puesto en una posición en la que estuvieras expuesto así.

Hizo una mueca al pensar en eso.

—Tú no me pusiste en esa posición.

Pero lo hice.

—En realidad, la única posición en la que me pusiste fue contra la pared.

Mi mirada se dirigió a la suya.

—Un minuto estaba allí de pie. Luego, lo siguiente que supe fue que me levantaste como a un niño y me inmovilizaste contra la pared opuesta.

Todavía sostenía su mano, y pensé en moverla hasta que me di cuenta de que sus dedos estaban sujetando mi mano.

Me tenía cogido de la mano...

No significa nada. Ha tenido un pequeño susto, eso es todo.

—Lo siento —dije con la voz un poco ronca—. ¿Te has hecho daño?

Él dio una débil sonrisa.

—No. Eres sorprendentemente gentil para ser un tipo duro.

Mis mejillas se calentaron. Dios mío. Recordé cómo había mirado mi boca.

La furgoneta volvió a reducir la velocidad cuando nos acercamos a la cabina de seguridad. No para el control de la identidad ni nada parecido, sino por la multitud de paparazzi que bloqueaban la salida. Incluso con los policías allí. Gritaron a la furgoneta, filmaron y fotografiaron.

Hijos de puta.

Jeremy me apretó la mano cuando pasamos por ellos, y yo hice lo que me parecía natural. Entrelacé nuestros dedos y lo sujeté con fuerza.

No habló durante unas manzanas, pero tampoco soltó ni hizo ningún intento de mover la mano.

Quería decir algo, cualquier cosa, pero sabía que si lo hacía, él retiraría su mano y este momento, fuera lo que fuera, se acabaría.

Entonces me di cuenta de que estaba utilizando su vulnerabilidad para mi propia y estúpida fantasía, y retiré la mano, dándole unos golpecitos.

—Estás bien —dije—. Te llevaremos a casa y podremos...

—Emborracharnos de verdad.

—Iba a decir a preparar una cena temprana.

—Me inclino principalmente por el estado de ánimo de emborracharse.

Nunca había visto a Jeremy beber mucho. O a cualquiera de los chicos, en realidad. Ciertamente no bebían durante la gira, y era su norma no beber solos.

—Bueno, puedes beber —dije—. Yo te vigilaré.

—¿Alguna vez no estás de servicio?

Su pregunta me desconcertó.

—Eh, claro. Cuando no estoy con vosotros.

—¿Así que estás diciendo que todo lo que soy es trabajo?

Dios, no.

—Para nada.

—¿Qué haces para divertirte? —me lanzó una mirada. Estábamos sentados tan cerca que nuestros hombros y rodillas se tocaban—. ¿Tienes una novia que no conocemos?

Miré la parte posterior de la cabeza de Riko. O bien no nos oía o fingía que no lo hacía. Respondí en voz baja.

—No.

Jeremy asintió lentamente y se quedó callado un rato.

—¿Novio?

Mi corazón se detuvo y mi boca se secó. Intenté mantener mi voz neutral.

—No.

Su mirada se clavó en un lado de mi cara, pero no me atreví a mirarle. El corazón me latía con fuerza y tenía el estómago hecho un nudo gigante y férreo.

Iba a decir algo más. Lo intuía. Levantó la mano como si estuviera a punto de hablar... Entonces, como un maldito milagro, mi teléfono vibró.

Nunca había respondido a una llamada tan rápido. Ni siquiera me di cuenta de quién era el nombre que aparecía en la pantalla, así de despistado estaba.

—Frost.

—¿Estáis bien? —Era Ambrose—. Acabo de enterarme de lo del aparcamiento. Bueno, en realidad, lo vi en las noticias.

—¿Las noticias?

—Sí, todas las cámaras oyeron el estruendo. Los policías de la puerta pensaron que eran disparos. Hasta que el guardia se comunicó con ellos. Les dijo que fue sólo una mesa que se había caído.

—Estamos bien —respondí—. Siento no haber llamado. Iba a llamarte cuando volviéramos a casa de Jeremy. —Eso era una mentira. No había pensado en Ambrose, pero lo haría una vez que llevara a Jeremy de vuelta a la seguridad de su casa.

No sé si Jeremy pudo oír a Ambrose hablando, pero tenía su teléfono fuera y estaba buscando en sitios de noticias.

—¿Habéis encontrado algo en las grabaciones de hoy? —preguntó Ambrose.

Jeremy me lanzó una mirada, así que sí, podía escuchar.

—Tal vez. Quiero seguir buscando antes de decir algo con seguridad. —Pero eso me hizo pensar—. ¿Puedes conseguirme las imágenes de las cámaras de seguridad del aparcamiento y del ascensor, las de esta tarde?

Hubo una pausa de silencio por parte de Ambrose.

—Claro. ¿Crees que hay algo más?

—No lo sé.

—Estaré en contacto —dijo Ambrose y la línea se cortó.

—Era sólo el guardia con una mesa plegable —dijo Jeremy—. ¿No es así? Eso es lo que dijo Riko.

—No estoy dudando de lo que dijo Riko —respondí sabiendo muy bien que Riko podía escuchar—. Sí, fue una mesa la que golpeó el hormigón, y sí, el sonido hace eco en un aparcamiento subterráneo. Tal vez el tipo estaba probando nuestro tiempo de reacción.

Jeremy me miró fijamente.

—¿Crees eso?

—No lo sé. Por eso quiero ver las imágenes.

Frunció el ceño.

—¿Cómo piensas así? ¿Cómo te pones a pensar en ese tipo de cosas?

—¿Cómo qué?

—Para cualquier otra persona, fue sólo una mesa que se cayó. Pero para ti podría ser una prueba de tu tiempo de reacción.

Entonces me encontré con su mirada, tan imposiblemente azul.

—Tengo que pensar como ellos. Como cualquiera que quiera haceros daño. Si quisiera hacer daño a alguien famoso, necesitaría conocer su punto débil. Querría ver cómo reacciona su seguridad.

Jeremy negó con la cabeza.

—Eso es una mierda.

Auch.

Miré al frente.

—Sí.

Nos sentamos en silencio durante un rato y Jeremy volvió a su teléfono. No tardó en encontrar las imágenes que Ambrose había mencionado.

Sostuvo su teléfono para que yo también pudiera verlo. Filmado por una de las emisoras de noticias más pequeñas, mostraba la entrada del aparcamiento, la cabina de seguridad y la policía que seguía controlando a

la multitud. Había una charla general entre los equipos de rodaje y los fotógrafos que quedaban cuando se oyó un fuerte golpe en el interior del aparcamiento.

El sonido era sordo, pero de alguna manera se amplificaba a través de los niveles de hormigón. La gente se agachó y se dispersó. Los policías se agacharon y gritaron a todo el mundo que se cubrieran y se movieran, que no permanecieran quietos. Un guardia de seguridad de la cabina se adentró en la oscuridad del garaje, gritando en el receptor que tenía al hombro.

La grabación se detuvo.

—Joder —respiró Jeremy.

Parecía algo sacado de una película.

Pasó al siguiente vídeo.

—Aterradoras imágenes desde el centro de Los Ángeles hoy —decía el reportero—, fuera del edificio Krüper, sede de Platinum Entertainment, de lo que se cree que fue un disparo. Este acontecimiento se produce apenas unas horas después de la revelación de que el FBI está investigando las supuestas y graves denuncias de acoso contra el cantante de Atrous, Jeremy Dalton.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Jeremy. Se desplazó hasta el siguiente artículo.

—... el cantante Jeremy Dalton...

El siguiente.

—Lo que se pensó que era un disparo en el edificio de Platinum Entertainment...

Y el siguiente.

—... la gente se dispersa después de lo que suena como un disparo...

Jeremy pulsó la pantalla y lanzó su teléfono a la puerta de la furgoneta.

—Joder.

El teléfono ofensivamente rebotó y cayó cerca de mis pies. Comprendí su frustración, pero me negué a consentir las rabietas. Lo recogí, sin mirar

si la pantalla estaba dañada.

—Llama a tu madre. Ella habrá visto las noticias.

Jeremy gruñó y me arrebató el teléfono.

—Joooooder.

Quería salvarle de esto. Quería protegerlo de formas que fueran más allá de mi trabajo. Quería consolarlo, abrazarlo, sostenerlo.

No podía hacer nada de eso. Así que hice la siguiente mejor cosa que se me ocurrió. O posiblemente lo peor. Le di una palmadita en el muslo.

—¿Aún quieres que te enseñe algo de defensa personal?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO SIETE

—¿IMPLICARÁ esto que me lances contra la pared otra vez? —Estábamos en su patio trasero, ambos con pantalones cortos y camisetas para correr. Es cierto que su ropa costaba probablemente diez veces más que la mía, pero los dos estábamos descalzos.

—No. ¿A menos que quieras que lo haga? —bromeé. No había querido que sonara así.

No contestó, así que me arriesgué a mirarle y se estaba arreglando los cordones de la cintura.

—Bueno —murmuró—. Fue más excitante de lo que esperaba. No sabía que podría sentir algo por ser manoseado por otro hombre. —Entonces me miró—. Así que podría ser mejor si no hay lanzamiento de la pared.

Lo miré fijamente.

¿Estaba bromeando?

No creo que estuviera bromeando.

—Tomo nota —dije—. Tirarte contra la pared lo mínimo.

Jeremy sólo sonrió.

—Entonces, ¿cómo hacemos esto?

No podía creer que esto estuviera sucediendo. Pero era una buena distracción del día de mierda que había tenido.

Tuve que seguir recordando a mi pene que no era momento para eso.

Jeremy se enfrentó a mí, en cuclillas, con las manos en alto.

—¿Qué tal esto?

Hice una mueca.

—Si necesitas ayuda con el estreñimiento, puedo sugerirte algún alimento rico en fibra.

Riko se rio y tosió para disimularlo. Jeremy lo fulminó con la mirada, luego se puso de pie hasta alcanzar su máxima altura y bajó las manos.

—Oh, toma, se me olvidaba esto —dijo, metiendo la mano en el bolsillo y sacando el dedo corazón.

Me reí y me acerqué a él. Golpeé su pie con el mío.

—Junta tus pies. Vamos a practicar algunas respiraciones y movimientos.

Jeremy frunció el ceño.

—Si esto es una mierda del Sr. Miyagi...

Me reí.

—No lo es.

—Dime “dar cera, pulir cera” y tendré nueva seguridad en una hora. Chicos que me dejen comer hamburguesas y no me hagan cocinar.

Le sonreí.

—Inhala, bien y profundo. Sé qué haces todo tipo de ejercicios de respiración y diafragma para cantar.

Puso los ojos en blanco, pero empezó a hacer algunas inhalaciones profundas y exhalaciones lentas y medidas. Necesitaba que despejara su cabeza y se concentrara en su cuerpo, y la respiración lo hacía.

Después de un minuto más o menos, pregunté:

—¿Hiciste algo de lucha libre en el instituto?

Hizo una mueca.

—Tío. Estuve en una maldita gira mundial cuando tenía dieciséis años. Antes de eso, pasé todos los minutos del instituto en las aulas de música.

—De acuerdo, es justo. —Le cogí las muñecas y le di una pequeña sacudida a los brazos—. Pero has bailado.

Me fulminó con la mirada.

—¿Qué coño se supone que significa eso?

Me reí y volví a sacudir sus brazos.

—Significa que eres ligero de pies y que puedes pasar de rebotar en las puntas de tus pies a estar conectado a tierra en un instante. —Chasqueé los dedos—. Entiendes tu centro de gravedad y tienes una gran conciencia espacial. Eso es importante para lo que hago.

—¿Qué es lo que haces? Aparte de darle una paliza a la gente.

—Yo no golpeo a la gente.

—Pero podrías.

—Bueno, sí. Claro. Pero eso es sólo el último recurso.

—¿De qué son todos los trofeos? MMA, ¿verdad?

—Sí.

—Son un montón de tipos diferentes, ¿no? ¿Qué es lo que haces? ¿Cómo el karate?

—Nunca aprendí karate —dije—. Pero siempre me gustó la disciplina.

Los ojos de Jeremy se encontraron con los míos.

—Disciplina, ¿eh?

Asentí.

—Sí. El karate es una gran forma de defensa personal sin armas. —Me encogí de hombros—. ¿Sabías que karate significa mano vacía?

Sonrió.

—¿Sabías que karaoke significa orquesta vacía?

Me encontré con que le sonreía. Y que seguía sujetando su muñeca. Le solté y me aclaré la garganta.

—Aprendí jiu-jitsu brasileño y muay thai. También me he estado enseñando *Krav Maga*.

—¿Krav Maga? ¿Qué es eso?

—Es una técnica de defensa utilizada por las Fuerzas de Defensa israelíes. También se conoce como el Arte de Mantenerse Vivo. Es un combate cuerpo a cuerpo, sucio, pero realista.

—Jesucristo. ¿De quién crees que tienes que protegernos? ¿Una unidad de fuerzas especiales nacionalistas extranjeras?

Me reí.

—Espero que no. Lo que pasa con la mayoría de las artes marciales es que están diseñadas para la autoprotección. Lo cual está muy bien. Pero mi trabajo no es protegerme a mí mismo. Es proteger a otras personas.

—Así que te pones en medio. Y te conviertes en el objetivo.

—Correcto.

—Como lo hiciste hoy. En el ascensor. Te pusiste entre yo y lo que fuera a entrar por la puerta.

Asentí.

—Exactamente. Lo que hago contigo es protección personal. Te alejo del peligro. Todos mis años de entrenamiento de MMA me enseñaron a atacar, no a retirarme. Así que hay que entrenar para cambiar ese instinto.

—A la defensiva en lugar de a la ofensiva.

—Exactamente. Así que si alguien se acerca a ti, aunque quiera derribarlo, tengo que pensar en sacarte del peligro primero.

—O lanzarme contra la pared.

Sonreí.

—Sí. Pero dijiste que te gustaba.

Me empujó, sólo de forma juguetona, pero le agarré la muñeca y la manipulé hacia dentro, hacia arriba. Inmediatamente se giró con ella, agachándose para aliviar la presión.

—¡Ah! —gritó.

Era una maniobra fácil para incapacitar a alguien. Si no se resistían, no les dolía.

Lo dejé ir.

—¿Ves? Sin presión, sin fuerza. Sólo usar el cuerpo de tu oponente y el impulso en su contra.

—Sí, pero se supone que no debes usarlo conmigo. —Se frotó la muñeca y fue a empujarme de nuevo, pero se detuvo—. Tienes que enseñarme a hacer eso para que pueda hacérselo a los chicos.

—No debes usar estas tácticas con nadie. Y menos con cualquiera de los chicos. ¿De acuerdo?

Sonrió.

—Claro.

—Jeremy.

Puso los ojos en blanco.

—Vale, vale. Lo prometo.

Suspiré.

—Bien, ¿estás listo?

Asintió y luego negó con la cabeza.

—No vas a hacerme daño, ¿verdad? Soy demasiado lindo para que me hagan daño.

Me reí.

—¿Lindo?

—Cállate.

Todavía estaba sonriendo.

—Bien, si alguien viene hacia ti desde el frente, necesitas evaluar algunas cosas primero. Una, ¿están armados? Dos, ¿qué tipo de arma es? Tres, comprueba tu entorno. Cuatro...

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Cuánto tiempo tengo que hacer todo eso? ¿Cómo unos minutos?

—Bueno, si te ataca un perezoso, tal vez.

Riko se rio. Lo ignoré.

—Tienes medio segundo, tal vez.

—Oh, vale, sí, no. No puedo hacer eso.

—Tienes que aprender.

—No, para eso te tengo a ti. Tengo a mi propio Steve por esa misma razón.

Resoplé.

—De acuerdo, asumamos que la persona que viene por ti no está armada.

—Preferiría eso. Supongo que sí. Si tuviera que elegir.

—No podrás elegir, pero por el bien de este ejercicio, vale. —Me aparté y levanté el brazo derecho como si estuviera a punto de golpearlo.

Jeremy dio un paso atrás con las manos en alto.

—¡Steve!

Riko volvió a reírse y yo asentí hacia la puerta.

—¿Puedes ir a hacer una ensalada para la cena o algo así?

Una vez que Riko se hubo retirado riéndose todo el camino, me volví hacia Jeremy.

—Bien, ¿qué tal si vienes hacia mí? Intenta una patada.

—¿Estás loco?

—No me harás daño.

Así que Jeremy me pateó. Justo en la maldita rodilla.

—¡Ay! ¿Qué demonios?

—¡Dijiste que no podía hacerte daño!

Podíamos oír las risas de Riko desde dentro de la casa.

Me incorporé a mi altura y suspiré.

—Vale, debería haber especificado.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Reubique mis pies—. Ahora, usando tus manos, ven hacia mí.

Jeremy puso cara de dolor, pero cerró el puño y me golpeó. Fue un golpe bastante bueno, pero lo bloqueé fácilmente, apartando su mano y bajándola, haciéndole perder algo de equilibrio.

—¿Ves cómo uso tu centro de gravedad contra ti?

Jeremy asintió.

—Otra vez.

Así que lo hizo de nuevo, y lo volví a bloquear. Y otra vez, y unas cuantas veces más, dándole una explicación de todo lo que hice.

—Ahora inténtalo tú —dije—. Yo iré despacio. Desde el frente. —Fingí apuntar la palma de mi mano a su nariz. Él desvió bien, empujando mi mano hacia abajo a través de mi cuerpo.

—Bien. Ahora de lado —dije—. Gira tu cuerpo hacia aquí, baja tu centro de gravedad. Tú controlas la dirección de tu impulso, no tu oponente.

Practicamos un poco más, nada serio, por supuesto, sólo lo básico. Puse mis manos en su costado, en su pecho. Toqué sus brazos, sus muñecas, su estómago, sus caderas.

Que Dios me ayudara.

Él también estaba sudado, ya que el sol estaba bajando, proyectando un brillo anaranjado sobre el océano en la distancia, justo hasta su patio trasero. La luz acariciaba su bronceado, dándole un brillo que se veía tan bien que quería probar la sal en su piel. Sus ondas rubias estaban húmedas de sudor, sus mejillas estaban sonrojadas.

Lo había hecho bien, pero mi mente empezaba a jugarme una mala pasada y tuve que evitar hacer algo realmente estúpido como deslizar mi mano por su cuello y acercarlo para besarlo...

—Bien, creo que hemos terminado por hoy —murmuré.

Contrólate, Steve.

—Ha sido divertido —dijo Jeremy sonriendo.

Los dos nos giramos al mismo tiempo para percibir un delicioso aroma que salía de la casa.

Bistec.

—Maldita sea, tengo hambre —dijo.

—Riko debe haberse cansado de esperar. —Cogí mi teléfono de una tumbona—. Mierda. Es tarde. Será mejor que entre.

Jeremy me dedicó una sonrisa ladeada.

—¿No quieres refrescarte primero? —Se sacó la camiseta por encima de la cabeza y me tragué un gemido.

Su esbelto torso, musculoso y definido, brillaba dorado en el atardecer. Parecía besado por la luz del sol, como una jodida visión.

—Sólo un chapuzón rápido en la piscina para refrescarnos —dijo caminando hacia atrás—. Quítate la camiseta, Steve.

Ah, ni hablar.

—Adelante —dije—. Necesito contactar con mi equipo. Me refrescaré dentro.

Hizo un falso sonido de decepción.

—Qué aguafiestas. —Pero se zambulló en el agua y volvió a la superficie unos segundos después, con el pelo deslizándose hacia atrás—. Um, esto es tan bueno.

Me habría encantado estar en esa piscina con él, nadando a la luz del sol, como si el mundo exterior no existiera. Como si Riko no estuviera dentro y probablemente nos estuviera mirando. Donde Jeremy me salpicara y tratara de luchar conmigo bajo el agua, donde yo le empujara contra el borde, con sus piernas enredadas en mi cintura. Donde lo besaría hasta que me rogara...

—¿Estás bien? —preguntó Jeremy. Salpicó agua en mi dirección, pero no me alcanzó.

Dios mío. ¿Había estado mirando fijamente?

—Sí, estoy bien. Acabo de recordar algo... —Me di la vuelta y me fui, caminando hacia el interior. El bistec asado olía tan bien—. Huele bien, Riko.

Levantó dos dedos.

—Dos minutos.

Me di una ducha rápida y muy fría, enjuagándome rápidamente el sudor y los pensamientos sucios.

Necesitaba meter la cabeza en el trabajo.

Eso no era precisamente fácil cuando Jeremy estaba en cada rincón de mi mente.

Podía recordar cómo se sentía apretado contra mí en el ascensor...

No.

Cerré el agua, me sequé y me cambié, uniéndome a Riko en la cocina justo cuando estaba sirviendo en los platos.

—Tiene una magnífica pinta. Gracias.

—No hay problema. Voy a tener que irme a dormir pronto —dijo.

—Sí, no me di cuenta de la hora. —Miré hacia la piscina pero claramente no necesitaba preguntar.

Riko asintió hacia el final de la cocina.

—Jeremy acaba de subir a cambiarse.

—Vale, gracias. —Cogí tres botellas de agua de la nevera y las llevé a la mesa, luego cogí los platos y los cubiertos.

—Algo huele *muy* bien —dijo Jeremy al aparecer. Llevaba unos pantalones cortos grises y una camiseta negra lisa. Su pelo aún estaba mojado y olía a agua salada y a sol. No tenía por qué tener tan buen aspecto.

Se sentó a mi lado en la mesa y examinó su plato.

—Riko, mi hombre. ¿Qué es esto?

Riko le sonrió.

—Filete y ensalada.

Jeremy resopló.

—Sí, ya lo veo. Quiero decir... ¿qué hay en la ensalada? —Pinchó el tenedor en la ensalada y se lo metió en la boca.

Entonces gimió, un sonido bajo y gutural.

Cristo.

Riko se rio.

—Es un plato que hace mi abuela.

Era col y zanahoria con una especie de fideo crujiente, rodajas de pera y cebollas tiernas, y almendras fileteadas. La salsa era agridulce y un poco picante.

Estaba buena.

Jeremy apoyó su rodilla contra la mía bajo la mesa.

—Vale, así que Riko está asignado a la cena todo el tiempo porque esto es increíble.

—¿Qué hay de malo con mi comida?

—Pues nada —respondió Jeremy—. ¿Pero tu abuela es japonesa y te enseñó a hacer esto?

Resoplé.

—Bueno, no.

Jeremy devoró toda su comida y tuve que preguntarme si había comido lo suficiente durante el día. No es que se hubiera pasado horas haciendo coreografías o largas sesiones en el gimnasio, pero aun así... Hice una nota mental para preparar y llevar algún tipo de bocadillo para él.

¿Sería extraño?

¿Como si un padre llevara un tentempié para su hijo pequeño?

Jeremy no era un niño. Entonces, ¿por qué quería cuidarlo?
¿Protegerlo?

Porque lo amas.

Aquel pensamiento me golpeó como un gancho en las tripas. Dejé el tenedor y tomé un sorbo de agua.

Jeremy me volvió a dar un golpe en la rodilla, esta vez manteniendo su pierna contra la mía.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, sólo que no terminó de bajar.

Jeremy me miró fijamente, ampliando su sonrisa.

—¿Escuchas eso a menudo?

Tuve que pensar en lo que había dicho. Oh, Dios.

—Eh, no.

Jeremy se rio y me dio una palmada en la espalda, y Riko, sonriendo, se levantó y recogió su plato.

—Déjalo —le dije—. Jeremy recogerá esta noche.

La boca de Jeremy se abrió, ofendida.

—Jeremy no lo hará.

Me quedé mirando sus ojos azules, muy azules.

—Jeremy lo hará.

Puso su cabeza en mi hombro y gimió.

—Steeeeeve.

Riko se rio.

—Buenas noches —dijo mientras desaparecía por el pasillo.

Jeremy mantenía su cabeza sobre mi hombro, y su pierna presionada contra la mía, y yo era muy consciente de cómo se sentía contra mí.

Qué solos estábamos.

Dios, esto es malo.

—Aún eres tú quien recogerá las cosas de la cena —dije tratando de mantener mi voz bajo control—. No me importa lo lindo y mimoso que seas.

Se rio, pero se sentó con un suspiro y empezó a recoger los platos.

—Pero me ayudas.

Él apiló el lavavajillas, yo limpié la mesa y recogí todo lo demás, y cuando todo estuvo hecho, fui muy consciente de que apenas eran las ocho. Había horas que llenar, y estábamos los dos solos.

Jeremy debió haber estado pensando lo mismo.

—Entonces, ¿qué querías hacer?

Si supiera...

—Tengo correos electrónicos que responder y algunas cosas en mi portátil con las que tengo que ponerme al día. ¿Y tú?

—Bueno, iba a molestarte, pero si estás ocupado...

Recordé entonces lo que había dicho sobre la soledad. Que volver de una gira y estar rodeado de miles de personas un minuto y estar solo al siguiente era duro para él. Que estar tan aislado y no saber en quién confiar era duro para él.

—¿Sabes mantener tu boca cerrada?

Jeremy sonrió.

—Oh, como que literalmente no. Por eso dije “molestarte” y no “sentarme tranquilamente contigo”.

Resoplé.

—Claro.

También tuve la sensación de que no quería estar solo después del día que había tenido.

—Bueno, pero tengo trabajo que hacer.

Me sonrió de una manera que hizo que mis entrañas se derritieran.

—Oh, yo también tengo trabajo que podría estar haciendo.

—Bien.

Diez minutos después, me senté en un sofá y él en el otro. Yo tenía mi portátil en el regazo, revisando los correos electrónicos, y Jeremy estaba tumbado con sus largas piernas extendidas. Entre responder y reírse de los mensajes de texto a los chicos, se tomaba selfies.

—Debería publicar esto en mis redes sociales —reflexionó—. Ha pasado mucho tiempo. —Giró su teléfono para mostrarme la pantalla—. Esta o... —pasó a otra foto—. Esta.

—Realmente no puedo elegir. No es que importe. Quiero decir, ¿alguna vez puedes tomar una mala foto? No tienes un mal ángulo.

Se rio, pero se levantó del sofá y se acercó, sentándose a mi lado, con las piernas recogidas y las rodillas sobre mi muslo. Y procedió a mostrarme

las fotos. La primera era bastante bonita. Tumbado, con la cabeza sobre un cojín, sonriendo y haciendo el signo de la paz. La segunda era un poco más sexy, con una sonrisa de oreja a oreja y un brillo sensual en los ojos.

Me produjo un calor de mil demonios.

—Depende —respondí—, si lo que quieres es contentar a Ambrose, o a tus fans.

Jeremy se rio.

—Tienes razón. Será lo segundo.

—Espera —dije—. ¿Te dijeron que no publicaras nada en las redes sociales? ¿Te dijo Ambrose o el FBI que no lo hicieras?

Jeremy frunció el ceño.

—No. Nunca lo mencionaron. —Luego suspiró—. Sabes, debería publicar algo. Hacer saber a los fans que estoy bien. No importa lo que vean en algún sitio estúpido o alguna historia inventada en las noticias. —Finalmente sonrió—. Y eso cabreará a Maddox si consigo más likes que él.

Me reí de eso.

—Dios no lo quiera.

—El hombre respira y es tendencia en Twitter.

—Yo diría lo mismo de ti.

Me dio un codazo.

—¿Me sigues en Twitter, Steve?

Resoplé ante eso.

—Eh, no. Lo siento. Realmente no me gustan las redes sociales.

—Probablemente sea inteligente. —Entonces miró la pantalla de mi portátil—. ¿Qué estás viendo?

—Neil me ha enviado el enlace a las imágenes del aparcamiento de esta tarde. ¿Quieres verlas conmigo?

Jeremy me miró y asintió, pero luego se acercó un poco más, con sus piernas dobladas ahora apoyadas completamente en mi muslo.

Tratando de ignorar que estaba sentado en mi regazo, pulsé el botón de reproducción.

El vídeo comenzaba en el aparcamiento, con esta cámara en particular situada por encima de las puertas del ascensor, mirando hacia el exterior. No era la mejor grabación, para ser honesto, y el audio era aún peor. Pero era mejor que nada.

Podíamos ver las dos furgonetas negras aparcadas en la parte delantera, y los dos conductores estaban de pie junto a la segunda furgoneta, hablando. No hay nada raro en eso. Conocía a esos dos tipos. Phil y Sayed habían conducido para nosotros durante años. Entonces pudimos verlos hablando con alguien fuera de la pantalla. La cámara cortó para mostrar al guardia de seguridad llevando una mesa de la cabina a un cuarto de servicio.

—Está rota desde hace mucho tiempo —pudimos oírle decir.

Luego llevaba otra mesa plegable hacia la cabina.

—El ascensor está bajando —dijo Sayed asintiendo hacia la cámara. Él y Phil abrieron las puertas de la furgoneta, como hacían siempre, y se sentaron en los asientos del conductor.

El guardia de seguridad trató de apresurarse, llevando la mesa, y pudimos ver a Riko salir y la mitad del pie de Robbie antes de que el guardia de seguridad perdiera su agarre y dejara caer la mesa. Se estrelló contra el hormigón, con el lado plano hacia abajo, lo que explicaba el estallido.

Pero Robbie dio un paso atrás y Riko se adelantó, señalando al guardia. El guardia se disculpaba y Riko le lanzó una retahíla de maldiciones antes de sacar su teléfono y pulsar un botón.

Pulsé Pausa y comprobé la marca de tiempo, luego revisé mi historial de llamadas.

—Me está llamando, ¿ves?

Jeremy asintió.

Riko volvió a gritar al guardia, que hablaba por su receptor al hombro.

—Retírense, falsa alarma —gritó—. Se me cayó una mesa. Se me cayó una mesa.

Riko volvió a pararse junto a las puertas del ascensor, con los brazos cruzados esperando.

—Maldita suerte de que fuera yo y no Steve —refunfuñó—. Te daría una puta patada en el culo.

Jeremy se rio.

—Nunca he oído a Riko decir palabrotas.

—Sin embargo, no se equivocó. Si hubiese sido yo, probablemente le habría dado una patada en el culo primero y preguntado después.

Hice clic en el siguiente enlace y esta vez eran las imágenes del ascensor. Yo estaba en la esquina inferior junto a la puerta. Jeremy estaba a mi lado, luego Roscoe, Maddox, Robbie en el centro y Riko junto a la puerta.

Estábamos hablando, riendo, sonriendo. Había visto un montón de imágenes a lo largo de los años de nosotros en ascensores, caminando por los pasillos o saliendo de un edificio. Y tardé un segundo en darme cuenta de lo que estaba mal.

Estaba sonriendo.

Incluso me reí.

Pero entonces las puertas se abrieron y Riko salió primero. Robbie desapareció a medias de la vista, pero entonces sonó el conocido y fuerte golpe. Tiré de Jeremy por el brazo hasta el rincón junto a la puerta y lo acorralé.

Ahora podía ver que Roscoe empujaba a Maddox hacia la esquina opuesta a nosotros. Eso no me gustó, porque si un tirador se acercaba a la puerta, sería un blanco fácil. Pero Robbie volvió a entrar y pulsó el botón de cerrar la puerta.

Todavía tenía a Jeremy atrapado contra la pared con mi cuerpo.

Le di a pausa y examiné la escena en el vídeo.

—Sucedió tan rápido —susurró Jeremy—. Como dos segundos y medio, según esta grabación. Pero pareció una eternidad cuando ocurrió.

Asentí.

—Es curioso cómo el tiempo hace eso.

Suspiró.

—Sin embargo, estuviste muy bien.

Hice una mueca.

—Mmm.

—¿Qué tuvo de malo? —señaló a la pantalla.

—Cuando ocurrió, solo pude pensar en protegerte, ¿verdad? Pero viéndolo ahora... —Señalé la pantalla—. Robbie está completamente expuesto. Riko estaba solo, bajo fuego por lo que sabíamos. Y Maddox y Roscoe están a la vista de cualquiera que entre por la puerta.

—Oye —dijo suavemente—. No pudiste evitarlo. No tuviste ninguna advertencia.

—Lo sé, pero viéndolo ahora, lo único que veo son los errores que cometimos.

Jeremy se inclinó y estudió la pantalla.

—No sé. Todo lo que veo es a ti y a mí besándonos en la esquina.

—¿Besándonos?

Se rio.

—Parece que me estás besando.

Me burlé, más bien con un chillido, e intenté reírme de ello.

—Dios mío, ¿es mi mano la que está en tu cintura?

No necesitaba verlo en la pantalla. Podía sentir su recuerdo en mi piel.

—Mierda, estamos totalmente sexis. —Murmuró algo más en voz baja que no llegué a captar—. Por Dios. Eso no debería ser caliente, ¿verdad?

No estaba seguro de lo que podía decir... En realidad, ni siquiera estaba seguro de poder hablar en ese momento.

—Oye —preguntó entrecerrando los ojos en la pantalla—. ¿Por qué estás de cara a mí y no de cara a la puerta? ¿No deberías estar de cara a la amenaza y no de espaldas a ella?

Me aclaré la garganta.

—Umm. —*Joder*—. Tienes razón. Debería haberlo hecho. Es que no pensé. Sólo necesitaba apartarte de la vista. Así que eso es una cosa más que hice mal.

—Oye. —Se sentó y me frunció el ceño—. Eso no es lo que quería decir. No quise decir... no hiciste nada malo. Pasaste de reírte a ser un escudo humano en un santiamén. Tardé diez segundos en darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, pero tú ya estabas en modo “evaluar la situación, alejar al sujeto del daño”. Ni siquiera tuve tiempo de parpadear. Si alguien hubiera entrado por esa puerta, te habrías girado tan rápido que el tipo no habría sabido qué lo golpeó.

No estaba de acuerdo.

Me apretó el brazo.

—No quise decir nada con lo que dije. Si quieres apretarme contra la pared del ascensor cara a cara y ponerte a rozarte conmigo, está bien.

Puse los ojos en blanco.

—No me he rocé contigo.

Se rio y se tumbó, con la cabeza en el reposabrazos y los pies en mi regazo. Tuve que mover un poco el portátil, pero no pareció importarle. Volvió a mirar algo en su teléfono.

No estaba seguro de qué demonios acababa de pasar.

¿Era normal que alguien pusiera los pies en tu regazo? ¿Qué diablos significaba eso?

Me quedé mirando la imagen en la pantalla, de mí presionándolo contra la pared, su mano en mi costado, nuestras caras tan cerca. Parecía que nos estábamos besando. No se equivocaba en eso. Me quedé mirando hasta que el corazón me golpeó como un recordatorio de que no debía mirar.

Para no grabar esa imagen en mi memoria para siempre...

Cerré la pantalla y volví a las imágenes de la gira que había estado viendo en la oficina. Apenas llevaba diez minutos en las imágenes de Berlín cuando Jeremy suspiró.

—Steve —dijo muy despreocupado—. ¿Por qué no puedo encontrar ninguna grabación tuya en Internet?

Tuve que repetir su pregunta en mi cabeza.

—¿De mí? Aparentemente, estoy muy presente. El guardaespaldas de hielo, o como sea que me llamen.

Jeremy se rio.

—No, me refiero a tus combates de MMA. Ganaste campeonatos estatales y lo que sea. He visto los trofeos, y todos hemos visto esa pelea de la que nos enseñaste las imágenes hace años. ¿Lo recuerdas? Pero ahora, no importa lo que busque, no encuentro nada bajo Steve Frost.

Maldita mierda.

Maldita sea.

—¿Por qué intentas buscarme en Internet?

—Quería ver tus combates. Ver lo malo que eres y ver cómo luchas de verdad. No como fingiste conmigo en el patio trasero.

—No estaba fingiendo contigo. Te estaba enseñando.

Levantó una ceja hacia mí.

—Entonces, los videos... ¿Es porque eres muy viejo y todo fue antes de que se inventara Internet?

—¿Quieres otra lección sin que yo finja?

—¿Así que estabas fingiendo?

—No lo estaba.

—No eres tan viejo.

Le gruñí.

Sonrió.

—Steve no estás respondiendo a la pregunta. —Giró su teléfono y había un montón de vídeos de YouTube de lo que parecían peleas de competición —. No puedo encontrarte. Hay un Steven Hammond. Ganó algo hace años.

Mis ojos se dirigieron a los suyos y mi estómago dio una fuerte punzada.

Joder.

Joder.

Me miró fijamente durante un rato, su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué?

—Steven Hammond... —Suspiré, sintiéndome un poco mal. Tenía la boca seca, pero Dios, no podía explicarlo... una parte de mí quería que lo supiera—. Yo... Me cambié el nombre a los diecinueve años.

Se sentó.

—¿Qué?

—Frost es el apellido de soltera de mi madre.

Parpadeó.

—Steve...

—Steve es mi verdadero nombre.

Negó con la cabeza y puso su mano en mi brazo, acercándose.

—No, Steve. Lo siento. No quería entrometerme. Yo sólo... Sólo quería verte pelear... No quería sacar el tema... —dejó de hablar—. Lo siento.

—Está bien —respondí. Cuando en realidad no lo estaba.

Yo no lo estaba.

—Jeremy —murmuré—. Hazme un favor.

—Claro.

—No se lo digas a nadie. Nadie lo sabe.

—De acuerdo. —Asintió, triste ahora. Se mordió el labio inferior durante un segundo—. ¿Puedo preguntar por qué?

Me encontré con su mirada. Vi preocupación en sus ojos, pero no podía decirle toda la verdad. Todavía no.

—No fue un buen momento en mi vida. Preferiría no hablar de ello, si te parece bien.

Asintió, pero se acercó, enganchó su brazo al mío y apoyó su cabeza en mi hombro. Y se quedó allí, justo allí, abrazándome hasta que se quedó dormido.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO OCHO

APENAS HABÍA PEGADO OJO, y apenas había dicho dos palabras a Jeremy en toda la mañana. No por elección. Simplemente fue la forma en que sucedió.

No quería que las cosas fueran raras entre nosotros.

La verdad es que nunca habíamos sido tan cercanos. Anoche se quedó dormido sobre mí en el sofá hasta que le desperté y le sugerí que se fuera a la cama.

—Sólo quería un abrazo —murmuró y salió a trompicones de la habitación.

Pasaron diez minutos antes de que mi ritmo cardíaco volviera a la normalidad, y estuve a punto de seguirle hasta su habitación...

Si quería abrazarme, me tumbaría felizmente a su lado en su cama y lo dejaría abrazarme todo lo que quisiera.

Pero no lo hice.

Él sabía de mi cambio de nombre. Sabía mi antiguo apellido.

Una rápida búsqueda en Google le diría más sobre mí de lo que yo había contado a nadie en quince años. Había dejado atrás esa parte de mi vida por una buena razón.

Quería decirle que lo dejara, que nunca buscara los malditos vídeos de mis días de MMA. Pero seguramente decirle a alguien que *no* haga algo, le

haría hacer exactamente eso.

Así que decidí no volver a sacar el tema. No mencionarlo, sólo fingir que nunca sucedió, con la esperanza de que Jeremy tampoco lo mencionara.

Estar ocupado con el teléfono pegado a la oreja durante casi toda la mañana ayudó. Subimos a la furgoneta como siempre, me senté a su lado como siempre, pero antes de las nueve ya estaba en mi quinta llamada de la mañana.

—Sí, estará allí a las diez —le dije a Ambrose—. Necesito hablar con mi equipo antes de que llegue. Vamos a cambiar el equipo de seguridad mañana.

—Bien, lo organizaré. Buen trabajo Steve.

La llamada terminó y me guardé el teléfono en el bolsillo.

—¿Cambias el equipo de seguridad? —Me preguntó Jeremy—. Nunca lo habías mencionado. ¿Qué significa eso? ¿Y con quién nos reuniremos esta mañana? —Sus ojos se entrecerraron—. ¿Pasó algo que yo no sepa?

—Puede que haya encontrado algo en las imágenes —dije—. No lo sé con seguridad, pero he pedido al miembro del FBI que venga a echar un vistazo. Vendrá a las diez.

—¿De qué tipo es ese “algo” en las imágenes?

—Una persona. Que no parece encajar. En la multitud.

—¿Escogiste a un bicho raro entre el público? —pareció encontrarlo divertido—. Steve hay muchos bichos raros.

Me encogí de hombros.

—Tal vez.

—¿Y qué significa cambiar la seguridad?

—Cuando se trata de seguridad a tiempo completo, debemos rotar cada cuatro o cinco días —expliqué. Señalé con la cabeza hacia el asiento delantero, hacia la parte posterior de la cabeza de Riko—. Necesitan un descanso y dormir bien. Ver a sus familias. Ese tipo de cosas.

Jeremy negó con la cabeza.

—No quiero a nadie más.

—Riko tiene...

—No estoy hablando de Riko —dijo Jeremy. No me cabía duda de que Riko podía oírnos, pero a Jeremy no parecía importarle—. Estoy hablando de ti. No quiero trabajar con nadie más que contigo.

Oh, Dios.

—No voy a rotar. Me quedo contigo, ese es el trato. Por el tiempo que sea necesario.

Jeremy pareció relajarse entonces. Se sentó y casi sonrió.

—Bien.

Dios, ¿qué significa eso?

Pero entonces sus cejas se fruncieron.

—¿Cuánto duermes por noche?

Casi me reí por la canción de los ochenta.

—¿Qué?

—Te quedas despierto hasta las tres, ¿verdad? Pero luego te levantas a las siete. Eso no es justo.

—No necesito dormir mucho. Nunca lo he hecho.

—Cuatro horas por noche no es sostenible —declaró—. No puedes dar lo mejor de ti durante ningún tiempo cuando no duermes. Créeme, lo sé.

—Me preocuparé por el sueño cuando esto termine.

—No, mañana no tenemos que estar en ningún sitio temprano —dijo Jeremy—. Mañana puedes dormir hasta tarde. El tiempo que necesites. Riko puede cuidarme.

—Riko rota esta tarde. Hoy estará Carlos. Ya lo conoces.

—Sí... —No parecía complacido. Hizo una mueca y negó con la cabeza—. No sé, Steve.

—¿Sobre qué?

Se giró en su asiento y me puso la mano en el brazo.

—Carlos está bien, pero conozco mejor a Riko. Y estoy acostumbrado a vivir solo, así que tener gente en mi casa ya es bastante raro sin que haya una puerta giratoria. ¿Y Carlos me va a cocinar la épica ensalada de su abuela japonesa para cenar?

—Eh, no. —Dado que Carlos no era japonés...

—Exactamente —dijo con un mohín triste—. No sé. Me estaba acostumbrando a tenerte cerca.

¿Tenerme su alrededor?

¿Sólo a mí?

Antes de que pudiera pensar en algo que decir, el teléfono de Jeremy sonó. Era una video llamada de Maddox. Jeremy respondió.

—Hola, gilipollas

—Buenos días a ti también —respondió Maddox—. ¿Estás ya en camino?

—Sí. ¿Y tú? —La pared interior de la furgoneta detrás de él era claramente evidente, pero Jeremy preguntó de todas formas.

—Sí.

Maddox desplazó su teléfono hacia la izquierda para mostrar a Roscoe. Roscoe estaba revisando algo en su teléfono pero levantó la vista y sonrió.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió y luego giró su teléfono para mostrármelo—. Dale los buenos días a Steve.

Maddox sonrió.

—Buenos días, Steve.

—Hola —respondí agitando la mano, incómodo.

Jeremy se rio.

—¿Qué has hecho? ¿Agitaste la mano?

—Cállate —susurré.

Jeremy dio un falso grito, con la mano en el corazón.

—Steeeeeve.

Maddox puso los ojos en blanco.

—De todos modos, voy a suponer que no has visto Twitter esta mañana.

—No, ¿por qué? Oh, mierda. Anoche publiqué una foto. Se me olvidó.

—Jeremy se rio—. Maldita sea. ¿Qué pasó?

—“Qué pasó” dice —se burló Maddox—. Sólo tú podías publicar una selfie y luego olvidarte de que existía mientras Internet se derrumbaba.

Jeremy resopló.

—¿Derrumbaba?

—Bueno, aparentemente, ahora eres más sexi que yo.

—¿Sólo ahora? Siempre lo he sido, imbécil.

—Eres un gilipollas.

—Por eso me amas. Porque te gustan las pollas.

El dedo corazón de Maddox llenó la pantalla y luego desconectó la llamada. Jeremy se rio y abrió la aplicación de Twitter en su teléfono.

—Oh, tío... —Hizo una mueca—. El hashtag JeremyDalton es tendencia. Y, Dios mío, también lo es el hashtag LiberenAJeremy. ¿Qué diablos significa eso? ¿Liberarme? ¿Cómo en *Liberen a Willy*? ¿De qué me están liberando, exactamente?

—Tal vez esos obsesionados con los detalles del FBI piensen que te están liberando de lo que sea que creen que hace el FBI.

Salió de la aplicación y se guardó el teléfono en el bolsillo, pero luego suspiró. Apoyó su cabeza en mi hombro.

—Estoy cansado.

Su pelo olía tan bien que tuve que contenerme para no olerlo como un vicioso.

—¿No estás durmiendo? ¿O sólo estás tratando de ponerte al día después de la gira?

—Un poco de ambos, creo.

Volvió a suspirar y se quedó callado durante unas cuantas manzanas. Seguía con la cabeza apoyada en mi hombro y pensé que se había dormido,

pero entonces sonó su teléfono. Esta vez era Ryan. Leyó el nombre. Su pulgar se posó sobre el botón de respuesta, pero con un gemido, dejó que sonara.

—Maldita sea —refunfuñó todavía con la cabeza sobre mi hombro—. Hoy no puedo ocuparme de nada. —Puso el teléfono en silencio y lo metió debajo de la pierna.

Le di una palmadita en el muslo y él deslizó su mano sobre mi antebrazo, hasta la muñeca. Mantuvo su mano allí, así que yo mantuve la mía en su pierna.

Me sorprendió que no pudiera oír el estruendo de mi corazón.

Estar con él de esta manera, pasar tanto tiempo con él, estaba empezando a desordenar mi cabeza.

Mi teléfono volvió a sonar y, efectivamente, era Ryan.

—Gracias —dije, y Jeremy resopló.

Respondí a la llamada.

—Ryan.

—¿Está Jer contigo?

—Sí. Estamos a cinco minutos.

—Acabo de intentar llamarlo. Dos veces.

—Sí, mira, Ryan, está bien. Sólo que no está para hablar ahora mismo.

Hubo un tiempo de silencio.

—¿Qué?

—Dijo que no estaba con ánimo de ocuparse de nada hoy. Ya tiene bastante en su plato, ¿no crees?

—Eh... Nosotros... Todavía tengo un trabajo que hacer.

—Sí, tienes que hacer tu trabajo. Y yo también. Estaremos allí en cinco minutos.

Terminé la llamada.

No tenía ni idea de si me había excedido. Me inclinaba por el sí, pero Jeremy deslizó su mano por mi muñeca hasta la palma y enlazó nuestros

dedos.

—Gracias —murmuró.

—Sabes —sugerí—, si no estás durmiendo bien, el doctor Hardwick probablemente podría recetarte algo que te ayude.

—No necesito ninguna pastilla —murmuró.

—De acuerdo.

—Yo sólo... No sé. Estoy agobiado por todo lo que está pasando.

—Lo sé —suspiré—. ¿Te haría sentir mejor si Riko y yo nos quedáramos en lugar de rotar?

Asintió contra mi hombro.

—Sí.

—De acuerdo.

Me apretó la mano y no dijo nada más hasta que llegamos. Si Jeremy se durmió en esos pocos minutos, no estaba seguro. No parecía muy contento de tener que entrar. En el ascensor, se escondió detrás de mí con la frente pegada a mi omóplato.

Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo contra mi espalda.

—Nos iremos temprano hoy, ¿de acuerdo? —dije.

Asintió y, cuando el ascensor sonó en nuestro piso, suspiró. Pero tan pronto como salimos por las puertas, Luke lo agarró y lo arrastró hacia los otros chicos. Maddox casi lo abordó en un abrazo mientras lo maldecía por ser más popular en Twitter.

Sentí que un par de ojos se clavaban en mí y, efectivamente, me encontré con que Ryan me lanzaba dagas.

—¿Podemos hablar? —dijo.

—Claro. —No me moví. Si tenía algo que decirme, podía decirlo justo donde estábamos.

Me gustaba Ryan. De verdad que sí. Los tres representantes hacían un gran trabajo. Pero me mantenía en lo que le dije.

—Mira —dijo—. Estoy seguro de que puedes apreciar mi preocupación...

—Por supuesto —respondí—. Y estoy seguro de que puedes apreciar la mía. —Miré hacia donde los chicos seguían hablando, sin prestarnos atención y sin estar al alcance del oído—. Él es cien por ciento mi única preocupación ahora mismo. Cuando estoy con él, hago lo que más le conviene. Y si no quiere hablar con nadie, lo respeto. Tú también deberías.

—Steve...

Bajé la voz, casi un susurro, y fijé mi mirada en la suya. Dio un pequeño paso atrás y no me importó.

—Ryan, he pasado cada minuto de los últimos días con él, y te digo que no está asimilando esto bien. Así que dale un puto respiro.

Me di cuenta entonces de que Robbie estaba de pie, mirando. También lo estaba Zoe. Ambos estaban preparados. Para qué, no estaba seguro. No quería causar una escena o tener algún tipo de enfrentamiento. Pero yo era quién protegía a Jeremy, para bien o para mal.

Ryan tragó el nudo en su garganta, y para entonces, Jeremy y los chicos también estaban mirando.

—¿Todo bien aquí? —preguntó Ambrose desde la puerta, leyendo claramente la habitación.

Arrastré mis ojos de los de Ryan a los de Ambrose.

—Claro.

—Steve, el agente Zielinski está aquí. ¿Tienes algo que mostrarle?

—Sí, lo sé. —Me di la vuelta y me fui, echando una rápida mirada a Jeremy mientras salía.

Me estaba sonriendo.

Si me reprendían, que así fuera. Esa sonrisa hizo que todo valiera la pena.

—¿Quieres decirme de qué se trataba? —preguntó Ambrose mientras caminábamos por el pasillo.

—Le dije a Ryan que le diera un respiro a Jeremy. No está pasando todo este asunto como lo está dejando ver.

Ambrose dejó de caminar.

—¿Está bien?

No estaba seguro de qué divulgar aquí. Había una delgada línea entre ser honesto con Ambrose por el bien de Jeremy pero no abusar de la confianza de este.

—¿Alguna vez has sabido que Jeremy no quiera ocuparse de nada, que no quiera venir a trabajar o que no coja las llamadas de Ryan?

—Nunca.

—Entonces tienes tu respuesta. Necesita que todo este calvario termine. Y necesita un descanso. Necesita tiempo lejos de la locura.

Ambrose estudió mis ojos durante un largo segundo antes de conceder un asentimiento.

—De acuerdo. Lo solucionaremos. Primero, no deberíamos hacer esperar al FBI.

—Oye, Steve, espera —gritó Jeremy mientras caminaba hacia nosotros—. Quiero ver lo que has encontrado.

Si Ambrose pensaba que era una mala idea, nunca dijo nada.

Pero luego, Maddox, Wes, Luke y Blake lo siguieron.

Donde había uno, los otros cuatro nunca estaban lejos.

—Claro —respondí—. No tengo ningún problema con eso.

TODOS LOS CHICOS, el agente Zielinski y Ambrose vieron las imágenes que yo había grabado. Esta misma mujer estaba en la multitud viendo a la banda salir de los coches, entrar en los hoteles, saludar a sus fans, pero no estaba animando, ni gritando, ni siquiera sonriendo; en tres

países diferentes. En Los Ángeles, en Londres, y la encontré de nuevo en las imágenes de Tokio esta mañana.

Y eso fue sólo el material al que tuve acceso. No tenía ni idea de si estaba en algún otro lugar, o en alguna multitud de conciertos.

—Sé que no es raro que los fans viajen para ver a la banda. Algunos fans hacen toda la gira, por todos los países —expliqué—. Pero normalmente están emocionados y quieren que la banda sepa quiénes son, ¿no? No se quedan ahí sólo observando. —Señalé a la pantalla donde esta mujer en particular estaba ahora congelada—. Esa es una mirada de desprecio. Quizás, tal vez sólo es que su cara es así. No lo sé. Pero tres países. Estados Unidos, Inglaterra y Japón. Eso es un esfuerzo muy grande y muy costoso para ir sólo a la primera línea con ese tipo de desprecio.

Jeremy resopló.

—Su cara es así. Bonito, Steve.

Me encogí de hombros, pero su sonrisa me hizo feliz.

Zielinski se mordió el interior del labio por un momento, pero luego asintió. Estuvo estudiando la pantalla durante demasiado tiempo.

—Estoy de acuerdo. Merece la pena investigarlo. ¿Me podéis facilitar una copia de esto? —preguntó. Me sonrió—. Buen trabajo.

—Esto es sólo una grabación de la multitud —añadí—. Fue todo lo que pedí ver. Y ni siquiera llegué a verla entera. La noté en Los Ángeles, pensé que era raro. La noté en Londres. Dos veces es una coincidencia, pero una tercera vez es un patrón. Tan pronto como la vi en Tokio, había visto suficiente. Todavía quedan algunas horas por ver. Puedo pasarlas esta noche si quieres. Sólo quería hacerte saber lo que encontré antes de perder otro día.

Zielinski asintió y se dirigió a Ambrose.

—Tendré que volver a comprobar la información sobre la venta de entradas, como los nombres y la información de la tarjeta de crédito para

identificar las repeticiones. Supongo que se utilizó una agencia de venta de entradas para ello. ¿Podéis darme acceso a esa información?

Ambrose asintió.

—Por supuesto.

—Voy a necesitar una copia de todo este material, incluyendo las marcas de tiempo que marcó Steve. Haré que nuestro equipo lo revise. Steve, eres más que bienvenido a seguir observando. —Zielinski me sonrió —. Cuantos más ojos busquen, mejor.

—Claro. —Tendría unas cinco horas para matar esta noche después de que Jeremy se fuera a la cama.

—¿No tenemos planes esta noche? —preguntó Jeremy.

Me volví hacia él. ¿Qué demonios?

—Eh, ¿los tenemos?

Me dirigió una sonrisa descarada.

—Sí, tenemos otra lección de artes marciales, y luego tienes que cocinarme la cena.

Lo miré fijamente. Porque, ¿a qué coño estaba jugando?

—No, la cena te toca hacerla a ti —murmuré tratando de no avergonzarme.

—¿Qué demonios? —preguntó Luke a Jeremy, atónito y un poco ofendido—. ¿Cocina para ti? —Luego se quedó mirando a Blake—. ¿Cómo es que Jason y Zoe no cocinan para nosotros?

Blake se encogió de hombros.

—Porque vosotros sabéis que Jeremy no puede cocinar absolutamente nada.

Luke consideró esto, luego asintió.

—Cierto.

—Aunque tengo que decir que Robbie tampoco ha cocinado nunca para nosotros —añadió Maddox—. Puede que tenga que sugerir una lista o algo así.

Jeremy negó con la cabeza lentamente.

—Chicos, tengo que decirles que Riko hizo una ensalada de la que nunca voy a dejar de hablar.

—¿Riko también cocina? —gritó Blake.

—Ah, chicos —dijo Ambrose—. ¿Podemos concentrarnos aquí? No creo que el agente Zielinski necesite estar aquí para esta conversación.

Todos los chicos se callaron, pero Jeremy me miró a los ojos y su sonrisa era de suficiencia, como si hubiera logrado lo que se había propuesto.

Tendría que preguntárselo más tarde.

—Ahora —dijo Zielinski, dando una palmada para que la atención volviera a centrarse en él—. ¿El incidente que vi en las noticias anoche? ¿Un problema en el aparcamiento?

—No fueron disparos —se apresuró a decir Ambrose.

Asentí.

—También pedí las imágenes de eso, y de la multitud que se había reunido delante de la fachada del edificio —admití.

—Deberíais ver las imágenes del interior del ascensor, cuando Steve entra en modo Steve —añadió Jeremy—. No voy a mentir, fue un poco caliente.

Oh, Dios mío.

¿Jeremy?

Maddox le golpeó con el dorso de la mano y se rio.

—Tío, ¿qué coño?

Sonriendo, Jeremy se encogió de hombros, pero miró directamente a Zielinski, lo cual era extraño. Definitivamente, algo estaba pasando dentro de esa bonita cabeza suya, pero ahora no era el momento de desempacar nada de eso.

Hice lo posible por ignorar a los chicos y me centré en Zielinski.

—No pude encontrar nada fuera de lo normal en las imágenes del garaje. Parecía ser sólo un guardia que dejó caer una mesa, que sonó como un disparo, sí. Quería asegurarme de que no había nadie alrededor, nadie que no debiera estar allí, comprobando los tiempos de reacción, ese tipo de cosas. Tampoco pude encontrar nada ni nadie en las imágenes de la multitud. Pero no soy un experto.

—Encontraste a esa mujer muy bien —dijo Zielinski con ironía.

—Conozco a las multitudes y sé cómo leer a la gente. Pero no puedo decir si las imágenes han sido manipuladas o alteradas.

Los ojos de Zielinski se entrecerraron.

—¿Crees que las imágenes han sido alteradas?

Levanté la mano.

—No. Dios, en absoluto. Sólo digo que no sabría si lo son. No soy un forense digital. Gente, multitudes, individuos, puedo leerlo. Pero todas esas cosas tecnológicas están fuera de mi ámbito de experiencia. No creas en mi palabra. Haz que tus expertos lo miren.

—Lo haré, gracias —respondió Zielinski.

Él y Ambrose empezaron a discutir la transferencia de archivos e información y yo me volví hacia la pantalla, que aún tenía la cara de la mujer.

—Agente Zielinski, ¿puedo preguntarte algo?

Sonrió y vino a ponerse a mi lado.

—Es... agente especial. Y si, claro, pregunta.

Señalé la pantalla pero mantuve la mirada en el agente *especial* Zielinski.

—Esta mujer, ¿la reconoces?

Sus ojos se dirigieron a los míos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque cuando viste por primera vez estas imágenes, hiciste una doble toma. Súper rápido y lo disimulaste bastante bien, pero supongo que

esta mujer ya está en tu lista de vigilancia.

Me sostuvo la mirada pero levantó la barbilla, sólo ligeramente. Así que eso era un sí.

Jeremy estaba de repente a mi lado.

—¿Esta es ella? ¿La que fue interrogada y liberada?

Zielinski miró a Jeremy y luego a mí. Su expresión era estoica mientras sopesaba claramente qué decir. Luego se relajó, con la decisión tomada.

—No es la mujer a la que interrogamos —dijo en voz baja.

Hmm.

—¿Seguro que no es ella?

Negó con la cabeza y miró la pantalla como si necesitara confirmar algo en su mente. Cuando se volvió hacia nosotros, miró directamente a Jeremy.

—Es la hermana.

La hermana...

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

—¿La hermana de la mujer a la que interrogaron? ¿La que soltó todos los detalles sobre la superfan con el loco papel pintado de Jeremy?

Zielinski asintió con fuerza.

—Pediré a vigilancia una identificación formal, pero estoy seguro de que es ella.

CAPÍTULO NUEVE

HABÍA RECIBIDO una llamada de Gerald Dubrowski para comunicarme que habían llegado las cámaras de seguridad que había encargado. Fue una buena excusa para irnos antes, y cuando se lo dije a Jeremy, se levantó y se despidió.

La reunión con Zielinski pareció poner a Jeremy de un humor extraño. Bueno, estuvo raro durante la reunión con Zielinski. Y después, tras la revelación de que la cara que había visto entre la multitud era conocida por el FBI, estaba callado. Enfadado, incluso.

Se quedó callado en la furgoneta, optando por navegar en su teléfono durante un rato, y cuando eso le molestó también, resopló.

—¿Estás bien? —pregunté, sabiendo que no lo estaba, pero dándole una oportunidad.

—Agente imbécil —dijo—. Lo siento, Agente Especial imbécil. Te ha corregido. Pensé que al menos le habrías dedicado la mirada de muerte.

—Me equivoqué al dirigirme a él. Si se ha ganado ese rango, entonces...

—Es un maldito inútil.

Vale, vaya. Estaba cabreado.

—No habría tenido ni idea de que esa mujer nos seguía por el puto mundo si no lo hubieras señalado. Tú la encontraste. No a él. No el FBI.

—Fue suerte por mi parte —dije tratando de restarle importancia—. Ellos lo habrían encontrado. Yo sólo ayudé.

Me miró fijamente y apretó la mandíbula. Era evidente que estaba muy enfadado por algo.

—Jeremy, ¿qué pasa?

—Nada.

—De acuerdo.

Resopló.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Está claro que no quieres hablar de ello y no voy a presionar. Si quieres hablar de ello, te escucharé. Si no quieres decírmelo, por lo que sea, entonces es mejor que no lo escuche.

Me miró fijamente.

—¿Qué demonios dices, Steve?

Respiré profundamente y traté de tener algo de paciencia.

—Sé que todo es estresante en este momento, pero creo que tu ira dirigida al agente del FBI que intenta ayudar...

—Agente especial —espetó Jeremy—. No te olvides del especial. Aparentemente es importante. Más bien agente nada-especial.

Vale, así que Jeremy estaba de mal humor. Y tal vez tenía derecho a estarlo. Toda su vida estaba bajo el microscopio y alguien tenía una fijación con él, y no en el buen sentido.

Podía darle un poco de gracia. Me alegré de dejarlo pasar y darle un tiempo para que se calmara.

—¿Has comido? —pregunté cambiando de tema—. Preparé un poco de mezcla de frutos secos para ti como merienda, en caso de que tu nivel de azúcar en la sangre se redujera.

Puso los ojos en blanco y suspiró.

—Me siento bien.

De acuerdo entonces.

—Riko volverá sobre las seis —dije—. Ha dicho que está contento de quedarse en lugar de salir, pero quería sorprender a su novia en el trabajo, llevarle unas flores o algo así, y luego coger algo de ropa limpia de camino a tu casa.

Jeremy murmuró algo en voz baja y luego gruñó:

—Maldita sea.

—Jeremy —lo intenté.

—No necesito una niñera. ¿Y puedes dejar de hacer cosas consideradas cuando estoy tratando de estar enfadado contigo?

—¿Enfadado conmigo? ¿Qué he hecho?

—El agente nada-especial Zielinski te estaba mirando. Eso es lo que hizo.

Tuve que repetirlo varias veces en mi cabeza para intentar darle sentido.

¿Qué demonios?

—Vale, punto uno, no, no me miraba. Dos: aunque lo estuviera haciendo, lo que otra persona pueda o no haber hecho no tiene nada que ver conmigo. No soy responsable de eso. Y tres, no estoy interesado en él. Y cuatro. —Levanté cuatro dedos—. Y este es el realmente importante. ¿Qué demonios importa, Jeremy?

—¡No lo sé! —gritó.

—¡Yo tampoco lo sé! ¿Por qué demonios estoy en problemas?

—Porque yo... —Gimió y se pasó las manos por el pelo—. No tengo ni puta idea. Yo no... ¡Dios!

Bien, esto era nuevo.

¿Estaba celoso?

Las palabras de Roscoe volvieron a mí...

“Nunca le he visto con nadie como actúa contigo. Se ríe mucho contigo, y es un poco sensiblero cuando estás alrededor...”

“Sólo te digo lo que veo. Y si es realmente heterosexual, entonces tal vez ha captado algunos sentimientos que podrían asustarlo en algún

momento... No lo sé. Supongo que sólo digo que con todo lo que está pasando, con el acosador y el FBI, y ahora quizás esto... Está lidiando con mucho. Sólo que si no eras consciente, ahora lo eres.”

Tal vez había captado algunos sentimientos...

Cristo.

Era el peor momento posible para esto. Por otra parte, si no hubiera un acosador y no estuviera pasando cada segundo de cada día con él, no estaría *captando sentimientos* y muy posiblemente cuestionando su sexualidad.

Maldita sea.

—Jeremy —murmuré.

—Olvídate de eso. No sé qué mierda me pasa.

—No estás haciendo nada mal —dije—. Nada en absoluto.

Se masajeo los ojos con las palmas de las manos y después las restregó por la cara, claramente agitado. Entonces le cogí la mano y le di un apretón.

—Se te permite estar estresado y fuera de ti mismo, Jeremy. Vamos a arreglar esta mierda del acosador y la vida volverá a la normalidad.

Jugó con mis dedos.

—Ya ni siquiera sé lo que es normal.

—Componer música y escribir canciones, salir con los chicos, ese tipo de cosas.

—Hmm.

Sabía que la dinámica cambiante de la banda le molestaba. Maddox tenía a Roscoe, Wes tenía a Amy, y Luke y Blake seguían siendo los chicos fiesteros y locos por el sexo de hace ocho años. Tenían tantas mujeres que honestamente podrían instalar un dispensador de tickets de delicatessen en su puerta principal.

Pero no Jeremy. Solían ser Maddox y él. Y todavía eran mejores amigos, pero esa dinámica también había cambiado.

Todo estaba cambiando para Jeremy, y eso tenía que ser duro.

—Sabes, deberías invitar a Maddox. O a todos los chicos —dije.

—Hmm.

—Para la cena. Tomar unas cervezas, asar unos filetes. —Me encogí de hombros, sin saber qué más sugerir—. O pedir todo el menú de ese local de barbacoa coreana que te gusta.

Casi sonrío.

—Tal vez. Echo de menos los días de estudio. Sentado, escribiendo canciones, letras, melodías.

—Cuando esta mierda de acosador termine, deberías ir al rancho un rato. Todos vosotros. Salir de esta ciudad, lejos de todo. Sentaros alrededor de la hoguera con vuestras guitarras y hacer lo que os gusta.

Dejó caer la cabeza hacia atrás con un gemido.

—¿Podemos irnos ya?

Le pasé el pulgar por el dorso de la mano.

—No estoy seguro. Deberíamos preguntar. Tu agenda de la próxima semana es bastante apretada. La semana siguiente es la preparación para la entrega de premios del mes que viene, ¿no?

Murmuró algo en voz baja que terminó con un resignado:

—No tengo ni puta idea.

—Tal vez después de la entrega de premios, podríais tomaros una semana.

—Probablemente estén ocupados —murmuró.

—Cancelarán cualquier cosa por ti. —Enhebré nuestros dedos—. Harían cualquier cosa que pidas, cualquier cosa que necesites.

Suspiró y apoyó su cabeza en mi hombro, como había hecho esta mañana.

—Ya no estoy enfadado contigo.

Resoplé.

—Me alegra oír eso. Considerando que no hice nada malo.

—Pero ese agente nada-especial puede irse a la mierda. Puede buscarse su propio Steve. Este está ocupado.

El calor brotó de mi corazón, en mi sangre, a lo largo de mis venas.

Él *Estaba* celoso.

Me gustó mucho, mucho más de lo que debería.

—Estoy ocupado —murmuré.

Y en relación con el agente Zielinski, por *ocupado*, quería decir no *interesado*. Ciertamente no me di cuenta de que me miraba, no es que yo estuviera mirando. Me pilló más desprevenido la extraña reacción de Jeremy hacia él. Lo que incluso a Maddox le pareció extraño.

Jeremy estaba muy celoso.

Intentaba averiguar qué decir a continuación, sin hacerlo raro, sin asustarlo aún más, cuando su mano se relajó en la mía y su cabeza se sintió un poco más pesada.

Se había vuelto a quedar dormido sobre mí, todavía cogido de la mano. Me hizo estúpidamente feliz y me produjo sensaciones locas en mi corazón, por no hablar de mi cabeza.

Grabé cada segundo de este momento en la memoria: el tacto de sus dedos, su peso apoyado en mí, sabiendo que lo hacía porque yo le hacía sentir seguro.

Cuando todo esto terminara, tendría momentos como este para recordar. Estuve medio tentado de decirle a Sayed que siguiera conduciendo, que tomara la ruta panorámica, sólo para mantener la furgoneta en movimiento y que Jeremy pudiera dormir un poco, pero teníamos que volver a su casa para la actualización de seguridad.

Cuando por fin llegamos a su casa, le apreté la mano y di varios toques en su cabeza con mi barbilla.

—Jeremy —murmuré—. Estás en casa.

Se despertó y miró a su alrededor, confundido.

—Mierda. ¿Me he quedado dormido?

—Ve a descansar —sugerí—, mientras me reúno con el chico de las cámaras de seguridad.

—Hmm.

Lo guie al interior de su casa y se dirigió directamente a su habitación. No lo vi ni cinco segundos cuando soltó un grito, seguido de un:

—¡Argh, joder!

Dejé caer la mochila y subí corriendo las escaleras hasta su habitación, irrumpiendo en ella, dispuesto a todo. Jeremy estaba de pie junto a la pared, apoyado en ella pero agachado.

No había ninguna amenaza evidente. Desde luego, no había nadie más en su habitación: las puertas de cristal seguían cerradas.

—¿Qué pasa? —pregunté, posiblemente demasiado cerca, cubriéndolo contra la pared—. Jeremy, ¿estás herido?

—¡Sí! —gritó—. Me pateé el maldito dedo del pie. —Intentaba ponerse de pie, tratando de sostener su pie—. Ay.

Estuve a punto de reírme, pero me las arreglé para no hacerlo.

—Ven aquí —dije poniendo mi brazo alrededor de su hombro y ayudándole a subir a su cama. Se sentó y levantó el pie izquierdo y, sinceramente, si hubiera sido cualquier otra persona, probablemente lo hubiera insultado llamándolo idiota y lo habría dejado en paz. Pero éste no era cualquier otro. Así que me arrodillé y examiné su pie.

Sus dos dedos más pequeños parecían un poco rojos e incluso un poco rasguñados.

—¿Cómo te hiciste esto?

—Con la puerta.

—¿Puedes mover los dedos de los pies? —Movié todos los dedos de los pies—. Están bien.

Hizo un mohín.

—Me dolió mucho.

—¿Quieres que te traiga una bolsa de hielo?

Negó con la cabeza. Y no se me escapó la posición en la que nos encontrábamos ahora. Él estaba sentado en el borde de su cama y yo estaba

de rodillas a sus pies. Entre sus piernas...

Me levanté y estuve medio tentado de ayudarlo a acostarse, pero eso habría sido raro. Ya era raro que estuviera en su habitación con él.

—Duerme una siesta —fue lo único que pude decirle.

—¿Una siesta? ¿Tengo cinco años?

—¿Sabes cuántos adultos matarían por poder dormir la siesta durante el día?

Sonrió y se tumbó en la cama, con los brazos abiertos y los pies aún en el suelo.

—Aunque, estoy jodidamente cansado.

Dios, sus muslos, su delgada cintura, sus brazos extendidos en plan “tómame como quieras”.

Maldito infierno. Necesitaba salir de aquí.

—Descanso, siesta, dormir, lo que sea —dije caminando hacia la puerta —. Pero todavía cocinarás la cena esta noche.

Mientras bajaba las escaleras de su habitación, oí su lloriqueo:

—Pero, Steeeeve. —Me hizo sonreír pero no me volví.

Me reuní con Gerald Dubrowski y su equipo, que estaban instalando las cámaras de seguridad mejoradas, y para cuando terminaron y me mostraron el programa informático y arreglamos los códigos de acceso a las imágenes, ya era tarde.

Hacía unas horas que no veía a Jeremy y supuse que se había echado la siesta, pero entonces oí música procedente del salón. O, más concretamente, procedente del piano de cola.

Dejé el portátil y seguí el sonido, y efectivamente, Jeremy estaba sentado al piano. Pasaba sus dedos por las teclas sin esfuerzo, la música era compleja y conmovedora.

Me quedé de pie, apoyado en la puerta, y lo miré tocar. Su perfil, la luz del sol de la tarde, la música. Era algo que no había escuchado antes, ciertamente nada de lo suyo. ¿Algo en lo que estaba trabajando?

—¿Es nuevo? —pregunté en voz baja.

Sus dedos se aquietaron y la música se detuvo.

—Lo siento. Me olvidé...

—No te disculpes. Es muy bonito.

Entonces me miró con una expresión extraña. Una mezcla de incomodidad y dolor.

—Es algo nuevo. Algo que tenía en la cabeza desde hace tiempo. Decidí probarlo hoy.

—Entonces me siento honrado de ser el primero en escucharlo.

Volvió a poner las manos en las teclas, pero se resistió a seguir tocando.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté—. Lo siento. No quería interrumpir.

Negó con la cabeza.

—Ven y siéntate aquí. —Se hizo a un lado y dio una palmada en el asiento, a su lado.

Hice lo que me pidió, aunque estaba tan nervioso que me sorprendió que mis pies me llevaran. Me senté a su lado, nuestros costados rozándose. Volvió a poner las manos en las teclas, respiró profundamente y empezó a tocar.

Era conmovedor, sí. Pero había un tormento en ello, una tristeza. Incluso incertidumbre.

Por la forma en que movía su cuerpo cuando tocaba, podía decir que sentía cada nota. Venía de su interior, de sus huesos y su corazón, de algún lugar profundo. De algo que había experimentado, algo que había dejado una cicatriz.

Cada nota sonaba en el silencio de la casa, reverberando y haciendo eco, como un concierto privado sólo para mí.

Sus largos y elegantes dedos acariciaban el piano como un amante bien entrenado, y su cuerpo se movía mientras tocaba. Estaba perdido en esta canción.

Sentado allí, a su lado, a la luz del sol que se desvanecía, siendo testigo de algo tan personal, me enamoré un poco más de él.

Tocó una fibra en mí que no podría explicar.

Cuando sonó la última nota, bajó las manos a su regazo y esperó a que yo hablara.

Tuve que tragarme el nudo en la garganta.

—¿Sabes cuándo echas de menos algo que nunca has tenido? ¿Cuándo sientes que has perdido algo que no puedes explicar?

Los ojos de Jeremy se encontraron con los míos.

—Así es como se siente esa música.

Respiró entrecortadamente. Sus ojos estaban vidriosos. *Dios, ¿estaba a punto de llorar?*

—Steve. —Luego negó con la cabeza y se rio de sí mismo—. Eso es exactamente lo que es. ¿Cómo supiste decir eso? Pensé que ibas a decir que era bonito o encantador.

—Jeremy, he estado con vosotros durante muchos años. Sé cuándo te gustan las canciones que cantas. Algunas canciones, alguna de la música que cantas, la interpretas, y lo haces perfectamente. Pero luego hay algunas canciones que te gustan, que sientes, y se nota.

Me miró fijamente, sus ojos se movían entre los míos, como si tratara de saber si hablaba en serio o no.

—Y tú sientes esta canción.

Rápidamente se volvió hacia las teclas, como si mirarme fuera demasiado.

—La siento.

—¿Cómo se llama?

—No tiene nombre —susurró—. No sé cómo llamarla.

—Bueno, gracias por tocarla para mí.

Y entonces, ya sea por lo cerca que estábamos sentados o por todo lo que había pasado estos últimos días (el apretón de manos, su cabeza en mi

hombro, sus celos) o por lo personal que era este momento, murmuré:

—No sé para quién lo has escrito, pero deberías decírselo.

Su mirada se dirigió a la mía, con ojos azules penetrantes, escrutadores. Abrió la boca...

Y mi teléfono sonó. Maldita sea.

¡Joder!

Jeremy se sobresaltó y volvió a poner las manos en las teclas, pero luego se las metió en el regazo, claramente nervioso. La conexión, el momento que acabábamos de tener se perdió, así que saqué mi teléfono.

Era Riko, que necesitaba que le dejaran entrar. No quería alejarme de Jeremy en ese momento, pero no tenía otra opción. Después de dejar entrar a Riko, volví a la sala del piano para encontrar que Jeremy no estaba.

No quería que las cosas fueran incómodas entre nosotros, y ciertamente no quería que él sintiera que tenía que esconderse de mí en su propia casa. Así que tenía una opción: podía dejar que se escondiera, podía esconderme de él o podía hacer que no fuera incómodo. Opté por la última.

Llamé a su puerta.

—¿Jeremy?

La puerta tardó un segundo en abrirse. Se mordió el interior del labio.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Cena, y tú cocinas.

Me miró fijamente, y yo sonreí y finalmente me devolvió la sonrisa.

—Eres un grano en el culo —dijo rotundamente—. ¿Puedo cambiar la seguridad con Robbie o Zoe? Ellos no hacen cocinar a nadie.

—No. Te quedas conmigo. ¿Has hecho tacos antes?

Hizo una mueca.

—No muy bien. Y a riesgo de sonar muy privilegiado, ¿por qué iba a intentar algo que indudablemente voy a joder cuando la muy buena gente de cualquier sitio mexicano lo hace todo tan excepcionalmente bien?

Señalé con la cabeza hacia las escaleras.

—Vamos, es hora de cenar.

Se quejó pero me siguió hasta la cocina donde, durante la siguiente hora, hicimos tacos. Y un gran lío. Pero estar con él en la cocina era divertido. Era tan fácil estar con él así. Estábamos cerca, tocándonos algunas veces, casi tocándonos la mayoría de las veces, y nos reíamos mucho.

Me preguntó cómo cortar la mayoría de los ingredientes y tuve que ayudarlo con el pescado porque se negó rotundamente, pero a medida que lo hacíamos, toda la incomodidad entre nosotros desaparecía.

¡Y los tacos estaban buenos!

—Sabéis, estos no están mal —dijo Riko después de haber comido su cuarto.

—De hecho, sabe cocinar —añadí dedicándole una sonrisa a Jeremy—. También es bueno en eso.

Jeremy me fulminó con la mirada.

—En realidad estoy decepcionado conmigo mismo por disfrutar de la cocina. Y si le dices a alguien que acabo de decir que disfruto cocinando, lo negaré todo y te pediré que hagas de guardia de seguridad con Luke y Blake.

Resoplé ante eso.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Volvió a hacer el gesto de fulminarme con la mirada.

—Tú fregarás.

Me reí.

—Está bien.

Riko se rio, pero llevó su plato a la cocina.

—Odio comer y correr, pero tengo que coger algunas Z.

Su sonrisa me dijo que no lo sentía en absoluto.

—No te preocupes. Y gracias por quedarte.

—No hay ningún problema.

—Sí, gracias —dijo Jeremy en voz baja.

Riko asintió y desapareció por el pasillo, y el estado de ánimo de Jeremy cayó en picado, y recogió su plato y lo llevó a la cocina.

Empecé a apilar las bandejas y platos vacíos cuando sonó un fuerte golpe.

—¡Agh! ¡Joder!

Corrí a la cocina.

—Jeremy.

—¿Todo bien? —preguntó Riko, habiendo escuchado claramente el ruido.

—Estoy bien —dijo Jeremy—. Sólo un plato. Y un vaso. Maldito infierno.

—De acuerdo —dije. Jeremy estaba de pie en su cocina, descalzo, con fragmentos de vajilla y cristal destrozados por todas partes—. Quédate ahí. No te muevas —le dije entrando en el desorden. Me puse delante de él—. Sostente.

—Eh...

Levanté sus manos hacia mis hombros, y luego, con mis manos bajo su trasero, lo levanté sobre mis caderas y lo trasladé a la encimera de la cocina y me puse justo entre sus muslos. Fue más ligero de lo que imaginaba. Más cercano, también.

—Oh —respiró.

—Esto es... —*¿Tan malo? ¿Tan bueno? ¿Todo lo que siempre quise?*—. Eh, esto es por lo que llevo zapatos —dije dando un paso atrás—. Déjame limpiar esto.

Barrí lo que pude, y entonces vi que Jeremy se hurgaba la planta del pie.

—¿Se te ha clavado algún cristal ahí?

—Creo que sí. Está en la centro de la planta del pie.

Le cogí el pie y pude ver el pequeño fragmento de cristal.

—No te muevas —murmuré y traté de sacarlo.

—¡Ay! —Retiró el pie haciendo un mohín—. Steve. Auch.
Cristo.

Me defendí.

—No tengo uñas.

—Necesitamos pinzas.

—¿Tienes un botiquín de primeros auxilios?

—No tengo ni idea.

—¿Tijeras?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Para *qué*?

—¿Para sacarlo?

—No estamos en una zona de guerra, Steve. No necesitamos improvisar. Tengo pinzas para depilar cejas en mi baño porque no soy un pagano. Y Didi no permitirá una uniceja.

Didi era la líder del equipo de maquillaje. Muy bajita, muy brava. Todo el mundo la adoraba.

Jeremy se tocó la ceja.

—Y honestamente, soy más suave que ella, así que lo hago yo mismo.

Me reí y me di la vuelta, cogiendo sus piernas para llevarlo a caballito.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a llevarte al baño. ¿A menos que quieras caminar a través del polvo de vidrio realmente fino que el recogedor no pudo recoger?

Me rodeó el cuello y el pecho con sus brazos y lo levanté con facilidad.

—¿Vas a sermonearme sobre no llevar zapatos en la casa?

Resoplé.

—No.

—¿Pero es por esto que los llevas?

—Sí. Si tengo que llevarte a través de vidrios rotos o metales retorcidos, no vamos a llegar muy lejos si estoy descalzo.

—Ooh, como *Jungla de cristal*. —Luego hizo un terrible acento alemán —. “¡Disparra al vidrrio!”

Me hizo reír.

—Exactamente.

Subí las escaleras hasta su habitación.

—Cristo, Steve. ¿Cuánto puedes levantar en banco? Me has subido esos escalones como si no pesara nada. —Entonces, sujetándose con un solo brazo, me dio un apretón en los bíceps—. Bien, Sr. Músculo.

—Ah. —Aparté el brazo de un tirón—. Si pudieras no hacerme cosquillas mientras te llevo, sería genial.

Se rio.

—¿Tienes cosquillas? Dios mío, eso es increíble.

—Tengo cosquillas, pero que sepas que si me haces cosquillas, no seré responsable de tus heridas.

Volvió a reírse, esta vez de forma cálida y jadeante contra mi oído.

Entré en su habitación y abrí la puerta del baño con el pie. Luego me dirigí a su inodoro y derribé el asiento, también con el pie.

—Joder, tienes el equilibrio del señor Miyagi —dijo, mientras me giraba y lo bajaba al asiento—. ¿Has considerado hacer uno de esos reality shows de televisión para el entrenamiento en combate? Apuesto a que patearías culos.

Lo ignoré.

—¿Pinzas?

Señaló el armario, el cajón superior de la izquierda.

—En la bolsa neceser.

Abrí el cajón y, efectivamente, había un neceser de viaje.

—No me molesto en desempacar —dijo.

Se lo entregué. No quería revisar sus artículos de tocador.

Dios, ¿y si hubiera condones ahí?

Me entregó las pinzas.

—¿No vas a quitártelo? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—No. No puedo alcanzarlo.

El maldito podría hacerlo.

Me arrodillé frente a él, puse su pie sobre mi muslo y arranqué el pequeño trozo de cristal, dejándolo caer en la papelería. Un pequeño punto de sangre se acumuló en el pinchazo, así que cogí unos cuadrados de papel higiénico y lo limpié.

—Todo listo.

Puso su otro pie sobre mi muslo.

—¿Puedes revisar mi otro?

Sonriendo, negué con la cabeza.

—Estás disfrutando demasiado de esto.

Sonrió.

—Podría decir que tienes algo con los pies, dado que es la segunda vez hoy.

—O podrías dejar de hacerte daño. —Pasé mi mano por su pie, arriba y abajo, y no retrocedió, lo que significaba que no había nada clavado—. Estás bien. Ahora necesitaré la aspiradora para poder terminar el suelo de la cocina.

Hizo una mueca.

—Eh, ¿quizás en el cuarto de servicio?

—¿Cómo no sabes dónde está tu aspiradora?

Hizo una mueca.

Suspiré.

—¿Cómo es que ni siquiera sabes si tienes una aspiradora?

—Porque no la uso. —Me frunció el ceño—. Eres muy crítico.

Me levanté y le tendí la mano, que él tomó, y lo puse de pie.

—¿Cómo te sientes apoyando el pie?

—Bien. Gracias. No sé cómo se me cayó el plato. Fui a ponerlo a escurrir y como que se me resbaló del mostrador, traté de atraparlo con el vaso.

—No hay que preocuparse. Me alegro de que no te hayas hecho daño.

—¿Puedes llevarme a caballito de vuelta por las escaleras?

—Por supuesto que no.

Se rio.

—Valía la pena intentarlo.

—Y no estaba juzgando —dije—. Estaba...

—Estabas siendo crítico.

—Bueno, tal vez un poco.

Suspiró.

—Steve, no sé ni la mitad de las cosas que pasan en mi vida. Tengo gente que lo hace todo. No es que yo quiera que lo hagan. Simplemente es así. Personas que organizan los horarios, que me dicen qué vestir, cómo posar, qué decir. Diablos, alguien me ha traído café todos los días durante los últimos años. El otro día me enteré de que puedo preparar el café helado que bebo.

—Puedes hacerlo —dije—. Y puedes cocinar. Y limpiar una cocina, y estás a punto de aprender a pasar la aspiradora.

Se quedó con la boca abierta.

—Me duele mucho el pie. —Fingió una cojera—. Auch.

Le di un ligero empujón en el hombro.

—Estás tan lleno de mierda.

Se rio y bajó las escaleras delante de mí.

—Vamos a mirar en el lavadero. Sé dónde está.

Encontramos una aspiradora, y la pasé rápidamente por el suelo de la cocina porque Jeremy argumentó que no llevaba zapatos. Así que se sentó en la encimera y me hizo compañía, y cuando terminé, le hice ayudarme a cargar el lavavajillas.

Se quejó todo el tiempo pero también sonreía y, para ser sincero, me encantaba que estuviera conmigo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó—. ¿Podemos practicar más defensa personal?

—Podríamos —admití, y para ser honesto, la idea de hacer algún tipo de contacto físico con él me resultaba muy atractiva. Pero esa voz en el fondo de mi mente me decía que era una mala idea—. Le dije al agente Zielinski que vería el resto de las imágenes.

—Quieres decir Agente Especial. Agente nada-especial.

Sonreí.

—Sí, el mismo.

Entrecerró los ojos y tarareó.

—Entonces las veré contigo.

Sus celos ante la mera mención del nombre de Zielinski me hicieron feliz. Era ridículo e infundado, pero a pesar de ello me gustó.

—Bueno.

Nos sentamos en su sofá y puse mi portátil en la mesita. A los cinco minutos, puso un cojín en mi muslo y se tumbó, con la cabeza en mi regazo.

Ese no era el comportamiento normal de un *amigo*, ¿verdad?

Eso no era lo que típicamente hacía un heterosexual con otro, ¿no?

¿Me gustó que se sintiera cómodo conmigo? Por supuesto. ¿Me gustó que se sintiera lo suficientemente libre como para poner su cabeza en mi regazo? Claro que sí.

Intenté no preguntarme por qué estaba siendo pegajoso conmigo. Intenté no darle demasiada importancia. Había admitido que se sentía y estaba solo, y todo el asunto del acosador sería suficiente para volver a cualquier persona un poco loca.

Obviamente, necesitaba un poco de contacto humano, así que apoyé mi brazo en su hombro y no dijo ni una palabra.

De hecho, creo que sonrió.

Vimos algunas secuencias, empezando por Japón. A continuación, Corea del Sur, y Jeremy estaba profundamente dormido cuando llegamos a las imágenes de Singapur.

Le froté el brazo y tuve muchas ganas de pasarle los dedos por el pelo. Pero no lo hice.

Probablemente debería haberlo despertado y decirle que se fuera a la cama. Tampoco lo hice.

Quería saborear este momento para siempre. Me di cuenta de que era un poco raro, porque él estaba dormido. Pero Dios, había amado a este hombre durante años y se quedó dormido con su cabeza en mi regazo. No iba a interrumpir eso por nadie.

Su pelo rubio, su barba naciente, sus labios rosados. Parecía un ángel dormido.

De alguna manera, conseguí concentrarme en la grabación un poco más y encontré una pantalla de un posible avistamiento del acosador. La imagen estaba granulada, así que no podía estar seguro, pero envié otro correo electrónico al agente Zielinski con la marca de tiempo y la captura de pantalla de la imagen. Él podría verificar e investigar.

Mi trabajo era cuidar de Jeremy. El tipo de contacto cercano.

Dios, estaba dejando que mi mente vagara por terrenos peligrosos. No estaba vagando sola exactamente, dado que Jeremy se había plantado en mi regazo y se había quedado dormido.

Llegamos al quinto día y estaba perdiendo la concentración. Necesitaba afinar y concentrarme y dejar de permitir que mi corazón se impusiera a mi cabeza.

Lo que necesitaba era una sesión de entrenamiento, como unos buenos quince kilómetros en la cinta de correr y una sesión de sparring con uno de los instructores de MMA. Necesitaba gastar algo de energía constructiva y alejar mi mente de Jeremy, lo que no era fácil, teniendo en cuenta que estaba dormido en mi regazo.

No era como si pudiera salir a correr fuera. No podía salir del recinto. Y la cinta de correr sería muy ruidosa a las -miré mi reloj- dos de la mañana.

Pero tal vez podría dar unas cuantas vueltas a la piscina. También podría ayudarme a dormir.

Comprobé las nuevas pantallas de seguridad y, al no ver nada fuera de lo normal, levanté con cuidado la cabeza de Jeremy y apoyé un cómodo cojín bajo su cabeza. Su suave ronquido me indicó que seguía profundamente dormido. Así que me puse unos pantalones cortos de gimnasia, cogí mi toalla y me fui al patio trasero.

Los días seguían siendo cálidos, dado que era noviembre, pero las noches eran un poco frías.

Me metí en el agua fría y empecé a nadar unas cuantas vueltas. La sensación de ardor en los pulmones era buena, el estiramiento de los músculos era increíble, y me acomodé al ritmo. Brazadas uniformes, respiraciones medidas, vuelta tras vuelta, hasta que sentí que alguien me observaba.

Me detuve en el extremo profundo de la piscina para encontrar a un cansado y confundido Jeremy saliendo por la puerta trasera y acercándose a la piscina.

—Estás despierto —dije manteniendo la voz un poco baja.

—Steve, ¿qué coño estás haciendo? Son las dos y media de la maldita mañana.

—Necesitaba hacer algo de ejercicio. Lo siento. Debería haber preguntado si podía usar tu piscina.

—Me ofendería si me lo pidieras. Puedes usar lo que quieras. No hace falta que lo pidas.

—¿Te he despertado?

—No. Me desperté en el sofá y la puerta trasera estaba abierta. Me imaginé que estabas aquí fuera. Tal vez buscando a un chico malo o algo así.

Jesús.

—¿Qué tal si la próxima vez que pienses que puede haber un chico malo por aquí no vienes a buscarlo?

Sonrió.

—Entonces, ¿quién te salvaría?

Le devolví la sonrisa.

—Riko.

Jadeó ofendido.

—Grosero. Posiblemente sea cierto, pero sigue siendo grosero. Yo vendría a salvarte.

Me aferré al borde, sin querer salir delante de él.

—¿Está fría el agua? No estoy convencido de que deba meterme. —Se acercó a la orilla y metió el dedo del pie—. No está tan mal.

Entonces, para mi horror y deleite, se sacó la camisa sobre la cabeza y se zambulló. Salió a la superficie, con el pelo mojado hacia atrás y una amplia sonrisa, y se metió en el agua. La luz de la luna brillaba en el agua, en su piel, y Dios mío, nunca había visto algo tan perfecto.

—¿Cuántas vueltas has dado ya? —preguntó.

Me mantuve de espaldas a la pared lateral de la piscina, manteniendo el pecho bajo el agua.

—No las estaba contando.

—¿Nadas a menudo?

—No tan a menudo como me gustaría. Había olvidado lo agradable que es. Es mejor que la cinta de correr.

—Si quieres hacer más, llevaré la cuenta.

—No, creo que he terminado. Probablemente debería haber esperado hasta que Riko se levantara y estuviera de servicio. Quiero decir, hay alarmas de sensores en el nuevo sistema de seguridad, así que oiría si alguien intentara entrar.

Nadó hacia mí y se colgó del borde de la piscina.

—¿Cómo puede pasarme algo si estoy aquí contigo?

Probablemente estábamos demasiado cerca. Y demasiado solos. Mi sangre zumbaba por la anticipación.

¿Por qué me miraba así?

¿Estaba más cerca?

Esto no era bueno. ¿Me lo estaba imaginando? ¿Estaba viendo algo que no existía? ¿Algo que nunca podría suceder?

No era ciego ni estúpido. Podía leer a la gente y ver la intención en sus ojos.

Definitivamente me estaba mirando de alguna manera. No eran ilusiones.

Pero la confusión también parpadeó en sus ojos. Temblor, tal vez incluso un poco de miedo.

Esto no era bueno.

La tensión floreció entre nosotros, la distancia entre nosotros pareció reducirse y su mirada se dirigió a mis labios.

Maldito fuera.

—Debería salir —susurré—. Antes de que Riko se levante.

Me impulsé con las manos en el borde de la piscina y me levanté, esperando por Dios que él no mirara. O tal vez había suficiente sombra para esconderse.

Pero, por supuesto, se levantó de la piscina más fácilmente que lo que yo había hecho.

Fui a por la toalla que había sacado, dándome cuenta de que sólo había una al mismo tiempo que Jeremy parecía darse cuenta también.

Se lanzó a por ella, pero yo fui más rápido y tiré de la toalla para cubrirme.

—Hay que ser más rápido que eso —bromeé sujetando la toalla contra mi pecho.

Pero él no sonreía.

Estaba mirando mi abdomen. A mi torso. A mi piel desfigurada.
No había sido lo suficientemente rápido.

—Dios mío —respiró. Movi6 suavemente la toalla y me la quit6. Solté la toalla, tan examinado como me sentía. Me pasó los dedos por el costado, por encima de las costillas y a lo largo de las tres cicatrices profundas y dentadas; su tacto era cálido en mi piel fría. Su mirada se dirigió a la mía, con ojos muy abiertos y preocupados—. Steve, ¿qué demonios te pasó?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO DIEZ

—FUE, eh... Fue hace mucho tiempo... —Me aparté un paso de él. Quería su contacto, incluso lo deseaba. La forma en que su pulgar me ponía la piel de gallina era algo que nunca olvidaría. Pero no podía decírselo.

No quería que ese secreto, esa vida, echara por tierra la vida que había hecho para mí.

—¿Steve? —La voz de Riko llegó desde el interior.

—Ah, sí. Ya entro —dije.

Apareció en la puerta, entrecerrando los ojos en la oscuridad, confundido al ver a Jeremy conmigo.

—Oh. ¿Todo bien?

—Sí. Sólo quería hacer unos largos antes de acostarme —respondí.

Ahora, tenía una opción. Podía envolverme con la toalla para que Riko no viera mis cicatrices, pero eso dejaría a Jeremy aquí fuera sin toalla alguna. Y su comodidad ganaría siempre.

Le entregué la toalla y volví a entrar, sabiendo muy bien que Jeremy podía ver ahora también las cicatrices de mi espalda. Y Riko podía ver las cicatrices de mi frente, y cuando pasé junto a él, sin duda vio mi espalda.

No me importaba. Sólo necesitaba irme.

Llegué a mi habitación, me duché con el agua más caliente que pude soportar, tratando de no entrar en pánico, de no dejar que todo se

desencajara, y finalmente me metí en la cama.

Mañana, las cosas serían diferentes.

En la última semana, Roscoe descubrió que era gay, Jeremy supo mi antiguo nombre, y ahora Jeremy y Riko habían visto mis cicatrices. No había manera de deshacer esto.

Había pasado una década ocultando todo esto por una buena razón. Había acabado con mi última carrera y casi había acabado conmigo.

No quería revivir aquello y no quería que se hiciera público. Era otro escándalo potencial que Platinum no necesitaba ahora.

Por no hablar de que Jeremy ya tenía bastante con lo suyo sin que yo le añadiera más. Me estremecí al pensar cómo reaccionaría.

Lo que pensaría de mí...

Mientras intentaba dormir, todo lo que podía ver era a él, empapado, con el cuerpo brillando por las suaves luces de la casa, la preocupación clara en su cara mientras tocaba mis cicatrices.

Nunca dejaba que nadie tocara mis cicatrices.

Mañana, todo sería diferente.

No haría falta decir que no dormí mucho.

A LAS SIETE arrastré mi cansado culo hasta la cocina, después de haber dormido unas dos horas. Riko estaba en la mesa del comedor y se levantó al verme.

—Acabo de hacer café fresco.

—Gracias —murmuré—. Así que voy a tener que pasar por mi casa esta mañana. Probablemente sea mejor hacerlo antes de que Jeremy se levante. No saldrá de su habitación hasta dentro de un rato. ¿Te parece bien quedarte aquí con él? No tardaré mucho.

—Sí, claro —respondió—. ¿Todo bien?

—Sí, sólo necesito recoger una muda de ropa y ese tipo de cosas.

—Oh, claro.

Envié un mensaje al equipo de transporte y Sayed llegó antes de que yo terminara mi segundo café. Evité el contacto visual con Riko y, para ser sincero, pretendía evitar cualquier contacto con Jeremy.

Simplemente no estaba preparado para ello.

—Hoy sólo tú —dijo Sayed al abrir mi puerta.

—Sí, sólo yo. ¿Algún paparazzi en las puertas esta mañana?

Negó con la cabeza.

—Esta mañana no hay ninguno. Tal vez se cansaron de esperar.

—Esperemos que sí.

Pero tenía razón. La puerta de entrada a la urbanización estaba despejada. Tal vez otros famosos de la comunidad de Jeremy se hartaron del acoso e hicieron que la policía los echara. No lo sabía. Sólo me alegraba que se hubieran ido.

Revisé mi correo electrónico y mis mensajes de camino a mi casa, e incluso busqué en las redes sociales habituales cualquier cosa relacionada con Jeremy.

Sus admiradores habituales y los de Atrous seguían comentando y publicando fotos y memes, pero no era tendencia esta mañana.

Su agenda estaba despejada hoy. Un raro día libre.

Esperaba que durmiera la mayor parte del día.

Me metí en mi casa y cogí todo lo que necesitaría al menos durante unos días más. El FBI tenía una nueva pista con la hermana, así que lo más probable es que este trabajo de seguridad a tiempo completo se acabara.

Cuando volví a casa de Jeremy, la casa estaba en silencio y Riko estaba en el sofá frente a la pantalla dividida del circuito cerrado de televisión.

—Hola —dije dejando caer mi bolsa en el vestíbulo—. ¿Se ha levantado Jeremy?

Negó con la cabeza.

—No. Todo tranquilo por aquí. —Luego señaló con la cabeza la pantalla donde Sayed y la furgoneta seguían aparcados delante—. ¿Se queda la furgoneta?

—No. Pensé que hoy querías hacer mandados. Vamos a necesitar más comestibles, ese tipo de cosas. Hice una lista.

Se puso en pie.

—No te preocupes. ¿Sayed está bien para ir?

Asentí.

—Sí. Y gracias.

Envié la lista que había hecho al teléfono de Riko y vi en la pantalla como salía. Intenté no pensar en que sólo estábamos Jeremy y yo en la casa. Desde luego, no iba a subir a su habitación para ver cómo estaba. Lo dejaría dormir y fingiría que no iba a bajar a hacerme un montón de preguntas sobre mis cicatrices.

Estaba cien por ciento seguro de que iba a pasar.

Era como esperar a que bajara la cuchilla.

Jeremy bajó las escaleras justo antes del almuerzo y se dirigió directamente a la cocina.

—Buenas tardes —le dije.

Su respuesta fue áspera y ronca.

—Buenos días.

—¿Quieres un americano helado?

—Puedo hacerlo —respondió. Luego trasteó un poco con la cafetera mientras fruncía el ceño, finalmente consiguió que funcionara, lo vertió sobre hielo y añadió agua fría. Cerró los ojos mientras tomaba el primer sorbo.

—¿Dormiste bien?

Genial, Steve. Lo llevas directamente a la conversación que querías evitar.

Jeremy negó con la cabeza.

—Mi vine a dormir cuando salió el sol.

Jesús.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que te prepare algo de comer?

Se encogió de hombros y tomó un sorbo de su café.

—Riko debería volver pronto con la compra —le expliqué—. Le envié a hacer un par de recados porque hoy no teníamos que estar en ningún sitio. Pensé que te vendría bien dormir.

Bebió más café, pero evitó el contacto visual. Estaba nervioso y distante, lo que... bueno, me pregunté brevemente si habría preferido que fuera directamente a preguntar.

Señaló con la cabeza mi portátil.

—¿Viste más imágenes de la multitud?

—Sí.

—¿Encontraste algo?

—No desde la posible imagen visual en Tokio.

—Bueno, eso es bueno. —Volvió a encogerse de hombros—. Supongo. Dios, odiaba esto.

Habíamos dado tantos pequeños pasos hacia delante, y esto se sentía como un gran salto hacia atrás.

—Mira —empecé.

Habló al mismo tiempo.

—Te he buscado en internet.

Le miré fijamente, con la sangre escurriendo de mi cara.

—¿Tú qué?

—Sabía que no me lo dirías si te lo preguntaba.

—Jeremy —susurré, tratando de regular mi respiración, lenta y medida.

Mantén la calma, Steve.

—¿Me dirás qué te pasó si te lo pregunto?

Tenía la boca seca y apenas podía mover la cabeza.

—Prefiero no hacerlo.

—¿Ves? Sabía que no me lo dirías.

—Fue hace mucho tiempo —murmuré. La sangre me latía en los oídos y di un paso atrás—. Y no fue un buen momento en mi vida.

—Pero puedes decírmelo, Steve.

Negué con la cabeza.

—A ti no.

—¿Por qué no? ¿Por qué a mí no? —Me miró fijamente—. Sabía que harías esto. Anoche te alejaste, fuera en la piscina, cuando te pedí que no te alejaras, pero lo hiciste.

Me encontré con sus ojos.

—Yo... No oí nada de eso.

Levantó una ceja, claramente sin creermelo.

—Lo siento —dije en voz baja—. No te escuché decir eso.

—Así que dímelo ahora.

—No puedo.

—¿Por qué no? —Golpeó su taza contra el mostrador y levantó la voz—. Se supone que debes contarme estas cosas. Somos amigos, ¿verdad? Bueno, no sé qué coño somos. Es muy confuso. Pero tú sabes todo sobre mí, y yo no sé una mierda sobre ti.

No sé qué coño somos. Es muy confuso.

Dios, ¿estaba diciendo lo que yo creía que estaba diciendo?

Roscoe tenía razón. Jeremy estaba confundido sobre lo que sentía por mí.

Me encontré con sus ojos.

—¿Qué es lo que te confunde Jeremy?

Su mandíbula se apretó.

—No intentes volver esto contra mí.

No recordaba haberlo visto nunca tan enfadado.

Se pasó las dos manos por el pelo y se retorció los rizos.

—Me dijiste tu antiguo nombre, así que lo busqué. ¿Quieres saber lo que encontré, Steve?

Mi corazón latía frío y mis fosas nasales se abrieron en busca de aire.

—Si ya lo sabes, ¿por qué me lo preguntas?

—¡Porque quiero que me lo digas! Quiero oírlo de ti.

—¡No puedo! —le grité.

Gritó de inmediato.

—¿Por qué no?

—¡Porque me arruinó! —rugí. Retrocedió un poco, y perdí toda la lucha en mí—. Y no puedo permitir que me mires como lo hicieron ellos. Tal y como estás ahora... —Negué con la cabeza—. Ya he perdido bastante. No puedo perderte a ti también.

Jeremy me miró fijamente. Abrió la boca y la volvió a cerrar y estaba a punto de hablar...

—Eh, ¿está todo bien aquí? —Riko preguntó desde el pasillo.

Ni siquiera le había oído entrar. Llevaba bolsas marrones de la compra y ahora miraba entre Jeremy y yo como si fuera un partido de tenis.

—Todo está bien —respondí, a pesar de saber que probablemente había escuchado cada palabra que nos habíamos gritado—. ¿Hay más bolsas?

—Sí —respondió. Pasé por delante de Jeremy e ignoré la mirada de Riko mientras caminaba por la maldita casa demasiado grande hacia el frente donde Sayed estaría estacionado.

Todo esto era un enorme y jodido lío.

Traje más bolsas mientras Riko desempacaba la primera carga. Jeremy estaba apoyado en la encimera de la cocina, mirándome fijamente. Se mordía el interior del labio como si tratara de entender algo en su cabeza.

Cogí un paquete de galletas de la parte superior de la bolsa más cercana y lo puse en la encimera cerca de Jeremy.

—Tienes que comer algo.

Se quedó mirando un poco más, con las cejas fruncidas, y negó con la cabeza. Salió de la cocina.

—No tengo hambre.

Respiré profundamente y exhalé lentamente. Riko sostenía un cartón de huevos y fruncía el ceño.

—¿Seguro que todo está bien?

Entonces, con una sincronización impecable, mi teléfono sonó. El nombre de Ambrose parpadeó en la pantalla. Apreté el botón de respuesta.

—¿Tienes noticias para nosotros? —pregunté—. ¿Nos vas a decir que tienen a esa mujer detenida?

Ambrose suspiró.

—Ah, sí. Sobre eso...

Gemí.

—Joder. ¿Y ahora qué?

Riko dejó caer la cabeza hacia atrás, pero volvió a guardar la compra y yo le dejé, saliendo a la piscina para tener un poco de intimidad.

—Larga historia —dijo Ambrose—. La mujer de las imágenes. La hermana que siguió a la banda por todo el mundo y luego trató de tenderle una trampa a su hermana...

No necesitaba la recapitulación, pero da igual.

—¿Sí?

—Bueno, no pueden encontrarla.

¿Qué?

—¿Qué quieres decir?

—Ha desaparecido, ha desaparecido de la red. La hermana dice que no la ha visto ni ha hablado con ella en dos días.

Jodidamente genial.

—¿Tienen alguna idea de su posible ubicación?

—No. Pero Zielinski cree que está aquí en Los Ángeles. Imagina que no se alejaría de donde esté Jeremy ahora que están tras ella, y nos ha

aconsejado ser cautelosos.

Me pasé la mano por la cara.

—Creen que es peligrosa —concluí.

—Ha hecho compras recientemente —dijo Ambrose—. Que el FBI esté preocupado...

—¿Qué tipo de compras?

—Una pistola Springfield, de 9mm. Y munición.

¿Qué demonios?

—¿No pensaste que probablemente deberías haber empezado con esa pequeña información? Por Dios, Neil.

Silencio.

—¿Qué más?

—Ha hecho varias compras de artículos de ferretería y material de acampada.

Hmm.

—¿Campamento o escalada?

—Zielinski dijo que acampaba. No le pedí detalles. Sólo asumí que era porque iba a salir de la red.

Por el amor de Dios.

—¿Qué más?

—Eh...

—Neil se me acaba la paciencia.

—Se ha recibido más correo en la oficina central. No sólo online, sino cartas. Mierda amenazante y desquiciada. Lo hemos entregado todo.

—Jesús. ¿De ella?

—No lo sé. Fue entregado directamente al FBI. Yo no lo vi.

Sentí demasiada presión en el pecho.

—¿Amenazando a Jeremy?

—En realidad, no. Esto es una amenaza para Platinum y Arlo Kim. Por esconder a Jeremy, por no dejarle ser libre. Amenazando con destruir la

compañía.

Cristo.

—Jacqueline Sosa es ahora una persona de interés oficial y es buscada para ser interrogada por el FBI.

—¿Así que están bastante seguros de que es ella?

—Creo que es la mejor pista que tienen. Eso es todo lo que sabemos hasta ahora. Acabo de hablar por teléfono con Zielinski.

—Bueno, dile que puede venir aquí y contarnos cada palabra de información que tenga. —Dios, quería darle una patada a algo—. De hecho, tengo su número. Se lo diré.

Un suspiro tranquilo seguido de más silencio.

—¿Cómo lo está llevando Jeremy?

—¿Cómo crees? No lo está llevando.

Está cabreado y frustrado, probablemente asustado. Pero también está enfadado conmigo, directamente, por alguna estúpida razón.

Gemí.

—Hablaré con él —murmuré—. Aunque no es probable que eso salga bien.

—Así de bien, ¿eh?

—Hmm. —Maldita sea—. Sólo necesitamos que esto termine. Lo que sea necesario.

—De acuerdo. —Hubo otro tiempo de silencio—. Mira, tenemos las entrevistas la próxima semana y la aparición de *Late Nights in LA*. ¿Qué tal si le pregunto a Jeremy si quiere saltárselas? Podemos decir que está enfermo o que le duele la garganta.

—Creo que es una buena idea. Nada me haría más feliz, pero eso se hundirá como el Titanic con él.

—Hmm. —Ambrose refunfuñó algo para sí mismo—. Déjame ver qué puedo hacer. Lo llamaré y se lo haré saber a Ryan. Estaré en contacto.

Terminé la llamada y dejé caer la cabeza hacia atrás con un gemido. No había dormido lo suficiente como para lidiar con esto.

—¿Todo bien? —preguntó Riko detrás de mí.

Negué con la cabeza.

—La sospechosa ha desaparecido. El FBI no la encuentra, pero creen que ahora está armada. —Pasé junto a él y volví a entrar en la casa y me dirigí a la habitación de Jeremy.

Llamé y esperé, y no hubo respuesta.

—¿Jeremy? —Todavía no hubo respuesta.

Abrí la puerta y miré dentro. No pude verlo. La habitación estaba vacía, su cama desordenada.

—¿Jeremy? —lo llamé, un poco más fuerte esta vez.

La puerta de su cuarto de baño se abrió, el vapor salió y Jeremy se quedó de pie sin nada más que una toalla alrededor de la cintura. Sus rizos húmedos, su cara perfecta, su cuerpo delgado, sus abdominales, su rastro feliz.

Oh, dulce Jesús.

Ayer lo había visto sólo con pantalones cortos en la piscina. ¿Por qué esto era mil veces más caliente?

—L-lo siento... —Tuve que obligarme a apartar la mirada, así que me quedé mirando la pared mientras su silueta se grababa en mi memoria.

—¿Cuál es la emergencia? —preguntó.

Me armé de valor y me enfrenté a su mirada, sin mirar más que a sus ojos.

—Acabo de hablar con Ambrose. El FBI tiene noticias sobre la sospechosa. Necesito hablar contigo de algunas cosas. —Tragué con fuerza—. Si pudieras vestirme y bajar las escaleras...

Jeremy permaneció inmóvil durante unos largos segundos.

—Supongo que no son buenas noticias —dijo rotundamente.

Negué con la cabeza y volví a mirar hacia otro lado.

—Te espero abajo.

—O puedes esperarme aquí.

Le lancé una mirada, pero él estaba entrando en su vestidor, de espaldas a mí. Dios, su espalda era tan sexy como su frente. Solté un largo y silencioso suspiro y traté de quitarme esa imagen de la cabeza.

No cerró la puerta, así que me aparté de cualquier posible línea de visión. Decidí que sentarme en la cama era una mala idea y, en su lugar, me dirigí a las enormes puertas de cristal.

—¿Así que identificaron a la persona? —preguntó.

—Tienen una sospechosa, sí.

—¿Es la hermana?

—Sí. Se llama Jacqueline Sosa —respondí—. Pero no pueden encontrarla.

Se hizo el silencio, así que me giré y él estaba de pie en la puerta con pantalones cortos, con la camiseta todavía en la mano.

—¿Qué quieres decir?

—Ha desaparecido. La hermana no la ha visto, no ha ido a trabajar. —Le sostuve la mirada—. Jeremy, compró un arma recientemente.

Retrocedió un poco.

—Bueno, joder.

—Quiero hablar con Zielinski —dije—. Quiero que venga aquí, pero quería consultarlo contigo primero, teniendo en cuenta que no te gusta...

La mirada de Jeremy se estrechó.

—Oh, toma, tengo algo para ti. —Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el dedo corazón.

Pero entonces sonrió.

—No tengo ningún problema con el Agente Nada-Especial lo que sea. Así que adelante, invítalo. Estoy seguro de que estará encantado de saber de ti.

Miré la camiseta que aún sostenía.

—Deberías cambiar esa camiseta por una verde. El verde es realmente tu color.

Se rio.

—Vete a la mierda. No estoy celoso.

—Estás totalmente celoso. Y eso está bien. Comprensible, incluso. Y como regalo especial, voy a dejar que me des una paliza.

Hizo una doble toma.

—¿Qué?

—Práctica de lucha. Traje almohadillas y guantes de mi casa esta mañana.

Se puso la camisa.

—¿Cuándo fuiste a tu casa?

—Sobre las siete.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Has dormido algo?

Negué con la cabeza.

—Tal vez una o dos horas.

—Steve...

—Estoy bien.

—No estás bien. No has dormido lo suficiente. —Frunció el ceño, como si estuviera a punto de sacar el tema de anoche, mis cicatrices, nuestra pelea de esta mañana.

Y Dios, no podía pasar por todo eso otra vez.

—Baja cuando estés listo —dije en voz baja e intenté marcharme.

Me agarró del brazo, nuestros cuerpos se acercaron, sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Estás bien?

—Sí, por supuesto. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Estás distraído.

Tenía muchas ganas de apartar la mirada, pero me obligué a mirarlo fijamente.

—Estoy bien —repetí—. Sólo estoy preocupado y ejerciendo precaución. Hay una persona obsesionada por ahí que quiere hacerte daño...

—No estoy hablando de esa psicópata, ni siquiera de mí —murmuró—. Estoy hablando de ti, Steve.

Maldita sea.

Todavía me agarraba del brazo, estábamos demasiado cerca y olía demasiado bien.

—Estoy bien —respiré.

—¿Me lo dirás alguna vez?

Sabía lo que estaba preguntando pero me hice el tonto.

—¿Sobre qué?

—¿Quién te hizo daño?

Mis ojos se dirigen a los suyos. No les llamó mis cicatrices. No preguntó qué había pasado. Quería saber quién me había hecho daño. Me había encontrado en Internet, o eso dijo esta mañana. El antiguo yo, mi antigua vida. Habría leído las historias, visto los artículos de las noticias, tal vez.

Pero no podía.

Nunca hablaba de ello. Bien o mal, simplemente no podía.

Negué con la cabeza.

—Si ya lo sabes, no necesitas oírlo de mí.

Su agarre en mi brazo se hizo más fuerte y me acercó más.

—Maldita sea, Steve.

Y algo dentro de mí se rompió.

Le quité el brazo de encima, le agarré la muñeca y le doblé el brazo por la espalda, fijándolo en su sitio, tirando de él contra mí. Fue indoloro para

él, pero quedó inmovilizado, pegado a mí desde el pecho hasta el muslo. Mi cara estaba a medio centímetro de la suya.

No me había dado cuenta de lo que había hecho hasta que él gruñó sorprendido. Sus ojos se abrieron de par en par y luego miró mi boca.

Como si quisiera besarme.

Podría inclinarme un poco y apretar mis labios contra los suyos. Dios sabía que quería... Quería reclamar su boca, empujarlo contra la pared y probar esa hermosa lengua...

Su pecho subía y bajaba. Se lamió los labios.

—Hmm —respiró. Luego parpadeó—. Vaya.

Salí de mi mente, solté su brazo y di un paso atrás.

—Lo siento. Lo siento.

Jeremy sacudió la muñeca y me frunció el ceño, enfadado ahora.

—¿Qué coño ha sido eso?

—Lo siento. Jeremy, lo siento. Joder. —Apenas podía recuperar el aliento—. Debería haber tenido más cuidado. ¿Estás... bien? ¿Te he hecho daño?

Respiró profundamente unas cuantas veces y finalmente negó con la cabeza, todavía sujetando su muñeca.

—No. Estoy... Estoy bien.

Me alejé un paso más, sin poder mirarle a los ojos.

—Lo siento mucho.

Me di la vuelta y salí, con el corazón martilleando y las manos temblando.

¡Joder, joder, joder!

Saqué mi teléfono para llamar a Zielinski. No es que tuviera muchas ganas de hablar con él, pero al menos así Riko no podría preguntarme qué coño estaba pasando.

Mi cabeza era un desastre.

Recogí mi bolsa de deporte y la saqué al patio mientras llamaba al agente Zielinski. Tardé un minuto en comunicarme con su extensión, pero finalmente atendió mi llamada.

—Sr. Frost, ¿en qué puedo ayudarte?

—Acabo de hablar con Neil Ambrose —le expliqué, abriendo la bolsa—. Me ha contado lo que ha pasado con Jacqueline Sosa.

—¿Sí?

—Mencionó que compró equipo de acampada. ¿Puedo preguntar si incluía algún equipo de escalada?

—Eh... Sr. Frost...

Tiré una rodillera al césped.

—¿Compró algún tipo de pernos o anclajes? Algún equipo que pudiera usar para...

—No me siento cómodo discutiendo esto por teléfono, Sr. Frost.

Saqué un par de guantes de combate de mi bolsa y los arrojé junto a la rodillera.

—Bien. ¿Puedes venir a la dirección del Sr. Dalton? Supongo que la tienes. Entonces puedes ver por qué pregunto por el equipo de escalada.

Aceptó y la llamada terminó. Tiré mi teléfono junto a mi bolsa y me puse unos guantes. Riko salió.

—¿Necesitas un ayudante?

Asentí.

—Sí. Eso sería genial. El agente Zielinski estará aquí en unos treinta minutos.

Riko se colocó la rodillera y la muslera, luego recogió las manoplas, y mientras rebotaba un poco en las puntas de los pies y sacudía las manos, me hizo una mueca.

—Tómatelo con calma —dijo.

Rodé los hombros y estiré el cuello, dejando escapar parte de la tensión.

—Sí, por supuesto.

Se puso en posición de apoyo, apoyó los pies en la hierba, bajó su centro de gravedad y levantó el guante.

Riko era bueno, y de todo mi equipo, probablemente el único con el que podía hacer de sparring. Sabía cómo recibir golpes, cómo hacer sparring y cómo inclinarse y alejarse cuando era necesario.

Empecé despacio y con calma. Sólo unos cuantos golpes y patadas para aumentar el ritmo cardíaco, y cuanto más hacía, mejor me sentía. Cuanto más rápido y más fuerte golpeaba, mejor me sentía.

Fue bueno concentrarse, expulsar algo de energía y dejar ir las frustraciones y la ira.

Así que golpeé y pateé, pateé, pateé. Golpeé, golpeé, pateé hasta que el sudor me goteó.

Riko finalmente levantó la mano y se retiró.

—Tiempo muerto —dijo resoplando casi tanto como yo. Su corto pelo negro brillaba al sol—. Cristo.

—¿Estás bien? —pregunté.

Casi se ríe.

—Claro. ¿Y tú?

—Ya me siento mejor.

—Bien —respondió—. Tienes público —murmuró en voz baja—. Ha estado observando desde dentro.

Me mantuve de espaldas a la casa, e ignoré a Jeremy.

Cogí las manoplas de boxeo de Riko.

—Tu turno.

Así que Riko hizo algunos movimientos y unos cuantos golpes y patadas. Estoy seguro de que apreció el gasto de energía tanto como yo. Jeremy se quedó dentro...

Hasta que empecé a darle a Riko algunas instrucciones. Le di un golpecito en la pierna.

—Mantén esta rodilla doblada. —Le di una palmadita en el esternón—. Potencia desde aquí. —Moví la cadera de Riko—. Cuadra tu pelvis.

Fue entonces cuando Jeremy salió, como si no le gustara que estuviera a solas con Riko. Dios, ¿estaba realmente celoso? Se aclaró la garganta.

—Sí, Riko. Mantén tu pelvis cuadrada.

Le eché una mirada a Jeremy, pero sostuve el guante contra mi antebrazo exterior y preparé mi postura.

—Vamos, Riko. Dame una patada de derecha. Tan fuerte como puedas.

Riko sonrió un poco y me dio unas cuantas patadas de prueba primero, pero cada vez fueron más fuertes, y tuve que bracear y gruñir contra el impacto.

Me sentí muy bien.

Cambié de brazo y Riko le dio un poco de trabajo a su pierna izquierda, pero al parecer a Jeremy tampoco le gustó.

—Ahora le toca a Steve patear tan fuerte como pueda mientras Riko sostiene la almohadilla.

Riko se detuvo para recuperar el aliento, agarrándose el costado. Hizo una mueca a Jeremy.

—¿Estás loco? Ven y sujeta la almohadilla y deja que te patee tan fuerte como pueda.

Jeremy sonrió mientras se acercaba y me hacía un gesto para que le diera los guantes de almohadillas.

—No —dije—. No te voy a patear. Práctica o no.

—Oh, vamos —dijo tratando de imitar la postura que obviamente nos había visto hacer a Riko y a mí—. Entonces sólo una pequeña.

Así que mientras él estaba allí, sosteniendo la almohadilla y sonriendo, le di una suave patada de uno-dos-tres. Y procedí a desequilibrarlo. No se cayó, pero parecía un poco horrorizado.

—Jesús.

—Apenas te he tocado —dije.

—Eso fue el veinticinco por ciento —aceptó Riko—. Como mucho. Y tú querías que me pateara el cien por ciento.

Jeremy resopló pero me miró.

—¿Cómo es que tu pequeña lección fingida conmigo el otro día no se parecía a la de Riko y tú ahora?

—Porque Riko y yo hemos hecho esto durante años —dije—. Y tú has hecho dos minutos.

—Quiero ser tan bueno como tú —dijo Jeremy.

Por el amor de Dios.

Le quité la almohadilla.

—De acuerdo entonces. Tu turno.

Entonces, trató de golpear la almohadilla.

—¡Para! —dije lanzando la almohadilla hacia mi bolsa—. Jesús, te vas a romper algo. —Tomé sus puños en cada mano—. Las muñecas tienen que estar rectas. Te rompes la muñeca, la mano o los dedos y no hay piano ni guitarra durante semanas. Ambrose me dará una patada en el culo.

Se miró las muñecas como si fueran de otra persona.

Cristo.

Me reí. Hacía innumerables horas de coreografía frente a un espejo, así que utilicé esa técnica.

—Vale, estás pensando demasiado en esto. Piensa que te voy a enseñar una nueva coreografía de baile. Refleja mi postura. —Aprender pasos de baile, podía hacerlo. Me puse en la posición de listo y él me reflejó. Sus pies estaban bien, sus rodillas dobladas correctamente, pero sus brazos... Puse mis manos en sus codos—. Mantenlos cerca de tu cuerpo en todo momento. —Le cogí los puños—. Mantén este para proteger tu botón de dormir.

—¿Mi qué?

Le di un golpecito en la barbilla.

—Tu botón de dormir. Tu barbilla.

Sonrió pero luego miró hacia abajo.

—¿Cómo puedo mantener mis codos dentro y mi mano aquí arriba al mismo tiempo?

—Así. —Me puse a su lado y le mostré—. Dirige con tu pie delantero. Eres diestro, pie derecho. Codos dentro, manos arriba.

Me copió y lancé algunos golpes lentos y deliberados, pasos defensivos, llevándolo a través de cada movimiento como si fuera el equipo de coreografía en el estudio de danza.

—Uno, dos, tres. Uno, dos, tres.

Y lo consiguió.

Cogí la almohadilla de boxeo y me puse delante de él.

—Sigue, uno, dos, tres.

—Estoy teniendo recuerdos de cuando aprendí a bailar el vals. —Sonrió pero siguió practicando—. Sabías que debía tratarlo como un baile si quería aprender, ¿verdad?

Sonreí.

—Claro. Un buen profesor debe entender cómo aprende el alumno. Y tú aprendes al compás.

Jeremy dejó de golpear. Su mirada se encontró con la mía.

—Eso es realmente cierto.

Dios, cuando me miraba así, cuando no había ninguna mierda en medio y éramos sólo nosotros, me dolía el corazón por él. Me dolía físicamente. Me dolía por tocarlo, decirle...

Y mi teléfono vibró en el suelo.

Me sobresalté y cogí el teléfono.

—Es el agente Zielinski —murmuré.

Jeremy levantó una ceja.

—¿Te llama a menudo?

Hice caso omiso y contesté al teléfono. Fue una llamada de cinco segundos para decir que estaba en la puerta, y le dije que le dejaríamos

entrar.

Riko, que estaba tomando un largo trago de agua, asintió con la cabeza.

—Voy a abrir.

Cogí el guante de boxeo y se lo tendí a Jeremy de nuevo.

—No, él no me llama. Le he llamado yo.

Los ojos de Jeremy se dirigieron a los míos.

—Oh, de verdad.

—Sigue practicando. —Empujé el guante hacia él, empujándolo un poco—. Cuenta el ritmo en tu cabeza, uno, dos, tres. —Gruñó y golpeó el guante. Pero se contuvo—. Más fuerte.

Así lo hizo. Pinchó con un poco más de fuerza y dio un paso adelante, dirigiendo su pie delantero.

—Bien. —Golpe, golpe, golpe—. Y viene a ayudarnos, así que intenta ser amable con él.

Sus ojos se entrecerraron mientras me golpeaba dos veces.

—Seré tan amable con él como se merece.

Sonreí mientras golpeaba con un poco más de fuerza.

—Deja de sonreír demonios —gruñó mientras golpeaba aún más fuerte.

Di un paso atrás y bajé el guante a la altura de la cintura, y él frunció el ceño.

—Qué demonios ha sido eso. Estaba cogiendo el ritmo.

—Te vas a hacer daño en las manos. Ahora haz esto —le dije mostrándole—. Mantén los codos dentro, las manos arriba, pero vas a clavar la rodilla en esta almohadilla. Así.

Hice unas cuantas rodillas rápidas para mostrarle.

Jeremy probó a levantar suavemente la rodilla y yo le di unos golpecitos con el guante.

—Bien. Pon tus manos en mis hombros hasta que consigas el equilibrio.

—No es que fuera a necesitarlo, porque tenía muy buen equilibrio...

Deslizó sus manos sobre mis hombros y volvió a levantar la rodilla.

—No es que vaya a apoyar las manos en un tipo que intenta atacarme —dijo subiendo la rodilla a la almohadilla.

—Sí, lo harás —respondí—. Usa su cuerpo, su cabeza. Agárralo y dale un maldito rodillazo en la cara hasta que se rompa algo.

Jeremy detuvo su rodilla y sus ojos se abrieron de par en par.

—Jesucristo, Steve.

Me encogí de hombros.

—¿Qué crees que te estoy enseñando aquí?

Frunció el ceño.

—Supongo que... No lo había pensado así.

Sus manos seguían en mis hombros y empezó a apartarlas. Volví a ponerlas sobre mis hombros, manteniéndolas allí.

—Centrémonos en lo que debes hacer si alguien intenta agarrarte y en cómo puedes librarte de ello.

Estábamos cerca. Demasiado cerca. Comprendiendo que debía hacer que esta postura pareciera deliberada, dije:

—Agarra mi camisa como si quisieras hacerme daño.

Cerró sus manos en puños en el cuello de mi camisa.

—Siempre alejas su centro de gravedad de tu cuerpo —dije empujando su brazo hacia fuera y hacia abajo—. Ahora Pruébalo tú.

Lo agarré la camisa y sus ojos brillaron con algo que no era miedo. Intentó apartar mi mano y bajar, pero se acercó demasiado y yo le palmeé instintivamente el pecho para evitar que cayera sobre mí.

Y fue entonces cuando Riko y el agente Zielinski salieron por la puerta.

Jeremy me agarró de la cintura y se inclinó hacia mí, muy deliberadamente, mientras miraba a Zielinski.

Jesucristo.

Eso fue un movimiento territorial flagrante.

Estaba celoso. Jeremy Dalton acaba de marcarme delante de otro tipo.

¿Eso. Era. Jodidamente. Real?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO ONCE

ZIELINSKI SE QUEDÓ unos treinta minutos. Nos hizo el mismo resumen que Ambrose, y una vez que le expliqué mis preocupaciones sobre el equipo de acampada o de escalada, le mostré el borde de la propiedad de Jeremy.

—Ya había comentado que la única preocupación de límites que realmente tiene aquí es si alguien sabe escalar —dije. Estábamos de pie en el borde de la caída escarpada, tal vez diez metros hacia abajo, al cañón de abajo.

Zielinski asintió.

—Es una preocupación válida. El equipo de acampada era una cocina de gas, una tienda de campaña, un saco de dormir, bidones de agua. Un cuchillo de caza. Pero ningún equipo de escalada. Ni ganchos, ni equipo de rappel.

—¿Un cuchillo de caza? Dios.

—Y el arma y la munición.

—¿Es una campista experimentada? ¿Hace esto a menudo?

Zielinski negó con la cabeza.

—No. Según la hermana, nunca lo había hecho. Su historial de gastos tampoco indica compras similares.

—¿Y no tienes ni idea de dónde ha ido?

La mirada de Zielinski se encontró con la mía.

—Tenemos algunas pistas que estamos siguiendo.

—¿Es eso lenguaje federal para decir “no tenemos nada” o para decir “no lo digo”?

Antes de que pudiera responder, añadí:

—Tenemos la agenda llena la semana que viene. Hemos aplazado todo lo que hemos podido esta semana, y apenas ha salido de casa. Pero la semana que viene tiene citas obligadas por contrato, y todo lo que hace es analizado por los medios de comunicación. No podemos permitir que esto se convierta en un espectáculo para el público. No sólo por su seguridad, sino por los cientos de fans que se alinean en las calles sólo para verle allá donde va.

Zielinski me estudió durante unos largos segundos, y yo le devolví la mirada.

—Cuando digo que estamos siguiendo algunas pistas, te pido que confíes en nosotros. Entiendo que tienes una relación personal con el señor Dalton y puedo apreciar...

—¿Un qué? —Me quedé mirando—. ¿Tengo una qué con Jeremy?

Miró hacia atrás, donde Riko y Jeremy estaban de pie cerca de la piscina, observándonos.

—Sólo asumí que tú y él...

—Bueno, ese fue tu primer error.

—Cuando entré, interrumpí un abrazo, y no te ha quitado los ojos de encima desde que llegué.

—No. No te ha quitado los ojos de encima a ti —corregí—. No confía en los extraños.

Zielinski inclinó la cabeza y sonrió.

—Lamento si mi insinuación de que estás involucrado con el señor Dalton te ofendió.

Quise erizarme, pero en lugar de eso, le devolví la sonrisa. Si creía que podía ponerme nervioso, se equivocaba. Yo era el rey de mantener la calma.

—Oh, no estoy ofendido. De hecho, me siento halagado. —Sonreí con un poco más de dulzura—. Aunque odiaría cuestionar qué otras suposiciones has hecho sobre este caso.

Y ese fue básicamente el final de su reunión conmigo.

Habló con Jeremy durante un rato mientras yo intentaba calmarme. Jeremy tenía razón. El tipo era un maldito idiota.

—Así que supongo que ha ido bien —dijo Riko. Los dos nos quedamos mirando cómo hablaban Jeremy y Zielinski. No podíamos oír lo que se decía pero no perdía de vista a Jeremy.

Me crucé de brazos.

—Hm.

—Sí, a Jeremy también le gusta mucho.

—Tiene *pistas*, aparentemente —murmuré—. Lo que significa un montón de mierda.

Riko suspiró.

—Pensé que era agradable.

Giré la cabeza para mirarle, pero me encontré con que sonreía.

—Es un mocoso pretencioso —dijo—. Traje caro, reloj caro, corte de pelo caro. El tipo de hombre que podría atraer...

—Cierra la boca.

Riko se rio.

—Sí, eso es lo que dijo Jeremy también.

Le gruñí, porque por ese comentario, podía adivinar que era totalmente consciente de la tensión que Jeremy y yo teníamos entre nosotros.

Antes nos reíamos y bromeábamos y hablábamos y hablábamos... Ahora nos tocábamos y provocamos mutuamente. Había destellos de cómo éramos antes, pero ahora había tensión y... y no sabía cómo llamarlo.

Maldita sea.

Zielinski se despidió con un gesto de la cabeza, y mientras Jeremy le acompañaba a la salida, Riko dijo:

—Oh, antes de que se me olvide. Mientras hablabas con tu agente favorito, Jeremy pidió a los chicos que vinieran a comer carne y tomar cervezas.

Ahora tenía mi atención.

—¿Quién? ¿Los chicos?

Asintió.

—Sí. Todos ellos.

—¿Cuándo?

Riko se encogió de hombros.

—Para el almuerzo, así que... —Miró su reloj—. ¿Ahora?

MADDOX Y ROSCOE LLEGARON PRIMERO, con Robbie, y me reuní con ellos en la puerta principal.

—Hola. Jeremy está atrás tratando de arreglar la parrilla.

—Oh, que Dios nos ayude —murmuró Maddox al pasar.

—Hola —dijo Roscoe, con un aspecto terriblemente relajado e informal en sus pantalones cortos y camiseta. No era frecuente verlo vestido de paisano. Tenía buen aspecto.

Parecía feliz.

—Jefe —dijo Robbie, dedicándome su habitual sonrisa mientras seguía a Maddox.

Mientras Roscoe y yo estábamos allí, oímos el ruidoso:

—¡Eh, gilipollas! —de Jeremy.

Roscoe se rio y me hizo sonreír.

—¿Cómo lo lleva? —preguntó Roscoe.

Hice un ruido que era mitad gruñido, mitad suspiro.

—Así de bien, ¿eh?

Lo miré.

—No sé. Creo que necesita estar hoy con los chicos, ¿sabes? Sólo para pasar el rato y ser ellos mismos.

Roscoe asintió.

—Sí. Lo entiendo totalmente. Maddox está igual. —Señaló con la cabeza hacia la parte trasera de la casa—. ¿Cómo... cómo están las cosas entre vosotros dos?

Gemí y negué con la cabeza.

—También así de bien, ¿eh?

—No están nada bien.

Llegó otra furgoneta y abrí la puerta para ver que Zoe dejaba salir a Luke y Blake de la parte trasera.

—Oh, bien —nos dijo Luke con una sonrisa mientras salía de la furgoneta—. El músculo está aquí para ayudarnos. —Deslizó la puerta completamente hacia atrás para mostrar tres cajas de cerveza y una nevera. Blake tomó una de las cajas, Luke tomó la otra, y sonrieron mientras entraban en el vestíbulo—. ¿Atrás?

Asentí.

—Sí.

Roscoe cogió la otra caja de cerveza que quedaba y yo la nevera, que era la más pesada con diferencia.

—Jesús.

Jason se unió a nosotros al lado de la furgoneta.

—Pesa tanto porque lleva media vaca dentro —dijo—. Pidieron suficiente comida para alimentar a un ejército.

Jason cogió el otro extremo del asa por mí y la llevamos a la casa.

¿Era una forma ideal de pasar el día? Probablemente no.

¿Quería a los cinco chicos de la banda más grande del mundo bajo el mismo techo cuando una obsesa andaba suelto con una pistola?

No, no quería.

¿Pero Jeremy necesitaba esto?

Por supuesto.

Para cuando llegaron Wes y Amy ya se habían tomado sus primeras cervezas, y pasaron el rato junto a la piscina mientras Maddox y Jeremy intentaban preparar la parrilla. Le pusieron una cerveza en la mano a Wes y le dieron la bienvenida a Amy. La admiraba, para ser sincero.

Roscoe había hablado de lo difícil que había sido a veces ser un añadido a un grupo tan unido de chicos. Él tenía la ventaja de conocerlos a todos durante años y de tener ya esa base establecida con ellos, y se relacionaba como cualquiera de los chicos sin esfuerzo. Amy no tenía ese lujo.

Y ella era la única mujer. No había otras novias, ni otras citas. Aparte de Roscoe, pero él ahora se había encargado de intentar hacer la barbacoa, lo que probablemente era algo bueno.

Me quedé dentro, sobre todo, vigilando las cámaras de seguridad, en particular las puertas delanteras. Zoe y Jason comprobaron el límite trasero. Robbie e Ivan se ocupaban de los laterales de la propiedad.

La cuestión era que no estábamos aquí para beber y reír con la banda. Sería demasiado fácil sentarse con ellos, tomarse unas cervezas y escuchar las historias divertidas.

Pero nosotros no formábamos parte de ese círculo íntimo.

La empresa nos contrató para cuidarlos.

Y eso fue un recordatorio muy oportuno para mí.

¿Realmente había pensado que Jeremy se interesaría por mí? Yo no estaba en su círculo íntimo. Ahora me estaba cuestionando si Jeremy y yo fuimos alguna vez siquiera amigos.

Habría pensado que sí. A pesar de quién era él -un nombre conocido y famoso mundialmente- y del hecho de que yo sólo era el músculo contratado.

Ni siquiera era que no formara parte del círculo íntimo de Atrous. Ciertamente no formaba parte de ellos. La verdad es que estaba tan lejos de mi alcance que ni siquiera estaba en el mismo juego.

No estaba diciendo que Jeremy me tratara de forma diferente por su estatus o riqueza. Nunca lo hizo. Ninguno lo hizo.

Pero aunque deseaba poder estar ahí fuera con él, con la banda, y aunque sólo podía soñar con estar con Jeremy de la forma en que Roscoe estaba con Maddox, me estaba engañando a mí mismo.

—Oye, Steeeve —dijo Jeremy.

Levanté mi cabeza desde las cámaras de seguridad.

—¿Qué pasa?

Tenía una cerveza llena en la mano.

—¿Por qué no sales con nosotros?

Ehhh. Dios, cuando decía cosas así, no sabía qué pensar. Señalé la pantalla.

—Estoy trabajando.

Frunció el ceño.

—Oh. Me parece justo. —Estaba claro que quería decir algo más, pero decidió no hacerlo. —De todos modos, los filetes están hechos. Si quieres. Y todos los demás. Incluso hay una ensalada. —Se encogió de hombros—. Pero la hizo Luke, así que probablemente sea cuestionable. Yo me quedaría con la carne. Sólo para estar seguro.

Le sonreí. ¿Estaba nervioso? ¿Decepcionado?

—Gracias. Se lo haré saber a los demás.

Se alejó unos pasos y se detuvo. Hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Puedes tomarte una tarde libre. Antes dijiste que este lugar era lo más seguro que había. Si puedes relajarte en algún sitio, es aquí. Especialmente cuando hay otros cinco miembros de seguridad acompañándonos.

No podía esperar que mi equipo trabajara cuando yo no lo hacía. No sería justo. Pero no iba a tener esa conversación con Jeremy.

—Quizá más tarde —respondí. Era una salida fácil, pero mejor que mentirle directamente a la cara.

De todos modos, se dio cuenta de ello. Me sostuvo la mirada, apretó la mandíbula, puso los ojos en blanco y se fue.

Estaba muy enfadado conmigo. Enfadado *por* mí.

Justificado o sin justificación, ya no lo sabía.

Hice saber a los demás que se había ofrecido comida, pero le di a Jeremy algo de espacio. Necesitaba un poco de tiempo con los chicos, una sensación de normalidad y olvidarse de toda el asunto del acosador.

Vi que comía un poco, algo, al menos, pero aceptaba las cervezas con bastante facilidad. Nunca bebían mucho, lo que era raro teniendo en cuenta su estilo de vida.

Las historias de horror que había escuchado y leído a lo largo de los años sobre bandas y varios músicos y su caída en la bebida y las drogas. Pero estos chicos no eran así, y si Jeremy quería ponerse absolutamente borracho, teniendo en cuenta todo lo que había pasado en la última semana, no me oponía a ello en absoluto.

Necesitaba esto.

Tenía unos días antes de que la responsabilidad de las entrevistas y las sesiones de fotos pidieran su atención, y la verdad es que era bastante agradable oírle reír y ser el mismo de siempre.

Su antiguo yo.

—¿Todo bien? —preguntó Roscoe. No le había oído entrar—. Estabas a un millón de kilómetros de distancia.

Odiaba que me pillaran desprevenido.

—Oh, sí. Bien. Sólo pensaba...

Se sentó en el sofá frente a mí. Sólo le había visto beber quizá una cerveza en toda la tarde. Eran ya las tres de la tarde.

—Me encanta que se diviertan ahí fuera, pero oh, Dios mío, están diciendo barbaridades.

Le sonreí.

—También es ruidoso. —Era cierto. Hablaban más fuerte, se reían más fuerte. No es que me importara.

Roscoe miró mi portátil.

—Entonces, ¿miras esas pantallas por algo en particular o sólo evitas a Jeremy?

Mi mirada se dirigió a la suya y suspiré.

—No tienes que decir nada. Él está igual ahí fuera. Se ríe, claro. Pero está de mal humor y no deja de mirar la puerta de atrás como si buscara a alguien. —Se encogió de hombros—. A ti. Te está buscando a ti, Steve.

Negué rápidamente con la cabeza.

—Hemos tenido algunos desacuerdos. Se pone nervioso y se relaja conmigo a partes iguales: un minuto se ríe y es sensible, y al siguiente se enfada conmigo. Está estresado, por razones obvias, y probablemente esté harto de tenerme aquí.

—Le gusta tenerte aquí.

—¿Qué?

—Se lo dijo a Maddox. Maddox preguntó si Jeremy quería que viniéramos a su casa el otro día, o si quería ir a nuestra casa, pero Jeremy dijo que no. Quiero decir, dijo que eras un grano en el culo, que le hacías cocinar y limpiar, pero que en realidad no era tan malo tenerte cerca.

Casi sonrío.

—¿Ha... ha pasado algo entre vosotros dos? —preguntó Roscoe en voz baja—. Estoy percibiendo algo de tensión o algo así.

Mis ojos se dirigieron a los suyos antes de mirar por encima del hombro hacia la puerta del patio. Seguían siendo ruidosos y continuaban bebiendo.

—¿Algo ha pasado? —Los ojos de Roscoe se abrieron de par en par.

—No —dije rápidamente. *Jesús*—. No. Así no. —¿Le decía que había habido algunos momentos en los que Jeremy había estado lo

suficientemente cerca como para besarnos, en los que había mirado mi boca, se había lamido los labios...? —Ha habido...

—Hola, mi arreador de gatos favorito —le dijo Jeremy a Roscoe al entrar, arrastrando las palabras. Me ignoró.

—Jeremy, ¿has comido lo suficiente? —le pregunté.

Se giró, sorprendido.

—Oh, ¿quieres hablar conmigo ahora? —Estaba claramente borracho, tambaleándose un poco al pasar—. Necesito mi guitarra.

Sus palabras me dolían.

Roscoe y yo le vimos desaparecer por el pasillo y la mirada de Roscoe se posó de nuevo en mí.

—¿Qué fue eso?

Suspiré, sin saber qué podía decir.

Estaba a punto de decir algo más pero entonces apareció Maddox.

—¡Aquí está! —Se dirigió hacia Roscoe y casi cayó sobre él, sentándose en su regazo, rodeándolo con sus brazos, y lo besó.

Justo delante de mí.

¿Los había visto ser cariñosos? Sí. ¿Tocarse, darse un beso rápido, abrazarse, tomarse de la mano? Por supuesto.

Pero este fue un beso completo, con lengua.

Roscoe estaba obviamente sorprendido, pero lo disfrutó durante unos segundos antes de retirarse. Maddox se bajó de un salto y tiró de Roscoe para que se pusiera en pie.

—Hora de la sesión de improvisación. Vamos.

Roscoe fue de buena gana, sonriendo mientras Maddox lo arrastraba hacia la puerta.

—¿Hablamos después?

Asentí. No es que fuera a haber mucha diferencia. No sabía qué decir ahora. Dudo que lo supiera pronto.

Jeremy apareció con su guitarra acústica. Me puse de pie.

—Jeremy —intenté.

Me ignoró de nuevo, pasando por delante de mí como si no existiera.

Me dolió más que si me hubiera golpeado.

Levantó la guitarra como un trofeo mientras volvía con todos. Ahora estaban todos sentados alrededor, una especie de círculo. Jeremy se puso de pie sobre su silla y comenzó a rasguear su guitarra. Luke golpeó dos botellas de cerveza. Wes utilizó el refrigerador de cerveza como si fuera un bongó. Blake hizo una especie de ruido de beatbox, y Maddox hizo la voz principal, aunque todos armonizaron.

Me apoyé en el marco de la puerta y los observé.

La primera canción que cantaron fue “Volar”. Era la favorita de Jeremy, así que no me sorprendió que la tocara primero. Luego “Océanos”, seguida de “Reflejo”. Así empezaban todos sus conciertos. Luego “Puzzle” y “Jisei”.

Fue mágico. Tan divertido, tanto talento.

Pero cuando tocó “Código Rojo”, Maddox se la cantó a Roscoe. Era difícil no mirar y sonreír.

Los demás armonizaron, pero Jeremy no cantó ni una palabra.

Sin embargo, me miró mientras rasgueaba. Y eso quizá dijera más que la letra.

Amy cogió el teléfono de Wes y los grabó cantando a la sombra del sol, todos borrachos y sonrientes. Los rodeó, haciendo sobre todo primeros planos de Wes, pero también de los demás.

Cuando terminó esa canción, Jeremy empezó a tocar “*Come Together*” de los Beatles. Y luego cantaron “*House of the Rising Sun*” de The Animals.

—Vale, peticiones —dijo Jeremy.

—“*Can't Help Falling in Love*” de Elvis —dijo primero Roscoe.

Jeremy rasgó uno o dos acordes. Levantó la vista de su guitarra y frunció el ceño.

—No la conozco. Elige otra cosa.

—Es C G A... —dijo Robbie, sosteniendo una guitarra imaginaria. Dejó de hablar cuando todos se giraron para mirarle.

—¿Sabes cómo tocar? —preguntó Blake.

Robbie sonrió.

—Claro que sí. Toda mi familia lo hace. Tíos, tías, primos.

—La hostia, tío —dijo Jeremy dándole su guitarra a Robbie—. Toca, toca.

Robbie tomó la guitarra y todos esperaron...

Y tocó.

Rasgueó la introducción y todo el mundo aplaudió, pero luego cantó la primera línea y todo el mundo se quedó en silencio... hasta que estallaron en vítores y comenzaron a cantar con él.

No tenía ni idea de que Robbie pudiera cantar.

Era un tipo grande, fácilmente ciento veinte kilos, pero tenía una voz dulce. Tocaba la guitarra como si fuera un ukelele y tenía un aire totalmente polinesio, pero, joder. Era bueno. Y yo estaba completamente sobrio. Los chicos que estaban borrachos debían pensar que era lo mejor que habían escuchado.

Se pusieron en pie rápidamente, cantaron cada palabra, muy fuerte. Jeremy tenía una mano en el aire mientras bailaba, con los ojos cerrados, cantando a todo pulmón. Maddox tenía su brazo alrededor del hombro de Jeremy, Luke y Blake y Wes bailaban, y Amy lo filmaba todo.

Luego tocó "*The Chain*" de Fleetwood Mac. Me pareció una locura cómo la banda podía improvisar completamente pero saber armonizar una canción que probablemente nunca habían cantado juntos. Robbie hizo esa cosa de rasguear y tocar con la guitarra, y los cinco cantantes lo clavarón.

Fue increíble.

Cuando terminó la canción, Robbie le devolvió la guitarra, pero Maddox la cogió en lugar de Jeremy.

—Debes tener cuidado, Steve —dijo Luke—. Platinum podría querer firmar con él.

Robbie negó con la cabeza y le hizo un gesto para que no continuara.

—No, gracias.

Wes vio el material que Amy había filmado y los demás también echaron un vistazo rápido. Sin duda acabaría en su Twitter o TikTok.

—Ven, déjame verlo antes de publicarlo en cualquier sitio —dijo Roscoe.

Gracias a Dios.

Maddox tocó algo de Kings of Leon y el ambiente se calmó un poco. Seguían cantando, pero bebían más cerveza.

Hasta que Jeremy decidió que era la hora del tequila.

Poco después, Wes y Amy dieron por terminado el día. Se despidieron, Ivan los metió en su furgoneta y se marcharon.

—Sí, nosotros también podríamos irnos —dijo Luke.

—No, salgamos —dijo Jeremy.

Giré la cabeza tan rápido que me sorprendió que mi cuello no se rompiera. Jeremy parecía complacido por mi reacción.

—Vamos a la discoteca. Quiero bailar, encontrar algunas chicas.

Sus palabras me afectaron como un dolor en mi barriga.

Luke se volvió hacia mí. Me di cuenta por su cara que no quería ir.

—Estoy seguro de que Steve no cree que sea una buena idea.

Era la peor idea. Y teniendo un acosador aparte, que saliera cuando ya estaba borracho *no* era una buena idea. Pero eso era una cuestión de relaciones públicas, una cuestión de imagen. Mi preocupación era la seguridad.

Me encogí de hombros.

—No, no creo que sea una buena idea. Pero si él quiere ir, entonces vamos.

Luke hizo una mueca y se volvió hacia Jeremy.

—La próxima vez, hermano. Puede que tenga planes esta noche. —Se encogió—. Que estoy tratando de mantener en secreto.

Jeremy lo miró fijamente.

—¿Una cita? ¿Con quién demonios? ¿Una de tus repeticiones?

Auch.

Luke lo miró fijamente y luego le habló a Blake.

—Y por eso no quería decir nada.

—Jer, eso no es justo —dijo Blake.

—No, no es una *repetición* —dijo Luke bruscamente—. Si realmente tienes que saberlo, es Vana. Estamos saliendo.

Jeremy lo miró fijamente y tardó un segundo en darse cuenta. Se balanceó, con la botella de tequila pesada en la mano.

—¿Vana, de Cyko? ¿Pelo rubio?

Luke no contestó durante un segundo y me pregunté si lo haría.

—Sí.

Jeremy asintió lentamente, y luego tomó otro trago de tequila.

—Es guapa. —Luego me apuntó con el tequila—. A Steve le encanta Cyko. Tenía un calendario y todo hasta que lo tiré. ¿Quién es tú favorita, Steve? ¿Qué chica?

Le di a Luke una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, no estoy muy familiarizado con ellas.

—No, Steve no responderá —continuó Jeremy—. Le gustan los secretos 'parentemente.

Ignoré eso, y en su lugar sonreí a Luke y Blake.

—El calendario era sólo una cosa promocional.

—Lo tiré a la basura —dijo Jeremy—. Si va a tener un puto calendario, va a ser de mí.

—Sí, de acuerdo, capitán José Cuervo —dijo Blake—. Nos vemos mañana.

Jeremy murmuró algo borracho e ininteligible, dio otro trago al tequila y fue en busca de Maddox.

—Lo siento —dije. No, probablemente no me correspondía disculparme en su nombre—. Ha estado muy estresado con el acosador...

Luke asintió pero también puso los ojos en blanco.

—Sí, entre otras cosas.

¿Qué se supone que significa eso?

Blake me dio una palmada en el hombro.

—Apuesto a que ha sido un verdadero placer estar con él.

—Y mañana va a tener una resaca de cojones, así que buena suerte con eso —añadió Luke, y junto con Zoe y Jason, se fueron. Vi su furgoneta salir por las puertas en la pantalla del circuito cerrado de televisión, y cuando no pude aplazarlo más, salí al patio.

Ya era tarde, casi noche. Maddox estaba sentado en una silla junto a Roscoe. Maddox seguía tomando una cerveza, pero creo que había dejado de beberla hacía tiempo.

Jeremy se sentó junto a Maddox. Ahora sostenía su guitarra y el tequila junto a su silla. Rasgueó unos cuantos acordes y luego cantó:

—Steve, Steeeve, Steee-eeeeve. —Con la melodía de “Jolene” de Dolly Parton.

Luego rasgueó una melodía diferente. Una melodía furiosa. Rasgueos duros y violentos.

—¿Estás bien ahí, Jer? —preguntó Maddox.

No respondió, sólo rasgueó más fuerte.

Así que eso es un no.

Riko y Robbie se acercaron desde el límite trasero.

—La parte trasera está despejada. Voy a ir a la cama un rato —dijo Riko. Comprobó su reloj e hizo una mueca.

—Hazlo hasta las cinco —dije—. Supongo que no se levantará temprano mañana.

El rasgueo se detuvo, y Riko y yo nos volvimos. Jeremy me miraba fijamente.

Dios, me miraba como si me odiara.

—Tal vez debería comprobar las pantallas de vigilancia —dije decidiendo dar a Jeremy algo de espacio. Asentí hacia Roscoe y me di la vuelta para marcharme.

—Sabes, tal vez deberías —gritó Jeremy—. Ve a esconderte. No quiero verte más.

Ni siquiera fueron sus palabras las que me dolieron. Fue la mirada en su cara. Sí, estaba borracho, pero aun así...

Todo el mundo lo miraba fijamente.

—Jeremy —susurró Maddox—. ¿Qué demonios te pasa, tío?

Jeremy se levantó y tropezó un poco, señalándome.

—No, que se joda. Mentiroso.

Esa palabra me golpeó como un cubo de agua helada.

—¿Mentiroso? —pregunté en voz baja—. Nunca te he mentado, Jeremy.

—Tampoco me dijiste la verdad.

—No voy a hablar de esto.

—¿Sabes qué? —Apenas podía quedarse quieto, estaba tan borracho. Pero Dios mío, estaba tan enfadado.

—Jeremy —dijo Maddox de pie junto a él ahora—. Sólo relájate.

Luego se volvió hacia él.

—Sabes, creo que quiero una nueva seguridad.

¿Qué?

—¿Qué? —preguntamos Maddox y yo al mismo tiempo.

—Quiero una nueva seguridad. Entonces no seré... —Se pasó la mano por el pelo—. Un puto desastre.

Quería una nueva seguridad.

¿Me estaba despidiendo?

Mierda. Me estaba despidiendo.

Bueno, eso lo cambiaba todo.

—Podemos hablar de esto mañana —dijo Maddox—. Estás muy borracho ahora mismo.

—No. Ahora. He terminado. He terminado con esto... —Hizo un gesto entre nosotros—. Sea lo que sea esto. Llama a Ryan, Ambrose. —Se palpó los bolsillos, obviamente buscando su teléfono.

Pero no podía moverme.

¿Me estaba despidiendo de su equipo? ¿O se acabó mi trabajo con Atrous?

Jeremy se burló de mí, balanceándose.

—No puedo hacer esto más. Puedes irte Steve.

—Jeremy, no —dijo Maddox.

—No te metas, Madz —espetó Jeremy.

Sentí el corazón como una piedra, frío y pesado. Me sentía mal del estómago, pero conseguí asentir.

—Por supuesto —me oí decir, el sonido distante y tenue como si viniera de debajo del agua. Riko y Robbie se quedaron allí, sin palabras. Supongo que sus caras coincidían con la mía—. Riko, te quedas de primero.

De alguna manera, conseguí que mis pies se movieran, el impulso de correr, de huir burbujeando justo bajo la superficie. Llegué al interior antes de poder respirar, y cada paso que daba me parecía que estaba caminando sobre pegamento. Mi visión estaba desviada, la sangre me latía en los oídos.

—Steve, espera —dijo Roscoe.

No me di cuenta de que estaba tan cerca, así que cuando me agarró del hombro, me giré con los puños en alto. Modo de defensa, golpear primero.

—Vaya —dijo Roscoe. Dio un paso atrás, con las manos en alto.

Joder.

En cambio, le mostré las palmas de las manos.

—Lo siento, lo siento.

—Está borracho. No lo escuches ahora. No quiere decir nada...

—Jeremy —dijo Maddox fuera. Parecía haber una especie de refriega en la oscuridad y Jeremy casi se cayó dentro de la puerta.

Sus ojos estaban fijos en mí. Salvaje, enfadado. Borracho.

—Tú.

No iba a hacer esto ahora. No cuando estaba tan borracho.

Roscoe se enfrentó a él.

—Jeremy, déjalo en paz.

Jeremy lo ignoró. Seguía mirándome fijamente, como si Roscoe no hubiera hablado.

—Puedes marcharte.

Me dolía mucho el corazón. Negué con la cabeza.

—Puedes irte con tanta facilidad. —Jeremy se balanceó un poco—. Como si nada importara.

—Jeremy —respiré.

Me señaló a mí.

—Vete a la mierda. ¿Quién coño te crees que eres? No te alejarás de mí.

—Me dijiste que me fuera —le respondí—. ¿Qué demonios quieres que haga?

—Actúas como si te importara una mierda.

¿Qué?

—No tienes ni idea —dije. Estaba enfadado y dolido. Me importaba una mierda quién lo supiera—. No me digas que me importa una mierda, Jeremy. Cuando cada puta cosa que hago es por ti.

Riko estaba ahora dentro, de pie atrás pero lo suficientemente cerca. Maddox y Roscoe también, ambos con los ojos muy abiertos y preguntándose qué demonios estaba pasando.

—¿Por mí? —Jeremy negó con la cabeza y se acercó—. Se suponía que ibas a ser alguien, Steve, pero puedes irte como si todo no significara nada.

—Por el amor de Dios —grité señalando afuera—. Me acabas de decir que me vaya. Estoy haciendo lo que quieres.

—¿No sabes lo que quiero? —me gritó precipitándose hacia delante como si quisiera golpearme, pero antes de que pudiera agarrarme, Roscoe se interpuso entre nosotros.

No moví ni un músculo.

Jeremy intentó empujar a Roscoe. Roscoe lo sujetó fácilmente, pero Maddox agarró a Jeremy.

—Quítale las putas manos de encima —dijo Maddox empujando a Jeremy de Roscoe. Jeremy se tambaleó hacia atrás y Riko lo agarró, pero Jeremy luchó contra él.

Y sólo vi rojo.

No vi nada más que a Jeremy luchando.

Mi cuerpo se puso en movimiento antes de que mi cerebro pudiera ponerse al día. Separé a Jeremy de Riko, lo rodeé con mis brazos y giramos los dos fuera de peligro, dándoles la espalda a todos.

Jeremy forcejeó un poco, pero lo abracé con más fuerza.

—Te tengo —susurré. Se hundió, rindiéndose, con su cara en mi cuello. Y simplemente respiramos, la habitación en silencio.

—Tú —murmuró Jeremy, con la voz entrecortada. Deslizó sus brazos alrededor de mi espalda, sujetándose perfectamente, y suspiró, un sonido doloroso. Negó con la cabeza y su cuerpo se tensó, sus brazos se soltaron, y supe que había terminado—. No deberías sentirte tan bien.

Se apartó y lo dejé ir.

No deberías sentirte tan bien.

Jeremy dio un paso atrás, incapaz de encontrarse con mis ojos. Miró a su alrededor, viendo a Riko, Roscoe y Maddox, Robbie. Negó con la cabeza de nuevo y salió a trompicones por la puerta.

Maddox le siguió.

—Jer.

Maldita sea.

Quería ir tras él pero sabía que no serviría de nada. Necesitaba a Maddox ahora mismo. No a mí. Me pasé la mano por el pelo.

—¡Joder!

Roscoe negó con la cabeza.

—Steve, está borracho...

Un fuerte chapoteo cortó el aire. Entonces Maddox gritó.

—¡Jeremy!

OceanofPDF.com

CAPÍTULO DOCE

SALÍ CORRIENDO por la puerta a tiempo de ver a Maddox tirándose a la piscina, y ni siquiera me tomé un segundo para evaluar la situación. Simplemente corrí hacia la piscina y me zambullí.

Bajo el agua, a cámara lenta, vi a Maddox con su brazo alrededor de Jeremy, intentando tirar de él hacia la superficie. Jeremy tenía los ojos cerrados, la boca abierta y una nube de color rojo salía de una hendidura en un lado de la frente.

No, no, no.

Agarré el otro brazo de Jeremy y salimos a la superficie. Maddox jadeó y yo empujé a Jeremy hasta el borde de la piscina. Roscoe lo sacó y yo salí. Riko ayudó a Maddox, y para cuando llegué a Jeremy, Roscoe lo tenía de lado y le acariciaba la espalda.

Jeremy tosió y luego vomitó, pero pude ver que el corte en su frente era profundo y amplio. Si los vómitos se debían a la borrachera, al golpe en la cabeza o a la ingestión de agua de la piscina, no importaba.

—Riko, llama a una ambulancia —grité.

Jeremy volvió a respirar y yo le puse la mano en la frente.

—Se cayó —dijo Maddox arrodillándose junto a nosotros—. Tropezó hacia la piscina y se cayó. Se golpeó la cabeza con el borde.

Jeremy gimió y rodó de su lado a su espalda.

—Jeremy —dije. La sangre corría en riachuelos rojos por su cara y su pelo.

Joder.

Me quité la camiseta mojada por encima de la cabeza y la hice bola, presionándola sobre el corte.

—Jeremy, ¿puedes oírme?

Volvió a gemir y abrió los ojos lentamente.

—Hm.

Me incliné para que pudiera ver mi cara.

—¿Jeremy?

Sus ojos tardaron un segundo en centrarse en mí.

—Oh, hola —murmuró.

Quería estrangularlo y besarlo, abrazarlo y matarlo.

—Eres un maldito idiota —dije.

Maddox se rio y Jeremy intentó sentarse, pero Roscoe y yo lo mantuvimos quieto.

—Quédate ahí —dijo Roscoe.

Riko estaba hablando por teléfono.

—Sí, se golpeó la cabeza y se cayó a la piscina. Está consciente pero está vomitando...

Dios. Qué lío.

Jeremy gimió. Dejó escapar un suspiro estremecedor, se agitó antes de rodar sobre un costado y volvió a vomitar.

—La ambulancia está en camino —dijo Riko, con el teléfono en la oreja—. Tendré que encontrarme con ellos en la puerta...

Asentí, pero mi atención se centró en Jeremy. Le quité la camiseta de la herida y, al ver que estaba empapada, se la volví a poner y volví a ejercer presión sobre el corte.

—Jesús —dijo Maddox.

—Todas las contusiones craneales se abren así —dije—. Pero va a necesitar puntos de sutura o puntos adhesivos.

Jeremy volvió a desplomarse sobre su espalda e intentó apartar mi mano.

—Quédate quieto —le dije—. Los paramédicos están en camino.

Murmuró algo y sus ojos se cerraron.

—Oye —dijo Roscoe en voz alta, dando a Jeremy una pequeña sacudida—. Mantén los ojos abiertos.

Volvió a girar la cabeza y se agitó de nuevo, así que lo puse de lado y mantuve la presión sobre la herida y me limité a murmurar que se pondría bien.

Tenía que ponerse bien.

Pareció una eternidad, pero pronto Riko hizo pasar a los paramédicos. Nos apartaron del camino, y rápidamente se encargaron de evaluarlo y hacernos preguntas.

Maddox estaba empapado y tanto él como Roscoe se esforzaban por no mirarme. Fue entonces cuando me di cuenta de por qué. Estaba sin camiseta, con los vaqueros y los zapatos empapados.

Pero mi torso... mi estómago. Mis cicatrices.

—Jesús, Steve —murmuró Maddox—. ¿Qué coño te ha pasado?

—Debería cambiarme —dije volviéndome hacia la casa, pero no tenía tiempo.

Los paramédicos subieron a Jeremy a la camilla y lo ataron.

—¿Quién viene con él? —preguntó uno de ellos.

—Yo voy —respondí.

—Los seguiremos —dijo Maddox con un movimiento de cabeza.

—Toma, jefe —dijo Riko. Se quitó su propia camiseta y me la entregó.

—Gracias —dije en voz baja, poniéndome la camiseta. El resto de mi cuerpo seguía empapado: los vaqueros, los calcetines y los zapatos. Pero todo tendría que esperar.

Cuando volvimos a pasar por la casa, vi mi teléfono junto al portátil. *Gracias a Dios que no lo llevaba en el bolsillo.* Lo cogí y seguí a los paramédicos hasta donde metían a Jeremy en la ambulancia.

Le dije a Roscoe que lo llamaría cuando supiera a dónde lo llevaban.

—Y a Ryan —añadí—. Él tendrá todos los detalles del seguro de Jeremy.

Roscoe asintió con fuerza.

—Estoy en ello.

Los paramédicos cerraron las puertas y me vi rodeado de esas familiares y horribles luces fluorescentes, el olor clínico, los ruidos: pitidos, la radio y, finalmente, la sirena.

Odiaba las ambulancias.

Jeremy gimió y levantó la mano. La tomé rápidamente.

—Oye, estás bien, Jeremy. Ya estoy aquí. Vamos a hacer que los médicos te miren el corte en la cabeza.

—Mm —fue todo lo que dijo.

El paramédico comenzó las preguntas habituales. Se dirigió a Jeremy pero también a mí. *¿Cuántas copas había tomado? ¿Si tenía algún historial de abuso de alcohol? ¿Si había tomado alguna droga? ¿Cuánto tiempo estuvo bajo el agua? ¿Si perdió el conocimiento?*

Las mismas preguntas que habían hecho en la casa. Tal vez sólo estaban comprobando si la historia seguía siendo la misma. No lo sabía.

Jeremy no respondió mucho. Sólo unas pocas palabras cortas, en su mayoría gruñidos. Sus parpadeos eran lentos, pero su agarre en mi mano no se aflojó en ningún momento.

—Rara vez bebe —dije—. Ha estado muy estresado últimamente y pensó que una comida con sus amigos y unas cervezas era una buena idea. —Apreté la mano de Jeremy—. ¿A qué hospital lo lleváis? Voy a tener que llamar a gente y es probable que sea un problema de seguridad. Si la gente

o la prensa se enteran, si no se han enterado ya por algún escáner de emergencia, vamos a tener que llamar a la policía.

En cuanto les dieron el visto bueno para llevarlo a Urgencias del Cedars-Sinai, envié un mensaje a Roscoe. Luego volví a coger la mano de Jeremy.

Lo llevaron en silla de ruedas al hospital, llevándolo directamente a la parte de atrás, citando cosas como el traumatismo craneal y el alcohol y un posible ahogamiento secundario.

Cristo.

Una doctora lo evaluó, haciéndole las mismas malditas preguntas, mirándole a los ojos con una linterna y le hizo a Jeremy un montón de preguntas de prueba de conmoción cerebral.

Me metieron en una pequeña sala de exploración mientras le hacían los escáneres, y esperé... y esperé. Seguía empapado y empezaba a tener frío. Los pies me rechinaban y los vaqueros se me pegaban en todos los sitios equivocados.

Maddox y Roscoe llegaron con Robbie. Maddox llevaba la gorra bajada, aunque todavía tenía todos los pendientes puestos. Cualquiera con ojos podía ver de quién se trataba. Roscoe y Robbie también destacaban entre la multitud. En algún momento íbamos a llamar la atención.

Les di un breve resumen de lo que sabía. Que no era mucho.

Cuando Maddox me entregó una bolsa de ropa, me di cuenta de que ahora estaba seco y llevaba los pantalones de deporte de Jeremy y una camiseta de manga larga; al menos sus famosos tatuajes estaban cubiertos.

—Esto también es de Jeremy —dijo señalando con la cabeza la bolsa—. A él no le importará.

—Gracias.

Encontré un baño y me cambié tan rápido como pude. Maddox había escogido para mí también unos pantalones de deporte de Jeremy, una camiseta que le había visto a Jeremy al menos una docena de veces, unos

calcetines y un par de zapatillas que probablemente costaban lo que yo ganaba en una semana.

Volví a la sala de espera justo cuando Ryan entró corriendo. Parecía haber corrido todo el camino.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo está? ¿Dónde está? ¿Está bien?

Roscoe respondió.

—Estaba bebiendo. Se cayó a la piscina y se golpeó la cabeza al caer. Maddox y Steve lo sacaron. Se lo han llevado a hacerle escáneres.

—La cosa más aterradora que he visto—susurró Maddox.

Roscoe le frotó la espalda.

—Estará bien. Siempre dijiste que tenía la cabeza dura.

Maddox logró esbozar media sonrisa y asentir un poco.

Me miró a mí.

—¿Dijo algo en la ambulancia?

Negué con la cabeza.

—La verdad es que no.

Ryan palideció y se pasó la mano por el pelo.

—Jesús. ¿Qué tan malo es?

Me encontré con sus ojos muy abiertos.

—No lo sabemos. Probablemente una conmoción cerebral. Definitivamente necesitará puntos o del tipo adhesivo.

En ese momento, entró una mujer con bata, preguntando por el seguro y todas esas tonterías. Ryan se puso en marcha.

—Puedo ayudarte con eso.

—¿Llamaste a los otros? —le pregunté a Maddox.

Negó rápidamente con la cabeza.

—Todavía no. No sabía qué decirles y no quería que... —Tomó un aliento demasiado corto—. Que se preocuparan. —Respiró con calma, como para evitar el pánico.

Roscoe lo cogió de la mano y lo llevó hasta las sillas, arrodillándose frente a él.

—Está bien, cariño —le dijo con calma—. Puedo llamarlos. Sólo respira.

Maddox inhaló profundamente y asintió, exhalando lentamente. Lo hizo varias veces con Roscoe cogiéndole las manos, y nunca rompieron el contacto visual.

Odiaba verle luchar así. Era difícil de ver, pero honestamente, agradecí a Dios que Maddox tuviera a Roscoe.

Me di cuenta tarde de que Robbie estaba de pie frente a la puerta, de espaldas a nosotros, vigilando perfectamente, por si alguien intentaba entrar. Al menos tuvo la presencia de ánimo de hacer su trabajo.

Yo, en cambio, me sentía como si estuviera fuera de mi propio cuerpo.

Roscoe llamó primero a Wes, del teléfono de Maddox, y en altavoz. Wes respondió con una carcajada.

—¿Has visto el vídeo? Dos millones de likes en cuarenta minutos...

—Wes, soy Roscoe.

Hubo un tiempo de silencio.

—¿Qué pasa?

Roscoe le hizo un breve resumen.

—No tiene sentido que vengas aquí —dijo—. De todos modos no te dejarán entrar. Te llamaremos en cuanto sepamos algo.

Lo siguiente fue una llamada muy similar a Luke y Blake, y se tomaron la noticia tan bien como Wes.

—No, no os dejarán entrar, y lo último que necesitamos aquí es un operativo de seguridad completo para venir a rescataros. Sin duda los medios de comunicación estarán enterados pronto —los avisó, Roscoe.

Cuando la llamada terminó, Roscoe me miró e hizo una mueca.

—Les dije que no vinieran...

Maddox dejó caer la cabeza contra la pared.

—Gracias por hablar con ellos.

Roscoe no dijo nada, sino que tomó la mano de Maddox. Comprobé que mi reloj se había detenido. Le di un golpecito y suspiré. Se suponía que era completamente acuático. Así que miré la hora en mi teléfono y vi dos llamadas perdidas y tres mensajes de Ambrose.

—Joder.

Pulsé el botón de llamada. No necesité poner la llamada en altavoz porque gritó lo suficientemente alto como para que todo el mundo lo oyera.

—He estado intentando ponermme en contacto contigo. ¿Qué demonios ha pasado?

Le conté lo que sabíamos y, para entonces, Ambrose se había calmado un poco.

—¿Puedo preguntar cómo lo supiste? —le pregunté.

Y volvió a gritar.

—Bueno, primero fue el derrumbe en las redes sociales por el video del pequeño concierto improvisado que tuvieron con Robbie cantando y tocando la guitarra.

Robbie me miró y se encogió.

—No hay nada como que un vídeo de toda la banda en cierto estado de embriaguez bailando salga en directo sin previo aviso. Así que eso estuvo bien, gracias. El equipo de relaciones públicas envía sus saludos. — Ambrose estaba claramente cabreado. Probablemente por la preocupación. No estaba seguro. No me importaba—. Y luego —gritó—. Luego están los informes de los paramédicos enviados a la dirección de la casa de Jeremy por un traumatismo craneal. Encima de los rumores del FBI y de acoso de esta semana, ¿puedo siquiera empezar a decirte cómo se ve esto?

—¿Cómo se ve para quién? —respondí cortante—. ¿Por ti, que tuviste que apagar incendios puntuales de internet? ¿O por mí y Maddox que tuvimos que arrastrar a un Jeremy inconsciente fuera de la puta piscina con

la cabeza sangrando? ¿Quieres saber cómo se ve *eso*? —Quise dar un puñetazo a algo pero me lo aguanté—. Maddox está bien, por cierto.

Desconecté la llamada y tiré el teléfono en el asiento de al lado.

Maddox y Roscoe me miraron fijamente.

—Así que probablemente ahí se fue mi trabajo —murmuré—. Joder.

Maddox sonrió y luego resopló.

—No, no es así. —Todavía sostenía la mano de Roscoe, pero tenía la cabeza apoyada en la pared mirándome—. No van a despedir a nadie. De todos modos, Jeremy no dejaría que te despidieran. Yo tampoco lo permitiría.

¿Jeremy no *dejaría* que me despidieran?

—Jeremy me *despidió*, ¿recuerdas? Me despidió esta noche.

Maddox negó con la cabeza.

—No, no lo hizo. Estaba borracho y de mal humor. Ha estado de un humor raro durante semanas, antes de esta mierda de acosador. Y, por alguna razón, quiere desquitarse contigo.

Mi mirada se dirigió a la suya.

—La última persona de toda la compañía a la que elegiría para desviar la ira —dijo Maddox con una sonrisa—. Pero Jeremy nunca fue el más brillante.

Estreché mi mirada.

Maddox sólo sonrió más.

—Esa es la misma reacción que tiene Jeremy cuando te mencionamos. —Suspiró y negó con la cabeza lentamente—. Nunca pensé ni por un millón de años que vería el día en que Jeremy...

Roscoe tocó la pierna de Maddox.

—Quizá esta conversación pueda esperar —murmuró señalando la espalda de Robbie.

La conversación terminó de todos modos cuando Ryan regresó.

—¿Os han informado de algo más?

Todos negamos con la cabeza.

¿Le decía que Jeremy me había despedido? Porque después de esta noche, si Jeremy no lo hacía, tal vez Ambrose lo haría. Dios, ya tenían bastante con lo que lidiar esta noche sin que yo me sumara a ello.

—¿Estás bien? —me preguntó Ryan.

Me encogí de hombros.

—Sí, estoy bien. Estaré mejor cuando sepamos que está bien.

—Steve hizo una carrera de cuarenta metros más rápida que Usain Bolt —dijo Robbie con orgullo—. Luego se lanzó al fondo de la piscina. Ni siquiera se detuvo.

Intentaba aligerar el momento con su gran sonrisa y su tono amable. Antes de que pudiera decirles que Maddox estaba en el agua antes que yo, entró un equipo médico empujando una cama.

Jeremy.

Pero mientras lo llevaban, el médico nos llamó para que saliéramos de la habitación y pudiera hablar con nosotros. Mi corazón casi se detuvo.

—¿El equipo del Sr. Dalton supongo? —preguntó.

—Sí —respondí, pero señalé a Ryan.

Levantó la mano.

—Bueno, yo. Soy su representante, pero honestamente, ellos...

Maddox se adelantó.

—Soy uno de sus hermanos. Doc, ¿está bien?

Se me hizo un nudo en el estómago y me sentí mareado.

El médico nos miró a cada uno de nosotros.

—Se ha dado un buen golpe en la cabeza. No hay fracturas, ni hinchazón, ni hemorragias internas, así que tiene mucha suerte en ese sentido, pero lo vamos a observar para comprobar que no haya una conmoción cerebral.

Casi me hundí de alivio. Seguro que a Maddox le pasó lo mismo. Roscoe puso su mano en el hombro de Maddox.

—Su alto nivel de alcohol en sangre no ayuda —añadió el médico—. Estamos esperando los resultados de tóxicos. Eso es lo normal. Ahora mismo le están atendiendo la herida y tendrá que quedarse hasta que supere la prueba de conmoción cerebral.

—¿Podemos verlo? —preguntó Ryan.

El médico levantó dos dedos.

—Dos minutos. Luego tendré que hacer que se vayan todos. Decidid entre vosotros quién se queda. Una sola persona. Esto no es un hotel.

Maddox entró primero. Ryan no tardó en llevarse el teléfono a la oreja, hablando con quien sólo podía suponer que era Ambrose.

Hablando de teléfonos... Encontré el mío y le envié a Riko un mensaje rápido.

Los escáneres están limpios. Todavía faltan unas horas.

Su respuesta de *buenas noticias* fue casi instantánea, y me sentí mal de que hubiera tenido que esperar.

Roscoe era un muro de paciencia y calma a mi lado.

—Buenas noticias hasta ahora.

Asentí.

—Sí.

Me estudió durante un segundo.

—¿Cuándo dormiste por última vez? —Antes de que pudiera responder añadió—: ¿Más de tres o cuatro horas?

Puse los ojos en blanco.

—Estoy bien.

Me lanzó una mirada que decía que era mentira. Entonces Ryan hizo un gesto para llamar mi atención, haciendo una mueca, pero habló por teléfono.

—Sí, Steve está aquí... Sí, claro. —Se llevó el teléfono al pecho—. Estoy en espera un segundo. ¿Qué demonios le has dicho? —siseó—. Maldita sea. —Luego volvió a ponerse el teléfono en la oreja—. Sí, claro.

Lo tengo. Vale, gracias. —Desconectó la llamada y me lanzó otra mirada salvaje—. Bueno, ahora mismo no eres su persona favorita.

Nada sorprendente. Miré a Roscoe y me sonrió. Probablemente estaba mal reírse, pero joder. Me reí y Roscoe también lo hizo. Era reír o llorar. Entonces me pasé la mano por la cara.

Qué día más raro.

—La multitud se está reuniendo abajo —anunció Ryan—. Medios de comunicación, paparazzi, fans. Está en todas las redes sociales.

Yyyyy este día acaba de ponerse imposiblemente peor.

Ryan me echó otra mirada.

—Ambrose está tratando de arreglarlo.

Casi me sentí mal por haberle gritado.

—Tendréis que salir por una de las entradas de servicio —dije. Sonaba cansado, incluso para mis propios oídos—. Cocina, lavandería, servicios públicos. Los hospitales tienen varias. Sólo tenemos que hablar con la seguridad del hospital y llamar a nuestros conductores, o incluso a un taxi. —Miré a Ryan—. Sólo tienes que pedir que el jefe de seguridad del hospital venga a vernos. Yo hablaré con ellos. No es gran cosa.

Ryan asintió, con el teléfono ya en la oreja mientras salía.

—Deberíamos avisar al FBI también —dijo Roscoe en voz baja—. Al agente Zielinski o como se llame.

Hice una mueca.

—Bueno... Probablemente tampoco soy su persona favorita. Vino esta mañana...

Dios. *¿Fue hoy?*

Roscoe se quedó mirando y luego se rio.

—Oh, Steve.

Gruñí.

—Asumió que Jeremy y yo... Sabes, ese no es el punto. La cuestión es que asumí algo. ¿Qué clase de policía asume algo en medio de una

investigación? Así que le dije lo que pensaba sobre eso.

Ahora fue Roscoe quien hizo una cara.

—Supuso que tú y Jeremy, ¿eh?

—Por favor, no empieces. —Negué con la cabeza—. Porque esa es la razón de todo este lío.

Iba a decir algo, pero Maddox apareció en la puerta.

—¿Cariño?

Roscoe entró y, unos largos instantes después, Ryan regresó con el jefe de seguridad.

Con Robbie y Ryan, discutimos un plan de escape, y llamé a los conductores para hacerles saber dónde necesitábamos que estuvieran.

Ryan entró a ver a Jeremy por unos momentos antes de irse, y luego sólo quedamos Robbie y yo.

—Sólo nosotros, ¿eh?

Sonrió.

—Jeremy estará bien, jefe. Y siento lo de la canción. No creí que te metieras en problemas por mi culpa.

—No fue por ti.

Fue por mi culpa.

Todo fue por mi culpa.

Suspiré.

—Qué maldito lío.

Roscoe apareció y me dedicó una sonrisa amable.

—Quiere verte.

Oh.

¿Estaba preparado para verlo?

No, y sí.

Me puse de pie sobre mis piernas temblorosas y entré. Maddox se sentaba junto a la cama. Roscoe fue y se puso a su lado. Jeremy tenía un

aspecto... bueno, tenía un aspecto horrible. Seguía siendo hermoso y me dejaba sin aliento. Pero ahora por otra razón.

No estaba preparado para verlo tan vulnerable.

Tenía un parche de pelo afeitado por encima de la sien y una furiosa línea violácea que lo atravesaba. Tenía unos cinco centímetros de largo y había sido fijada con pegamento quirúrgico, y no podía decir si estaba magullada o era sólo por la terrible iluminación.

Estaba pálido y parecía muy cansado.

—Hola —murmuré.

—¿Ryan se ha ido? —preguntó Roscoe—. Sí.

—¿Podemos quedarnos? —preguntó Maddox.

Me encogí de hombros, porque había asumido que él sería la única persona que se quedaría. Pero Roscoe respondió.

—Deberíamos irnos —dijo dando un apretón a los hombros de Maddox—. El doctor ha dicho que sólo puede quedarse una persona, y dado el caso del FBI y la necesidad de seguridad, tiene que ser Steve.

Pude ver que Maddox consideró discutir, pero después de volverse hacia Jeremy, y de un intercambio silencioso entre ellos, asintió.

—Sí, de acuerdo.

Dios, me estaban dejando con Jeremy...

Maddox le dio a Jeremy un suave beso en la frente antes de salir.

—Mándame un mensaje cuando sepas que puedes salir.

—Lo haré.

—Robbie sabe cómo sacaros de aquí. El conductor ha sido notificado —dije.

Roscoe me hizo un gesto con la cabeza. Y entonces sólo quedamos Jeremy y yo.

Me pesaban las entrañas y tenía miedo de lo que pudiera decir. Ni siquiera estaba seguro de si quería que me sentara con él.

—Oye —dije sin estar seguro de lo cerca que debía ir.

Levantó la mano de la cama y tardé un segundo en darme cuenta de que era una ofrenda. De alguna manera hice funcionar mis piernas y tomé su mano. Me apretó los dedos y pude haber llorado.

—Oye —susurró.

—¿Puedo ofrecerte algo?

Tragó saliva, pero negó suavemente la cabeza.

—Quédate conmigo.

—De acuerdo.

Parpadeó lentamente y dejó escapar un fuerte suspiro.

—Me siento mal.

Oh, mierda.

—¿Puedo llamar al médico por ti? ¿Quieres que pulse el botón?

—No. Me siento mal por lo que dije. Lo que hice.

Oh.

—¿Qué tal si no te preocupas por eso ahora? Sólo descansa.

—Quiero ir a casa.

—Lo sé. Te llevaré en cuanto me dejen.

Se quedó callado durante unos largos segundos.

—Lo siento. Por lo de antes.

—¿Quieres decir que no estoy despedido?

Su agarre en mi mano se hizo más fuerte.

—No. Bueno, si me dejas beber tequila de nuevo, probablemente sí.

Me reí, muy aliviado.

—Tomo nota.

—Maddox dijo que le gritaste a Ambrose.

Me quejé.

—Tendré que disculparme. Me pasé de la raya.

—Madz dijo que lo que dijiste fue correcto.

—Ambrose es un buen tipo. Se enfrenta a muchas cosas. Me pilló en un mal momento. Lo cual no es una excusa. Lo llamaré más tarde.

Jeremy volvió a suspirar, parpadeó lentamente un par de veces, pero siguió agarrando mi mano.

—Gracias. Por sacarme del agua.

—Maddox llegó a ti primero.

—Tú ayudaste. O eso dijo.

—¿No te acuerdas?

Negó un poco la cabeza.

—No. Recuerdo haber vomitado en el suelo y estar con la ropa mojada.

—Hizo una mueca—. Siento que quiero vomitar pero no puedo. Me dieron algo. No sé. No voy a volver a beber.

—¿Qué dijo el médico?

—Que soy un idiota.

Le sonreí.

—Bastante seguro de que no dijo eso.

—Sí. Está en mi expediente y todo.

—Veo que te han cortado un poco el pelo.

Frunció el ceño.

—Maddox hizo una foto y me la enseñó. —Dejó que su cabeza rodara hacia un lado para poder verme mejor—. ¿Sigo siendo bello?

Lo miré directamente a los ojos y, aunque se me revolvió el estómago y se me apretó el corazón, le dije la verdad.

—Jeremy, eres mucho más que bello. Mucho más.

Sus ojos se encontraron con los míos y asintió como si por fin entendiera algo. Su barbilla se tambaleó un poco y se le saltaron las lágrimas, luego soltó un suspiro tembloroso.

¿Qué fue esa reacción?

—¿Estás bien?

Volvió a asentir pero luego negó con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Jeremy? —susurré.

Su agarre en mi mano era fuerte, como si tuviera miedo. Quería decir mucho más. Quería contarle estúpidamente todo. Quería exponerlo todo. Quería preguntarle de qué tenía tanto miedo. ¿Era de mí? ¿Era de esto?

Pero una enfermera entró de golpe, sorprendiéndonos a los dos. No estaba seguro de si estaba decepcionado o agradecido.

—¿Cómo está el paciente? —preguntó mientras comprobaba su vía y el monitor al que estaba conectado.

Fui a soltar la mano de Jeremy, pero él siguió agarrando la mía.

—Quiero ir a casa —dijo.

—Tenemos que hacer la prueba de conmoción cerebral —dijo—. ¿Recuerdas las cuatro fotos que te mostramos?

—Pelota de playa, casa, gato... llaves.

La enfermera sonrió.

—Bien.

—¿Puedo ir a casa ya?

—Una prueba más. Volveré en un rato.

—Oh —dije deteniéndola—. ¿Puede dormir? Debería haber preguntado antes. Está cansado. Ha sido una gran semana.

Ella sonrió.

—Claro que sí.

Cuando volvimos a estar solos, puse mi otra mano sobre las nuestras unidas.

—¿Quieres que apague las luces? ¿Necesitas algo para beber o un poco de hielo?

Sonrió con dulzura.

—Sólo quédate conmigo.

Mi corazón latió contra mis costillas.

—Está bien.

Parpadeó lentamente una vez, luego otra, pero esta vez sus ojos permanecieron cerrados. Estudié su bello rostro y la horrible herida en un

lado de la cabeza y la franja de pelo afeitada. Estaba magullado. Ahora podía verlo.

¿Era normal que un guardia de seguridad personal se sentara y sostuviera la mano de su protegido?

No, no lo era.

¿Era normal nuestra relación? Ya no.

¿Qué éramos exactamente? ¿Amigos? ¿Cercanos profesionales? ¿Sólo profesionales? ¿Más que eso?

No tenía ni idea.

Había algo entre nosotros, y eso le asustaba. Demonios, me asustó a mí, y yo era gay. Él, hasta lo que fuera esto, se había considerado heterosexual. Y ahora estaba teniendo sentimientos confusos por un chico.

Por mí.

Estaba claramente inseguro y tenía algunos problemas que resolver, y probablemente tendríamos que tener algún tipo de conversación al respecto.

Por no hablar del resto de tensiones a las que estaba sometido con la persona acosadora y el circo mediático.

Ahora mismo necesitaba no estar solo, y necesitaba que alguien le cogiera la mano. Y ese alguien resultaba ser yo.

Necesitando una distracción mientras él dormitaba, navegué por Internet para ver qué decían los medios de comunicación sobre él.

No debería haber mirado.

Atrous era tendencia. No era una sorpresa. Normalmente lo eran.

Pero las imágenes de Robbie cantando y tocando la guitarra se habían vuelto virales. Y no era sólo él. Era la banda cantando y bailando, claramente embriagados.

Y yo, al fondo, apoyado en la puerta, mirando, riendo y sonriendo a todos ellos.

Sonriendo a Jeremy.

Por supuesto, los fans de Atrous habían examinado cada milésima de segundo de la grabación. Cada fotograma en detalle, cada movimiento, cada cosa. No sólo la ropa que todos llevaban, sino las joyas, los peinados, los zapatos. La parte trasera de la casa de Jeremy, Amy en el reflejo de las ventanas grabando todo, y yo, por supuesto.

Los títulos y las líneas de agarre eran terribles.

¡El hombre de hielo sonríe!

Steve “el hombre de hielo” Frost se descongela.

Normalmente estoico y serio, pero sonriendo mientras la banda canta en el patio trasero, el jefe de seguridad, Steve Frost...

Las imágenes de Atrous disfrutando de un tiempo de inactividad incluso hacen sonreír a Steve, el Hombre de Hielo...

El jefe de seguridad de Atrous sonríe sólo para Jeremy mientras Maddox y Roscoe están más sexis...

Por el amor de Dios.

Es cierto que la mayoría de los elogios eran para Robbie y su habilidad para tocar la guitarra y cantar. Robbie también fue tendencia en las principales redes sociales.

Todos tenían algún grado de tendencia.

Estaba claro que publicar un vídeo de la banda bailando y cantando borrachos no había sido una gran idea.

No es de extrañar que Ambrose estuviera enfadado.

También se mencionaba que se había llamado a los paramédicos al domicilio de Jeremy, pero aún no había cobrado fuerza. El vídeo del baile de los borrachos era el centro de atención por ahora.

Más sitios informaban de ello como un rumor, y del tipo “nuestras fuentes dicen”. Dado que obviamente estaba borracho en el vídeo bailando y cantando, la mayoría de los informes conectaban los puntos. Una persona incluso afirmó haber visto a Maddox y Roscoe entrando en el hospital.

Es decir, no estaban equivocados. Pero no tenían nada confirmado.

Jeremy gimió y casi se me cae el teléfono. Le cogí la mano y le miré. Todavía estaba dormido, por lo que pude ver. Así que me olvidé del teléfono, de Internet, del mundo exterior, y me limité a observar a Jeremy.

EL MÉDICO LE PERMITIÓ salir después de la siguiente prueba de conmoción cerebral. Recordó las imágenes correctamente, cuatro veces consecutivas en intervalos separados. Con la promesa de volver si experimentaba de vuelta algún mareo o visión borrosa, vómitos o dolores de cabeza, se nos permitió llevarlo a casa.

Había llamado a un conductor de la empresa y éste nos recogió en el muelle de servicio y nos llevó de vuelta a casa de Jeremy. Estaba tan cansado que casi se había quedado dormido sobre mí en el asiento trasero del coche. No es que me importara, pero tuve que despertarlo para que entrara.

La casa estaba casi a oscuras, pero un Riko aletargado por el sueño nos recibió en el vestíbulo.

—Lo siento, me he quedado dormido.

No me sorprendió, ya que llevaba levantado desde las tres de la mañana y ahora eran... Consulté mi reloj, que aún no funcionaba. No tenía ni idea de la hora que era.

—No te preocupes —dije mientras Jeremy seguía adelante—. Será mejor que lo lleve a la cama. Y Riko, duerme hasta mañana. No creo que ninguno de nosotros se levante muy temprano.

—De acuerdo, jefe.

—Buenas noches.

Alcancé a Jeremy cuando subía las escaleras hacia su habitación.

—Oye —dije, apoyando una mano en la parte baja de su espalda—. No tan rápido.

—Hm —fue todo lo que dijo.

Conseguí llevarlo a su habitación y retiré las mantas de su cama.

—¿Seguro que estás bien?

—Hm. ¿Ducha o cama?

No me lo esperaba.

—Eh...

—Cama —dijo respondiendo a su propia pregunta—. Debería cambiarme.

El hospital le había dado una muda de ropa, donada por las iglesias locales, o eso había dicho la enfermera. Era un par de pantalones marrones y una vieja camisa azul de botones. Tenía un aspecto bohemio y elegante.

Si me pusiera eso, parecería un vagabundo.

En cualquier caso, era mejor que la ropa mojada con la que había llegado, y estaba muy agradecido de que le hubieran dado algo.

Jeremy se desabrochó la camisa y la dejó caer al suelo, luego se desabrochó los pantalones y se los quitó. Completamente desnudo. Cuando dijo que iba a cambiarse, no me había dado cuenta de que se refería a aquí mismo.

Cristo.

Pero se metió en la cama y se subió las mantas hasta la cintura.

Di algo, Steve.

—¿Puedo ofrecerte algo? —pregunté.

—Hm —dijo mientras se recostaba, con mucho cuidado del lado derecho de su cabeza. Luego alargó la mano y palmeó el otro lado de la cama—. ¿Te quedas?

¿Qué?

¿Le había oído bien?

—Por favor —murmuró—. Quédate.

Santo cielo.

—Um, vale —susurré.

Caminé alrededor de su gigantesca cama, e incluso en la oscuridad, pude ver sus ojos sobre mí. Me tumbé encima de las sábanas, de cara a él, colocando una almohada bajo mi cabeza. No me sonrió. De hecho, creo que parecía asustado.

Pero me tendió la mano y la cogí. Mi corazón latía desbocado, golpeando contra mis costillas.

Esto era absurdo.

Cerró los ojos y, en pocos segundos, su agarre de mi mano se aflojó cuando se quedó dormido.

Vaya.

Qué día.

Intenté no pensar demasiado en el hecho de que estaba en la cama de Jeremy, cogiendo su mano mientras dormía. Y traté de no pensar en la pelea que habíamos tenido antes, todo porque él había visto mis cicatrices y yo no quería contarle lo que había pasado.

De eso se había tratado toda la pelea. Pensó que no confiaba en él, pero no era el motivo.

Tumbado allí, viéndolo dormir, sabía que por la mañana le contaría toda la historia. Significaría descubrirme ante él, abriría una caja que nunca podría cerrar.

No sabía lo que significaría ni cómo acabaría. Pero después del día que habíamos tenido, era lo correcto.

Pero eso sería mañana.

Ahora mismo, tenía toda la intención de quedarme con Jeremy durante unos minutos, hasta que estuviera profundamente dormido. Luego volvería a mi habitación y lo dejaría en paz.

Pero estaba tan cansado. Tan, tan cansado. Tuve que cerrar los ojos por un segundo...

ME DESPERTÉ DE GOLPE en una habitación llena de luz, sobresaltado, con el corazón acelerado. No sabía dónde estaba, ni qué hora era.

Hasta que me fijé en Jeremy, que estaba tumbado frente a mí, sonriendo a pesar de la herida reciente que tenía en la cabeza.

Me pasé la mano por la cara.

—Joder. Lo siento. Me he quedado dormido. ¿Cómo está tu cabeza? ¿Necesitas que te traiga algo?

La comisura de los labios de Jeremy se curvó hacia arriba en una media sonrisa.

—Llevas mi ropa.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO TRECE

CLARAMENTE SE SENTÍA BIEN.

—Sí, ayer me zambullí en la piscina completamente vestido. Maddox trajo esta ropa al hospital. También se puso algo tuyo.

Sus ojos se suavizaron y parpadeó, todavía con una especie de sonrisa.

—Te queda bien. Un poco ajustada.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—No tengo ni idea. —Se acercó y tomó mi muñeca, mirando mi reloj.

—Murió ayer.

Jeremy frunció el ceño.

—¿Te metiste en el agua con él?

—Sí.

Me acercó la muñeca.

—A las cinco y trece. ¿Esa es la hora a la que me metí en la piscina?

Asentí.

—Parece que sí.

Suspiró.

—No sé dónde está mi teléfono. En el fondo de la piscina, probablemente.

Traté de pensar.

—No recuerdo haberlo visto.

Me miró fijamente durante un largo momento.

—No creo que quiera encontrarlo. Quiero pasar desapercibido durante unos días.

Recordé el revuelo en las redes sociales sobre su vídeo de ayer en estado de embriaguez y los rumores sobre su viaje al hospital. Y pensé en la gente que tendríamos que llamar esta mañana. Maddox, Luke, Wes, Blake, Ryan, Ambrose... Dios, tenía que disculparme con Ambrose. Tuve el repentino impulso de tirar mi teléfono a la piscina también.

—Deberías llamar a tu madre.

Volvió a sonreír.

—Necesitaré que me prestes tu teléfono.

Estudié su herida, su cicatriz, durante un rato. Había algunos moretones, pero por lo demás parecía sano.

—¿Cómo está tu cabeza?

—Dolorida.

—Tienes pastillas para el dolor y antibióticos. Nos dieron algunos en el hospital. Pero deberías comer primero. ¿Tienes hambre?

—Mm.

Me senté y giré los pies hacia el suelo.

—Te prepararé el desayuno.

Jeremy se sentó y empujó a un lado las sábanas, levantándolas de nuevo rápidamente.

—Eh, ¿Steve? No llevo ropa.

Sacudí la cabeza.

—Porque te desnudaste anoche. ¿No lo recuerdas?

Entrecerró los ojos.

—Recuerdo haberme desvestido. No me di cuenta de que estaba desnudo.

Me reí al ver mi teléfono en la cabecera de la cama. Lo cogí e, ignorando todos los mensajes y llamadas perdidas, vi que eran las 9:20 de la

mañana.

—Debemos haber dormido diez horas. Tengo tantas llamadas perdidas.

—Tenía muchos problemas. Me dirigí a la puerta—. Huevos y beicon en diez minutos.

Bajé corriendo las escaleras, doblé la esquina y casi me tropecé cuando vi a Riko, Maddox y Roscoe sentados a la mesa del comedor.

—Buenos días —dijo Maddox alegremente.

Él sabía que había pasado la noche en la cama de Jeremy.

No es que hubiera pasado nada, pero aun así...

—Acabo de despertarme, lo siento.

—Sí, metí la cabeza en la habitación de Jer.

Suspiré.

—Me pidió que me quedara. Me quedé dormido.

—Lo sé —dijo Maddox, con una sonrisa demasiado petulante—. Ya lo he visto. Fuiste un buen chico encima de las mantas y todo.

Le gruñí, lo que hizo que sonriera aún más.

—¿Dónde está?

—Ahora baja. Necesita comer antes de tomar sus medicinas.

Maddox perdió la sonrisa ante eso. Se levantó de la mesa y subió corriendo a la habitación de Jeremy.

Roscoe buscó una bolsa en la mesa.

—Compramos unos sándwiches de huevo y beicon en Starbucks. Nada descabellado, pero supusimos que, aparte del dolor de cabeza que tendría, necesitaría comida para la resaca. Y café.

De repente estaba hambriento y muy agradecido.

—Eres un salvavidas.

Acaricié el hombro de Riko.

—¿Todo bien? Siento haberme quedado dormido.

—Todo está bien. Me he pasado dos horas viendo a los jardineros en el circuito cerrado de televisión. Voy a darle a mi padre consejos sobre el

cuidado del césped.

Me reí de eso. Pude ver en las pantallas de seguridad que el equipo de jardinería estaba en el patio delantero, y Robbie estaba en la parte trasera.

—¿Está bien el grandote?

—Sí —dijo Roscoe—. Creo que le preocupa un poco que el revuelo por el vídeo de ayer pueda ser un problema para los chicos. Jeremy, en particular, con todo lo que está pasando.

Suspiré.

—Volveré a hablar con él. No fue su culpa. —Mi teléfono volvió a vibrar y gemí al ver otro mensaje. Esta vez era Ryan—. Yo también tengo que hacer una docena de llamadas, por lo visto.

Roscoe hizo una mueca.

—He hablado con Ambrose esta mañana, si te refieres a eso.

—Él también me llamó —dijo Riko—. Cuando no cogiste su llamada. Le dije que tu teléfono estaba en silencio. Que llegaste tarde a casa, que Jeremy estaba en casa. Quiere que lo llames.

Me mordí la madre de todos los suspiros.

—Sí. Gracias. Lo haré.

Riko se levantó.

—Oh. —Fue a la cocina y cogió un recipiente del lado del fregadero y lo puso sobre la encimera—. El teléfono de Jeremy. Estaba en el fondo de la piscina. Se supone que el arroz ayuda, pero no sé de qué servirá.

—Se preguntaba dónde estaba.

Roscoe puso un café de los de llevar en mi mano.

—Bebe.

Tomé un gran trago y fue celestial.

—Gracias.

Pero no podía aplazar lo inevitable. Envié un mensaje rápido a Ambrose.

Jeremy está bien esta mañana. Su teléfono está actualmente en una caja de arroz. Llamará en breve.

Entonces Roscoe me puso un sándwich de desayuno en la mano.

—Come.

—Me siento tan fuera de onda —murmuré más para mí mismo que para ellos—. Normalmente ya estoy levantado durante horas y tengo todo organizado y bajo control. Ni siquiera me he duchado.

—Ha sido un poco loco, ¿eh? —dijo Roscoe.

Mordí el sándwich y asentí.

—Jeremy quiere pasar desapercibido un par de días, y creo que es una muy buena idea.

Roscoe asintió justo cuando entraron Jeremy y Maddox. Puso un café helado en una mano de Jeremy y un sándwich en la otra mientras inspeccionaba el trabajo del médico.

—Tienes muy buen aspecto esta mañana. Quiero decir, pareces dolorido como el infierno, pero te ves bien.

—Hmm —dijo Jeremy, con la boca llena de comida—. Está justo como me gusta. Gracias. Y sólo quiero pedir perdón por lo de ayer.

Roscoe frotó el brazo de Jeremy.

—Disculpa aceptada. Me alegro de que estés bien. Maddox estaba muy preocupado. Todos los chicos lo estaban.

—No sé dónde está mi teléfono. No puedo llamar a nadie —dijo Jeremy dando un bocado a su sándwich.

—Tu teléfono está en el contenedor de arroz —dije—. Riko lo sacó de la piscina.

Jeremy dio un sorbo a su café.

—Gracias, Riko. Pero no me hubiera importado que se quedara en la piscina.

—Probablemente sea mejor que no entres en Internet de todos modos —dijo Maddox—. Hoy es una mierda.

Jeremy suspiró largo y tendido, y Maddox le dio un abrazo y no lo soltó.

—Publicaré en el chat del grupo que estás bien —dijo Maddox—. Hablaremos con Ryan y le diremos que estás bien pero que quieres un tiempo de descanso, ¿de acuerdo? Él lo hará posible. —Jeremy asintió y Maddox finalmente se retiró pero lo mantuvo a distancia, con su mano en la cara de Jeremy—. Tómame todo el tiempo que necesites.

Jeremy suspiró.

—Tenemos una semana muy ajetreada.

—Faltan dos días para la primera entrevista —dijo Maddox—. Si no quieres hacerla, no tienes que hacerla. Es así de sencillo.

—¿Cómo puedo hacer algo con este aspecto? —Hizo un gesto de su herida—. Tengo un puto dolor de cabeza y sólo quiero tumbarme en una habitación oscura durante un día. O dos.

Maddox le besó la mejilla.

—Entonces eso es exactamente lo que harás. Ahora te dejaremos solo. Sólo quería ver que estabas bien. Le enviaré un mensaje a Steve más tarde para ver cómo estás. Oh, pero tendrás que llamar a tu madre. Estará preocupada.

Roscoe parecía un poco sorprendido de que Maddox se fuera tan pronto, pero ciertamente no discutió. Caminé con Robbie hasta la furgoneta y me aseguré de que estaba bien.

—¿Ambrose sigue enfadado conmigo? —preguntó Robbie—. ¿Está enfadado contigo por mi culpa?

—No. Ciertamente no está enfadado contigo. Está enfadado conmigo por cómo le hablé. Iré a llamarle ahora y lo resolveré todo. Querrá saber que Jeremy está bien.

—¿*Está* bien Jeremy?

Asentí y le sonreí.

—Sí. Sólo necesita un tiempo para descansar. Tendremos un par de días tranquilos, creo.

Maddox vino y puso su brazo alrededor de mi hombro, lo que fue un poco extraño.

—Cuida a mi chico.

La forma en que lo dijo fue extraña.

—Por supuesto.

—Poco a poco y suavemente.

—¿Perdón?

Se limitó a reírse y subió a la furgoneta. Robbie le siguió y cerró la puerta tras ellos. Los vi salir y me aseguré de que la puerta se cerrara.

Poco a poco y suavemente.

¿Qué demonios significa eso?

Tratando de no pensar en lo que quería decir con eso, volví a entrar para encontrar a Jeremy en la cocina. Había encontrado sus pastillas y se tomó los antibióticos haciendo una mueca.

—¿Te sientes bien?

—Dolor de cabeza. Cansado. Me siento un poco mal por haber abandonado a todo el mundo, sobre todo porque todo este lío es culpa mía por ser un imbécil borracho ayer, pero es que hoy no puedo con nada.

Le puse la mano en el brazo, pero cuando eso no me pareció suficiente, arrastré los dedos hasta su hombro y luego hasta su cuello. Era un toque íntimo, y probablemente estábamos demasiado cerca.

—Estás bien, Jeremy.

Sus ojos azules se dirigieron a los míos y susurró:

—No sé lo que estoy haciendo.

—¿Sobre qué?

Puso cara de dolor.

—¿Puedes darle a Riko el día libre? No quiero parecer desagradecido, pero Steve, no quiero a nadie aquí ahora mismo.

Oh.

Solté mi mano de su cuello.

—Bueno, Riko, claro. Pero no me voy a ir. Yo... Sólo me mantendré fuera de tu camino.

Empuño mi camisa.

—Tú no. No me refería a ti. Me refería a todos los demás.

—¿Quieres que me quede?

Asintió, pero Dios, parecía tan confundido. Atormentado, incluso. Me soltó la camisa y dio un paso atrás.

—Tengo que ir a ducharme —dijo—. Cepillarme los dientes. Me siento asqueroso.

—De acuerdo. —No le dije que iría a hacer lo mismo porque eso sonaba a invitación. ¿O una sugerencia? Así que en su lugar, dije—: Necesito llamar a Ambrose.

Volvió a asentir y retrocedió hasta que se dio la vuelta y desapareció. Dejé escapar una respiración lenta y constante. Las cosas eran raras. Una rareza buena, como si algo estuviera a punto de suceder entre nosotros, tal vez. Era una emoción de anticipación y temor.

En algún lugar de mi cabeza, una voz me decía que no dejara que pasara. Podría poner en peligro todo. Lo cambiaría todo.

Pero mi corazón...

—¿Jefe? —La voz de Riko me sobresaltó. Me miró con cautela—. ¿Todo bien?

Estaba claro que no.

—Sí, estaba pensando. Jeremy me pidió algo de espacio hoy. Le he dicho que no me voy a ir, pero que me apartaré de su camino. —Esto no era una mentira—. Estaba pensando que podrías ir a la oficina, hoy y quizás mañana. Podrías hacer algunas cosas por mí.

Casi sonrío.

—Y también ser tus oídos y ojos.

Sonreí.

—Sí. No creo que Ambrose quiera verme ahora mismo. —Me encogí de hombros—. Y no estaría de más que escucharas algún rumor o alboroto en la oficina.

—Claro.

Para cuando un coche vino a recoger a Riko, me había duchado y me sentía decididamente más despierto. Riko dijo que me llamaría cuando llegara a mi oficina y, al verlo salir por las cámaras de seguridad, supe que no podía aplazar la llamada a Ambrose que tanto temía.

Fue tenso, por decir lo menos.

El caso es que lo que le había dicho era correcto, y él dijo que lo entendía. Pero lo que me había dicho a mí también era correcto. Estaba bajo mucho estrés y presión, y honestamente, no envidiaba su trabajo en absoluto. Pero ayer habíamos salvado a Jeremy por los pelos, y no me disculparía por dar prioridad a su vida por encima de lo que dijeran unos desconocidos en Internet.

Excepto que esos “incendios puntuales de Internet”, como los había llamado anoche, eran ahora incendios forestales.

—Maddox dijo que era malo. Le dijo a Jeremy que no mirara.

—Inteligente.

—Él... su teléfono cayó a la piscina y está muerto —le expliqué—. Ha dicho que no le interesa que se lo arreglen y que quiere pasar desapercibido unos días. Sabe que se avecina una semana muy ajetreada, pero para ser sincero, no sé si deberías incluirlo en algo la semana que viene. Tendría que explicar el enorme corte en el costado de su cabeza. ¿Supongo que en la sesión de fotos sólo podrán captar su lado bueno? No lo sé.

—Hm —gruñó Ambrose.

—Le pediré que te llame mañana. Espero que se sienta mejor...

En ese momento, Jeremy bajó de su habitación, y mis palabras murieron. Llevaba en la mano una maquinilla para cortar el pelo, y su pelo había desaparecido.

Se había cortado el pelo por completo.

—Eh, Ambrose. Tengo que dejarte.

—¿Está todo bien?

Estaba tan aturdido que apenas podía hablar.

—Um, claro. Nada urgente. Te llamaré más tarde.

Desconecté la llamada y seguí mirando a Jeremy. Él sonrió y me tendió la maquinilla.

—¿Puedes ver si me he dejado algo de pelo en la parte de atrás?

Lo único que pude hacer fue reírme.

—¿Vas a unirte al ejército?

Resopló.

—No podía tener una tira de pelo afeitada. Se veía estúpido.

Cogí la maquinilla. Lo había afeitado hasta un número dos.

—Sal al patio.

Lideró, pero entrecerró los ojos ante el sol y utilizó su mano como visera, así que tiré de él hacia la sombra.

—¿Mejor?

Asintió, todavía entrecerrando los ojos.

Tenía unas cuantas tiras que se había perdido en la parte posterior de la cabeza, y sólo tardé un segundo en arreglarlas. Cuando terminé, le cogí de la mano y lo llevé de nuevo al interior.

—Tienes que quedarte dentro con las persianas bajadas —le dije llevándole al sofá—. Ven, siéntate. Te daré una pastilla para el dolor de cabeza. —Abrí el blíster y se la di con un vaso de agua.

Se la tomó sin rechistar y luego cerró los ojos. Cerré todas las persianas antes de sentarme a su lado y tomar su mano.

—¿Así está mejor?

Asintió y sonrió.

—Sí. —Ahora tenía los ojos abiertos, así que eso era una mejora. Cogió un cojín del sofá, lo puso en mi regazo y se acostó, usándome como

almohada.

Entonces, muy bien.

Le froté suavemente el pelo recién afeitado, con cuidado de su cicatriz. Era suave y bonito. Quizá no tan bonito como sus rizos, y los chicos y Ambrose probablemente iban a flipar, pero le quedaba bien.

Cerró los ojos y se adormeció, sonriendo mientras mis dedos acariciaban su cuero cabelludo.

La línea de pegamento quirúrgico violáceo que recorría la cicatriz casi coincidía con el tenue color de sus párpados cerrados. Sus largas pestañas se abrían en abanico perfectamente, su bonita nariz, sus labios rosados y besables...

Dios mío, era tan guapo.

Él durmió un rato y yo revisé los correos electrónicos y los mensajes en mi teléfono. Y luego cometí el error de revisar Twitter y TikTok. Todos los sitios de noticias de entretenimiento estaban informando sobre ese maldito video cantando en estado de ebriedad y los rumores de que Jeremy había sido llevado al hospital. Además de la rumoreada investigación del FBI. Platinum Entertainment había declinado hacer comentarios. Había imágenes de las puertas delanteras de Jeremy, imágenes de los medios de comunicación dispersándose ante el sonido que suponían era un disparo, imágenes de Jeremy en el escenario.

Jeremy Dalton, Jeremy Dalton, Jeremy Dalton.

Atrous, Atrous, Atrous.

Cada maldito sitio.

No debería haber mirado.

Quería protegerlo. No sólo desde el punto de vista de la seguridad. Quería alejarlo de todo. Donde nada de eso importara, donde pudiera ser él mismo.

Quería protegerlo del mundo.

Quería ser sincero con él.

Repasé la conversación que debía tener con él de cien maneras diferentes. Mientras dormía en mi regazo, le acariciaba el cuero cabelludo, recorriendo con mis dedos su pelo afeitado, y me di cuenta de que iba a contárselo todo.

Necesitaba poder confiar en mí y yo necesitaba ser honesto con él.

Cuando sus pestañas se abrieron, era ahora o nunca.

—¿Te sientes bien? ¿Ha desaparecido el dolor de cabeza?

Supuse que los medicamentos para el dolor habían hecho efecto.

—Sí. —Se sentó—. Me quedé dormido, lo siento.

—Está bien.

—Hiciste lo del patrón de arrastrar los dedos en mi cabeza. Siempre me ayuda.

Eso me hizo reír.

—Es bueno saberlo.

—Esto es agradable y oscuro, como una sala de cine. Deberíamos hacer un maratón de películas. O una serie completa de televisión en Netflix, cada temporada, cada episodio. Algo divertido, preferiblemente.

—Suenan bien. —En realidad, sonaba increíble.

—¿Qué pasa? ¿Ha pasado algo?

—No, no —dije de repente muy nervioso. *Aquí no pasa nada*—. ¿Puedo decirte algo?

Jeremy asintió, frunciendo el ceño, esperando malas noticias.

—Tú, eh, querías saber sobre mis cicatrices...

Me miró fijamente, aturdido. Tal vez un poco asustado.

—Sólo si quieres decírmelo. No tienes que hacerlo. Sé que pregunté, pero estaba siendo un idiota, lo siento.

—No se lo he dicho a nadie —admití—. Esto no es fácil para mí.

Me cogió la mano.

—No tienes que decírmelo. Si es importante para ti.

—Quiero que lo sepas. Sé que leíste los artículos cuando buscaste mi antiguo nombre, pero quiero que lo escuches de mí.

Se encontró con mi mirada, intensa y sincera. Metió una pierna bajo su trasero, tomó mi mano entre las suyas, prestándome toda su atención.

—De acuerdo.

—Tenía diecinueve años —comencé—. Me había clasificado para el título nacional de MMA en Las Vegas. Había un grupo de nosotros que hacíamos el circuito juntos. Hacíamos todos los mismos torneos, competencias. Incluso entrenábamos juntos a veces. Hicimos cierta amistad, más o menos.

Jeremy asintió.

—De todos modos, había un chico con el que estaba más cerca. Empezamos a pasar un poco de tiempo juntos... —Dejé escapar un suspiro y me preparé para la siguiente parte.

—Empezamos a ligar. Fue...

—¿A ligar? ¿Con mujeres?

Joder.

—Eh, no. Entre nosotros.

Parpadeó, dos veces. Pero luego sonrió y me apretó la mano.

—Steve, no tenía ni idea. Bueno, lo que leí en internet sobre ti decía que lo eras, pero no me creo la mayoría de lo que leo en internet.

—Nadie lo sabe. Nunca se lo dije a nadie en la empresa. Bueno, Roscoe lo sabe.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Roscoe? Oh, Dios mío, ¿vosotros dos...?

—No, por supuesto que no. Lo adivinó, hace muy poco, que soy... —*Dios, esto nunca fue fácil para mí*—. Que soy gay.

Dios, lo dije en voz alta.

—Oye —murmuró, ahora sosteniendo mi mano con las dos suyas—. Está bien.

Negué con la cabeza.

—He tenido que ocultarlo toda mi vida.

La preocupación de Jeremy se convirtió en comprensión.

—Oh, Steve. Tus cicatrices...

Tragué con fuerza, con la boca seca. Conseguí asentir.

—Trey, así se llamaba. El tipo con el que me estaba enrollando. Nos conocíamos desde hacía años, sólo a través del circuito de torneos. Le pillé mirando una vez, o tal vez lo intuía. Ni siquiera lo recuerdo. Pero empezamos a salir, y eso duró unos meses. Llegamos a los nacionales, compartiendo una habitación en Las Vegas para reducir costes, ¿no? Algunos otros chicos hacían eso, no era gran cosa. No es que supieran que nos estábamos enrollando entre nosotros. Créeme, ser gay en esa multitud era una sentencia de muerte.

—Oh, Jesús —respiró.

—Fuimos cuidadosos. No fuimos estúpidos. Pero un tipo con un pasamontañas irrumpió mientras estábamos... ya sabes. En la cama. —Negué con la cabeza ante los destellos de los recuerdos, como una maldita luz estroboscópica—. Tenía un cuchillo. Me apuñaló tres veces por la espalda antes de que pudiera darme la vuelta, y luego me apuñaló otras tres veces por delante. Forcejamos y él tiró del cuchillo hacia arriba y cortó hacia afuera, tratando de hacer el mayor daño posible. —Me estremecí—. Estaba loco, muy frenético. Creo que eso fue lo que más me asustó. Pensé que iba a morir.

Jeremy parecía que iba a llorar.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

—¿Qué pasó con Trey?

—Le dio un susto de muerte. No volvió a competir. Dejó la ciudad al día siguiente. Lo último que supe es que estaba trabajando en una empresa de construcción en Ohio.

La cara de Jeremy era de pura preocupación.

—¿Conocías al hombre? ¿Qué te apuñaló?

Asentí.

—Nos tocó el sorteo del torneo y tuve unas primeras rondas fáciles. Hombres a los que sabía que podía vencer. Pero en los cuartos de final me enfrentaría a un tipo llamado Chase Hystek. Era bueno. Un poco salvaje y con problemas de temperamento, lo que le hacía fácil de vencer. Le había ganado antes, en las regionales. No le gustó mucho. —Inhalé toda la calma que pude.

Jeremy me apretó la mano y se acercó más, tocando nuestros cuerpos.

—El motel en el que nos hospedábamos era un poco precario. Ciertamente no había cámaras en esa época. Hystek probablemente se habría salido con la suya, pero le quité el cuchillo y le apuñalé en el brazo. Se escapó...

—Oh, Dios mío. —Jeremy respiró—. Steve, lo siento mucho.

Le sonreí.

—Los policías obtuvieron sus huellas dactilares del cuchillo, lo detuvieron con un corte en el antebrazo. No sólo admitió haberlo hecho. Se regodeó ante ellos. —Negué con la cabeza—. Pasé seis horas en el quirófano y me desperté para descubrir que estaba totalmente declarado como gay. La policía les dijo a mis padres que había estado en la cama con un hombre, que habían acusado a Hystek de una serie de delitos, incluido un crimen de odio contra mí por ser gay.

Él palideció.

—¿No lo sabían?

Negué con la cabeza.

—No. No se lo tomaron bien.

—Joder. —Se puso un poco lloroso y se inclinó sobre mi regazo, medio abrazado a mí, sujetando mi brazo—. Steve.

—Ese día lo perdí todo.

—Dijiste que no competiste por el título nacional por una lesión. Pensé que te referías a una lesión en los isquiotibiales. Steve, no tenía ni idea. ¿Y te cambiaste el nombre? ¿Por tus padres?

Asentí.

—En parte. Mis días de lucha habían terminado, y el caso judicial... Mi nombre quedaría asociado para siempre a eso. Inicié en seguridad y empecé de nuevo. Tomé el apellido de soltera de mi madre, tratando de mantener una parte de mí. No sé. No quería que esa mierda me siguiera. Todavía no lo quiero, Jeremy. No quiero que eso se refleje en vosotros de ninguna manera.

—No se lo diré a nadie. —Tragó saliva y negó con la cabeza—. No debería haber preguntado. No tenía derecho a hacerte revivir aquello. Lo siento.

Estudié sus ojos azules.

—Quería que lo supieras.

Estaba tan cerca, tocándome, cogiendo mis manos, medio sentado en mi regazo.

Su mirada pasó de mis ojos a mis labios. Sus labios se separaron y se inclinó como si fuera a besarme... luego negó con la cabeza y se levantó del sofá.

—Dios, lo siento. Yo... Yo no... —Salió corriendo hacia la cocina.

Mierda.

Fui tras él.

—Jeremy —grité.

Estaba en la cocina, de pie en el extremo. Se pasó la mano por la cabeza recién afeitada y dio un respingo cuando se rozó la cicatriz.

—Joder.

Me acerqué a él.

—Oye. Está bien.

—No soy gay —susurró—. No soy bi. No lo soy. —Negó con la cabeza—. Pero tú... —Tomó una bocanada de aire—. Joder. No lo sé.

Pero tú...

Yo.

—Está bien, Jeremy.

Él estaba a punto de enloquecer. O de salir corriendo.

Había tenido unas veinticuatro horas de mierda. Y yo acababa de descargar mi pasado sobre él, y ahora quería hacerle sentir mejor.

Puse mi mano en el lado izquierdo de su cabeza, cerca de la mandíbula, y pareció tomarlo como una especie de invitación.

Se inclinó hacia mí, con su cara en mi cuello, y deslizó sus brazos alrededor de mí.

Joder, me estaba abrazando.

Le rodeé con mis brazos y él suspiró, relajándose en mis brazos. Me agarró la camisa por la espalda, pero se sentía pesado contra mí. Sin embargo, pude sentir que su mano temblaba.

Oh, Jeremy.

—¿Estás bien? —murmuré.

Negó con la cabeza contra mi garganta.

—¿Quieres hablar de ello?

—Yo... No lo sé. —Se echó hacia atrás y sus manos subieron por mi pecho, cerradas en puños. Sus ojos estaban llenos de miedo—. Esto es... No sé qué es esto.

Y las palabras de Maddox volvieron a mí. Poco a poco y suavemente.

—Está bien —susurré.

No tenía intención de hacer nada. Estaba claramente en guerra consigo mismo. Pero entonces sus ojos se dirigieron a mi boca. Se lamió los labios y se acercó a los míos.

Mierda. Iba a besarme.

Dejé de respirar. Cada célula de mi cuerpo estaba electrificada.

Sus labios se separaron y estaba tan cerca...

Pero entonces negó con la cabeza.

—Yo no... Yo no... Esto no es...

Mi corazón se sentía como si estuviera en llamas, ardiendo y consumiéndose. Se me hizo un nudo en el estómago hasta el punto de dolerme. Cerré los ojos y di un paso atrás.

—Lo siento.

Jeremy cerró su puño en mi camisa. Estaba mirando hacia abajo... ¿a su mano? ¿Al suelo? A cualquier sitio menos a mí.

—No te vayas —dijo—. No sé qué es esto. Pero que te vayas ahora mismo me parece mal.

—Jeremy —susurré.

Levantó la vista, con sus ojos azules llenos de fuego, miedo e incertidumbre. Su agarre se apretó en mi camisa y me acercó.

—No deberías decir mi nombre así.

Me estaba matando.

Yo quería esto. Durante años, había querido esto.

A él.

Estábamos tan cerca. Su calor corporal, su aliento. Su olor. Su hermoso rostro. Esos ojos azules y su boca.

Dios, su boca.

Mis ojos se dirigieron a sus labios abiertos, rosados.

Quería besarlo. Al diablo con las consecuencias. Subí mi mano por su pecho, por su cuello hasta sujetar su cara. Intenté ser suave, pero la desesperación ganó.

Gruñó, y casi me hizo caer.

—Jeremy.

Su mano en la camisa me acercó. Nuestros cuerpos chocaron y me besó, con la boca abierta, la lengua profunda y desesperada.

Maravilloso.

Todo.

Le empujé contra el mostrador, consciente de que la sensación de un hombre contra él podría ser demasiado para él, pero sin poder evitarlo.

Pero no se congeló. No se detuvo.

Gimió y se derritió dentro de mí, con la boca abierta para que la tomara. Quería enganchar su pierna a mi cintura. Quería hacerle cosas.

Pero por ahora, este beso sería suficiente.

Sería suficiente para siempre.

Así que lo besé más profundo, más fuerte. Y él me dejó.

Se rindió, y ese fue el momento en que frené. No quería asustarlo. La realidad se iba a estrellar a nuestro alrededor tal y como estaba.

Tiré de su labio inferior entre mis dientes. Luego, manteniendo mi frente contra la suya, nos di tiempo para respirar.

Le di tiempo para darse cuenta de que acababa de besar a un hombre.

Que me acaba de besar.

Sacudió la cabeza, con el ceño fruncido.

—Joder.

Y aquí estaba la realidad.

Fría y terrible, pero no inesperada.

Puse mi mano en su pecho, con la respiración agitada. No quise establecer contacto visual, temiendo lo que vería allí. Temiendo encontrarme con que el arrepentimiento me devolvía la mirada.

Pero me cogió la cara y me levantó la barbilla, y aplastó su boca contra la mía y nos dio la vuelta, empujándome contra la encimera de la cocina. Todo su cuerpo se apretaba perfectamente contra el mío. Sorprendido pero ansioso, abrí la boca y dejé que me besara esta vez, que hiciera lo que quisiera.

Me besó con fuerza, sus labios, sus dientes, su lengua. Sus manos se clavaron en mi espalda, clavándome las yemas de los dedos mientras arañaba, desesperado.

Pasé mis manos por su espalda y por su culo, acercándolo aún más. Podía sentir su excitación, dura contra la mía.

Él tenía que sentirlo.

Y aunque hubiera pensado que podría asustarlo, sólo pareció estimularlo. No fue suave. No era tímido ni inseguro.

Estaba frenético y ansioso, tomando lo que necesitaba, todo manos, boca, cuerpo.

Besó con todo su cuerpo.

Estaba a punto de deshacerme.

Rompí el beso y lo aparté de mí, pero no demasiado. Necesitaba respirar y controlar mi cuerpo.

—Dame un segundo —murmuré.

Todavía esperaba que se asustara. Esperaba que se enfadara porque terminara el beso, que lo apartara. Dios, apenas podía recuperar el aliento. Esperaba que se alejara más, que se diera la vuelta y huyera. Pero no lo hizo.

Se llevó los dedos a los labios y se rio.

CAPÍTULO CATORCE

JEREMY y yo nos quedamos en la cocina, mirándonos fijamente. Primero se rio él y luego me reí yo.

¿Alivio? ¿Asombro? ¿Sorpresa?

Sí.

—Bueno —dije—. Eso fue...

Asintió.

—Sí, lo fue.

Volví a reír, y luego me lamí la comisura de los labios.

Por supuesto, lo miró y tomó mi barbilla entre el pulgar y el índice.

—El primer hombre que besé.

Oh, vaya.

Me sentí mareado, mis rodillas eran débiles.

—¿Y? ¿Cómo fue?

Su sonrisa era perversa.

—Divertido. —Me empujó contra el mostrador de nuevo, su agarre en mi mandíbula un poco apretado. Muy caliente.

Y me besó de nuevo.

Una lengua áspera, dura y profunda y unas manos seguras. Le dejé hacer lo que quería hasta que mi cuerpo se acercó rápidamente a ese punto de no retorno. Rompí el beso y esta vez me mordió la mandíbula hasta el

cuello. Unas calientes sacudidas de placer me recorrieron y lo empujé hacia atrás con una carcajada.

—No creo que estés preparado para lo que pasará si sigues haciendo eso. —Tuve que reajustarme la polla—. Dios.

Él sonrió, con suficiencia. Labios húmedos, deseo en sus ojos.

—Probablemente tengas razón. —Pero luego buscó en mis ojos como si tratara de encontrar la respuesta a algo en su cabeza—. No sé por qué...

Oh, vaya.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué tú? ¿Por qué un hombre? Es absurdo. Pero tú...

—¿Pero yo?

—Sí, pero tú. ¡Te acabo de besar! Y me gustaría hacerlo de nuevo. No tiene sentido. No soy gay. Ni siquiera soy bi. Me gustan las mujeres. Siempre me han gustado. —Negó con la cabeza—. Pero tú... Tú eres diferente.

—Eh, gracias.

—Y acabas de descargar un montón de equipaje de tu pasado, así que me siento de oportunidad probablemente está fuera de lugar.

—Y casi te mueres ayer. Tienes un acosador loco, y tuvimos una gran pelea en la que me despediste, y te afeitaste la cabeza esta mañana.

—No te despedí. Bueno, lo hice, pero no era mi intención. Ni siquiera creo que tenga la capacidad de despedirte. Estaba enfadado. Pensé que no confiabas en mí para contarme lo que te pasó. Pensé que teníamos algo, algo más profundo, donde debías confiar en mí como yo confío en ti.

—Confío en ti.

—Lo sé. —Frunció el ceño—. Y para ser honesto, estaba más que nada enfadado contigo porque no dejaba de pensar en ti y en cómo quería besarte y en lo jodidamente extraño que era eso. Me estaba volviendo loco. Es muy confuso. E incluso ahora, no quiero pensar en lo que significa.

Era justo. Conocía el ping pong mental que jugué cuando me di cuenta de que me atraían los chicos. No quería pensar en lo que significaba o en qué etiquetas tenía.

—No tienes que pensar en ello —dije—. No tienes que ponerle nombre a nada, Jer.

Me pasó el pulgar por la mandíbula. Sus ojos me observaban con asombro.

—Barba naciendo, piel áspera. Estoy acostumbrado a la suavidad y a la delicadeza. No sé por qué es diferente contigo. Esto no debería sentirse tan bien.

Me incliné hacia su contacto. Hacía tanto tiempo que nadie me tocaba así. De hecho, me hizo sentir un poco mareado.

—Vaya.

Levantó mi cara y apretó su cuerpo contra el mío.

—¿Por qué me parece esto tan excitante?

Me eché a reír y, en un rápido movimiento, nos giré y lo apoyé contra la encimera de la cocina, como él había hecho conmigo, sin forzarlo demasiado, pero tampoco con delicadeza. Mis caderas contra las suyas, duras y rápidas.

—Joder —jadeó.

Dios, lo deseaba.

Lo deseaba de todas las maneras imaginables. Pero él no estaba preparado para eso.

Dejé escapar una respiración temblorosa y traté de canalizar algo de autocontrol.

—Deberíamos ir más despacio.

Gruñó.

—¿Debemos?

—Jeremy —respiré—. Mi autocontrol apenas se sostiene. Ha pasado mucho tiempo para mí, y todo esto es demasiado, demasiado rápido. Voy a

avergonzarme.

Tardó un segundo en darse cuenta y, por supuesto, se rio. Me acercó aún más por las caderas, sus dedos se clavaron en mí, y tuve que dar un paso atrás.

Me llevé la mano a la frente. Mi cuerpo estaba tenso, mi polla estaba dura y mis pelotas estaban tornándose azules.

—Sí, vale, no estaba bromeando. Necesito un minuto.

Se rio y, afortunadamente, me dejó un poco de espacio, pero entonces se llevó la mano a su recién adquirida cicatriz, e hizo una mueca.

Eso fue un asesino de la erección. Lo inspeccioné, buscando cualquier signo de enrojecimiento.

—¿Te duele? ¿Cómo está tu dolor de cabeza?

—Está bien. Lo había olvidado. Me distrajiste.

Sonreí ante eso.

—¿Quieres tumbarte en el sofá y ver la tele? ¿O echar una siesta? ¿Tienes hambre?

—Podríamos ver la televisión. —Se balanceó hacia delante y hacia atrás, y se mordió el labio inferior—. ¿Habrás besos en el sofá?

Me reí, mi corazón se estremeció ante sus palabras.

—Si quieres.

—Quiero.

Así que me llevó al sofá y procedió a empujarme sobre este y a acariciar el cojín.

—Tu cabeza aquí. Acuéstate.

—Bien, mandón. ¿Siempre consigues lo que quieres?

Sonrió mientras yo hacía lo que me decía.

—Vamos, Steve. Sabes que sí. —Luego se acostó a mi lado, de cara a mí. Mi brazo fue su almohada y se acurrucó en mí.

De acuerdo, entonces.

Dejé que mi brazo se deslizara alrededor de él y besé cuidadosamente su frente cerca de su cicatriz.

—¿Jeremy? No estás de cara al televisor.

—Hm. —Suspiró—. Esto es mejor.

Esto era taaaan bueno. Y muy surrealista.

¿Cómo ha podido ocurrir esto?

—Los abrazos son buenos —murmuró.

—Lo son. —Los abrazos eran lo mejor. Había echado de menos este tipo de contacto. Ser íntimo con alguien, afectuoso.

Y aquí estaba yo, siendo íntimo, cariñoso... con Jeremy.

Tiene que ser un sueño.

—Se siente como un sueño —murmuré—. Estar aquí contigo así.

Pasó su nariz por mi garganta.

—No es un sueño. Aunque es raro.

—¿Raro?

—Sí. ¿Cómo es que hueles bien? Estoy acostumbrado a los aromas florales y a las brumas corporales femeninas. Tú eres todo lo contrario a eso. Hueles como... bueno, no sé. Un chico.

—Divertido, ¿eh? —Realmente no debería haber bromeado al respecto cuando todo era tan nuevo y extraño para él—. Lo siento. Sé que tiene que ser extraño para ti.

—Lo es. —Pasó sus labios por mi cuello y me estremecí, haciéndole sonreír—. Eres todo músculos y ángulos duros, barba naciente y manos duras. Hace semanas que quería besarte. Dios, cogerte de la mano fue un subidón. —Se apartó para encontrarse con mis ojos—. Es extraño, y es confuso. Intento no pensar demasiado en ello.

Le acaricié la mejilla.

—Sólo haz lo que se siente bien.

—Bueno, lo estaba intentando en la cocina pero necesitabas un minuto.

Me reí.

—Estar aquí tumbado contigo así tampoco me hace ningún favor, para que lo sepas.

—Cuando dijiste que había pasado un tiempo para ti, ¿de cuánto tiempo estabas hablando?

Oh, Dios.

—Es, eh, han pasado años.

Jeremy se quedó mirando.

—¿Años? Por Dios. Pensé que mis seis meses eran toda una vida.

—Seis meses, ¿eh? Me preguntaba por qué no te habías enrollado con nadie en la gira.

Sus ojos parpadearon entre los míos.

—Porque... por una docena de razones. Sobre todo porque empezaba a fijarme en alguien que me daba miedo.

—¿Te asustaba? ¿Quién? ¿En qué país estábamos?

Se rio.

—No es un acosador ni nadie que dé *miedo*... bueno, puede serlo. Cuando está enfadado. Estoy hablando de ti.

Espera.

¿Qué?

—¿Has estado pensando en mí así durante seis meses?

Me frunció el ceño.

—No dejes que se te suba a la cabeza. Para ser sincero, me molestó mucho. Porque, ¿qué coño? ¿Un tío? ¿Y tú? El Sr. Steve, el Hombre de Hielo, puede matar a cualquiera con una mirada bien dirigida, atemoriza a todo el mundo. Quiere que todo el mundo piense que es un tipo duro cuando en realidad es dulce y divertido. Es decir, sigue siendo un tipo duro, pero *también* es dulce y divertido. Se parece un poco a Jason Bourne. Actúa un poco como él también. Es muy protector, lo cual es sexi. No voy a mentir. Sí, *él*, ese tío. Como dije. ¿Qué demonios? Traté de convencerme de no lo hacerlo. Lo cual salió muy bien, como puedes ver.

Vaya.

Me reí. No pude evitarlo.

—Siento decepcionarte.

Suspiró con una sonrisa y parpadeó lentamente, aparentemente contento de simplemente recostarse en mis brazos en el sofá.

—Cuando dijiste que habían pasado años...

Resoplé.

—Me refiero a años. No me resulta fácil relajarme lo suficiente cuando estoy con alguien. Teniendo en cuenta que la última vez que me metí en la cama con un chico, me apuñalaron seis veces.

Su mirada se dirigió a la mía y me acarició el cuello.

—Gracias por contarme —susurró—. Sobre tus cicatrices y el imbécil que te hizo eso. Por confiar en mí.

—Confío en ti.

—Ya estás relajado —dijo. Su tono lo convirtió en una pregunta.

—Sí. Me siento seguro aquí.

Me estudió por un momento.

—Espero que haya recibido su merecido. El tipo que lo hizo.

—Le echaron dos años.

—¿Dos años? ¿Eso es todo?

Negué con la cabeza.

—Al principio. Pero se encontró con más problemas en la cárcel. Hubo una pelea y algún otro recluso murió, y un guardia resultó herido. A Hystek le añadieron otros quince años a su condena.

—Bien —gruñó—. Bueno, no es bueno para el tipo que murió, obviamente. Pero bueno que él siga encerrado.

Mi teléfono vibró. Tuve que meter mi muslo entre los suyos para poder sacar mi teléfono del bolsillo. Jeremy gimió y yo me mordí una risa mientras respondía.

—Riko.

—Sí, jefe. ¿Puedes hablar?

Sabía que Jeremy podía oír cada palabra, pero no tenía nada que ocultarle.

—Claro.

—Estoy en tu oficina. Hay un... hay un montón de mercancía publicitaria aquí. Como cajas y bolsas.

—¿Mercancía?

—Sí, camisetas, sudaderas, lápices, agendas, carteles, ese tipo de cosas. Hay cuatro calendarios diferentes en tu escritorio.

Jeremy se rio.

—Le pedí a Ryan que te llevara uno de cada muestra.

Riko habría escuchado lo cerca que estaba la voz de Jeremy de la mía.

—Y, jefe —añadió—. Hay un póster de cartón de tamaño natural de Jeremy.

Jeremy se rio.

—Ryan debería recibir un aumento.

Hubo un segundo de silencio.

—¿Estoy en el altavoz? —preguntó Riko.

Me alejé de Jeremy lo mejor que pude, medio de espaldas, y traté de mantener el teléfono lejos de Jeremy.

—No, lo siento. Jeremy sólo está siendo molesto.

Jeremy se incorporó y frunció el ceño lo mejor que pudo, pero luego sus ojos se dirigieron a mi pecho, y más abajo, más abajo, más abajo... Era difícil sentirse escudriñado cuando me miraba con parte de fascinación, deseo y confusión.

Riko estaba en mi oído, contándome sobre la reunión de Ambrose con los federales y la policía de Los Ángeles, y las acaloradas reuniones con el equipo de relaciones públicas, todo ello mientras Jeremy me miraba la entrepierna.

No necesitaba ser un lector de mentes para ver que estaba tratando de averiguar hasta dónde llegaba esta atracción. Físicamente, eso era un punto. Una cosa es que un chico tal vez bisexual se tome de la mano con un hombre, que lo bese. Pero cuando las pollas se involucran, puede ir cuesta abajo muy rápido.

Le agarré la barbilla, haciendo que sus ojos se encontraran con los míos. —Gracias, Riko. Mantenme informado. —Desconecté la llamada, sin romper el contacto visual, y deslicé mi teléfono sobre la mesa de café.

¿Estaba a punto de enloquecer?

Jeremy tiró del dobladillo de mi camisa y la levantó, luego pasó su mano por mis abdominales y la cintura de mis vaqueros.

De acuerdo entonces. Nada de miedo.

—¿Estás bien ahí? —pregunté con voz áspera.

Sonrió, con los ojos llenos de picardía y calentura. Y entonces se abalanzó sobre mí. Aplastó su boca contra la mía y presionó su peso sobre mí, su mano se deslizó bajo mi culo y me levantó la pierna.

Joder.

Introdujo su lengua en mi boca, sus caderas se movieron y gruñó.

Rompí el beso con un jadeo. Había pasado de cero a cien en un instante. Estaba demasiado cerca.

—Jeremy, Dios...

Había pasado demasiado tiempo para mí. Estaba tan duro como yo. Podía sentirlo, y era todo lo que quería.

Si no paraba ahora, iba a hacer que me corriera.

Sus ojos estaban llenos de fuego.

—Quiero esto. Dime que tú también quieres esto.

Oh, cielos.

Lo único que pude hacer fue asentir.

Volvió a besarme, con fuerza y profundidad, encajó una pierna entre las mías y se presionó contra mí. Nos movimos, meciéndonos atrás y adelante,

aún con la ropa puesta. Le agarré el culo y subí las caderas, frotando mi erección contra él, desesperado por conseguir más. Cuando gimió en mi boca, supe que no había vuelta atrás.

Estaba tan excitado como yo.

Su erección me presionaba la cadera, su muslo entre mis piernas me rozaba los huevos. Arrastré mis manos por su espalda, sobre su culo, palpando cada centímetro que podía alcanzar, mientras me rozaba intensamente contra él.

Todavía no podía creer que estuviera haciendo esto con Jeremy.

Jeremy Dalton.

Que quisiera hacer esto conmigo.

Tuvo que romper el beso para respirar. Desgarrado y agitado, condujo su cuerpo contra el mío a la perfección, su espalda se arqueó mientras sus dedos se clavaban en mi piel. Cerró los ojos, gimió y se estremeció.

Mierda, se estaba corriendo.

Agarré su culo y empujé, persiguiendo la fricción, precipitándome hacia mi propio orgasmo. Entonces Jeremy gruñó y se presionó más, con todo su cuerpo sacudiéndose.

Y esa bobina en mi vientre, ese tirón en mis bolas, se deshizo y me corrí. Me aferré a él, con el cuerpo tenso, mientras un pulso tras otro de placer me bañaba.

Jeremy se derrumbó encima de mí, con su cara en mi cuello, y su peso me hizo sentir una oleada de escalofríos. Después de unos largos momentos, se rio.

—¿Qué coño ha sido eso?

Me reí, apenas recuperando el aliento.

—Eso fue... seguro que fue algo importante.

Sin tocarnos, todavía vestidos, como adolescentes cachondos. Me corrí en mis vaqueros, Jeremy en su pantalón de chándal, y el olor a sexo flotaba en el aire.

Apoyó la cabeza en su mano, con los ojos pesados. Me pregunté por un segundo si las cosas serían incómodas... pero entonces sonrió y volvió a besarme.

Y siguió besándome, profunda y lánguidamente, con lengua lenta y labios tiernos. Fue un beso serio que hizo que mi corazón latiera contra mis costillas.

¿Era esto sólo una exploración física para él?

¿O significaba algo más?

No me atreví a preguntar por si reventaba la burbuja surrealista en la que me encontraba.

Ralentizó el beso y lo terminó tirando de mi labio inferior entre los suyos.

—Podría besarte todo el día —dijo soñadoramente. Pero entonces se despegó de mí y se levantó. Me tendió la mano—. Vamos, corre. —Luego se detuvo—. Oh. Ya lo hiciste.

Me eché a reír. *Dios.*

—Quise decir que me siguieras... no que te corrieras, que ya lo has hecho. —Se rio—. Aunque me apunto a correrme más. Es la mejor cura para la resaca.

Me puso en pie y dejé que me llevara, que resultó ser, a su habitación. Bueno, a su baño. Donde entró y se quitó la camiseta como si no fuera gran cosa.

—Hora de la ducha —declaró—. No me he corrido en los pantalones desde que tenía dieciséis años.

Era tan abierto en todo, como lo era con todos los temas. No sé por qué me sorprendió que fuera igual con esto.

Entró en la ducha y abrió el agua, luego volvió a salir y deslizó las manos bajo la cintura de sus pantalones de deporte.

—No puedes ducharte con la ropa puesta, Steve —dijo.

Hmm. Desnudarme nunca fue fácil para mí. Veían mis cicatrices y sentían repulsión o una extraña curiosidad. Pero este era Jeremy... Era diferente, ¿no?

No tuve mucho tiempo para contemplar, porque se bajó los pantalones y se los quitó.

Jeremy estaba desnudo delante de mí. Su cuerpo ágil y en forma, marcado y musculoso, el pecho desnudo, los abdominales definidos y una magnífica polla que colgaba semidura. Su prepucio intacto. Dulce madre de Dios.

Estaba de pie en su baño con él, cuando estaba completamente desnudo. Y nos habíamos besado hasta que ambos llegamos al orgasmo.

Empezaba a preguntarme si tal vez me había golpeado la cabeza en la piscina y si todo esto era una especie de sueño cruel.

—No debo mojar este estúpido pegamento quirúrgico hasta dentro de un día. —Entonces se miró en el espejo e hizo una doble toma—. Mierda. Mi pelo.

Señalé la basura.

—Si lo buscas. —Había mechones de su pelo en ella. Y en el lavabo—. Y ahí dentro. Hiciste una mierda de limpieza.

Jeremy resopló.

—Cállate y métete en la ducha. Estás desperdiciando agua.

Agh.

Bien, entonces.

Me quité los zapatos y los calcetines, la camisa y los vaqueros. Nunca me había duchado con nadie. ¿Qué hacía? ¿Sólo entrar?

—Toma —dijo Jeremy entregándome una esponja jabonosa—. Aunque ayuda si estás realmente mojado.

Estaba seguro de que lo hacía para que me sintiera más tranquilo. Funcionó. Me dio algo en lo que concentrarme, al menos.

Su ducha era enorme, ridículamente enorme. Había varios chorros de agua y espacio suficiente para seis personas, por no hablar de dos. Me lavé primero el semen antes de enjabonarme el pecho y las axilas. Jeremy me miraba, sonriendo.

—Tengo que mantener la cabeza seca, si no podríamos tener un sexo impresionante en la ducha.

Tosí con el vapor.

—Ahhh.

Jeremy se rio.

—Es una broma.

—Yo, nunca me he duchado con nadie antes, y mucho menos he tenido sexo en la ducha.

—¿Nunca?

—Nunca. —Me encogí de hombros—. Además, el lubricante resistente al agua es una mierda para limpiar.

Su sonrisa se apagó al darse cuenta.

—Oh.

Fue mi turno de reír.

—Es una broma.

Cerró el agua y le pasé una toalla.

—Tengo que ir a por algo de ropa —le dije.

—Ponte algo mío. Tengo un armario entero de prendas que nunca me pongo. —Se secó el cuerpo y luego se pasó la toalla por la cabeza dolorida. No tenía ningún pudor, ninguna vergüenza. Todos esos años de cambiarse en un vestuario lleno de gente probablemente lo harían. Se dio cuenta de que le miraba—. ¿Qué?

Negué con la cabeza, sonriendo, avergonzado.

—Sólo tú. Eres jodidamente hermoso. —Señalé su cuerpo—. Y estoy aquí contigo, así. Después de lo que acabamos de hacer en tu sofá... parece que estoy soñando.

Su sonrisa se dibujó en una esquina.

—Es una locura, ¿eh? Esto es raro, tú y yo. No me malinterpretes, he deseado esto durante semanas, meses, incluso. Y me dije a mí mismo que lo superara, que desear a un chico era raro. —Su sonrisa se suavizó—. Pero ahora que estamos aquí, no es tan raro como pensé que sería.

Me até la toalla a la cintura y ni una sola vez Jeremy miró mis cicatrices.

—Me alegro de que no sea raro. Pero ya sabes que si empieza a ser raro o se vuelve un poco agobiante, puedes decírmelo. Sólo pide un tiempo muerto.

Se encontró con mi mirada y me hizo un pequeño gesto con la cabeza, pero luego hizo una mueca de dolor.

—¿Dolor de cabeza?

—Hm. Un poco. Podría soportar una siesta. —Entró en su vestidor con el culo desnudo y salió en calzoncillos. Me lanzó un par de pantalones cortos de gimnasia y sostuvo una camiseta—. ¿Esto es lo suficientemente ajustado? Quiero decir, ¿lo suficientemente grande?

Me reí.

—Esta ropa, aunque estoy seguro de que fue dolorosamente cara, no es apropiada para el trabajo.

Se detuvo.

—¿Trabajo? ¿Estás trabajando ahora, Steve?

—Bueno, no...

—¿Estabas trabajando en el sofá conmigo?

—No.

—¿En la ducha? ¿Era eso trabajo?

Suspiré.

—No, claro que no. Lo siento. No me refería a eso.

—Entonces vístete. A menos que quieras quedarte con la toalla todo el día. —Se sentó en la cama, cogió una especie de mando a distancia y las

persianas comenzaron a cerrarse. Claramente la luz del día no le estaba haciendo ningún favor a su cabeza.

Me subí los pantalones cortos. Me quedaban un poco ajustados.

—Lo siento, debería haber pensado en cerrar las persianas.

Se sentó en la cama.

—Está bien.

Me puse la camiseta, y sí, era ajustada, pero automáticamente me sentí menos inseguro ahora que estaba cubierto. Levanté los brazos para intentar estirar la tela.

—¿Es una talla pequeña?

Jeremy me sonrió.

—Creo que está bien.

Le fruncí el ceño.

—Tengo que coger mi teléfono —dije. Después de todo el comentario de “soy sólo un trabajo para ti”, añadí—: No para el trabajo. Sólo por si hay algún tipo de emergencia. Mi teléfono es la única manera de que alguien pueda localizarnos.

Tocó suavemente alrededor de la cicatriz en su cabeza.

—Sí, está bien.

—Acuéstate y te traeré tus pastillas.

—¿Y tal vez algo de comer? O un zumo.

Mierda.

—Por supuesto.

Asintió y se tumbó de lado, así que me escabullí y bajé las escaleras. Encontré mi teléfono en la mesa de centro, sonreí mientras enderezaba los cojines del sofá, recordando lo que habíamos hecho allí.

Tan surrealista.

Cogí sus medicinas, le serví un zumo y un vaso de agua, y luego añadí fruta y galletas. Jeremy se rio cuando llevé una bandeja a su habitación.

—Nunca había tenido este tipo de servicio de habitaciones.

—Espero que no.

Se tomó las pastillas con el zumo y se comió unas galletas.

—Gracias —dijo en voz baja—. No tienes que hacer esto por mí.

—No me importa.

Troceé algunas piezas de fruta, comimos ambos y me aseguré de que comiera lo suficiente.

—¿Te sientes mejor?

—Sí. —Se volvió a tumbar y dio una palmada en el otro lado de la cama—. Quédate conmigo.

Dejé la bandeja en el suelo y me subí encima de la cama, acomodándome a su lado con la cabeza en la almohada, de cara a él. Me sonrió, muy dulce.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Oh, vaya.

—Claro.

—Eres activo, ¿verdad?

CAPÍTULO QUINCE

—¿QUÉ...? Jeremy...

—Es que sé que Maddox no lo es. Habla de conseguir pollas, recibir pollas, todo el tema gira sobre las pollas. Bueno, ya no habla tanto de eso. Ahora que tiene la gran polla constante de Roscoe, aparentemente. Pero desde los dieciocho hasta los veinticinco años, ¿sabes cuántas veces hemos oído hablar de ello?

No pude evitar reírme.

—Me senté en un coche con vosotros durante años. Ya lo oí bastante.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Dios mío, ¿has oído todas esas conversaciones?

—La mayoría.

Se rio.

—Bueno, mierda.

—Honestamente, dejé de escuchar hace mucho tiempo. Demasiadas cosas que no quería oír.

—¿Sobre qué?

—Sobre las conquistas, y llevarlos a los bares, y escuchar a los representantes hablar de los acuerdos de confidencialidad, ese tipo de cosas.

Su nariz se arrugó.

—Qué desagradable, ¿eh? —Entonces pareció darse cuenta—. Oh... ¿por mi culpa?

Me reí y odié que pudiera sentir que me sonrojaba.

—Bueno, sí.

Estudió mi rostro.

—¿Cuánto tiempo...? ¿Cuánto tiempo has...? Ya sabes.

Oh, Dios, aquí vamos...

No quería tener esta conversación tan pronto en lo que fuera esto. O nunca, pero aquí estábamos. A pesar de estar nervioso, a pesar de sentirme tonto, decidí ser honesto.

—Siempre me he fijado en ti, Jeremy. Siempre. Nunca pensé en ti de esa manera... hasta Vermont. Cuando pasamos una semana allí con Maddox y Roscoe.

—Eso fue hace más de dos años —susurró.

—Lo sé.

—¿Por qué no dijiste nada?

Me puse espalda; era más fácil no mirarle cuando hablaba de esto.

—Nunca hubiera soñado que algo contigo fuera posible. Para empezar, eras heterosexual. Pero también el asunto profesional y personal no es fácil. Todavía no sé qué significa todo esto. —Suspiré—. Y exponer estos sentimientos no es lo mío. No es fácil para mí ponerme en un lugar vulnerable. Incluso ahora. Decirte esto, es difícil. No quiero que pienses que sólo porque me he fijado en ti durante mucho tiempo estoy emocionalmente involucrado mientras que tú sólo estás aquí para divertirte y probar cosas nuevas. Esto también es muy nuevo para mí. —Me palmeé la cara—. Joder.

Jeremy se acercó más, acurrucándose y apoyando su cabeza en mi axila.

—Yo tampoco sé qué significa esto, Steve. Pero no estoy probando cosas nuevas sólo por diversión. Todo esto de sentirme atraído por ti me ha asustado mucho. Por si sirve de algo, he estado tratando de convencerme de

no desearte durante meses. Claramente eso está funcionando muy bien, considerando que estás en mi cama ahora mismo.

Dejé caer mi brazo alrededor de su hombro.

—No tenemos que dejar que signifique nada —dije—. O puede significar lo que queramos. Puede ser tanto o tan poco como necesites.

Sentí que se tensaba un poco y se quedó callado durante unos largos segundos.

—¿Qué quieres tú?

Dios.

—Quiero que seas feliz. Eso es todo.

Se inclinó hacia arriba y me frunció el ceño.

—Esa es una respuesta de mierda.

Resoplé.

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad.

—Quiero que seas feliz. Eso no es mentira.

Me dio una palmadita en el pecho.

—No, ¿qué quiere Steve Frost? No para mí. ¿Qué quiere para sí mismo?

Dios, me iba a obligar a decirlo.

—Quiero tomar esto poco a poco. Teniendo en cuenta que apenas tiene horas, cualquier otra cosa sería una tontería. Quiero que te sientas cómodo explorando esto, para ver si estar con un chico es lo correcto para ti. Quiero esto, claro. Pero no a expensas de nada más. Ni de mi trabajo, ni de tu seguridad, ni de *nadie* más. Eso es lo que quiero. Desarrollarlo poco a poco, contigo.

No quería ni pensar en el trabajo. Ambrose se pondría furioso si se enterara, especialmente después de lo que le dije por teléfono anoche.

Jeremy suspiró, a medias entre una sonrisa y una no sonrisa.

—Esa es una respuesta muy... sensata.

Lo maniobré para poder inmovilizar sus manos en la cama, tendido entre sus piernas. Fui suave, pero sus ojos se abrieron de par en par por la conmoción y el deseo, su boca una sonrisa aturdida.

Le besé.

—Soy un tipo sensato, Jeremy. Es lo que hago. Quiero que seas feliz. ¿No es eso suficiente?

Asintió y se lamió los labios.

—Joder.

Balanceé mis caderas contra las suyas y le di un profundo beso hasta que se derritió debajo de mí. Sus piernas se abrieron y arqueó la espalda.

Rendido.

Introduje mi lengua en su boca y él la tomó, gimiendo cuando hice rodar mis caderas. Se le estaba poniendo dura de nuevo.

Mi sonrisa rompió el beso.

—¿Y qué quieres tú, Jeremy?

Le costó un segundo centrarse.

—Quiero que termines lo que has empezado.

Riendo, le besé por el cuello, mordiendo su mandíbula, chupando su piel por debajo de la oreja.

Se estremeció.

—¿Steve?

Me retiré.

—¿Sí?

—Sobre lo que te pregunté antes... sobre si eres activo...

Ah, cielos.

—Bien, primero, Jeremy, más despacio. Sí, lo soy. Pero no hay prisa por eso.

—No sé si podré hacerlo —dijo rápidamente—. Sé lo que dice Maddox y sé dónde está el punto G masculino, de nuevo gracias a Maddox, que me lo explicó con todo lujo de detalles.

No pude evitar reírme. No es que quisiera hacerlo. Pero Dios... Lo besé con labios sonrientes.

—Jeremy, más despacio. No tienes que hacer eso nunca. No me importaría si nunca quisieras hacerlo. No es un problema. Hay otras cien cosas que puedes hacer que no impliquen sexo anal.

Suspiró.

—Estar contigo así es genial. Que me arrastraras por la cama hace un momento fue jodidamente caliente. Nunca he sido... eh...

—¿Dominado?

Se rio.

—Sí, dominado. Y sinceramente, cuando hiciste eso de inmovilizarme en la cama, estoy bastante seguro de que aceptaría cualquier cosa que quisieras hacerme si lo volvieras a hacer. Y eres un tipo que se hace cargo de todo. Es lo que me gusta de ti. Es lo que encuentro tan atractivo, si te soy sincero. Pero... Dios, esto es tan embarazoso.

—No te avergüences —le dije besándolo suavemente—. Me alegro de que quieras hablar de ello. Pero como he dicho, no es algo que *tengas* que hacer. Muchos gais no lo hacen. Nunca.

—Maddox dijo...

—Maddox dijo su verdad. Tú no eres él. No te va a gustar todo lo que a él le gusta. Y Jeremy —dije besando sus labios de nuevo—. Has estado experimentando con un chico durante una hora aproximadamente. La vida real no es una película porno.

Esta vez gimió con un sonido doloroso y se tapó los ojos.

—He visto mucho porno gay. Tratando de ver si era caliente o si sólo eras tú quien me interesaba. Tengo tantas preguntas.

Me eché a reír y aparté su mano, haciendo que me mirara.

—¿Hay algo que quieras preguntarme?

Sus mejillas estaban rosadas.

—¿Tal vez en otra ocasión? —Volví a reírme y empecé a retroceder, pero él rodeó con su pierna la mía—. O puedes quedarte donde estás —murmuró. Luego puso los ojos en blanco—. ¿Ves? Esto es caliente. Te sientes tan bien encima de mí. Puedo sentir tu polla. Me excita. —Su mirada se dirigió a mi boca—. Puedo besarte con más desesperación de lo que nunca pude besar a una chica. Puedo agarrarte más fuerte, abrazarte más fuerte, presionarte, atraerte, tocar... es como si fueras irrompible. Eso es caliente.

Resoplé.

—Bueno, soy rompible. —Pero entonces le pasé ligeramente los dedos por el costado de la cara, a lo largo de la mandíbula, y le pasé el pulgar por el labio, ligero como una pluma. Me llevé el lóbulo de su oreja a la boca y le susurré, con brusquedad, al oído—. Yo también puedo ser suave.

Sus ojos se pusieron en blanco y su polla se crispó.

Entonces tomé sus manos y las sujeté por encima de su cabeza, ensanchando sus muslos con mis rodillas.

—O puedo ser rudo.

Arqueó la espalda.

—Joder, Steve.

Sonaba como una súplica.

—¿Quieres que te chupe la polla?

Sus ojos se abrieron, oscuros y salvajes, y su polla volvió a crisparse. Ahora estaba más dura, moviendo las caderas en busca de fricción.

—Voy a necesitar que me respondas —susurré besando su cuello.

Soltó un gemido.

—Dios, sí, joder, por favor. Sí.

Sonreí mientras le besaba el pecho, el vientre, hasta que encontré su polla tensa en los calzoncillos.

Jesús, sí.

Retiré el elástico y revelé su erección. Claro, lo había visto en la ducha, lo había visto completamente desnudo, pero no tan cerca, y no tan duro.

Rosa, venosa, con su prepucio.

Era gloriosa.

Su prepucio pedía ser tocado, lamido, masturbado, y chupado, así que lo hice primero.

Jeremy agarró el edredón por los lados antes de que su cabeza se levantara para mirar lo que estaba haciendo.

—Joder —respiró—. Jesús, ¿qué...?

Sonreí mientras le lamía el prepucio, la hendidura, y él se dejó caer de nuevo en la cama con un gemido.

Me acomodé entonces, con la intención de disfrutar de él, trabajándolo, chupándolo intensa y lentamente y hasta el fondo de mi garganta.

Sus muslos temblaban, sus manos encontraron mi pelo y sus abdominales se flexionaban mientras jadeaba en cada respiración corta.

—Voy a... voy a... joder, voy a...

Claro que sí, dámelo.

Le cogí y masajee los huevos y gritó cuando se corrió, un gemido bajo y gutural. Todo su cuerpo se tensó y tembló mientras palpitaba en mi garganta.

Tarareé mientras lo tomaba, y él se retorció y se sacudió mientras se la chupaba. Se desplomó, totalmente agotado y con los ojos pesados, con una sonrisa de desconcierto en el rostro.

No pude evitar sentirme un poco orgulloso. Me arrastré por su cuerpo y caí a su lado. Jeremy giró la cabeza y parpadeó lentamente.

—¿Qué coño ha sido eso?

—¿Una mamada?

—No, ¿qué clase de hechicería fue esa?

Me reí.

—Me alegro de que te haya gustado.

Se puso de cara a mí, se acurrucó en mi pecho, usando mi brazo como almohada, y tras unas cuantas respiraciones profundas, se quedó dormido. Besé la parte superior de la cabeza, evitando su herida.

Este hombre, este hermoso hombre, era el cielo en mis brazos.

Todavía me parecía un sueño, aunque estaba seguro de que cuando la realidad se derrumbara -sí, *cuando*, no *si*- esto entre nosotros se acabaría. No sabía lo que eso significaba para mi trabajo, ni lo incómodo que sería entre nosotros.

Pero estaba decidido a disfrutar de cada minuto mientras pudiera. Aunque era fácil olvidarse del acosador, y de todas las responsabilidades fuera de la puerta de su habitación.

Se durmió en mi brazo y, sabiendo que no podía aplazar lo inevitable, respondí rápidamente a los mensajes y correos electrónicos con la mano libre.

Al fin y al cabo, técnicamente se suponía que seguía haciendo mi trabajo.

Había un mensaje de Riko.

Cambio de planes. La reunión ahora está programada para mañana a las 9 de la mañana. Espera que Ambrose se ponga en contacto contigo.

Respondí. *Gracias por el aviso.*

Luego hubo mensajes de Luke, Wes y Blake, todos para que Jeremy los llamara.

Y Maddox había enviado unos diez. Sólo podía suponer que era el mayor tiempo que habían pasado sin poder contactar con él. Era un detalle por su parte, aunque entendía que Jeremy necesitara unas horas de descanso del mundo.

No me atreví a mirar de nuevo en Internet o en las redes sociales. No busqué el nombre de Jeremy ni busqué ningún drama. Si hubiera habido alguna actualización urgente, Ambrose habría llamado.

Además, esta burbuja en la que estaba con Jeremy era todo un sueño hecho realidad. No quería ser quién la rompiera.

No tenía que hacerlo. Los mensajes consecutivos de Ryan y Ambrose la reventaron.

Ambrose: *El Sr. Kim ha solicitado una reunión a las 9 de la mañana en la sala de conferencias. Se espera que Jeremy y tú asistáis.*

Corto y no tan dulce pero al grano. No esperaba nada diferente.

Ryan: *He organizado que Sayed os recoja mañana a las 0820. Si Jeremy necesita algo, házmelo saber. ¿Tal vez un nuevo teléfono?*

Jeremy suspiró contra mi pecho.

—¿Es algo importante?

Le froté la espalda.

—Reunión mañana a las nueve de la mañana con Arlo Kim. El coche estará aquí a las ocho y veinte. Si necesitas algo, díselo a Ryan. Tienes que llamar a todos los chicos, te echan de menos. Y Maddox está teniendo problemas de abstinencia. —Resopló y le entregué mi teléfono—. Puedes leer todos los mensajes.

No tenía nada que ocultarle a él. Desde luego, no había aplicaciones de citas ni llamadas para ligar ni nada por el estilo.

Toda mi vida era trabajo. Los únicos correos electrónicos y mensajes que recibía eran de Ambrose, Roscoe, Ryan y Amber, o cualquiera de mi equipo. No había nada en mi teléfono que no quisiera que viera.

Se retorció un poco en la cama y, utilizando mi estómago como almohada, se hizo un selfie.

—¿Qué estás haciendo?

Se rio.

—Madz no ha visto mi nuevo corte de pelo. —Me mostró la foto. No se notaba que estaba acostado sobre mí. La camiseta que llevaba puesta parecía una especie de cojín. Y luego, desplazándose por los contactos, la envió al número de Maddox.

—¿Llamaste a menudo al número de Maddox? —preguntó.

—Está guardado en los contactos, pero creo que nunca lo he llamado. A Roscoe sí. —Me reí—. ¿Celoso?

—Nunca me has llamado antes.

—Y tú nunca me has llamado a mí.

Giró la cabeza, con los ojos entrecerrados, y parecía a punto de decir algo sarcástico, pero mi teléfono sonó con una video llamada. Era Maddox.

Jeremy levantó el teléfono para que sólo apareciera su cara en la pantalla, como en el selfie que se hizo, y contestó.

—Hola, gilipollas.

—¿Qué coño te has hecho en el pelo? —resopló.

—Me lo he afeitado.

—Bueno, ya lo veo. ¿Necesitas hablar de por qué? ¿Estás bien?

—Estoy bien. Mucho mejor esta tarde. ¿Crees que a Ambrose le gustará?

Maddox se rio.

—Creo que cagará un ladrillo cuando te vea.

—Tenía una franja afeitada en el lateral de la cabeza —añadió—. Solo terminé el trabajo.

—¿Cómo está tu cabeza? La cicatriz se ve bien, por lo que puedo ver.

Jeremy acercó el teléfono para que Maddox pudiera verlo mejor antes de volver a alejarse.

—No quedó tan mal.

—Dios, Jer, al menos podrías ponerte una camiseta. ¿Estás acostado en tu cama en ropa interior? Dios, pobre Steve. ¿Qué diría si te encontrara ahora mismo?

Oh, diablos...

Jeremy se rio y me apuntó con la cámara.

—No sé. Pregúntale a él.

Maddox dejó caer su teléfono.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO DIECISÉIS

MADDOX ENTRÓ en el salón de Jeremy, con los ojos tan abiertos como su sonrisa.

—Qué bien que te hayas vestido y hayas salido de la cama. ¿Tienes las persianas bajadas por alguna razón? ¿Manteniendo el calor?

Jeremy puso los ojos en blanco.

—Todavía estaríamos en la cama si no insistieras en asaltar el fuerte.

Levanté la mano a medias.

—Para que conste, yo estaba vestido.

Maddox, todavía sonriendo, me señaló.

—Tú eres el siguiente. Primero, tú —dijo agarrando a Jeremy por el brazo—, te vienes conmigo. Tenemos que hablar.

Arrastró a Jeremy por el pasillo, dejándome a solas con Roscoe, que lucía la misma mezcla de asombro y diversión que Maddox.

—Así que...

Dejo escapar un lento suspiro, intentando no sonreír.

—Así que...

—Las cosas van bien.

Me reí.

—Ni siquiera lo sé, para ser sincero. Es genial, pero probablemente se acabará mañana.

—¿Por qué mañana?

—Bueno, la reunión a las nueve con Ambrose y el Sr. Kim. Porque he tenido algunos encontronazos con Ambrose y Ryan en los últimos días, así que supongo que la reunión podría ser por eso y posiblemente que me quiten de en medio. O cuando Jeremy se dé cuenta de que su locura temporal ha pasado. Lo que ocurra primero.

—No sé de qué va la reunión de mañana. Ambrose dijo que era otra puesta al día, pero ya sabes cómo va eso. —Roscoe me miró fijamente sonriendo—. Y no creo que Jeremy alegue locura. Creo que por fin se ha dado cuenta de algo, ha hecho las paces con ello, o simplemente ha dicho que al diablo. Le gustas, eso está claro.

No me atrevía a creerlo.

No sabía lo que estaba pasando entre Jeremy y yo, pero estaba absolutamente seguro de que yo estaba mucho más involucrado que él.

Dejé escapar un largo suspiro y me pasé la mano por el pelo.

—No sé, Roscoe.

—¿Él ha...? ¿Haz...? —Hizo una mueca—. ¿Hecho algo?

No iba a responder a eso, pero al final, concedí un asentimiento.

—Todavía no está seguro de lo que significa todo esto —dije en voz baja—. Yo tampoco. Él quiere hacer cosas, y ciertamente no es tímido. Pero estoy esperando que diga que estar con un chico no es para él. Que todo este estrés al que ha estado sometido y ser mi rehén en su casa le hizo hacer cosas con las que normalmente no se sentiría cómodo.

—¿Como el Síndrome de Estocolmo?

—Supongo. No sé.

—No. No lo tienes como rehén. Steve te digo que le gustas desde hace tiempo. Sólo que no sabía qué hacer con eso o cómo avanzar. Estar encerrado contigo le ayudó con eso. Maddox dijo que Jeremy te pidió que te quedaras con él cuando se habló de turnos rotativos o algo así.

—Le gusta la rutina y su privacidad. Está acostumbrado a mí y a Riko.

—Pero luego le pidió a Riko que se fuera.

—Sí. Dijo que no podía lidiar con nadie que estuviera cerca hoy.

—Excepto tú.

Suspiré y asentí.

—Sí.

—Steve. Quiere esto.

—Pero él es...

—¿Qué? ¿Una estrella mundial que podría tener a cualquiera en el mundo y por alguna estúpida razón te quiere a ti? —Roscoe se señaló el pecho—. No tienes que contarme eso. Pensé que Maddox había perdido la maldita cabeza cuando mostró interés en mí. Pero verás, lo que es diferente con estos chicos es la confianza. Oh, podrían tener a cualquiera en el mundo, seguro, pero ¿en quién pueden confiar *realmente*? Un pequeño grupo de personas, y eso es todo. Maddox confió en mí durante años primero. Teníamos esa base de confianza absoluta, y eso es una base sólida como una roca. Y te apostaría lo que quieras a que Jeremy es lo mismo contigo. Él *confía* en ti. Y para estos chicos, eso es lo máspreciado que pueden tener.

Tenía mucho sentido cuando lo decía así.

—Supongo.

—Así que si está inseguro de estar con un chico, puede confiar en que no le vas a presionar. Confía en que lo guíes en su camino.

—Yo tampoco sé lo que estoy haciendo. No tengo experiencia en esto. No he tenido ningún tipo de relación desde... hace mucho tiempo.

Mierda.

—Pero tú lo conoces.

Volví a suspirar.

—Me gustaría pensar que sí.

—Así que tal vez tienes que confiar en él, Steve. Confiar en él como él confía en ti.

Mi mirada se dirigió a la suya, y mi boca se secó de repente.

—La confianza no es algo... la confianza es... —Mi garganta se reseco y reagrupé mis pensamientos—. Confío en mi equipo. Confío en que los cinco chicos de la banda me mantengan alerta. Confío en que Ambrose me haga enfadar a veces. Profesionalmente, confío en el procedimiento y el protocolo. Personalmente, la confianza no es algo... es difícil para mí.

—Confía en él. ¿Será perfecto? ¿Será para siempre? Nadie lo sabe. Pero confía en él cuando dice que quiere intentarlo.

Sus palabras me golpearon tan fuerte que se sintió como un golpe físico.

—Bien, ¿ahora dónde está Steve? —dijo Maddox, saliendo del pasillo. Estaba sonriendo—. Es el turno de Steve.

Jeremy iba un paso por detrás de él, con cara de vergüenza y disculpa. También parecía cansado, y ver la cicatriz de su cabeza me recordó que debía tomárselo con calma.

Me levanté, ignorando a Maddox, mi atención se centró sólo en Jeremy.

—¿Estás bien? ¿Dolor de cabeza?

—Hm —respondió.

Lo que significa que sí.

Maddox se volvió hacia él.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Estabas ocupado diseccionando mi vida. No quise interrumpir.

Comprobando la hora en mi teléfono, cogí sus pastillas y serví un poco de zumo y le preparé un bocadillo rápido.

—Tienes que tomar dos. Además, deberías comer algo. —Añadí algunas uvas y fresas—. Toma, por favor, come.

Jeremy me dedicó una pequeña sonrisa y se tomó las pastillas con agradecimiento. Tenía muchas ganas de acariciar su cara, de aliviar esa línea de preocupación en su frente, pero no era apropiado delante de la compañía.

—Jer, lo siento —dijo Maddox en voz baja.

Comió algo de fruta.

—Está bien, lo entiendo. Estás loco de celos porque nunca te miré.

Maddox se rio.

—Vete a la mierda. —Luego se encogió de hombros—. No estoy celoso. Más bien curioso. Quiero decir... ¿Nunca lo consideraste? Tuvimos muchas oportunidades a lo largo de los años. Camas compartidas, baños compartidos, coches compartidos. Y ni una sola vez...

Jeremy miró a Roscoe.

—¿Cómo manejas el ego?

Fue Maddox quien respondió.

—¿Quieres saber lo que me hace?

—No —respondieron Jeremy y Roscoe al mismo tiempo.

Me reí, lo que por supuesto hizo que Maddox me mirara.

—Tú —dijo—. Todavía no he empezado tu inquisición. Primera pregunta, ¿estaba esa camisa salpicada?

Jeremy se rio.

—Déjalo en paz. Lo obligué a llevarla.

—¿Porque le quedaba ajustada?

—Fue un factor que contribuyó.

Maddox se rio.

—Dios, ¿seguro que no eres gay? —Jeremy le lanzó una mirada.

Maddox levantó la mano.

—Lo siento. No es gay ni homosexual. No es bisexual. Es Steve-sexual.

—Vete a la mierda. —Jeremy le lanzó el culo de una fresa.

—Déjalo en paz —dije, repitiendo la frase de Jeremy. Sabía que Maddox estaba bromeando; ellos bromeaban con cosas así todo el tiempo. Pero Jeremy aún no se había hecho a la idea de las etiquetas. No sabía qué se aplicaba y qué no.

¿Pero Steve-sexual?

—Sí, déjame en paz —dijo Jeremy. Entonces, para mi sorpresa, me agarró de la parte delantera de la camisa, me acercó y apoyó su cabeza en mi clavícula.

Le rodeé con un brazo, sin saber cuánto debía abrazarle.

Estaba claro que necesitaba el contacto.

—Di algo inteligente ahora, gilipollas —murmuró Jeremy—. Te reto, joder. —Levantó la cabeza y sonrió a su mejor amigo—. Tengo un Steve. Sabe seis tipos de artes marciales, así que, por favor, sigue adelante y hazlo enfadar.

Maddox respondió con una risa y una palmada en mi hombro.

—Estáis muy guapos juntos. Me encanta verlo. Pero —añadió—, tengo preguntas que no están relacionadas con la camiseta.

Roscoe se adentró en la cocina y tomó el brazo de Maddox.

—Nos vamos.

—Pero...

—Pero puede esperar. Has visto todo lo que necesitabas ver.

Sonreí a Roscoe y él sonrió mientras casi arrastraba a Maddox fuera de la casa. Jeremy se quedó dónde estaba. Si acaso, me abrazó un poco más fuerte.

Le besé el lado de la cabeza.

—¿Estás bien?

—Cansado.

—¿Dijo algo que te molestara?

Resopló.

—No. Sólo un centenar de preguntas que realmente no podía responder.

Le froté la espalda antes de apartarme y levantarle la barbilla.

—No necesitas tener todas las respuestas, Jer. Sólo sé tú.

—Ya no sé qué es eso —susurró. Sus ojos buscaron los míos—. No sé lo que quiero. No sé dónde quiero estar. Y no sólo conmigo y con *esto*.

Porque eso ya es bastante confuso. Pero todo lo demás... Ya no sé qué es Atrous o qué somos como banda. No lo sé. Estoy tan cansado.

Mierda.

Acaricié su cara y apreté mis labios contra los suyos.

—Necesitas un descanso. Tiempo para descansar y pensar.

—¿Sabes lo que realmente quiero? —preguntó con voz suave.

—¿Qué?

—Una vida real. Una vida normal. No sé cómo es eso. Soy un adulto que no sabe cocinar, que rara vez conduce. Tengo dos coches, pero nunca los conduzco. No tengo nada en mi vida que sea normal. Tengo a los chicos, que viven una vida loca como yo. Es todo lo que conocemos. Sólo quiero cosas sencillas. Quiero hacer algo normal.

—¿Cómo qué? Vamos a hacerlo.

Sonrió con tristeza.

—Hay paparazzi en las puertas, o eso dijo Maddox. Al parecer, la historia del hospital ha ganado cierta credibilidad. Hay fotos de Maddox y Roscoe saliendo del hospital. Creo que Ambrose va a hacer algún comunicado de prensa. No tengo ni puta idea. Ya no me importa. —Suspiró —. Estoy tan cansado.

Le besé la frente y volví a abrazarlo. Odiaba que cada uno de los aspectos de su vida fuera tan escudriñado.

—¿Quieres volver a tumbarte en el sofá? Esta vez, ¿dormir una siesta de verdad?

—Hm.

Tomando su mano, lo guie hasta el sofá y apoyé algunos cojines. Acabamos conmigo de espaldas y él de lado entre mis piernas, su cabeza sobre mi pecho, mis brazos rodeándole.

Así era mejor para su cicatriz y podía besar la parte superior de su cabeza mientras dormía.

Me acerqué a la mesa de café, acerqué el portátil y vi las pantallas de las cámaras de seguridad. Sí, todavía había paparazzi en las puertas de la urbanización, algunos coches aparcados a los lados de la carretera. Era una estupidez porque no entraban por la primera puerta, y mucho menos por la puerta principal de Jeremy, y lo único que conseguían era cabrear a los vecinos.

Y sí, no tardó unos minutos en llegar un coche de policía y dispersar a la multitud.

Pero volverían, sin duda. Siempre regresaban.

Mientras Jeremy dormía, yo enviaba mensajes a mi equipo, revisaba los correos electrónicos y respondía a la pregunta de Ryan sobre si Jeremy necesitaba algo antes de mañana por la mañana. Le pedí su Americano con hielo, sabiendo que lo apreciaría mañana cuando llegáramos a la oficina. Incluso le dije por favor y gracias.

Luego, como Jeremy seguía durmiendo, subí las imágenes de cuando se metió en la piscina y se rompió la cabeza.

Tenía una idea aproximada de la hora en que ocurrió, porque fue la hora en que mi reloj se detuvo.

5:13 pm.

Las imágenes eran en blanco y negro, pero eran muy claras. Supongo que el elevado precio de las nuevas cámaras HD de última generación había merecido la pena.

Por suerte, no había cámaras en la sala de estar. Nunca habría imágenes de lo que habíamos hecho antes en el sofá, pero también había imágenes de nuestra pelea antes de que Jeremy se golpeará la cabeza.

Pero la cámara exterior captó el momento en que Jeremy salió tambaleándose por las puertas del patio, con la bebida en la mano. Estaba claramente enfadado, su expresión ocultaba muy poco. Maddox lo siguió, con la mano extendida, y dijo algo. Jeremy giró cerca de la piscina, tropezó y se fue hacia atrás. No conseguía mantenerse en pie, con los brazos

extendidos. Intentó girar, se metió en la piscina y se golpeó la cabeza con el borde al caer.

Me hizo sentir mal el verlo.

Maddox corrió y se lanzó tras él. Aparecí en la pantalla un segundo después y me lancé de cabeza a la piscina. Maddox y yo lo sacamos a flote, Roscoe lo sacó del agua y yo salí directamente tras él.

Lo recordaba, por supuesto. Pero ver cómo sucedía era otra cosa.

Nos amontonamos a su alrededor, lo pusimos de lado y vomitó. La resolución era tan clara que incluso pude ver la sangre que salía de su cabeza. Me quité la camiseta y la apreté contra la herida para detener la hemorragia. Riko no tardó en llegar, con su teléfono al oído.

—Fue peor de lo que creía —murmuró Jeremy. Mierda.

Le di a Pausa.

—Lo siento. No lo había visto y yo... Pensé que estabas dormido. Lo siento. Debería haberte preguntado antes.

—No, está bien. Probablemente sea bueno para mí verlo, para ser honesto. Me perdí la primera parte.

—¿Quieres que lo rebobine?

—Hm.

Así que lo rebobiné hasta justo antes de la pelea.

—Esta es la parte en la que discutimos en esta misma habitación. Saliste, y es cuando apareces fuera.

Volvimos a ver cómo se desarrollaba y me dio la oportunidad de mirar el fondo, el entorno, para ver si se me había escapado algo. Todo se veía como debía.

—¿Puedes parar? —Hice lo que me pidió, y se quedó callado durante unos largos segundos—. Tú y Maddox me habéis salvado la vida.

—Maddox llegó a ti primero.

—Pero tú reaccionaste muy rápido. No dudaste. Sólo te lanzaste directamente. Y presionaste la herida de mi cabeza con la camiseta.

—Maddox y Roscoe vieron mis cicatrices.

—Lo sé. Maddox me lo dijo.

Joder.

—Riko me dio su camiseta.

Se revolvió para quedar frente a mí y apoyó la cabeza en su mano.

—Te debo un reloj nuevo.

—No, no es así.

—Deberíamos ir a comprar uno. —Frunció el ceño—. ¿Qué hora es?
No tengo ni idea. Ni siquiera sé qué día es.

—No me debes nada. El reloj ni siquiera era tan caro. —Bueno, era caro para mí, pero seguramente no para Jeremy.

—No es el dinero. Fue mi culpa.

—No fue así. Te tropezaste y te caíste. Bastante espectacular, debo añadir.

—Cállate. —Puso su cabeza en mi pecho—. Estaba borracho. No es excusa, pero no suelo beber mucho. El alcohol no es bueno para mí.

Le froté la espalda.

—No me debes nada, Jer —repetí—. Me alegro de que estés bien.

Volvió a quedarse callado, mirando la pantalla.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué?

Señaló la pantalla.

—Eso. ¿Es eso un pájaro?

En la esquina derecha de la pantalla, por encima de los árboles, había un pequeño punto plano. No, no un punto. Un rectángulo...

Qué demonios. Un dron.

—Joder. —Intenté incorporarme—. Levántate.

Nos desenredamos y me senté, acercando el portátil. Reduje la velocidad de cada fotograma, hice zoom y, efectivamente, un maldito dron sobrevolaba la casa de Jeremy.

Saqué mi teléfono, busqué el número que buscaba y pulsé Llamar. Por supuesto, fue directamente a Mensaje.

—Gerald Dubrowski, soy Steve Frost. Hiciste la instalación de una nueva cámara para Jeremy Dalton. Necesito que me llames lo antes posible.

¿Cómo se me pudo pasar eso en las imágenes?

Porque estás demasiado concentrado en mirar a Jeremy, por eso.

Maldita sea.

El siguiente número que marqué fue el de Ambrose.

Contestó al segundo timbre.

—Steve.

—Puede que hayamos tenido fallo de seguridad en la casa de Jeremy —dije.

—¿Qué tipo de fallo de la seguridad?

—Un dron.

Se quedó callado durante un segundo.

—Maldita sea.

—Neil, fue cuando Jeremy se golpeó la cabeza y se cayó en la piscina. Estábamos viendo las imágenes y Jeremy vio algo en la pantalla. Es posible que esa grabación esté ahí fuera.

—Jesús.

—Estoy esperando a que me llame la empresa de seguridad —dije—. Se supone que estas nuevas cámaras detectan ese tipo de cosas. Me dijo que puede reconocer los números de registro de los drones o algo así. Le transmitiré a Zielinski todo lo que consiga.

—Buena idea.

—Podría no ser nada —añadí, dando un apretón a la pierna de Jeremy—. Pero no voy a correr ningún riesgo.

—¿Cómo está Jeremy?

Me encontré con la mirada de Jeremy, sabiendo que podía escuchar a Ambrose, y le di una pequeña sonrisa.

—Está bien. Sigue cansado, y está harto de lidiar con este tipo de mierda. Y te voy a ser sincero, Neil, dependerá de lo que averigüemos sobre ese dron antes de decidir si nos uniremos mañana a las nueve.

¿Discutiría sobre eso? Probablemente quería hacerlo, pero al final, lo único que concedió fue un suspiro.

—De acuerdo. Mantenme informado.

Terminé la llamada y Jeremy se pasó la mano por la cabeza afeitada.

—A la mierda con esto. ¿Por qué yo? ¿Qué demonios le he hecho yo a alguien?

—No has hecho nada. Ni siquiera sabemos si eso es un dron o si está relacionado con tu caso.

—Tú crees que sí.

—No voy a correr ningún riesgo. No cuando se trata de ti.

Se dejó caer en el sofá y soltó un suspiro de frustración.

—¿Cómo es que la gente puede volar drones sobre mi casa, espíandome, pero yo no puedo derribarlos? ¿Dónde queda ahí la justicia?

—No se puede disparar a nada en el espacio aéreo californiano.

—Eso es una mierda. ¿Y mis derechos?

—No se puede disparar a un dron. Pero tampoco se pueden sobrevolar las casas de la gente intentando espiarla. Eso va en contra de la ley. Si podemos encontrar el número de serie del dron y entregar las imágenes y los detalles a la policía, pueden presentar cargos muy serios.

—Si pueden encontrar a la persona —respondió—. O tal vez se ha salido de la red y ni siquiera el FBI puede encontrarla.

—La encontrarán. —Le di un apretón de manos—. Lo siento si estoy exagerando o asustándote. No es mi intención. Sólo necesito ser minucioso.

Me miró fijamente durante un largo momento.

—Porque no vas a correr ningún riesgo. No cuando se trata de mí.

No se había perdido lo que había dicho hace un momento.

—De ninguna manera. No dejaré que te pase nada.

Jeremy casi sonrió.

—No puedo decidir si eso es dulce, caliente o un poco espeluznante.

Me reí, incrédulo.

—¿Desde cuándo recibir una bala por alguien es espeluznante?

—¿Una bala? Jesús. —Ahora sí que me miró fijamente—. Steve, ¿recibirías una bala por mí?

Lo miré directamente a los ojos.

—Sí. Si fuera de vida o muerte, sí lo haría.

—Has respondido tan fácilmente.

—Si dudo, podrías morir.

—Cristo. —Su mirada se fijó en la mía—. ¿Matarías a alguien para protegerme?

—Si fuera de vida o muerte. Si alguien tratara de hacerte daño y fuera él o tú, lo derribaría. Por supuesto que lo haría. ¿Pero mataría a alguien sólo porque me lo pidieras, sin una causa justificada? No. Claro que no.

—¿Ni siquiera si te lo pido muy amablemente? —bromeó—. ¿Aleteando mis pestañas y usando mis mejores modales?

Le di un empujón por ser un idiota.

—No.

—¿Ni siquiera cuando Maddox no quiere compartir sus M&M's conmigo?

Resoplé.

—No voy a matar a Maddox por no compartir sus dulces contigo.

Su sonrisa se desvaneció lentamente.

—Quiero ir a la reunión de mañana. Necesito hacer mi trabajo. Necesito salir de casa. —Estudió mi cara, mis ojos, mis labios—. ¿Puedes dejar que se ocupen de ello? ¿Por favor? Sé que quieres salvarme y protegerme, y eso es genial. Te lo agradezco, de verdad. Si alguien irrumpe por la ventana, puedes ponerte en plan Jet Li. Pero ya no puedo lidiar con esta mierda. Sólo

quiero apagar todo y fingir que el mundo exterior no existe. ¿Puedes hacer eso?

¿Me estaba pidiendo que dejara de ser su equipo de seguridad y que sólo estuviera con él?

Como un tira y afloja entre mi cabeza y mi corazón, entre lo que debía hacer y lo que quería hacer.

Nunca fue un concurso. No con Jeremy. Mi corazón siempre ganaba.

—Sí, por supuesto —dije en voz baja, tratando de ignorar el enjambre de mariposas en mi vientre—. Cualquier cosa que pidas.

Sonrió, las esquinas de sus ojos se arrugaron.

—¿Cualquier cosa?

—¿Me estás tomando el pelo? Claro que sí, cualquier cosa.

Ahora se rio mientras se ponía de pie.

—Bien. —Me tendió la mano—. Ven conmigo.

CAPÍTULO DIECISIETE

—ESTO NO ES lo que tenía en mente —dije.

Jeremy se rio.

—Sé lo que tenías en mente. Pero quiero que me muestres cómo lo haces.

Puse la tabla de cortar en la encimera de la cocina y le entregué la cebolla.

—Dados.

Teníamos todos los ingredientes para los espaguetis de su madre alineados. La había llamado y anotado la receta mientras yo le enviaba todo por correo electrónico a Zielinski: las imágenes, los datos de contacto de la empresa de seguridad, el número de móvil personal de Gerard Dubrowski, con peticiones para que el FBI hiciera un seguimiento del número de serie del dron.

Si Jeremy quería bloquearlo todo y dejar que ellos se ocuparan de todos los detalles, entonces yo estaba feliz de entregarlo. No es que fuera mi trabajo. Ya lo sabía. Pero yo tenía las imágenes. Era mi trabajo entregarlas y dejar que las autoridades se ocuparan de ello.

Mi trabajo era mantener a Jeremy a salvo. Y eso significaba también en la cocina...

—Así no —dije—. Sujeta la cebolla así. —Me puse detrás de él, sujetando su mano sobre la cebolla, con la otra agarrando el cuchillo—. Así no puedes cortarte los dedos.

Bromeó.

—Sólo querías una excusa para acercarte.

—Cierto. —Le besé el cuello y rocé con mis dientes su piel—. Pero tú quieres cocinar, así que...

Dejó el cuchillo en la encimera.

—Joder.

Estaba a punto de dar un paso atrás pero me agarró la mano y me atrajo contra él y presionó mi polla contra su culo.

Me sujetó allí. No me atreví a moverme, pero usé mi mano libre para agarrar su cadera. Para mantenerlo quieto.

¿Se estaba probando a sí mismo? ¿Para ver si le gustaba? ¿Lo quería?

¿Me estaba poniendo a prueba?

—No has terminado de cortar la...

Se dio la vuelta y me acercó por la cintura de mis vaqueros, y sí, estaba empalmado.

—¿Qué tan hambriento estás? —pregunté, con voz áspera.

Sus ojos casi me hacen arder.

—Muerto de hambre. —No hablaba de comida.

—¿Tu cabeza? ¿Te duele?

—Los orgasmos me hacen sentir mejor.

Me reí.

—Bien. —Lo besé, y cuando me retiré, él persiguió mi boca. Levanté su barbilla y lamí su manzana de Adán—. El primer plato es el primero.

Gimió. Sus rodillas golpearon contra las mías.

—Dios, Steve. ¿Qué de...?

Sonreí mientras le besaba la mandíbula con nacimiento de barba y palmeaba su polla entre nosotros.

—Dormitorio.

Asintió, y fue muy emocionante saber que podía excitarlo así.

Lo cogí de la mano y lo conduje fuera de la cocina, subí las escaleras hasta su habitación y empujé las puertas para abrirlas. Las persianas seguían bajadas y la cama estaba desordenada. Le habría empujado a ella si no tuviera una herida en la cabeza.

Tuve que ser más gentil...

Así que le di la vuelta, con la parte trasera de sus piernas golpeando la cama, y le obligué a retroceder. Lo hizo de buena gana, sonriendo, lamiéndose los labios, viendo cómo me arrastraba por su cuerpo.

Apreté mis labios contra los suyos, introduciendo mi lengua en su boca y frotando su erección. Quería hacérselo todo a él, con él, pero tenía que ir con cuidado, tomármelo con calma...

Deslicé mi mano bajo su cintura y lo rodeé con mi mano. Se estremeció, gimiendo en mi boca. Pero entonces tanteó el botón de mis vaqueros y la bragueta.

No sabía quién estaba más aturdido, si él o yo. Pareció darse cuenta y se detuvo un poco. Se tomó un segundo para recuperar el aliento, buscando mis ojos antes de continuar. Me desabrochó la bragueta y me tocó a través de los calzoncillos.

Él quería esto. Quería algo...

Saqué su mano de mis vaqueros y la sujeté por encima de su cabeza. Eso le gustó. Todo su cuerpo reaccionó, buscando la fricción, buscando más.

Lo acaricié un par de veces, besándolo profundamente. Luego liberé mi polla. Alineando nuestras erecciones, las introduje ambas en mi puño.

Jeremy jadeó y cerró los ojos, con la cabeza echada hacia atrás. Podría haberle chupado el cuello, haberlo besado, haberle mordido la oreja, pero, que Dios me ayudara, no podía apartar los ojos de su cara.

Estábamos resbaladizos con el líquido preseminal. Mío, suyo, no estaba seguro. Hizo el deslizamiento más fácil, más húmedo, más caliente.

Y cuando se corrió, su hinchazón, el pulso, los gemidos que hizo, me llevaron al límite con él.

Me imaginé enterrado dentro de él. Me imaginé que me tomaba en su interior, que tomaba lo que yo le daba, cada centímetro, cada gota.

Me corrí muy intensamente.

Mis sentidos volvieron a la carga con suaves arañazos en mi espalda y una cálida risa en mi oído.

—¿Estás ahí? Tierra a Steve.

—Maldita sea —intenté decir. Apenas fue un murmullo.

Se rio debajo de mí y nos puso de lado. Sin embargo, me mantuvo cerca, picoteando suaves besos a lo largo de mi mejilla, mi nariz y mis labios.

—Nunca había hecho algo así —dijo—. Y he hecho muchas cosas.

Me reí, tratando de abrir los ojos.

—Porque nunca lo has hecho con un chico.

Sonrió.

—Maddox siempre decía que era más caliente con un chico. Nunca lo creí. Y hagas lo que hagas, no le digas que tenía razón. Nunca escucharé el final de eso.

Eso me hizo reír.

—Hoy ya estaba intentando darme consejos sexuales —añadió Jeremy—. Todo tipo de consejos, en realidad. Un poco horripilante. No voy a mentir. —Siguió dibujando círculos en mi espalda—. ¿Qué te dijo Roscoe? Cuando sólo estabais vosotros dos. ¿Habló de nosotros?

—Sí. En realidad es bastante conocedor cuando se trata de tontear en secreto con una persona mundialmente famosa. Impartió alguna sabiduría bastante buena.

Resopló.

—A diferencia de las perlas de sabiduría de Maddox, que te ahorraré.

Volví a reírme y besé el cuello de Jeremy, su mandíbula. Al menos había recuperado el pleno uso de mis facultades. Ese orgasmo había barrido completamente toda mi energía.

Hablando de limpieza...

—Debería limpiarte —dije tratando de sacar mi pierna de entre las tuyas.

—O podríamos hacer esto —dijo medio sentándose y quitándose la camiseta. Luego tiró de mi camiseta—. Y la tuya.

No me gustaba estar sin camiseta, no cerca de nadie. Pero las palabras de Roscoe volvieron a mí. *Confía en él como él confía en ti.*

Así que me la quité por el dobladillo y la tiré al suelo. Volvimos a caer en los brazos del otro, con la cabeza de Jeremy sobre mi pecho y mi hombro. Yo le frotaba la espalda y él hacía suaves movimientos en mi costado.

Sus dedos rozaron mis cicatrices, pero nunca se entretuvieron. Nunca las convirtió en un punto de atención.

Le di un apretón.

—¿Te sientes bien?

—Hm, sí. Un poco mareado. Tres veces en un día hará eso. ¿Y tú?

Mucho mejor que bien.

—Sí.

—Todavía quiero cocinar la cena contigo.

—Claro —dije y luego traté de levantarme.

Me abrazó.

—Todavía no.

Me acomodé de nuevo, sonriendo mientras besaba el lado de su cabeza. Él suspiró y nos quedamos así un rato, en paz y en silencio. Parecía tan contento de estar allí tumbado y, aunque no quería arruinar el ambiente, teníamos que empezar a hablar de lo que fuera esto.

—¿En qué estás pensando?

Suspiró.

—Todo y nada. Estoy en ese espacio intermedio. —Le froté la espalda y le di otro apretón.

Volvió a quedarse en silencio durante unos minutos, con sus dedos rozando mi costado distraídamente.

—¿Puedo ser completamente honesto contigo?

Oh, Dios.

—Sí, por supuesto.

Se apartó para que pudiera verle la cara.

—Todavía no sé qué es esto —dijo, sus ojos honestos y escrutadores—. Pero es lo más real que he sentido en mucho tiempo.

Oh.

Mi corazón latía tan fuerte contra mis costillas que no podía hablar.

—A menudo pienso en lo que pasó Maddox —continuó—. Esa separación de la realidad, la lucha. Lo entiendo. Lo entiendo perfectamente. Esta vida no parece real. Podemos estar delante de cien mil fans gritando en un concierto, y luego volver a las habitaciones de hotel cerradas o a nuestras casas vacías. Es tan jodidamente solitario. Hace que todo se sienta tan distante, y es fácil perder quién eres. —Suspiró—. Durante años perseguí ese zumbido, ¿sabes? La fama y el sexo. Y luego lo perseguí sólo para sentir algo. Al final, sólo me hizo sentir... vacío. No sé. Usado.

—Me di cuenta de que dejaste de ir a los clubes con Luke y Blake hace mucho tiempo. No sólo en la última gira, sino antes.

—¿Te diste cuenta?

Sonreí.

—Por supuesto que me di cuenta.

—Dios, ¿odiabas cuando tenías que llevarnos a los clubes nocturnos para ligar con alguien?

—No era lo que más me gustaba, pero lo entendía.

—Lo siento.

Atrapé su cara.

—No te disculpes.

Parpadeó lentamente, con sus largas pestañas enmarcando sus ojos.

—Ninguna de ellas era real. Ninguna de ellas significaba nada. Me usaron como yo las usé a ellas. —Hizo una mueca—. Suena terrible, pero es la verdad. Hasta que no pude hacerlo más. Necesitaba algo más. Algo real.

Le acaricié la mejilla, demasiado asustado para hablar.

—Algo como tú —susurró.

Tragué con fuerza.

—No sé qué es esto —volvió a decir. Negó con la cabeza y sollozó un poco—. Y perdóname por decir esto, pero no quiero ser gay. No lo soy. No me atraen sexualmente los hombres...

—Oye —dije acariciando suavemente su cara de nuevo—. No tienes que llevar ninguna etiqueta que no quieras.

Su barbilla se tambaleó.

—Sé que suena muy mal. Pero estoy tratando de entenderlo. Puedo admitir cuando un chico está caliente. Quiero decir, ¿quién no puede? Pero nunca he querido... —Se encogió—. Bueno, hubo un chico en Helsinki al que miré dos veces. Pero pensé que era porque había estado demasiado tiempo en la carretera.

No pude evitarlo. Sonreí.

—Jeremy, no necesitas explicar nada. Puedes simplemente explorar esto y ver dónde aterrizas...

—Me siento atraído por ti —soltó—. No tengo ni idea de por qué... No es que no seas atractivo, porque lo eres. Eso no es lo que quería decir. Sólo quería decir que te veo y quiero hacer cosas que nunca he hecho, y eso me asusta porque eres un hombre. ¿Y supongo que eso me hace bi? ¿Quizás? No lo sé.

Lo que Maddox había dicho ahora tenía sentido.

—Steve-sexual.

—Exactamente —gimió—. Lo siento.

Me reí y lo besé.

—No te disculpes. Te estás abriendo camino con muchas cosas. Además, con todo lo que está pasando, no es de extrañar que estés confundido.

Negó con la cabeza.

—No estoy confundido contigo. Eres lo más real de mi vida. Y entiendes las locuras y los horarios, y no me tratas de forma diferente. Nunca lo has hecho. No quieres nada de mí.

—Sólo la honestidad. Eso es todo. Incluso si no es lo que quiero oír.

—Maddox solía decir eso de Roscoe, y nunca lo entendí. Ahora lo entiendo. —Su rostro se suavizó y frunció el ceño—. No tengo experiencia en relaciones ni nada parecido. No sé lo que se espera. Ni siquiera sé lo que yo espero. Pero este es el mayor tiempo que he pasado con alguien, en ese sentido. No sé lo que estoy haciendo.

—Yo tampoco lo sé —admití—. Nunca he tenido ningún tipo de relación. No desde...

—Desde que lo perdiste todo.

Sonreí con tristeza.

—Sí. He, eh... —Me puse de espaldas para no tener que mirarle a la cara al decir esto. Quería ser honesto, pero todavía era difícil de decir. Tanteé su brazo hasta que encontré su mano, y enhebré nuestros dedos—. El único amor que he conocido ha sido condicional. Había límites, fronteras, y eso no es lo que debería ser el amor. Me sacaron del armario y mis padres me repudiaron, mis amigos me dieron la espalda, el deporte al que di mi vida me dio la espalda. Nunca más me he permitido ser vulnerable de esa manera. No es fácil, ni siquiera ahora. —Lo miré entonces—. Tú eres

diferente. Tú lo vales. No importa lo que dure. Sin límites, sólo siendo lo que somos. Sin presiones. Seamos lo que seamos, no me arrepentiré.

Me soltó la mano y se cubrió los ojos.

—Dios. Ni siquiera he pensado en que alguien lo descubra. Quiero decir, Maddox lo sabe. Pero él es diferente. ¿Los medios de comunicación? Los malditos paparazzi.

—Nunca tienen que saberlo.

—Mi madre.

¿Y qué podría decir a eso?

Nada. Ni una maldita cosa. Me volví hacia el techo, con una sensación de hundimiento en el estómago.

¿Qué acabas de decir Steve? ¿Hace diez segundos? ¿Sin arrepentimientos?

Sí, bueno... el arrepentimiento se alojó justo debajo de mis costillas, como una púa.

—Oye —dijo Jeremy. Tiró de mi mano—. ¿Qué acabas de decir? ¿Hace como medio minuto? ¿Y ya te estás desconectando de mí porque he mencionado a mi madre?

Negué con la cabeza.

—No. Quiero decir, más o menos. Seré lo que necesites que sea. Esa es la verdad. Pero si crees que tu madre te va a repudiar, yo no puedo ser la razón...

—Aguanta, joder —dijo con una carcajada. Se acercó un poco más y, cogiéndome de la barbilla, me hizo mirarle—. Mi madre no me va a repudiar. Le gustas, de todos modos. Así que relájate. Sólo estoy tratando de entender que tengo que decírselo a la gente. No es que haya tenido que decirle nada a nadie antes, ni siquiera que estoy saliendo con una mujer. Mi madre se escandalizará más de que haya visto a la misma persona *más* de una vez que de que sea un chico. Probablemente pensará que es la mejor

noticia que ha oído nunca, y querrá venir a cenar para que veamos juntos teatro gay.

Resoplé.

—Ah.

—Me abandonaste muy rápido.

—No. Es que... cuando mencionaste lo de contarle a tu madre, mi mente se fue directamente a un lugar malo. Eso es culpa mía. Lo siento. —Dejé escapar una respiración temblorosa—. Y, si soy completamente honesto, cuando dije que estaría en esto mientras durara, esperaba que fuera más largo que esta conversación.

Jeremy se rio.

—Yo también lo espero. Porque acabo de decirte que eres lo único bueno en mi vida, y diez minutos después estabas mentalmente en la puerta.

Volví a negar con la cabeza.

—No te estoy abandonando. Tú también eres lo único bueno en mi vida. Si vamos a admitir un sentimiento de este calibre. En voz alta. Por primera vez en mi vida.

Sonriendo, se subió sobre mí, me besó profundamente y luego se bajó de la cama.

—Vamos, ahora tengo hambre de verdad. Y no más travesuras en la cocina hasta que comamos.

Ni siquiera me dio tiempo a coger una camiseta. Así que hicimos espaguetis en su cocina sin camisetas, y ni una sola vez miró mis cicatrices.

Ni una sola vez.

Intentó retorcerme el pezón cuando le dije que debería haber añadido sal a la olla de agua. Pero comimos en cuencos mientras estábamos en la cocina, riendo y bebiendo, y fue posiblemente la mejor cena de mi vida.

Los espaguetis también estaban muy buenos.

Jeremy puso su cuenco en la encimera.

—Estoy muy lleno. ¿Dónde está tu teléfono? Tengo que decirle a mamá que mi plato fue mejor que el suyo.

Me reí.

—Estoy seguro de que le encantaría escuchar eso.

—Saldrá de tu teléfono para que ella piense que lo has dicho tú.

Le di un empujón con el codo.

—Claro que no. Por eso, te toca limpiar.

Se agarró la frente.

—Ay, me acaba de empezar a doler mucho la cabeza. Debería ir a acostarme.

—Probablemente ayudaría si no estuvieras sonriendo cuando lo dices.

Dejó de fingir.

—Sabes, fue un poco sexi cuando me hiciste limpiar por primera vez, pero ya no es tan divertido.

—Tardaremos dos minutos —dije, comenzando a cargar cosas en el lavavajillas.

Él, aparentemente, estaba ocupado revisándose.

—¿Cómo te mantienes tan en forma? Incluso después de meses de viajar en la gira. Quiero decir, estás un poco fornido. Para un viejo de treinta y cinco años.

—Voy a fingir que no has dicho eso. —Le di un codazo juguetón—. Las habitaciones de hotel son buenas para hacer abdominales, flexiones y burpees. La mayoría de los hoteles tienen un gimnasio o una piscina, y yo paso mucho tiempo solo en mi habitación de hotel.

Me levantó el brazo.

—Maldita sea. Incluso tienes unos oblicuos definidos. ¿Sabes lo difícil que es mantenerlos?

Me reí, viendo a través de su estratagema.

—Todavía tienes que ayudar a limpiar.

Puso los ojos en blanco y terminó de recoger.

—Estaba hablando en serio sobre tu físico. Puedo reconocer cuando un hombre tiene un cuerpo atractivo, cuando se ejercita. Paso mucho tiempo bailando y haciendo cardio y esas cosas. Sé la dedicación que requiere un cuerpo así.

Ahora estaba mirando mis abdominales, mi pecho, mis hombros y mis bíceps. Y estaba mirando. No a mis cicatrices, no. A mi cuerpo. Un cuerpo masculino, y lo estaba apreciando de una forma que dudaba que hubiera hecho antes.

—Puedes reconocer mi cuerpo cuando quieras —dije en voz baja—. También puedes tocarlo. Donde quieras.

Sus ojos se dirigieron a los míos y puso la palma de su mano sobre mis abdominales y acarició hasta mi pecho.

—Me gusta cómo se siente. Es duro, no es blando. —Pasó su mano por mi garganta hasta mi mandíbula—. Y esto... la barba creciendo, la mandíbula dura. Maldita sea. Eso no debería excitarme, pero lo hace.

—Probablemente no deberías decirme esas cosas —le advertí. Me metí su dedo en la boca. Sus pupilas se dilataron al ver su dedo deslizarse entre mis labios, lamiéndolo mientras lo sacaba—. O volveremos a tu cama.

—Uf, Dios, ¿cuánto sexo entre chicos es normal? —Juntó nuestras caderas—. Porque hace unos días, ni siquiera estaba seguro de si sería capaz de besarte y ahora... ahora ya me he corrido tres veces hoy, y eso con una lesión en la cabeza. Probablemente no sea una buena idea. Pero probablemente podría correrme de nuevo. Unas cuantas veces más. Eso no es normal, ¿verdad?

Le sujeté la cadera.

—No hay nada normal. Sólo lo que se siente bien. Pero probablemente tengas razón. Tres veces con una lesión en la cabeza no es una buena idea. Cuando lo pones así...

—No quise decir eso. Quiero decir, seguro, suena mal, pero estoy a favor de hacer otra ronda. Sinceramente, no he estado tan cachondo desde

que tenía dieciocho años. —Sus ojos se abrieron de par en par y se tocó suavemente la cicatriz—. Tal vez sea el golpe en la cabeza. Tal vez me despierte mañana contigo en mi cama y me diga: “Bueno, esto es raro”.

Sabía que estaba bromeando. Su estúpida y preciosa sonrisa lo delataba.

—¿Qué te hace pensar que voy a dormir en tu cama?

—Porque... —Hizo un mohín—. ¿Porque me gusta? ¿Por favor?

—Y si te levantas asustado y horrorizado de que estoy en tu cama, ¿entonces qué?

—¿Quieres decir que si mañana me despierto y ya no soy un Steve-sexual?

Me reí.

—Sí. ¿Entonces qué?

Cogió mi mano y se frotó la polla con ella. Estaba semidura.

—Estoy bastante seguro de que eso no va a pasar. Esto ha sido un problema cada vez que estoy cerca de ti desde hace semanas, no sólo desde que me golpeé la cabeza.

—Realmente debería ocuparme de eso por ti —murmuré.

Empujó contra mi mano, buscando la fricción.

—¿Puedes hacer lo que hiciste la última vez? Con las dos... Quiero ver esta vez.

Frotar. Le gustó.

—Entonces deberías desnudarte y meterte en la cama —dije, frotando su polla y dándole un tirón a través de los pantalones. Sus pupilas se dilataron. Se lamió los labios y asintió.

No habíamos estado desnudos en la cama juntos. En la ducha, sí. Pero siempre habíamos tenido la seguridad de algún tipo de ropa en la cama. Eso estaba a punto de cambiar.

Se estaba volviendo más audaz, más cómodo. Ciertamente no tenía miedo de ver una polla que no fuera suya. Teniendo en cuenta que era su primera experiencia masculina, estaba definitivamente bien con ello.

Cuando lo tuve en la cama, los dos desnudos, se echó hacia atrás, apoyándose en los codos para poder verlo todo. Observó cómo nuestras pollas se deslizaban juntas, las cabezas presionándose y rozándose bajo mi puño, deslizándose, resbalando.

Tan jodidamente caliente.

—Mierda —respiró impulsando sus caderas hacia arriba, encontrándose con mi puño.

Rodeó con su mano la mía y me dejé llevar por él.

Jadeó y su erección se endureció, su cuerpo se tensó.

Intenté evitar mi orgasmo, pero fue demasiado fuerte y rápido. Me follé su puño y me corrí sobre su mano y su vientre. El placer estalló desde mis huesos, en lo más profundo de mí ser, filtrándose y cegándome.

Se corrió unos segundos después, todo su cuerpo se sacudió, un gemido áspero escapó de su garganta.

Cuando dejé que mi peso cayera sobre él, dejó que sus piernas se abrieran, incluso enganchando una pierna sobre la mía. Me abrazó con fuerza hasta que su agarre se aflojó y supe que estaba dormido.

Ya sea por el esfuerzo, por la cantidad de veces que se había corrido hoy o por los carbohidratos que había comido, estaba totalmente agotado. Encontré la camiseta que se había puesto por la mañana y nos limpié por encima, y casi se despertó, pero rápidamente volvió a estrecharme entre sus brazos.

Lo dejé dormir, besando su sien de vez en cuando, frotando círculos en su espalda. Sus suaves ronquidos me hicieron sonreír. Sus labios se separaban de la forma más dulce, parecía tan tranquilo.

La habitación estaba a oscuras con las persianas bajadas, ocultando el atardecer, ocultando el mundo exterior. Pero allí, en su cama, en sus brazos, mi corazón no se escondía en absoluto.

Todos los muros que había levantado estaban en ruinas. Todas las protecciones habían caído.

Por primera vez en mi vida, me había permitido enamorarme.

Hacía años que sabía que Jeremy tenía un control emocional sobre mí. Pero lo había mantenido oculto, un límite profesional y personal.

Pero ya no.

Estaba enamorado de Jeremy Dalton.

Como si el golpe de mi corazón lo atrajera más, se acurrucó, con la cabeza sobre mi pecho. Lo envolví tan fuerte como pude, sin querer dejarlo ir.

Sin querer dejar pasar este momento. Este momento perfecto.

Este hombre perfecto.

Entonces, mi teléfono sonó en el bolsillo de mis vaqueros en el suelo. A la realidad no le importan las realizaciones que cambian la vida ni los sentimientos de enamorarse por primera vez.

La realidad nunca esperaría.

ME DESPERTÉ SOLO, un sonido extraño me sacó del sueño. No me había acostado solo. Jeremy seguía profundamente dormido cuando finalmente me tumbé a su lado.

Ahora su lado de la cama estaba vacío. Y el ruido...

El sonido...

Profundo, rotundo, conmovedor.

Su piano.

Y su voz. Oh, Dios mío.

Comprobé mi teléfono. Eran las 3:42 de la madrugada.

Bajé las escaleras y me quedé junto a la pared. Estaba iluminado por la luz difusa del vestíbulo, sentado ante su piano de cola, sacándole notas como un dios.

No era una canción que hubiera escuchado antes.

Fuerte, dulce, absolutamente hermosa.

Me vio y sus manos se calmaron.

—Sigue tocando —susurré—. Podría escucharte para siempre.

Sonrió, mantuvo sus ojos en mí y comenzó a tocar una canción diferente. Notas aparentemente aleatorias que se transformaron en una canción que yo conocía.

“*Wicked Game*” de Chris Isaac.

Cantó la letra, sin dejar de mirarme.

Me la cantó.

Lento, conmovedor, casi torturado. Tal vez eran las cosas que no podía decir. Tal vez sí las podría cantar.

Cada palabra se me grabó a fuego.

La forma en que cantaba. Nunca le había oído cantar así.

Quería ir hacia él pero quería dejarlo cantar. Se perdió en la última estrofa, su voz dejó paso al piano. Sus emociones se manifestaban en cada acorde.

Entonces me acerqué a él y le puse las manos en los hombros.

—Eso fue hermoso.

—No podía dormir. Te miré durante un rato... hasta que se sintió espeluznante. Y entonces escribí una canción.

Le masajee los hombros, sin darme cuenta de lo tenso que estaba. Él gimió y me dejó hacerlo.

—Así que estaba pensando —dijo casualmente—. Sobre el día de mañana. Sobre toda esta mierda del acosador.

Oh, no. Esto nunca terminaba bien.

—¿A qué te refieres?

—He terminado con eso. He terminado con esconderme, o pasar desapercibido o lo que sea.

—Bien... —No estaba seguro de lo que quería decir—. Entiendo tus frustraciones. Odio que estés sometido a esto. Pero, Jer, fingir que no

sucede no hará que desaparezca.

—Oh, lo sé —dijo—. Por eso voy a terminar.

Mis manos se aquietaron.

—¿Qué?

—Voy a terminar con esto. Quienquiera que sea esta persona obsesionada cree que tiene la ventaja, pero voy a recuperar el control.

Maldito infierno.

Intenté mantener la calma en mi voz.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Como cualquiera atrapa una rata —Tocó una secuencia dun-dun-dun-dah en el piano—. Voy a hacerme el cebo.

Entonces, tecleó el piano de forma bastante brusca y empezó a cantar “*Trapped*” de Bruce Springsteen.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—ME GUSTARÍA DECIR para que conste...

—Que es una idea terrible y que estás en contra —dijo Jeremy—. Como has estado diciendo toda la mañana. Cientos de veces.

—La empresa envía conductores. Tenemos furgonetas especiales para el transporte, por razones de seguridad Jer. Esto es...

—¿Lo echamos a suertes? —Levantó ambas manos.

—Por supuesto que no.

—Si conduces, entonces eliges.

Cristo.

Que yo condujera era la única discusión que había ganado durante el desayuno, al menos.

Al no responder, hizo un mohín.

—Ya hemos cancelado al chófer para que venga a recogernos. Pobre Sayed. Seguro que me echa de menos. Así que o conduces tú o lo hago yo.

—No vas a conducir.

Me lanzó un juego de llaves. Vi el logotipo.

—No voy a conducir eso. —Se lo devolví—. Dame las llaves del Jeep.

Sonrió, y tuve la certeza de que esa había sido su táctica todo el tiempo.

—¿Tienes algo contra los Lamborghinis?

—Sí. El precio, el seguro, los daños, la factura de la reparación, todo lo que no puedo pagar.

Se rio y se subió al lado del pasajero del Jeep. Probablemente ni siquiera podía permitírmelo, pero era muchísimo más barato que el coche deportivo. El Jeep en sí era uno de esos todoterreno modificados a medida, negro y con los cristales tintados, y la verdad es que me gustaba. No era tan grande ni tan pretencioso como un Hummer, pero era deportivo y seguramente no costaba más de 200.000 dólares como el coche que tenía al lado.

Me subí al volante y Jeremy me sonrió.

—Esto es divertido. Tenemos que hacer más cosas divertidas.

A pesar de que el día era más caluroso, llevaba un chándal y una camiseta de manga larga. Y una gorra para ocultar la herida en el costado de la cabeza y su nueva falta de pelo. Ahora lucía un poco de barba, lo que, en mi opinión, resultaba muy atractivo. También se sentía bien...

Y estábamos, para mi desgracia, conduciendo por nuestra cuenta a la oficina.

Le había contado lo que había descubierto anoche mientras dormía. Que la empresa de seguridad había pasado toda la información y todas las imágenes de lo que habíamos pensado que era un dron. El agente especial Zielinski estaría en la reunión a las nueve.

Jeremy tenía la esperanza de que habían encontrado a la persona de interés y que todo había terminado.

Yo no era tan optimista. Pero su sonrisa era contagiosa. No bromeaba cuando decía que necesitaba que todo esto terminara. No le había visto sonreír así en mucho tiempo.

La puerta del garaje se levantó y arranqué el motor.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Espero que sepas usar la palanca de cambios.

Con los ojos puestos en los suyos, pisé el embrague y metí la primera marcha en la palanca de cambios, y salimos del garaje.

—Ponte el cinturón de seguridad.

—Hm, ¿eso debería ser sexi?

Me reí.

—Probablemente no.

—Salir de casa hoy significa que no podré batir mi récord de más orgasmos en un día. Eso es decepcionante. Pero tendrás que compensarme cuando regresemos.

No pude evitar sonreír.

La puerta del garaje se cerró.

—¿Dónde está tu teléfono? —preguntó.

Lo saqué de mi bolsillo y se lo entregué.

—Dijiste hace diez minutos que no querías traer tu teléfono.

—No quiero el mío. Soy muy feliz sin él. Quiero el tuyo. —Se desplazó por algo antes de pulsar los botones del equipo de música del coche y subió el volumen.

“*Drive My Car*” de los Beatles casi me revienta los tímpanos.

Jeremy se rio.

—Iba a poner “*Shut Up and Drive*” de Rihanna.

Sonriendo, negué con la cabeza y tuve que gritar por encima de la música.

—¿Hay una canción llamada “Apágalo”?

Sonrió.

—Voy a escribirte una.

—¿No te duele la cabeza?

Puso los ojos en blanco y pulsó un botón que hizo que se abrieran las puertas delanteras, las atravesamos y las puertas se cerraron tras nosotros. Bajamos hasta las puertas de la urbanización, que se abrieron para nosotros, y los pocos fotógrafos que quedaban no nos prestaron ninguna atención.

En realidad, estaban esperando a que la furgoneta de la empresa viniera a recogerlo.

—¿Ves? Funcionó —gritó por encima de la música.

Levanté un dedo.

—Sólo funcionará una vez.

Se rio.

—Ahora mi canción favorita. ¿Estás listo para ella?

—No.

Su sonrisa se amplió.

—¡Escucha la mejor canción jamás escrita! —Comenzó a sonar “Eleanor Rigby” de los Beatles, y él subió el volumen y cantó cada palabra a pleno pulmón.

Era difícil no sonreír.

Siguió sonriendo y cantando, con la música a todo volumen, todo el camino hacia el centro.

—¡OYE, AQUÍ ESTÁ! —gritó Wes, Blake y Luke se pusieron rápidamente en pie cuando Jeremy y yo entramos.

—¿Qué pasa con la barba? —preguntó Luke.

—El crecimiento de tres días apenas es una barba —dijo Jeremy antes de que todos lo abrazaran, como siempre hacían.

Podía decirme que había necesitado un tiempo alejado del mundo, pero cualquiera podía ver lo mucho que los había echado de menos.

Aunque sólo hayan sido unos días. Dos, como mucho. Necesitaba a estos chicos en su vida. Eran una parte de él.

Me dirigí a mi equipo, que estaba a un lado.

—Hola, jefe —dijo Robbie.

—Hola, chicos —dije. Me sentía mal por no haber sido un buen jefe estos últimos días. Aparte de algunos mensajes, había estado muy ausente —. ¿Cómo estáis todos?

—Todo bien —respondió Riko.

—¿Alguna idea de qué se trata todo esto? —preguntó Zoe.

Negué con la cabeza.

—Ninguna. Primero, no teníamos que estar aquí, después *teníamos* que estar aquí. —Me encogí de hombros—. Tu suposición es tan buena como la mía.

Un “Hola” muy fuerte nos hizo girar a todos a tiempo para ver entrar a Maddox. Echó un vistazo a Jeremy, sonrió y dijo:

—Vaya, vaya, vaya, ¿no se te ve muy relajado?

Y entonces me miró.

Por el amor de Dios.

Pero antes de que Jeremy pudiera responder, Maddox lo envolvió en un abrazo de oso, casi derribándolo. Y entonces le quitó la gorra a Jeremy.

—¡Santa mierda! —gritó Blake—. ¿Qué te has hecho en el pelo?

Roscoe intentaba no sonreír cuando se acercaba a mí mientras Wes y Luke inspeccionaban el pegamento quirúrgico en la cabeza de Jeremy.

—Le dije que no dijera nada —murmuró Roscoe.

Justo entonces, Ryan y Amber entraron con una bandeja llena de varios cafés. Por supuesto, se sorprendieron al ver a Jeremy sin pelo, pero su cicatriz era un recordatorio contundente.

—Me alegro de que estés bien —dijo Ryan entregándole un café helado.

—Y un aviso —dijo Amber—. Neil y dos tipos del FBI llegaron en tres, dos...

Y dos segundos después, entraron Ambrose, el agente Zielinski y otro hombre con traje. Neil escaneó la habitación y se fijó en Jeremy. Obviamente, le chocó la cabeza afeitada y el desaliño, pero la herida fresca... frenó las críticas.

—¿Estás bien, Jeremy? —preguntó.

Jeremy dio un sorbo a su café y sonrió.

—Mejor que nunca.

Claramente una mentira, o un sarcasmo, pero Ambrose no iba a cuestionarlo delante de los hombres trajeados.

—Tenemos nueva información —dijo Neil. Luego me miró a mí—. Steve, ¿unas palabras? —Luego levantó la mano hacia todos los demás—. Dadnos cinco minutos, y reuníos con nosotros en la sala de conferencias dos.

Los ojos de Jeremy estaban fijos en mí y parecía que iba a objetar que me fuera, pero Maddox le rodeó con su brazo y volvió a centrar su atención en el grupo.

Roscoe me hizo un gesto con la cabeza.

—Me encargo.

A regañadientes, seguí a Ambrose y a los dos federales a la sala de conferencias sin saber en qué me iba a meter.

Zielinski iba a hablar primero, pero Ambrose levantó la mano.

—Un segundo, por favor. Steve... Jeremy, ¿está bien?

—Él está, eh...

—Tiene barba y se ha afeitado la cabeza. Casi no lo reconozco. Dios, tiene sesiones de fotos y entrevistas y ruedas de prensa esta semana.

¿Me estaba tomando el pelo?

—También tiene un corte de cinco centímetros en la cabeza —espeté—. Lo cual estoy seguro de que has notado. Los médicos tuvieron que afeitarle una línea en la cabeza en el hospital. Él mismo se afeitó la cabeza. Dijo que sólo terminaba el trabajo.

Intentaba con todas mis fuerzas no perder la calma, pero por Dios, no me lo estaba poniendo fácil.

—Me gustaría que Jeremy viera al Dr. Hardwick —añadió Ambrose.

—Eso es algo que tienes que consultar con Jeremy.

—Él... parece estar cómodo contigo. Ni Ryan, ni siquiera Maddox. Por lo que he oído, ni siquiera quería a Maddox cerca...

—No sé de dónde sacas tu información, pero es errónea. Y a la luz de todo lo que está sucediendo. —Señalé a los dos agentes del FBI que observaban nuestro intercambio—. Pensaría que la importancia de la exactitud debería estar un poco más arriba en tu lista de prioridades. Él y Maddox están tan unidos como siempre. En los últimos tres días, Maddox ha estado en casa de Jeremy todos los días, dos veces ayer, además de llamadas telefónicas, mensajes de texto, FaceTime. No sé qué más quieres que hagan.

Ambrose parecía que quería asesinarme.

—Ha conducido él mismo esta mañana —añadió agriamente—. En realidad, no le corresponde decidir si puede cancelar a un conductor.

—Él no condujo. Yo lo hice. —Eso era un tecnicismo insignificante, pero no me importaba—. Cancelar el conductor fue una cortesía. Si no, Sayed seguiría esperando frente a la casa.

—No es la cuestión. Va a contracorriente en todo.

Dios. ¿Me invitó aquí sólo para poder quejarse?

—¿Por qué me dices esto? ¿Hay algún punto que me involucre?

—No quiere a nadie más cerca *que a ti*.

Nos estábamos metiendo en aguas turbias...

—Él confía en mí. Y ahora mismo, *claramente*, eso es todo lo que tiene.

Zielinski se aclaró la garganta, obviamente queriendo reconducir la conversación.

—Sr. Frost —dijo—. ¿Confías en todos los miembros de tu equipo? Riko Murata...

Mi cerebro tardó un segundo en cambiar de marcha.

—Um, sí. Por supuesto. ¿Por qué? —Le lancé una mirada a Ambrose—. ¿Qué coño pasa?

Hizo una mueca.

—Les dije que dirías eso. Me preguntaron por todo el personal.

Volví a mirar a Zielinski.

—Confío en mi equipo. Con mi vida. Con la vida de Jeremy, con la vida de Maddox, con la vida de Luke...

Levantó una mano.

—Sí, de acuerdo. Tenía que preguntar.

Como el infierno que lo hizo.

Siguió como si hacer preguntas estúpidas fuera lo que hacía para vivir.

—¿Sabes si Jeremy tiene su teléfono encima?

—No. No lo tiene. Todavía está en un recipiente de arroz de cuando cayó a la piscina y Riko lo sacó horas después. Le pregunté esta mañana si quería ver si funcionaba, pero dijo que no. Hace días que no tiene teléfono.

—Dijiste que había hablado con Maddox por teléfono, por mensajes de texto y por FaceTime —dijo el otro agente. No fue una pregunta, pero realmente lo era. Tenía unos treinta años, pelo oscuro, hombros anchos, comportamiento frío. Parecía muy listo. No se presentó ni se disculpó. Desde luego, no podía enfadarme por su pregunta, porque al menos *alguien* estaba prestando atención.

—Sr. Frost —dijo Zielinski—. Este es el agente especial Richardson. Es parte del equipo cibernético.

Miré a Richardson.

—Jeremy usó mi teléfono. Llamó a su madre unas cuantas veces, llamó a todos los chicos, les envió mensajes de texto.

Richardson asintió.

—Vamos a tener que echar un vistazo a su teléfono.

—¿Para qué?

—Creemos que puede haber una violación de datos —dijo Zielinski.

Entregué mi teléfono. No tenía absolutamente nada que ocultar.

—¿Qué tipo de violación de datos?

Richardson respondió.

—Del tipo serio.

Todavía estaba intentando decidir si me gustaba o no cuando se abrieron las puertas y entró Jeremy. Los demás estaban justo detrás de él, por supuesto, seguidos de Roscoe, Amber y Ryan, y luego entró mi equipo de seguridad.

Jeremy me echó un vistazo y vio que Richardson tenía mi teléfono. Tal vez pudo sentir el malestar en la habitación.

—¿Qué está pasando?

—Todos, por favor, tomad asiento —dijo Ambrose—. Este es el agente especial Richardson, y ya conocen al agente especial Zielinski.

Nos movimos alrededor de la gran mesa de conferencias, Jeremy me hizo sentarme a su lado, Maddox a su otro lado.

Zielinski habló primero.

—Hemos tenido algunas novedades.

—¿Habéis encontrado a esa mujer? —preguntó Luke.

—No. Ha habido dos transacciones con tarjeta de crédito en Nevada, pero tenemos razones para creer que su tarjeta puede haber sido robada. Las imágenes de la tienda muestran a un desconocido usando la tarjeta. —Zielinski suspiró y miró directamente a Jeremy—. Pero ha surgido algo más. La grabación de tu casa, Jeremy, que nos ha enviado el señor Frost...

—Del dron —terminó Jeremy.

—Jeremy lo vio en las imágenes —añadí para que los demás estuvieran al día—. No yo. Sólo las envié. ¿Supongo que la empresa de seguridad ha podido identificar al dueño del dron?

Richardson tomó el relevo.

—Sí y no. Gran tecnología, por cierto. El dron captado en las imágenes no grababa ni visual ni auditivamente. Más pequeño por diseño, más difícil de detectar. E ilegal en los Estados Unidos.

¿Qué?

—No está registrado, por supuesto —continuó Richardson—. Sin números de serie identificativos. Control remoto por Wi-Fi, RPV codificada.

Jesucristo.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

—Si no estaba grabando imágenes o audio, ¿qué estaba haciendo?

Al parecer, esa era la pregunta correcta, porque Richardson me hizo un gesto con la cabeza.

—Este software se engancha a la red Bluetooth y accede a todos los dispositivos. Teléfonos, ordenadores, Internet, seguridad doméstica. Listas de contactos, banca por internet, llamadas, textos, fotos, vídeos, contraseñas, cuentas de redes sociales.

Me sentí un poco mal.

—Vamos a necesitar sus teléfonos —dijo Zielinski.

Todos se quedaron mirando, atónitos.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Maddox.

—Por ahora indeterminadamente —respondió Richardson—. Depende de lo que encontremos. Me gustaría decir que sólo unas horas, pero no puedo prometerlo.

Tuve que llevarme la palma de la mano al estómago para detener las náuseas. Había estado tan concentrado en una brecha física que no había considerado una virtual.

—¿Todos nosotros? —preguntó Luke.

—Todos los que estuvieron en casa del señor Dalton o que hayan estado en su casa en los últimos cuatro días. —Richardson miró a su alrededor los rostros atónitos de todos—. Creemos que ha habido varios barridos.

—Se supone que las nuevas cámaras de seguridad deberían detectar esto —dijo Jeremy.

—Pueden detectar drones registrados —explicó Richardson—. Eso debería ser suficiente. Se cree que este tipo de tecnología sale del mercado

negro japonés. Como he dicho, es ilegal aquí.

—Pero todavía está aquí —respondió Jeremy—. Legal o no.

La cabeza me daba vueltas. Maldito infierno.

—Esto es... —Tuve que exhalar lentamente. Me volví hacia Jeremy—. Lo siento. Estaba concentrado en un ataque físico. Ni siquiera pensé...

—Oye, esto no es tu culpa —dijo Jeremy. Me apretó la mano—. Esto es una mierda de Matrix. Esto va más allá de tu responsabilidad. —Se volvió hacia los federales—. ¿Qué información han conseguido? ¿Qué pueden hacer con ella?

—Hemos apagado todos los servidores de la empresa. Incluso nuestra página web muestra una pantalla de mantenimiento —dijo Ambrose—. Arlo Kim no se arriesga. Tiene a los informáticos trabajando horas extras. Es por precaución en este momento, pero la verdad es que no sabemos si han conseguido acceder al sistema de Platinum.

—Este software en particular actúa como una telaraña. Se ramifica a cualquier otra red con la que se conecta —dijo Richardson—. Lo hemos visto antes. Así que si te infectas en la zona cero, luego llevas ese dispositivo infectado a tu casa o lugar de trabajo, usas el Wi-Fi, el Bluetooth, entonces pueden acceder a esa ubicación. —Miró alrededor de la mesa—. Si os infectasteis en la casa de Jeremy y luego usasteis ese dispositivo en casa en el Wi-Fi, tendríamos que asumir que vuestras casas también han sido violadas.

Cristo todopoderoso.

—¿Qué buscan? —preguntó Jeremy, no por primera vez.

—No lo sabemos —respondió Zielinski—. Al principio pensamos que querían información sobre ti. Pero ahora pensamos que podría ser más grande que eso, y tal vez están apuntando a Platinum Entertainment.

Volvió a aparecer esa sensación de náuseas.

—¿Quién está detrás de esto? —preguntó Wes—. ¿Es la misma perra loca que está detrás de Jeremy?

Zielinski frunció sus finos labios.

—Usamos el término persona fijada.

—Me importa un carajo el término que uséis —respondió Wes.

—Wes —murmuró Ryan.

—No. Esto es una mierda. Amy estaba allí... Oh, Dios. Tengo que llamarla. —Wes buscó su teléfono.

—No puedes usar eso —dijo Richardson. Wes le miró fijamente. Todos lo hicimos—. Vamos a necesitar todos vuestros teléfonos. Enviaremos un equipo a vuestras casas para recuperar los dispositivos infectados y revisar vuestros sistemas de seguridad.

Cristo.

—Yo sugerí los nuevos sistemas de seguridad —dije—. Se suponía que debía protegerlos, no ser un portal en sus casas.

—Esto no es culpa tuya —dijo Jeremy. Esta vez me masajeó la nuca.

—Tiendo a estar de acuerdo con el Sr. Dalton —dijo Richardson—. No habría supuesto ninguna diferencia. De hecho, si el nuevo sistema no hubiera estado en marcha, nunca habríamos sabido lo del dron. Y el Sr. Dubrowski, el propietario de la empresa de seguridad, ha sido más que complaciente. Está horrorizado.

—Y para responder a tu pregunta —dijo Zielinski—, no sabemos quién está detrás de esto. Mi equipo sigue centrado en encontrar a la Srta. Sosa. Creemos que ella puede ayudarnos en nuestra investigación.

—El último lote de correos desquiciados recibidos eran amenazas directas contra Arlo y Platinum —dije considerando que ni Ambrose ni Zielinski lo habían dicho.

Los ojos de Ambrose se endurecieron en mi dirección y no me importó nada.

Las explicaciones terminaron con los teléfonos de todos sobre la mesa y los planes para reunirse con los equipos técnicos especializados en los hogares de cada uno.

Ambrose había proporcionado ocho teléfonos desechables baratos, completamente nuevos, en cajas selladas, cada uno con veinte dólares de crédito para llamadas y mensajes de texto. Uno para cada uno de los chicos y los tres representantes. Sin conectividad Wi-Fi, y ocho números desechables al azar, completamente nuevos.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó Luke con una carcajada—. ¿1997?

—Es una imitación de Nokia —dijo Blake.

—Mi abuela tiene uno así —refunfuñó Wes.

Ambrose ignoró las quejas.

—Pueden ponerse en contacto entre sí y, lo que es más importante, nosotros podemos ponernos en contacto con vosotros. Pero no se pueden conectar a Internet ni al Bluetooth. No pueden ser hackeados por esta persona.

Maddox lo miró fijamente y lo acercó a su cara.

—¿Puedo enviar un mensaje de texto? ¿Cómo puedo enviar un mensaje de texto?

Roscoe señaló el teclado.

—Tienes que pulsar el botón siete tres veces para obtener una *R*, luego el botón seis tres veces para obtener una *O*. Luego el siete de nuevo cuatro veces para obtener una *S*...

Los cinco se quedaron mirando, horrorizados.

—No voy a mandar ningún mensaje —dijo Maddox.

Jeremy se rio y me pasó su teléfono por la mesa.

—Puedes quedártelo.

Ignoré el hecho de que Ryan y Luke nos estaban mirando, y los ignoré cuando se lo devolví.

—Es para ti.

—Los de seguridad tienen los suyos —dijo Ambrose poniendo otra bolsa sobre la mesa. Los teléfonos eran los mismos que los demás,

completamente nuevos en cajas selladas. No podían estar manipulados, ¿verdad?

¿Por qué sentí como si nos entregaran dispositivos de seguimiento?

Pero intercambiamos números y Jeremy y los demás salieron de la sala, riéndose de sus teléfonos. Yo hablé con mi equipo. Era un buen momento para ponerse al día, aunque no podía decirles mucho. Habían estado en la reunión, habían oído todo lo que yo había oído, sabían todo lo que yo sabía. No podía hacer ningún plan para avanzar hasta que no supiera lo que la banda tenía que hacer.

Pero no podía quitarme de la cabeza la pregunta de Zielinski.

¿Confías en tu equipo? ¿Confías en Riko?

Por supuesto que sí.

Si alguien de mi equipo había hecho algún daño, era yo. Si ese software de hackeo tenía la capacidad de acceder a la cámara de mi teléfono o a la del portátil para ver el interior de la casa de Jeremy, para espiarlo, tendrían imágenes en primer plano de nosotros besándonos en el sofá.

Dios. Le había hecho una paja en el sofá. Delante del portátil.

¿Cómo pude ser tan estúpido?

Nos habíamos cerrado al mundo, sí. ¿Pero tenían ojos dentro de la casa?

—Da miedo —dijo Robbie—. Que la gente tenga acceso remoto a nuestros teléfonos y demás.

Ivan asintió.

—No podemos protegerlos de alguien que no podemos ver.

—Estoy de acuerdo —dije—. Todo este tiempo, estaba muy preocupado por un ataque físico. No imaginé que la amenaza sería virtual.

—¿Qué crees que buscan? —preguntó Zoe.

—No sé —respondió Riko—. Mi pregunta sería por qué no lo han usado todavía.

Todos lo miramos fijamente.

Se encogió de hombros.

—Si han tenido acceso durante cuatro días, han visto las imágenes de la caída de Jeremy en la piscina, la llegada de los paramédicos. Tienen fotos y llamadas telefónicas, incluso la información de la cuenta bancaria, y cualquier otra cosa que hayan dicho. ¿Por qué no se ha publicado nada de eso en Internet o se ha vendido a un canal de noticias?

Asentí.

—Tal vez a eso se refería Zielinski cuando dijo que ahora piensan que quieren a Platinum y no a Jeremy.

La puerta de la sala de conferencias se abrió. Era Ambrose.

—Steve, tenemos un problema.

—¿Qué pasa?

—Es Jeremy.

La adrenalina me recorrió, seguida de una sensación de miedo. Se me heló la sangre.

—¿Qué?

—Está abajo. Acaba de asomarse por la fachada del edificio ante los paparazzi.

Joder, joder, joder.

Corrí hacia los ascensores y pulsé el botón de bajada. El ascensor tardó un segundo en pensar en ello, y me planteé correr por las escaleras, intentaba calcular cuánto tiempo me llevaría bajar esa cantidad de pisos cuando el ascensor sonó y se abrieron las puertas.

Pulsé el botón del vestíbulo y, antes de que las puertas se cerraran, Riko e Ivan se colaron para unirse a mí.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó Riko.

Hablé con los dientes apretados.

—Voy a matarlo, eso es lo que está haciendo.

Intenté inhalar lentamente y contar en mi cabeza.

Un Mississippi. Dos Mississippi. Tres...

Las puertas se abrieron en el vestíbulo y enseguida pude ver el enjambre de cámaras, flashes y fans que se reunía fuera de la pared de cristal.

Y Jeremy.

Hablando con ellos como si se tratara de una reunión de fans.

—Ivan vigila la puerta —murmuré—. Riko, estás a su izquierda.

Crucé el vestíbulo y atravesé las puertas giratorias. Los chasquidos de las cámaras anunciaron mi llegada y Jeremy miró hacia atrás. Me vio y sonrió.

Me sonrió, joder.

Y, me di cuenta demasiado tarde, no llevaba su gorra.

Su cabeza afeitada y su nueva cicatriz estaban a la vista.

Jeremy me señaló.

—Aquí está, el hombre que me salvó. Bueno, uno de ellos al menos.

Jesús.

Cristo.

Bendito.

—Steve, ¿puedes decirnos qué pasaba por tu mente cuando sacaste a Jeremy de la piscina?

—Steve, ¿respiraba Jeremy cuando lo sacaste de la piscina?

—Steve, ¿estaba Jeremy...?

—Steve, es...

—Steve...

Me incliné hacia Jeremy.

—¿Has terminado?

Se inclinó hacia mí.

—¿Vas a contestarles?

—No.

Volví a mi posición, con las manos a la espalda, los pies separados, de cara a la multitud, preparado.

Y los medios de comunicación esperaron a que respondiera.

Por lo que a mí respectaba, podrían esperar a morir de viejos.

—Como decía —continuó Jeremy—, quería agradecer a nuestros fans su preocupación. Pero como pueden ver, estoy bien. De vuelta al trabajo y sintiéndome muy bien.

—¿Puede hablarnos del apagón de Internet que se está produciendo en Platinum Entertainment en estos momentos? —preguntó un periodista.

Jeremy sonrió.

—No sé nada de eso.

—¿Puedes dar algún detalle sobre la investigación del FBI? —preguntó otro periodista.

—¿Qué está pasando con Platinum? ¿Está el apagón relacionado con la investigación del FBI?

Jeremy suspiró.

—¿Alguien tiene alguna pregunta sobre la música, nuevas canciones? ¿Una nueva gira? ¿Planes para Atrous el próximo año?

—¿Estás saliendo con alguien? —gritó alguien.

—Por el amor de Dios. —Jeremy suspiró y se despidió—. Vale, gracias chicos. Ahora podéis iros. Dejad de estar aquí todo el día. —Hizo como si los espantara—. Id a informar de las cosas que realmente importan. Los fans de Atrous saben que si queremos compartir algo, será directamente de nosotros a través de nuestros canales de redes sociales o de una declaración oficial de Platinum. Así que, a menos que lo escuchen directamente de nosotros, es seguro asumir que es mentira.

Dio un paso atrás y le abrió un espacio para que pasara por las puertas. La gente gritaba preguntas, gritaba su nombre, gritaba mi nombre. Las cámaras se adelantaron, pero conseguimos que no atravesaran las puertas, y el ruido se silenció.

Mantuve mi mano en su espalda y lo guie hacia el ascensor.

Ivan estaba en la entrada del ascensor, manteniéndolo abierto. Riko cubrió el otro lado de Jeremy.

—¿Cómo de cabreado está Ambrose? —preguntó Jeremy.

—No tan cabreado como yo —le gruñí.

—¡Steven Hammond! —gritó un hombre detrás de nosotros.

Me giré, más por el tono agresivo que por lo que realmente gritó. Me puse delante de Jeremy, interponiéndome entre él y la amenaza.

La amenaza...

Era un hombre, posiblemente treintañero, con pantalones marrones, manchados. Una camisa amarillenta, sucia. Su pelo castaño, corto, su cara pálida, sucia.

Y venía hacia mí.

Pero estaba corriendo, incluso luchando, a través de las puertas, a través de la seguridad del edificio. No llevaba ningún arma evidente, ¿e iba a abordarme?

Lo golpeé con el lateral de la palma de la mano en el esternón y lo agarré la garganta mientras lo desequilibraba. Lo tiré contra el suelo, inmovilizándolo por la garganta.

No podía defenderse. Apenas podía respirar.

La seguridad del edificio tenía sus armas fuera, apuntando a él. La gente gritaba, chillaba. Los policías que habían estado controlando a la multitud en el exterior irrumpieron con sus armas desenfundadas.

Miré hacia atrás para ver a Riko e Ivan delante de Jeremy, y los ojos de Jeremy muy abiertos sobre mí desde detrás de sus hombros.

—Llévalo arriba —grité.

—No, Steve —intentó Jeremy—. Espera. ¡Steve!

Pero lo tenían en el ascensor y las puertas cerradas.

Solté la garganta del tipo y me puse sobre él, con las manos en alto. Y entonces los policías entraron.

CAPÍTULO DIECINUEVE

ME SENTÉ en mi oficina y esperé. No por elección.

No había visto a Jeremy, aunque Ambrose me dijo que estaba bien. Ambrose estaba *enfadado*. En realidad, estaba en un nuevo nivel de enfado. Conmigo, con Jeremy, con toda la situación.

Pero sobre todo conmigo.

Toda la escena fue noticia en todas las emisoras, en todas las redes sociales, en todas las radios.

No culpaba a Ambrose por estar enfadado. El grupo, la compañía, Jeremy en particular, ya tenían el foco de atención sobre ellos, y ahora esto...

¿Fue mi culpa que el hombre cargara contra mí? No.

¿Había hecho un uso excesivo de la fuerza delante de veinte cámaras?

Hm.

Frente a las cámaras, sí. ¿Fuerza excesiva? En mi opinión no, pero no era mi opinión lo que les importaba, aparentemente.

Oí que alguien se acercaba a la puerta de mi oficina.

—Por mí pueden chupar una bolsa de pollas sin lavar —dijo una voz conocida, justo cuando la puerta se abrió. Jeremy se detuvo al verme. Sonrió, pero cuando vio mi expresión, se convirtió en un ceño fruncido—.

Hola. Te he estado buscando. He intentado llamarte con ese estúpido teléfono.

Maddox estaba detrás de él.

Había dejado ese estúpido teléfono en mi cajón superior, todavía apagado.

—Se supone que debo esperar aquí —dije con la voz apagada.

—¿Para qué? —Entró y se acercó a mi lado del escritorio, apoyándose en él, con sus pies junto a los míos—. Steve, ¿qué pasa?

Me sentí mal por tener que decir esto en voz alta.

—Para ser sincero, creo que me van a despedir.

Me miró fijamente y luego se rio incrédulo.

—Por supuesto que no.

Le miré y sonreí, mucho más tranquilo de lo que probablemente debería haber estado. Tal vez resignado era la mejor palabra.

Extendió su mano y yo la tomé, luego entrelazó nuestros dedos.

—No hay manera. No lo harán. Ese pedazo de mierda vino corriendo como si estuviera loco.

No respondí a eso. Honestamente, no estaba para conversar...

Maddox levantó una de las solapas de las muchas cajas alineadas contra la pared y miró dentro.

—¿Qué es todo esto? —Luego señaló la silueta de cartón—. Eh...

Jeremy sonrió.

—Le pedí a Ryan que hiciera llegar a su oficina una muestra de cada ejemplar de mercancía publicitaria con mi cara. Necesitaba el calendario de escritorio de Jeremy.

—Cuatro calendarios, aparentemente. —Maddox cogió el más cercano, se rio de la foto frontal y se la lanzó a Jeremy—. El por qué demonios alguien querría mirar tu cara trescientos sesenta y cinco días seguidos, está más allá de mi comprensión.

Jeremy se limitó a sonreír. Hojeó hasta el mes correcto y lo colocó con cuidado en mi escritorio, más o menos en el lugar exacto del que había quitado el viejo.

—Mucho mejor.

Luego se puso de pie y trató de levantarme.

—Vamos. Todos estamos viendo las repeticiones de tu “Hulk Aplasta”, contra ese pedazo de mierda en el suelo, como un centenar de veces.

—Jeremy —lo amonesté.

Se detuvo y me cogió la mandíbula, y justo delante de Maddox, Jeremy me besó. Sus ojos azules se clavaron en los míos.

—Todo irá bien. Te lo prometo.

Dios, casi podía creerle.

Un golpe en la puerta nos sobresaltó a los tres. La puerta se abrió y apareció Ambrose. Ciertamente no esperaba encontrar a Jeremy y Maddox conmigo, y definitivamente no esperaba ver a Jeremy casi pegado a mí.

—¿Ah, Steve? —Y con un movimiento de cabeza hacia el pasillo, se aseguró que lo siguiera.

Sí. Esto realmente no era bueno.

El nudo de mis tripas se revolvió, pero aparté mi mano de la de Jeremy y seguí a Ambrose. Sólo me alejé cuatro pasos antes de que Jeremy se pusiera a mi lado.

—No vas a entrar ahí solo.

Pensé que podríamos ir a otra sala de conferencias, pero no. No podía tener tanta suerte.

El despacho del Sr. Arlo Kim era enorme. Pocos muebles pero caros, obras de arte originales e hileras de álbumes de oro enmarcados a lo largo de una pared. Todos ellos de Atrous. Todos y cada uno.

HABÍA ESTADO en esta oficina tres veces en todos mis años de trabajo en Platinum. El Sr. Kim estaba sentado detrás de su enorme escritorio. Su especialista en seguridad digital forense, Hetty Reyes, estaba sentada en uno de los sofás, tecleando en su portátil. Ni siquiera levantó la vista.

Y Zielinski y Richardson estaban sentados a un lado del escritorio del Sr. Kim.

Oh, qué bien.

—Jeremy —dijo Ambrose en voz baja—. Te pido que por favor esperes fuera.

—Neil —dijo Jeremy alegremente—. Y te pediría que eligieras cualquier puto día menos éste.

Bien, entonces.

Y entonces, sin decir una palabra, Maddox siguió a Jeremy.

Sólo había un asiento frente al Sr. Kim, así que sí, esto era definitivamente una charla de despido.

Tener a Jeremy y Maddox conmigo cambió un poco las probabilidades. Ciertamente no les pedí que vinieran conmigo, pero me alegré de que estuvieran. Aunque sólo fuera para presenciarlo.

El Sr. Kim estuvo a punto de oponerse a que Jeremy y Maddox estuvieran allí, pero decidió fingir que no estaban. Así pues, Jeremy y Maddox tomaron los dos extremos de uno de los sofás y lo acercaron, apartando mi único asiento del camino. Arlo Kim los ignoró, al igual que los demás, como lo haría un profesor de escuela cuando los adolescentes desordenan la disposición de los asientos.

Se sentaron, Jeremy en el centro, y él palmeó el lugar vacante a su lado. Así que me senté y esperé...

—Steve —dijo el Sr. Kim—. Tenemos otro problema. Espero que puedas arrojar algo de luz sobre esto para nosotros.

Apuntó un mando a distancia a la pared y lo que yo creía que era un panel resultó ser una pantalla. El programa de entrevistas *LA Today* aparecía

en la pantalla: dos presentadores y un invitado.

—Y en noticias de última hora —dijo un presentador—, podemos revelar la verdadera identidad del jefe de seguridad de Atrous, Steve Frost.

Se me cayó el estómago.

—Su verdadero nombre es Steven Hammond.

Sentí como si el suelo cediera debajo de mí o mi columna vertebral se convirtiera en gelatina. Estaba agradecido de estar sentado.

La mano de Jeremy agarró la mía.

—Steven Hammond se entrenó durante años como luchador de artes marciales mixtas, invicto en títulos regionales y estatales. Se disponía a competir en los títulos nacionales cuando ocurrió la tragedia.

La pantalla mostró imágenes reales de mis combates en torneos. Por supuesto, sólo mostraban las tomas de contacto total, cómo llevaba a mis oponentes a la lona, cómo los noqueaba, cómo terminaba todas las peleas en las que participaba.

A continuación, la historia se cortó a las viejas imágenes de las noticias en Las Vegas, hace tantos años. Luces de la policía parpadeando, un motel barato, paramédicos y un nuevo reportero con un micrófono.

—Hammond, un aspirante al título nacional de MMA, fue apuñalado seis veces, llevado al hospital donde permanece en estado crítico. La policía ha detenido al presunto sospechoso, un tal Chase Hystek, un oponente con el que Hammond se iba a enfrentar en la gran final de los títulos nacionales. Hammond era el favorito para ganar lo que se esperaba que fuera un combate mortal.

Volvieron al estudio.

—En un giro interesante, el ataque violento fue reportado como un crimen de odio por orientación sexual. El Sr. Hammond estaba con un amante masculino en ese momento...

Un giro interesante.

—Jesucristo —murmuró Maddox—. Steve...

No podía hablar.

—¿Dijo esa perra que era un giro interesante? —preguntó Jeremy—. Le daré un giro interesante.

La presentadora siguió sonriendo mientras continuaba.

—Se cree que el Sr. Hammond cambió su nombre para distanciarse del incidente. Nunca volvió a luchar de forma competitiva, en su lugar llevó su talento a un nuevo campo de protección personal.

Su “experto” resultó ser un estratega deportivo de las MMA que, al ver mi “Hulk Aplasta”, como lo había llamado Jeremy, pensó que le resultaba vagamente familiar.

—Se llamaba Steve “El Martillo” Hammond por una razón. Puedes ver en estas imágenes que su maniobra característica era el martillo —dijo mostrando imágenes de hace años, cuando los chicos dieron un concierto en Chicago y algunos fans enloquecidos despejaron una barrera en el aeropuerto e intentaron acosar a Maddox. Los derribé sobre sus culos—. Utiliza el propio impulso del oponente, gastando muy poca de su propia energía. Es la misma táctica que ha utilizado hoy.

Las imágenes se cortaron hasta el día de hoy donde el hombre había corrido hacia mí. Y sí, usé el propio impulso de este tipo, su propia masa de energía contra él.

—Es un método muy eficaz —continuó el experto—. Y parece brutal, pero hay muy poco daño. Es un movimiento clásico para incapacitar y eliminar cualquier amenaza entrante. Créame, si quisiera imponer un daño grave, podría hacerlo. Pero no lo hizo. El hombre en el suelo tal vez debería considerarse afortunado de que no fuera alguien con la mitad del entrenamiento que tiene Steve Hammond.

—En su opinión, si hubiera querido, ¿podría Steve Frost haber matado a ese hombre?

El experto ni siquiera dudó.

—Absolutamente. No me cabe la menor duda. Es, sin duda, un arma letal.

Arlo Kim apuntó con el mando a distancia y puso en pausa el televisor. La pantalla se detuvo en la multitud que estaba fuera del edificio, en todas las cámaras y los aficionados que habían visto cómo se desarrollaba todo en tiempo real hoy mismo. Decenas de rostros. Los estudié durante un segundo hasta que Arlo Kim se aclaró la garganta para llamar mi atención.

Me miraba fijamente como si estuviera esperando... No iba a hablar primero. De ninguna manera.

—Esta cadena ha publicado la noticia hace media hora —dijo el Sr. Kim—. Ya es mundial. No podemos contenerlo.

Negué con la cabeza, con la boca seca. No sabía qué decir...

Jeremy habló.

—No es asunto de nadie. Platinum tiene que publicar un comunicado recordando la seriedad con la que nos tomamos la privacidad de nuestro personal. Y esa puta presentadora necesita una lección muy cara sobre lo que se considera “un giro interesante”, porque los crímenes de odio violentos no lo son. Y tampoco lo es exponer la vida privada de alguien para obtener puntos de rating televisivo.

Arlo Kim le dedicó una sonrisa apaciguadora.

—¿Sabías lo del otro nombre de Steve?

—Por supuesto que sí.

No era la cuestión. Lo que Jeremy había dicho sobre el comunicado de prensa era el punto. No habría uno. Sólo control de daños.

Mierda.

Realmente iba a despedirme.

Zielinski fue el siguiente en hablar.

—Te has cambiado el nombre —dijo leyendo algo en su pequeña libreta

—. Sr. Hammond.

Jeremy se erizó.

—Mira, imbécil, su nombre es Steve Frost.

—Jeremy —reprendió Ambrose con suavidad.

Jeremy miró a Zielinski con la mandíbula desencajada.

—Oh, lo siento. Es muy grosero cuando la gente utiliza deliberadamente el nombre equivocado, ¿no es así, agente Zero? ¿O era Agente Zilch?

Puse mi mano en el muslo de Jeremy para calmarlo y solté un suspiro.

—Me cambié el nombre legalmente cuando tenía veinte años —dije con la voz baja—. La seguridad social, el pasaporte y el carné de conducir dicen Steve Frost. Ese era mi nombre años antes de empezar a trabajar aquí. Steve Hammond ya no existe. Hace mucho tiempo que no existe.

Zielinski ni siquiera pestañeó.

—¿No le pareció pertinente divulgar esta información?

—No —respondí—. Mi empleador tiene el nombre y la información fiscal correcta. Compruébalo con el IRS.

—No estoy hablando de su información fiscal —dijo con frialdad—. Chase Hystek lleva catorce años encarcelado en la prisión de Berchman, en Nevada. Dos años de condena original, otros quince añadidos por un delito posterior dentro.

Me encogí de hombros.

—¿Y?

Leyó en su bloc de notas.

—Chase Hystek ha sido visitado once veces en el último año por una tal Jacqueline Sosa.

Se me heló la sangre.

—Han intercambiado cartas durante un año antes de eso. —No podía creer lo que estaba escuchando.

—No lo sabía —susurré.

Jeremy me cogió la mano.

—No podías saberlo. —Luego los miró—. ¿Cómo iba a saberlo? ¿No puedes culpar seriamente a Steve por eso?

—Si hubiéramos sido informados...

—Entonces deberías haber pensado en preguntar —replicó Jeremy—. ¿Dónde está *tu* debida diligencia?

—Jer —susurré, apretando su mano. Miré a los dos agentes del FBI—. Entonces, ¿soy yo el objetivo? ¿La está utilizando para llegar a mí? ¿O me está utilizando a mí para llegar a Jeremy?

Zielinski me miró fijamente durante un largo momento.

—No lo sabemos. Lo están interrogando mientras hablamos.

Me sentí mal.

Tuve que respirar a través de las náuseas. La idea de que yo pudiera ser la razón...

—Steve, mírame —dijo Jeremy—. Mírame.

Me encontré con sus ojos. Estaba un poco pálido, pero sus ojos eran de un azul tan claro y honesto.

—Esto no es tu culpa.

No me convenció.

Pensé que podría estar realmente enfermo. De repente, ser despedido no era lo peor que podían haber dicho.

Esto era mucho peor.

—Steve —dijo el Sr. Kim—. Creo que sería mejor que no estuvieras trabajando con Jeremy en este momento. Por la seguridad de todos. Hasta que sepamos cuáles son los verdaderos motivos.

—De ninguna manera —dijo Jeremy—. De ninguna manera, joder.

—Puedo entender tus dudas —continuó el Sr. Kim, ignorando a Jeremy—. Sin embargo, las largas horas, la falta de sueño y el estrés al que has estado sometido esta última semana podrían llevar a tomar decisiones equivocadas.

—¿Decisiones equivocadas? —dijo Jeremy. Ahora estaba sudando—. Hizo lo que tenía que hacer. Lo que se supone que tiene que hacer. Crees que está bien que nos proteja mientras un puto experto en un programa de entrevistas de la prensa sensacionalista no tenga sus quince minutos de fama usando palabras desencadenantes como *arma letal*.

Sabía que probablemente debería haberle dicho a Jeremy que se calmara por un segundo, pero honestamente, me gustó que me defendiera.

Me gustó que Arlo Kim lo escuchara de él.

—Jeremy tiene razón —dijo Maddox con calma—. Lo que hizo Steve fue lo correcto. Puede que no te guste, Arlo, y desde el punto de vista de la compañía, puedo ver por qué esto puede parecer malo. Pero ahí abajo, lo único que se interpone entre nosotros y un millar de fans locos es Steve y su equipo. No me importa lo que diga la prensa o lo que crean que va a vender una historia. Me importa la seguridad de la banda, y eso es lo que hace Steve. La única razón por la que uno de nosotros no ha resultado gravemente herido ha sido por él.

Hubo un largo silencio.

—Me resulta interesante —dijo Jeremy, entrecerrando los ojos—, por qué hay que decir esto. Por qué no has hecho una declaración a la prensa todavía, y por qué no estás defendiendo al equipo. Steve es parte del equipo Atrous, y ese pedazo de mierda que intentó atacarlo no es la víctima aquí.

—Lo tuvieron que llevar al hospital —respondió Arlo—. Podemos esperar que sus abogados se pongan en contacto.

—Que lo intenten —respondió Jeremy—. Hay una docena de ángulos de vídeo diferentes de él atacando primero. Él empezó. El hecho de que le dieran por culo no le convierte en la víctima. —Jeremy parpadeó dos veces y tragó saliva. Negó con la cabeza—. Dios, Arlo. Tienes a dos federales en tu lado del escritorio y a nosotros sentados aquí como si fuera un juicio. Es obvio de qué lado estás, y pensar que querías a Steve aquí por su cuenta. Al diablo con eso, y al diablo con todo esto.

Parpadeó de nuevo y entornó los ojos. Apretó las palmas de las manos contra los muslos y sus dedos empezaron a temblar. Cerró los puños, pero luego sus manos empezaron a temblar. El color se le fue de la cara.

Jesús.

Rápidamente me arrodillé entre sus piernas y tomé sus manos.

—Maddox, tráele algo.

Maddox saltó del sofá y salió corriendo del despacho, casi arrancando la puerta de sus goznes. Cogí las manos de Jeremy.

—Estás bien, Jer.

—Lo-lo s-siento —respiró y luego trató de tragar. Estaba muy pálido y sudando, húmedo.

—¿Qué le pasa? —dijo Arlo poniéndose de pie—. ¡Necesita un médico!

—No, necesita un poco de zumo y algo de comer —dije—. Y que la gente deje de estresarlo. —Puse mi mano en la mejilla de Jeremy, haciendo que me mirara—. Jeremy, céntrate en mí. ¿Te duele la cabeza?

Maddox volvió corriendo al despacho y abrió la tapa de un frasco de zumo. Puso la botella en la boca de Jeremy. A Jeremy le temblaban mucho las manos, pero consiguió sujetar la botella con Maddox.

Y bebió de la botella de zumo como si nada.

Entonces Roscoe estaba a nuestro lado, entregándonos un paquete de galletas y una segunda botella de zumo.

—Toma, ten esto. —Wes, Luke y Blake estaban ahora en la puerta.

Cuando Jeremy hubo recuperado el aliento y tuvo algo de color, saqué las galletas y se las puse en la mano.

—Come esto, por favor.

Asintió y dio un pequeño mordisco, encogiéndose sobre sí mismo mientras masticaba. Avergonzado, sin duda. Sus manos seguían temblando mientras bebía más zumo.

—Esta fue de las malas —murmuró Maddox, con la mano en su propio corazón.

Asentí. Seguro que sí.

—¿No ha comido en todo el día? —Miré a Ambrose—. ¿No comió?
¿Quién lo cuidaba?

Ambrose se tambaleó.

—Eh, um... —No tenía ni idea.

—Oye —dije, trazando la cicatriz de Jeremy. No estaba caliente. No estaba roja ni inflamada—. ¿Te duele la cabeza?

—¿Debe ir al hospital? —preguntó Ambrose.

Jeremy negó con la cabeza y masticó.

—No. Nada de hospital. Quiero ir a casa. Acostarme.

—De acuerdo —dije—. Vamos a llevarte a casa. —Le ayudé a ponerse en pie y se lo entregué a Maddox. Wes entró y lo tomó por otro el otro lado y lo acompañaron a la puerta.

El Sr. Kim seguía de pie.

—Haré que el doctor Hardwick haga una visita a domicilio.

¿Ahora le preocupaba?

—¿Sabes qué, Arlo? —le espeté—, él no es un engranaje de tu maldita máquina de hacer dinero. Es un ser humano. Lo defenderé, incluso contra ti.

Estaba tan jodidamente enfadado, y de repente, me importaba una mierda lo que me hiciera.

—Estaré en casa de Jeremy. Si quieres despedirme, ya sabes dónde encontrarme. Haz lo que tengas que hacer. —Me acerqué a la pantalla de televisión de la pared—. Si quieres que todo este lío termine y encontrar a esa mujer Sosa, mi consejo, señor Kim, es que contrates a un investigador privado. Demonios, recluta a algunos fans de las redes sociales. Pueden ver una foto de hoy y en dos minutos tener tres fotos diferentes que abarcan ocho años con detalles de cuándo llevó esa misma camiseta, con la fecha y el lugar, que pueden saber por las costuras de la maldita tela. No se les escapa nada. —Señalé a Zielinski y Richardson—. Estos dos federales, de los que tanto te gusta asesorarte, ni siquiera pueden ver a una de las más

buscadas del FBI cuando su cara está en todos los canales de noticias del país. —Toqué una cara conocida en la pantalla—. Jacqueline Sosa estuvo aquí hoy.

Los tres se giraron para mirar la pantalla. Estaban tan sincronizado que era casi cómico.

Quería golpear el televisor contra la pared, pero en lugar de eso, salí, tratando de mantener la calma, pasando por delante de Blake y Luke, que obviamente se estaban preguntando qué demonios estaba pasando. Amber y Ryan estaban cerca de los ascensores con Jeremy, Maddox y Wes, que estaban preocupados por Jeremy. Tenía mejor aspecto, pero aún no estaba bien.

—¿Estás listo? —pregunté. Jeremy asintió, así que pulsé el botón del ascensor.

—Oh —dijo Ryan—. ¿Conseguiste tu teléfono? Al parecer, limpiaron los de todos. No encontraron nada.

—No lo quiero —respondí mientras se abrían las puertas del ascensor. Tomé el brazo de Jeremy y lo acompañé al interior.

—Jer, pórtate bien —dijo Maddox. Luego me miró a mí—. Cuida de él. Pasaremos por allí más tarde.

Asentí mientras las puertas se cerraban. Jeremy se apoyó fuertemente en mí, con la frente apoyada en mi hombro.

—Lo siento mucho.

—Está bien —dije besando el lado de su cabeza—. La reunión ya ha pasado. —Le froté la espalda—. ¿Te sientes bien?

Asintió.

—Cansado. Y avergonzado.

—Cariño, tienes que comer.

Se congeló antes de apoyar su frente en mi cuello, hundiéndose un poco más en mi abrazo.

—¿Acabas de llamarme cariño?

—Creo que lo hice. Lo siento.

Se echó hacia atrás y sonreía, pero por Dios, parecía cansado. Las puertas del ascensor se abrieron y, al ver que el aparcamiento estaba despejado, lo guió hasta su Jeep. Le abrió la puerta y lo ayudó a subir antes de sentarme al volante.

Tío, ojalá no hubiéramos conducido hoy. *Una furgoneta con conductor sería ideal ahora mismo.*

Puse el Jeep en marcha y subí a la planta baja. Había tanta gente esperando alrededor de la salida, que los policías estaban haciendo control de multitudes. Por suerte, despejaron la entrada, pero aun así daba mucho miedo.

No estaba entrenado para conducir en situaciones de aglomeración como ésta, con los paparazzi empujando sus cámaras hacia las ventanas y el parabrisas del Jeep.

—Dios mío, ¿alguna vez se rendirá esta gente? —murmuró Jeremy.

—Aparentemente no.

Pasamos sin atropellar a nadie, y no perdí de vista el espejo retrovisor para asegurarme de que no nos siguieran. No es que supiera qué esperar... no era como en las películas.

El coche estaba en silencio. La ausencia de teléfonos significaba que no había música, y Jeremy había apagado la radio, lo que probablemente era bueno. Estaba destinado a ser noticia.

Se quedó sentado sosteniendo su segunda botella de zumo, dándole vueltas como si le diera algo que hacer con las manos. El tráfico era una mierda, como siempre. Al menos mi ritmo cardíaco había vuelto a la normalidad.

—Te agradezco mucho que hagas esto —dijo después de un rato.

—¿Llevarte a casa?

—Y cuidar de mí antes.

—De nada.

—Y cómo vas a acostarte en el sofá conmigo.

Miré hacia él.

—¿En serio?

Asintió.

—Y tomarás una siesta conmigo. Me frotarás círculos en mi espalda. Tal vez beses mi cabeza una o dos veces.

Me reí.

—Estoy bastante seguro de que puedo hacerlo.

Volvió a quedarse callado durante un rato, pero luego se giró en su asiento para mirarme, con la cabeza apoyada en el reposacabezas. Parecía cansado, sí, pero también tranquilo.

—Hoy fue el primer día que creo que consideraré seriamente irme.

Lancé una mirada entre él y el tráfico lento y de vuelta a él.

—¿Irte?

—Atrous. Platinum. —Frunció el ceño—. Quiero decir, he considerado irme antes. En realidad lo había pensado hacía un tiempo. Pero hoy... fue distinto. Pensé que podía dejarlo de verdad.

Me acerqué y tomé su mano.

—Jeremy, ¿no será por mí? Si Arlo Kim va a despedirme, esa no es una razón para disolver la banda. Lo que hice hoy fue...

—¿Fue qué? ¿La respuesta perfecta? Que se joda ese tío por cargar contra ti. Y por gritar tu antiguo nombre. Que se joda.

—Probablemente podría haberlo manejado mejor. Estaba enfadado contigo por pensar que podías salir a la prensa sin mí. O sin ninguna seguridad, para el caso. Ya estaba al borde, y eso no era bueno. Entonces vi a ese tipo viniendo hacia nosotros, y necesitaba mantenerte a salvo.

—Te dije que me iba a convertir en un objetivo.

—Sí, bueno, lo hiciste.

—Siento que se haya convertido en toda una escena y que tu secreto esté en todas las noticias. Eso es culpa mía. Lo siento mucho, Steve. Si no

hubiera salido, nada de esto habría pasado. Se suponía que yo era el objetivo, no tú.

Le di un apretón de manos y suspiré.

—Si no hubieras salido y creado toda esta cadena de acontecimientos, quizá nunca hubiéramos encontrado la correlación entre Jacqueline Sosa y Chase Hystek.

—Dios, tu cara cuando te dijeron que...

—Pensé que iba a vomitar. La idea de que alguien intente hacerte daño por mi culpa me hace sentir mal.

—No es tu culpa. Si ella es mentalmente inestable o si él la está manipulando de alguna manera para atacarnos, entonces eso es culpa de ellos. No tuya. —Dio un sorbo al zumo—. Y no, no me planteé dejar Platinum porque Arlo estuviera a punto de despedirte. Bueno, en parte. Es porque no nos escucha. No es... No lo sé. Las cosas son diferentes ahora. La banda es diferente. No somos esos chicos jóvenes que necesitaban orientación. Ahora tiene bandas más jóvenes que puede manipular y controlar. No puede controlarnos como antes. Maddox se va a casar, si es que alguna vez eligen una fecha. Wes y Amy probablemente serán los siguientes. Y ahora Luke está saliendo con esa chica de Cyko. No puedo recordar su nombre.

—Vana.

Se quedó boquiabierto.

—¿Sabes sus nombres? Y tenías su calendario en tu escritorio. Steve, ¿hay algo que deba saber? ¿Eres un groupie secreto de Cyko?

Puse los ojos en blanco.

—No. Sólo recuerdo lo que dijo Luke.

Sonrió, pero luego estudió nuestras manos unidas durante un rato.

—No somos lo mismo. Atrous no es la misma banda. Tenemos vidas fuera de la banda por primera vez. Y yo estaba cabreado por eso. Al

principio. No quería que las cosas cambiaran. Pero ahora, creo que tienen que hacerlo.

Vale, guau.

—A veces el cambio es necesario para crecer —ofrecí.

—Es cierto. Y a veces es la misma ficha de dominó la que lo deshace todo. —Ahora sonrió con tristeza—. Hoy hubo una verdadera desconexión con Arlo Kim. Al menos para mí. No me gustó lo que vi. No me gustó el hombre que vi hoy. Ese lado de él no es con el que quiero trabajar. Y he estado pensando mucho sobre dónde están las cosas con la banda y lo que quiero en el futuro. Todos lo hemos hecho. Hemos hablado de ello, pero siempre estábamos muy inseguros. Y por primera vez, no sé... Ya no estoy tan inseguro.

Mal. Dita. Mierda.

Realmente estaba considerando tirar del cable del enchufe.

—Se podría pensar que estoy triste —añadió en voz baja—, cuando pienso que el camino de Atrous puede estar terminándose. Y es triste. Pero honestamente, estoy más aliviado.

Se frotó el pulgar sobre el tatuaje del triángulo de su muñeca. Cada uno tenía un tatuaje de triángulo, partes separadas que formaban el pentágono que era el logotipo de Atrous.

—No lo sé —susurró.

Conduje el coche a lo largo de la sinuosa y tranquila calle que atraviesa las puertas de la comunidad y las segundas puertas de su casa, pensando en lo que acababa de decir. El peso de ello, la seriedad de ello.

—¿Le has mencionado esto a Maddox?

Negó con la cabeza.

—Todavía no. Necesito tenerlo claro antes de decírselo. ¿Quién sabe? Puede que me sienta mejor sobre todo cuando toda esta mierda haya terminado. No sé.

Aparqué el Jeep y apagué el motor.

—Necesitas descansar. Seguro que hay un sofá con mimos y besos en la frente esperándote.

Sonrió.

—Y una siesta.

Iba a añadir, *y comida sana, y una visita del equipo técnico del FBI, y Maddox y Roscoe, y una visita a domicilio del Dr. Hardwick*, pero pensé que eso podía esperar un poco.

—Entremos.

Jeremy fue directo al sofá y se dejó caer en él como una marioneta con las cuerdas cortadas. Gimió y acarició el cojín.

—Steeeeeve.

Sonriendo, me senté a su lado y me atrajo para que me tumbara con él. Casi lo levanté y lo hice maniobrar para que quedara bien arropado a mi lado.

—¿Así está mejor?

Se rio y colgó su pierna sobre mi cadera.

—Mucho.

Me aparté lo suficiente para poder ver su cara. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa en los labios. Pero tenía ojeras y era fácil perderse en lo guapo que era, pero hoy había tenido un buen susto de salud.

Necesitaba descansar, y necesitaba que le dejara dormir. No que lo mirara fijamente. No importaba lo bien que se sintiera tenerlo contra mí, mis brazos alrededor de él, su pierna sobre mi cadera.

Se sentía aún mejor cuidarlo para que estuviera a salvo.

Le dibujé círculos en la espalda y le besé el costado de la cabeza, como él quería, y se durmió. Durante una hora quizás. Incluso logré dormitar un poco...

Hasta que escuché un ruido hacia el frente de la casa en la puerta.

—¿Steve? Somos nosotros. No hace falta que vengas a golpearlos.

Maddox.

Lo ideal hubiera sido alejarme lo más rápido posible para no ser sorprendido en ninguna posición comprometida. Me chocaba el instinto, sobre todo porque estaba de espaldas a la habitación.

Pero estos eran Maddox y Roscoe.

Y Jeremy estaba profundamente dormido.

—Oye —dije acariciando el lado de la cabeza de Jeremy—. Despierta.

Refunfuñó algo y suspiró, justo cuando entraron Maddox y Roscoe.

—Os dais cuenta de que ninguno de los dos tiene teléfono... —Maddox se detuvo al vernos.

Me llevé el dedo a los labios en señal de silencio.

—Aww, ¿está durmiendo? —Maddox se acercó y arrulló—. Que bonitos os veis juntos.

Jeremy, todavía con los ojos cerrados, sacó el dedo corazón. Maddox se rio.

Bien, entonces Jeremy estaba despierto. Traté de liberar mi brazo, pero él refunfuñó un poco más.

—Sólo quiero dormir. —Se sentó de mala gana y yo también lo hice. Miró fijamente a Maddox—. ¿Qué coño quieres?

Maddox resopló.

—No teníamos forma de contactar con vosotros. Ambos se deshicieron de sus teléfonos.

—Por una buena razón —dijo Jeremy.

—Hardwick estará aquí en diez minutos —dijo Maddox—. Pensamos en venir a advertirte en caso de que estuvieras enloqueciendo.

Jeremy casi sonrió.

—Debería ser tan afortunado.

—Robbie está en el frente —agregó Roscoe—. Le pedí que esperara a Hardwick y que lo dejara entrar.

—Arlo Kim ha estado tratando de llamarte —dijo Maddox—. Lo de no tener teléfono lo tiene preocupado, creo. No pueden contactar contigo y no

están acostumbrados a eso.

Jeremy se encogió de hombros.

—Los técnicos también llegarán pronto —dijo Roscoe.

Jeremy suspiró y le di una palmadita en la pierna.

—¿Qué tal si te preparo algo decente para comer?

Roscoe me siguió a la cocina, dando a Maddox y Jeremy algo de privacidad.

—¿Cómo está? —preguntó Roscoe en voz baja.

—Cansado.

—Maddox está preocupado.

—Yo también.

—Estuvo actuando de forma extraña todo el día. —Luego suspiré—. Pero además, la última semana ha sido... rara. Su nivel de azúcar en la sangre bajó demasiado hoy.

Preparé unos sándwiches y corté una manzana. Roscoe me observó.

—Por si sirve de algo —dijo—. ¿Qué apuntaras a la pantalla de televisión, a la cara de esa mujer? Cuando te fuiste, Arlo Kim perdió la cabeza con Zielinski. Lo hizo quedar como un imbécil delante de todos. Dijo que los hiciste quedar a todos como idiotas.

Resoplé.

—Se hicieron ver como idiotas.

—Maddox está realmente enfadado con Arlo Kim —murmuró.

—No es el único. —Cogí una botella de agua de la nevera—. ¿Quieres una?

Roscoe negó con la cabeza.

—No, gracias. ¿Cómo estás, Steve? Maddox me dijo que la reunión de hoy fue intensa.

Eso me hizo sonreír.

—Se podría decir que sí. Hoy iban a despedirme sin duda. Estoy... Estoy bien. Sólo estoy... —Joder. Esperando que las ruedas se caigan—. Estaré

mejor cuando sepa que él está bien.

—Ah, ¿toc, toc? —Robbie llamó—. ¿Jefe?

—Hola, doc —oímos decir a Maddox.

Saqué el plato y la botella. Robbie sonrió al verme. La verdad es que echaba de menos al grandulón. El doctor Hardwick se había centrado en Jeremy y estaba inspeccionando la herida de la cabeza.

—Jeremy —dije suavemente—. Aquí tienes algo para comer. —Luego le hice un gesto a Robbie—. Iré a buscarte en unos minutos.

—Claro que sí —dijo y volvió por donde había venido.

—Iré con él —dijo Roscoe siguiendo a Robbie.

—Antes de que comas eso —dijo Hardwick—. Tengo que pincharte para hacerte una prueba.

—Ya me han puesto a prueba bastantes capullos hoy —bromeó.

—¿Dónde está tu medidor de glucosa?

Jeremy se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¿Cuándo fue la última vez que lo usaste? —Jeremy hizo una mueca y Hardwick suspiró—. Jeremy.

—Lo siento. —No parecía especialmente arrepentido, pero le tendió la mano a Hardwick. Tenía un pequeño aparato negro que reconocí como un medidor de glucosa en sangre.

—¿Se supone que debe usar uno de esos? —pregunté.

Hardwick me dirigió una mirada severa.

—Sí. Él sabe cómo funciona.

Miré fijamente a Jeremy.

—Nunca me dijiste nada de eso.

Jeremy suspiró pero no dijo nada, y en cuanto Hardwick le pinchó el dedo y obtuvo su muestra de sangre, Jeremy mordió el sándwich.

—¿Cuánto tiempo estuviste sintiéndote mal antes de la crisis? —preguntó Hardwick.

—A media mañana —respondió—. Me he sentido un poco mal todo el día. Mareado, con un poco de náuseas. No puedo concentrarme muy bien. Estoy muy cansado, doc.

El aparato emitió un pitido y Hardwick frunció el ceño.

—No me sorprende, Jeremy. Esto es demasiado bajo.

—No debería ser. Me tomé una botella de zumo. No sé, ¿hace una hora, tal vez?

Asentí.

—Nunca me dijiste que no te sentías bien.

Masticó su bocado y lo tragó con un sorbo de agua.

—No quiero que nadie se preocupe.

Quería tirarme de los pelos.

Maddox apretó la pierna de Jeremy.

—Amigo. Tienes que decírnoslo.

—¿Qué hiciste ayer? Las reacciones retardadas no son raras. ¿Entrenamiento, coreo, algo vigoroso?

Oh, no.

Jeremy me miró antes de sonreír a Hardwick.

—Eh. Tuve mucha gratificación física ayer...

Quería morir.

Maddox resopló. Hardwick suspiró.

—¿Cuánto?

—Cuatro veces.

—¿Cuatro veces? —gritó Maddox. Me miró fijamente, con la boca abierta—. *Dije poco a poco.*

Hardwick nos ignoró y tomó la presión arterial de Jeremy, luego escuchó su corazón. Le iluminó los ojos con una linterna e hizo todas las pruebas habituales. Quince minutos después de la primera prueba de sangre, hizo una segunda.

—Tu lectura no está saliendo como debería.

—Lo hará.

Hardwick negó con la cabeza.

—Esta vez no.

—Puedo arreglarlo comiendo, como suelo hacer. Simplemente no he comido. No es gran cosa. Una buena comida y un poco de sueño me arreglarán.

—Antes se podía nivelar con la comida —dijo Hardwick—. Pero cada vez es más frecuente. ¿Son dos o tres veces esta semana? Un día de alcohol ciertamente no habría ayudado. Cuando te caíste en la piscina, ¿te desmayaste por el alcohol o fue por el azúcar en sangre?

Frunció el ceño.

—Tropecé.

—Hm. —Hardwick dudó moviendo su cabeza—. De todos modos, los bajones solían ser una vez cada dos meses. Este aumento es motivo de preocupación.

—Ha sido una semana de mierda.

—¿Y desde cuándo te sientes mal? ¿Desde cuándo has notado realmente que necesitabas comer más, te has mareado, las náuseas? Nada de tonterías. Dime la verdad.

Jeremy no respondió.

—¿Semanas? ¿Meses?

Puso los ojos en blanco pero asintió levemente.

Maldita sea, Dios mío.

—Jeremy, voy a pedirte una cita para que veas al especialista en diabetes —dijo Hardwick—. Es una clínica privada. El mejor endocrinólogo de Los Ángeles.

—No necesito...

—Jeremy —soltó como un padre cabreado—. No estoy bromeando. Esto es serio. —Contó con los dedos—. Fallo cardíaco, derrame cerebral, fallo renal, coma, muerte. Elige una. ¿O prefieres una disfunción eréctil?

Jeremy se frotó los ojos.

—Joder. ¿Cuándo se supone que tengo que hacer eso? ¿Cuánto tiempo lleva? Volvemos a estar a tiempo completo esta semana.

Hardwick no se dejó impresionar.

—No lo estás. Sin agenda, sin ejercicio, sin alcohol. Con efecto inmediato, Jeremy, estás de baja médica.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VEINTE

EL EQUIPO Técnico del FBI llegó mientras Hardwick organizaba la cita de Jeremy con el especialista. Volvimos a cambiar todas las contraseñas y realizaron todo tipo de pruebas para ver si alguien extrayendo datos o espionando a través de los firewalls y un montón de otras palabras técnicas que no pretendía seguir. Dieron el visto bueno al sistema de seguridad de las cámaras y eso debería haber sido un alivio, pero yo seguía sin sentirme mejor al respecto.

Entonces apareció Ryan y la casa, a pesar de lo grande que era, se estaba llenando un poco.

Jeremy estaba sentado en el sofá, con aspecto de estar abrumado y agotado. Maddox estaba a su lado, por supuesto.

—Hola, Jer. Dios, es un circo a las puertas de la casa —dijo Ryan, sentándose en el sofá de enfrente. Sacó un flamante teléfono, todavía en su caja sellada—. Ambrose quería...

—Me importa una mierda lo que quiera —murmuró Jeremy—. Dámelo y lo tiraré a la piscina con el otro.

Ryan levantó las manos en señal de rendición.

—Sólo tenía que dártelo. Lo que hagas con él depende de ti.

Hardwick colgó su llamada telefónica y se sentó en la mesa de café frente a Jeremy.

—Bien, ya está todo listo. Y acabo de decírselo a Ambrose, lo que ha ido tan bien como podrías imaginar. —Suspiró—. Te ingresarán mañana a las diez de la mañana. Pasarás la noche, como mínimo, así que haz la maleta. Estaré aquí a las nueve para recogerte y llevarte.

—Espera —dijo Ryan—. ¿A dónde va?

Hardwick le dirigió una mirada dura y certera.

—Está de baja médica.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Ryan.

La respuesta de Hardwick fue corta y muy tajante.

—Hasta que yo diga, así será. Ryan, si no tienes ninguna razón oficial para estar aquí, puedes irte. Lo siento, pero voy a usar lo del rango. —Luego lanzó una mirada a los dos técnicos—. Cualquiera que no necesite estar aquí puede irse. Se supone que él debe descansar.

Ryan y los dos técnicos parpadearon, atónitos.

Sonreí.

Me gustaba mucho Hardwick.

Los técnicos terminaron de todos modos, pero empacaron y se fueron. Roscoe acompañó a Ryan a la salida.

El médico cogió la mano de Jeremy y le hizo otra prueba de pinchazo.

—Dios, me cabrea cómo todo el mundo se cree con derecho a un trozo de vosotros, chicos —murmuró tanto a Jeremy como a Maddox. Suspiró de nuevo, aunque sonó más como un gruñido—. Lo siento.

—Está bien, doc —dijo Jeremy—. A mí también me molesta.

Maddox resopló.

—Malditamente igual.

—¿Qué dijo Ambrose? —preguntó Jeremy.

Hardwick puso los ojos en blanco, pero el aparato emitió un pitido. Leyó la pantalla.

—Vale, así está mejor.

¿Quién se queda contigo esta noche? —Miró expectante a Maddox.

Maddox asintió hacia mí.

—Steve.

Hardwick se volvió hacia mí.

—Muestra de sangre cada hora. Anota todo lo que come y bebe, y las horas exactas. Debe comer cada dos horas.

—De acuerdo.

Jeremy suspiró y se dejó caer en el sofá.

—Odio esto.

Hardwick dio unas palmaditas en la rodilla de Jeremy antes de empezar a preparar su maletín.

—Estarás bien. Te veré mañana a las nueve.

—Vamos —dijo Maddox, poniéndose de pie. Tiró de Jeremy para que se pusiera en pie—. Te voy a llevar a la cama. No es el hombre que quieres, pero es una pena. —Se detuvo y me miró directamente—. Y para que los dos sepáis, cuando el médico dice que no hay que hacer ejercicio, también quiere decir que no hay que tener sexo. ¿Cuatro veces? Maldita sea.

Jeremy le empujó el hombro.

—Vete a la mierda.

Intenté no morirme y fingí que Hardwick no juntaba las piezas.

—Te acompaño a la salida —dije.

No dijo nada hasta que llegó a su coche.

—Lo que dijo Maddox es correcto. Nada de sexo —dijo.

—Sí. Lo entiendo. Gracias. Todo bien. —Le hice un gesto de despedida—. Jesús.

Roscoe lo captó todo, por supuesto.

—¿Todo bien?

—Sí. Sólo... vergonzoso.

Se rio.

—Oh. *Esa* conversación. He estado allí, he hecho eso.

—¿Estás bien, jefe? —preguntó Robbie.

Le dediqué una sonrisa.

—Sí. ¿Qué tal si entramos?

Nos sentamos a la mesa del comedor. La casa seguía un poco oscura, pero al menos estaba tranquila.

—Los chicos están en la habitación de Jeremy —dije bajando la voz—. ¿Cómo estaba Ryan cuando se fue?

—Eh, un poco enfadado —respondió Roscoe.

—No sé lo que Ambrose le dijo a Hardwick por teléfono, pero lo cabreó. —Suspiré—. Aparentemente ha sido un día para desarrollar ese sentimiento.

Robbie me sonrió.

—No sé qué pasó en esa reunión jefe. Pero ese idiota que derribaste en el vestíbulo se lo merecía. Tuvo suerte de que eso fuera todo lo que le hiciste, y oí que Luke y Blake se lo dijeron a Ambrose también.

—¿Me defendieron?

Un destello de confusión cruzó su rostro.

—Por supuesto que sí. Le dijeron que no querían a nadie más a cargo de la seguridad.

—Maddox también lo hizo —dijo Roscoe—. No te sorprendas tanto, Steve.

Suspiré.

—Iban a despedirme hoy. De verdad. Y luego tener mi pasado en las noticias... Apuesto a que las noticias y los troles en línea están teniendo un día de campo.

Roscoe hizo una mueca.

—Bueno, sí, es grande. Pero Steve, hay muchas voces positivas por ahí. Más que las negativas. Los fans te defienden y te dan las gracias por mantener a Jeremy a salvo. Saben que es tu trabajo y qué harías cualquier cosa para protegerlo. Están cantando tus alabanzas ahora mismo.

—Ese tipo no iba detrás de Jeremy. Iba detrás de mí. —Murmuré—. Bueno, apuesto a que le pagaron para que viniera a por mí. No era rival para mí, y Jacqueline Sosa estaba viendo cómo se desarrollaba todo. Apostaría cualquier cosa a que ella pagó a un hombre cualquiera para hacerlo.

—¿Por qué? —dijo Robbie—. ¿Sólo para ver qué harías?

—Gritó mi nombre. Mi antiguo nombre. Me estaba exponiendo.

—¿Pero, para qué? —preguntó.

—Para crear un circo mediático —dijo Roscoe encogiéndose de hombros—. Para mantenernos haciendo malabares con todas las pelotas que podamos. Seguro que en algún momento se nos cae una.

Me encontré con sus ojos.

—Tal vez.

—Divide y vencerás —dijo Robbie.

Asentí.

—Eso parece. —Volví a suspirar—. No he sido el mejor jefe o gestor de seguridad esta última semana. Ni siquiera tengo teléfono. Espero que todos sepan que no los he abandonado. Sólo he estado... concentrado en Jeremy hasta ahora.

Robbie negó con la cabeza.

—Estamos bien, jefe. Sabemos lo que tenemos que hacer. Y, sinceramente, vamos de su casa a la oficina y de vuelta a casa. No ha habido eventos ni viajes. Ha sido fácil.

—No sé si la agenda volverá a cambiar esta semana —admití—. Se supone que mañana tendremos esa entrevista. Jeremy está definitivamente fuera. Pero todavía podrían querer que los otros cuatro sigan adelante con ella. Dudo que me avisen de todos modos... aunque tenga un teléfono. Probablemente me encontraré con unas vacaciones recomendadas si no me despiden. —Volví a suspirar—. En cualquier caso, Ambrose o Arlo tendrán que venir a decírmelo personalmente. No tener un teléfono ahora mismo no es lo ideal, lo sé. Lo siento.

—Lo del teléfono fue raro hoy —dijo Roscoe—. Cómo los cogió el FBI.

Quería despotricar sobre el maldito intercambio de teléfonos pero no quería que pensarán que estaba paranoico. *Tal vez estaba siendo paranoico, pero...*

—No sé en quién confiar —admití—. Nada de lo que ha sucedido últimamente me dejaba tranquilo. Hoy sentí como si me hubieran entregado un dispositivo de rastreo. Y Jeremy ya tiene bastante de qué preocuparse en este momento sin la mierda que Arlo Kim hizo hoy. No sé en qué estaba pensando...

—¿Como si supiera más de lo que dice? —preguntó Robbie.

Roscoe y yo lo miramos fijamente.

—Ha habido susurros. —Robbie se encogió de hombros—. Nada directo, sólo que hoy parecía todo secretismo, ya sabéis, las miradas reservadas. Normalmente no es así. Sólo se siente... diferente.

Asentí.

—Pensé que era sólo yo.

—Definitivamente, no sólo tú —dijo Roscoe, luego gimió y sacó su teléfono del bolsillo. Había unas cuantas notificaciones de mensajes en su pantalla—. No ha parado. —Leyó los mensajes—. La entrevista de mañana está cancelada, en vista de la cita médica de Jeremy. Se espera a los otros cuatro chicos en las oficinas para las fotos de concepto y las pruebas de diseño, a partir de las nueve.

Ambas cosas que Jeremy podría perderse sin demasiados problemas.

—Bueno, es inteligente dejar cualquier cosa relacionada con la prensa —dije—. Una entrevista con la *prensa* ahora mismo no sería buena. Especialmente después del discurso improvisado de Jeremy hoy. Y luego mi imitación de Hulk. Apuesto a que a los sitios de noticias y medios sociales les encanta. Dios. No es de extrañar que Arlo quisiera despedirme. —Me froté la sien—. Probablemente me despediría a mí mismo.

Roscoe se rio, pero entonces Maddox apareció en el pasillo que llevaba a la habitación de Jeremy.

—¿Steve?

Me puse en pie y me acerqué a él.

—¿Qué pasa?

Maddox negó con la cabeza.

—Nada. Está casi dormido pero quiere verte.

—Oh, claro.

Maddox me entregó su teléfono.

—Sé que no quieres esto, y Jeremy ciertamente no, pero necesito que te lo quedes.

—Maddox...

—¿Y si hay que llamar a una ambulancia? ¿Y si hay algún tipo de emergencia? Por favor. No por otra razón que no sea él. —Tragó con fuerza—. Me sentiría mejor.

Joder. Cuando lo decía así. Tomé el teléfono.

—No hay nada ahí, realmente —dijo—. Nada que no dejaría ver a Jeremy, de todos modos. Y este es *mi* teléfono, así que si alguien está escuchando o lo que sea, pensará que soy yo. No tú o él.

Asentí.

—Gracias.

Me miró a los ojos y había algo profundamente triste en los suyos. Tuve que preguntarme de qué habían hablado para que tuviera ese aspecto. Tal vez sólo estaba preocupado...

—Me voy a ir —dijo—. Déjalo que duerma un poco.

—De acuerdo. No vamos a ninguna parte. Hasta mañana, claro.

Maddox asintió.

—Cuida de él.

La forma en que lo dijo sonó como si estuviera entregando a su mejor amigo. Me tomó un segundo encontrar mi voz.

—Por supuesto.

No me imaginaba el cambio de comportamiento de Maddox porque, por lo preocupado que estaba, Roscoe también lo notó claramente. Pero los vi salir, cerré detrás de ellos, reinicié los códigos de seguridad y subí corriendo a la habitación de Jeremy.

Estaba tumbado encima de las sábanas y sus ojos se abrieron lentamente cuando entré.

—Hola, desconocido —dijo con voz suave. Frunció el ceño y su barbilla se tambaleó—. Me vendría bien un abrazo ahora mismo, si te parece bien. ¿Puedo pedirte un abrazo? Ni siquiera sé...

Me desplacé sobre la cama y le abracé con fuerza. Él me abrazó con la misma fuerza.

—Por supuesto que puedes pedirlo —murmuré besando el lado de su cabeza—. Sólo tienes que decir la palabra y estoy aquí.

Asintió en mi cuello.

—Gracias. —Suspiró y me apretó más—. ¿Qué somos, Steve? ¿Qué es esto?

Me quedé helado y el corazón me patinó en el pecho.

—No lo sé —respondí con sinceridad. Me aparté y le acaricié la mejilla, nuestras narices casi se tocaban—. No sé cómo llamarlo. No sé qué quieres de mí, pero lo que quieras, lo que necesites, aquí estoy.

Sus ojos estaban vidriosos.

—Steve...

—¿Qué pasa, cariño?

Se rio pero se le saltaron las lágrimas.

—Nunca he tenido a nadie... Nadie me había llamado nunca cariño. Solía molestar a Maddox cuando Roscoe le llamaba cariño o nene, pero ahora lo entiendo. Se siente increíble.

Barrí su mejilla con el pulgar y lo besé suavemente.

—Cariño.

Cerró los ojos.

—Yo tampoco sé cómo llamar a esto. Pero sé que te necesito y te quiero cerca. Todo el tiempo. Me siento seguro contigo. —Abrió esos ojos azules y me miró fijamente en la profundidad—. Todo es una mierda ahora mismo. Todo menos tú. No lo entiendo, y he dejado de intentar entenderlo. Me haces sentir cosas... Ni siquiera sé cómo darle sentido. Sólo quiero estar contigo.

Oh, Dios mío.

—Yo también quiero estar contigo. Tú también me haces sentir cosas. Cosas que no he sentido en mucho tiempo. Cosas que nunca pensé que volvería a sentir.

Asintió, pero su rostro se compungió y se le escapó una lágrima.

—Jer —susurré—. ¿Estás bien?

Negó con la cabeza y cayeron más lágrimas.

—Le dije a Maddox que quiero irme. De la banda. He terminado.

CAPÍTULO VEINTIUNO

—NO QUIERO QUE ME ODIEN —dijo cayéndole nuevas lágrimas—. Son mis hermanos, mi familia.

Le acaricié la mandíbula.

—Nunca podrían odiarte. Te aman.

Mostró su muñeca, el tatuaje de Atrous. Pasó el pulgar por encima.

—Siempre dijimos que seríamos los cinco o ninguno. Esa era la regla. Si alguien quería salirse, eso era todo. Atrous se acabaría. Siempre se suponía que iba a terminar así. Sólo que no pensé que sería yo. —Negó con la cabeza—. *Nunca* pensé que sería yo.

Lo atraje y lo abracé con fuerza.

—Está bien, cariño. Se te permite hacer lo que es correcto para ti.

—Pero no somos sólo nosotros —murmuró en mi camiseta—. ¿Qué pasa con todos los demás? Didi y Amy y todas las chicas de maquillaje, vestuario, los roadies. Dios, Roscoe, Ryan y Amber. ¿Y tú y tu equipo? —me miró—. ¿Y tú?

—No puedes preocuparte por nadie más —susurré—. Todos los demás son empleados de Platinum. Empezarán a trabajar con otra banda.

—¿Realmente crees que Roscoe manejaría a alguien más que a Maddox? ¿Pasar dieciséis horas al día con otra persona? ¿Crees que

Maddox dejará que eso ocurra? Cristo, no es de extrañar que estuviera enfadado conmigo.

—No está enfadado contigo. Está preocupado. Te quiere. Así que habrá cambios. Gran cosa. Maddox y Roscoe son sólidos como una roca. Lo solucionarán. —Le besé la punta de la nariz y le acaricié un lado de la cara—. ¿Te sientes un poco mejor ahora que se lo has dicho?

Jeremy suspiró.

—Siempre hemos hablado de cuándo o si ocurriría. Pero cuando empecé a pensar en ello, de verdad, fue horrible. Me parecía inevitable y seguía ignorándolo, esperando que desapareciera. Pero cuando empecé a pensar seriamente en ello, y con todo lo que estaba pasando, fue un alivio. Como si me hubiera quitado un peso de encima. Y no se lo iba a decir todavía. Quería pensarlo un poco más, pero estábamos hablando y me preguntó... sobre lo que quería contigo, y sobre Arlo, y se lo dije. Hace tiempo que quería decírselo. —Suspiró profundamente—. Creo que me siento mejor. Hasta que empecé a pensar en los efectos secundarios. Dios.

—No puedes estresarte por los “y si” y los “quizás”. Tienes que hacer lo que es correcto para ti.

—¿Qué hay de lo que es correcto para ti? ¿Qué vas a hacer? —Los ojos de Jeremy eran amplios y suplicantes. Incluso un poco asustados—. ¿Pasarás dieciséis horas al día con alguien nuevo? ¿Te irás de gira por el mundo durante meses con alguien nuevo? —Se le volvieron a saltar las lágrimas—. Joder, lo harás. Steve, no sé... No sé cómo me siento al respecto. No quiero que pases todo tu tiempo con alguien nuevo. Recién comenzamos a estar juntos. Joder, he desperdiciado mucho tiempo.

Lo atraje para darle un beso.

—No has desperdiciado nada. Jeremy, no puedes estar estresado por nadie más. No es culpa tuya. Si Atrous ya no existe y la gente tiene que cambiar su situación laboral, que así sea. Eso no es culpa tuya. —Pasé mi mano por su cabeza afeitada—. Y parece que te olvidas de que mi empleo

en Platinum estaba a punto de terminar hoy. Probablemente ya haya acabado, y sólo están esperando para decírmelo.

Sus cejas se juntaron.

—Si Arlo Kim te despide, tendrá un día espectacularmente malo.

Sonreí y le besé de nuevo.

—Cariño, por favor, no te preocupes por nadie más en este momento. Preocúpate sólo por ti. Oh, eso me recuerda... Tengo que coger tu medidor de glucosa.

Gimió su desaprobación cuando me desenvolví de su agarre, y refunfuñó cuando salí corriendo de la habitación. Estaba mirando al techo, con los brazos abiertos, cuando volví. Me tendió el dedo.

—Vampirízame.

Sonriendo, me senté en el borde de la cama. No estaba seguro de cómo usarlo. Lo había visto hacer, pero nunca lo había hecho yo.

—Ahora es un buen momento para aprender —me dijo, y luego me guio durante el proceso. Era sencillo y rápido. Su lectura era buena, por suerte.

—¿Cómo te sientes?

—Me siento... cansado. Estoy agotado. —Volvió a abrir los brazos—. Me sentiría mucho mejor si estuvieras aquí.

Subí a la cama y me acosté de nuevo a su lado. Puso su cabeza en mi pecho y comencé a dibujar patrones en su espalda.

—Maddox sugirió que fuésemos a las cabañas, todos nosotros, cuando saliera de esta estúpida cárcel médica. Supongo que tenemos que hablar de todo.

En los dos últimos años, cuando pasaban tiempo en las cabañas alrededor de la hoguera y en el estudio de grabación que construyeron, siempre volvían recargados y con sus amistades renovadas.

—Me parece una buena idea.

—¿Vas a venir?

—Bueno, sí. Si esta mujer sigue suelta...

—No, no me refiero a como Steve el jefe de seguridad.

Quiero decir como Steve... conmigo. Mi Steve.

Mi mano se detuvo en su espalda.

Mi Steve.

Levantó la cabeza para mirarme.

—¿Está bien? ¿Demasiado? No sé...

Lo atraje para besarlo, inclinando su cabeza y abriendo su boca con la mía. Gimió durante el beso y arrastró su cuerpo hacia arriba para poder besarme más profundamente. Sus dedos encontraron mi pelo y yo bajé mis manos por su espalda, agarrando su culo.

El sonido que hizo fue obsceno.

Quería más, lo quería todo... hasta que recordé lo que había dicho Hardwick.

Maldito fuera.

Rompí el beso.

—El médico ha dicho que nada de sexo.

Se lamió los labios, con los ojos pesados.

—Es muy audaz por tu parte asumir que esto iba a ser así.

Me reí.

—Se supone que estás descansando.

—Estoy acostado. —Apretó su semi erección contra la mía. Siseé y nos pusimos de lado. Colocó su pierna sobre mi cadera, lo que no ayudó en absoluto. Pero cada centímetro de nosotros, desde las caderas hasta el pecho, estaba presionándose. Se retorció hasta que se sintió cómodo, con los brazos apretados a mi alrededor. Suspiró con fuerza y se relajó.

—¿Steve?

—Sí.

—Bésame hasta que me duerma.

Gemí, mi corazón se agitó en mi pecho. Pero hice lo que me pidió. Lánguido y encantador, lento y somnoliento. Un poco profundo, un poco

dulce. Sonrió mientras se dormía en mis brazos.

Tracé suaves patrones a lo largo de su cuero cabelludo, a lo largo de su mejilla, mi corazón latía más fuerte cuanto más lo observaba.

Estaba *muy* enamorado de él.

No había vuelta atrás para mí. Cuando le dije “lo que quisiera, lo que necesitara de mí”, no estaba bromeando. Haría, sería, lo que él necesitara.

No sabía cómo llamar a esto. No me gustaban las etiquetas. Pero él dijo que sentía cosas por mí, y yo le admití lo mismo. Fue una declaración en sí misma.

También la forma en que me abrazaba.

Así fue la forma en que lo besé, y así fue la forma en que se rindió a cada uno de mis besos.

Lo dejé dormir hasta que llegó la hora de otra lectura de la glucosa. Le besé la frente, los párpados y la nariz.

—Jeremy —murmuré.

Nada.

—Oye, cariño.

Apenas se movió.

—Oye, precioso.

Su ceja se movió.

—Oye, sexi. Quiero hacerle cosas a tu cuerpo. Quiero hacer que te corras toda la noche. Quiero producirte placer hasta que tu cuerpo no pueda más.

Sus ojos se abrieron.

Sonreí.

—Es una broma. Quiero decir, me encantaría hacerte esas cosas, pero realmente, necesito hacer otra lectura de glucosa.

Sus ojos se entrecerraron, su mirada somnolienta se transformó en una mirada fulminante.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—No podemos. No se nos permite. —Me reí—. Órdenes del médico.
Se apartó de mí rodando.

—Te voy a exigir eso. Todas esas cosas que dijiste. Las escuché.

Cogí el lector y una tira reactiva. Luego me subí a la cama y me senté a horcajadas sobre él. Tomé su dedo, ignorando cómo me miraba.

—¿Estás bien ahí?

Introduje su dedo en el dispositivo y lo presioné.

—Sí.

Cogí la tira y dejé que se filtraran las gotas de su sangre, luego la metí en el lector. Lo puse junto a nosotros en la cama, luego me incliné y lo besé.

—Espero plenamente que me hagas cumplir esas promesas. Cuando estés dispuesto, te haré esas cosas durante toda la noche.

Agarró mis caderas y se empujó contra mí.

—Estoy dispuesto a ello.

Casi me arde la sangre. Estaba a punto de reclamar su boca con la mía cuando el lector sonó.

Joder.

Ambos gemimos de frustración, pero él cogió la máquina y leyó los números. Frunció el ceño y me los mostró. Eran más bajos que antes. No eran peligrosamente bajos, pero había un descenso.

—Vamos —dije quitándome de encima de él. Le tendí la mano, que él tomó—. Vamos a merendar. Luego podemos preparar una cena temprana. Tal vez ver una película o algo divertido.

Se levantó y salió de la cama con algo de esfuerzo.

—¿Puede ser de categoría X?

Resoplé.

—Probablemente no sea una buena idea. No me opongo. De hecho, normalmente estaría a favor, pero el doctor Hardwick dijo que no. —Me dirigí a la cocina y saqué un recipiente con fresas y algunas galletas.

Jeremy tomó una fresa.

—Técnicamente, Maddox dijo eso. No el doctor.

—Hardwick me lo dijo cuándo lo acompañé a la salida. Delante de Roscoe. Fue horrible.

Jeremy se rio.

—Nada es privado en esta banda. ¿Así que Hardwick sabe... sobre nosotros?

—Conectó los puntos, sí. ¿Está bien?

Asintió.

—Quiero decir, Maddox lo sabe. Se lo diré a los demás. Si vas a subir a las cabañas conmigo, entonces lo sabrán con seguridad, supongo.

—¿Estás seguro de que estás preparado para eso? ¿Decírselo?

La esquina de su boca se curvó.

—Estarán tan sorprendidos como yo cuando me di cuenta de por qué estaba tan enfadado contigo.

—¿Enfadado conmigo?

—Sí. No tenías derecho a hacerme desearte. Honestamente, ¿por qué debía ser así?

Me reí.

—¿Debería lamentarlo? Porque para nada lo lamento.

Mordió otra fresa y no pude resistirme. Me incliné hacia él y lo besé, saboreando la fruta en sus labios.

Se quejó.

—Hacer cosas así no ayuda.

Me lamí los labios.

—Pero sabes tan bien.

Me cogió de la camisa y me hizo girar para que me apoyara en la encimera de la cocina. Se apretó contra mí y mordió una fresa. Dejó que sus labios recorrieran la forma, el jugo se acumuló en sus labios antes de que su lengua los barrierá. Me incliné para probarlo, pero se apartó.

—Oh. ¿Debería lamentarlo? Porque para nada lo lamento.

Gemí y tiré de sus caderas hacia las mías, dejándole sentir lo que me estaba haciendo.

—El doctor Hardwick está a punto de estar realmente decepcionado con nosotros.

Jeremy sonrió.

—Steve, nunca te imaginé como un rompe reglas.

Le hice una mueca.

—Se supone que estás en reposo.

—Entonces llévame a la cama. —Me cogió de la barbilla y me acercó para darme un beso salvaje y profundo. Luego susurró—: Sé que quieres hacerlo.

Gemí.

—Jeremy.

Dio un pequeño paso atrás, se desabrochó los pantalones y deslizó la mano dentro de los calzoncillos.

—Voy a quitarme la ropa. Puedes ayudar si quieres.

Joder.

Le arrebaté la mano y le arrastré hasta su habitación. Casi tropezó en las escaleras y se rio cuando lo empujé sobre la cama.

Su risa, su sonrisa, no tardaron en morir cuando metí su polla en mi boca. Su espalda se despegó de la cama, sus caderas se flexionaron y gimió mientras me tiraba el pelo.

Duró alrededor de un minuto.

Luego pasó unos minutos retorciéndose y gimiendo por el placer, sonriendo y carcajeándose.

—Maldita sea.

Me dejé caer en la cama a su lado.

—¿Quién se ríe ahora?

Resopló y, tras unos segundos, se puso de lado para mirarme.

—Tu turno.

Oh, Dios.

—Jeremy, no tienes que hacer eso. —Nunca había hecho esto antes...

Se subió encima de mí, descansando entre mis piernas, con su cara cerca de mi vientre.

—Quiero intentarlo.

La idea de que me chupara la polla hacía que mi cabeza girara a toda velocidad. Mi polla, ya dolorida, palpitaba.

—Quiero decir que no, pero...

Desabrochó el botón de mis vaqueros.

—¿Pero?

—Pero tú nunca...

Abrió la cremallera.

—Nunca he hecho nada de lo que hemos hecho. No con un chico.

—Jeremy.

Me bajó los calzoncillos y mi polla golpeó mi vientre.

—Hueles bien.

Sus palabras enviaron una ola de calor a través de mí.

—Oh, joder.

Se rio y su cálido aliento me bañó. Y luego me tomó en su mano, me masajeó un par de veces, y luego lamió un lateral de mi polla. Luego lo hizo de nuevo, esta vez con la lengua plana.

Y de nuevo, acariciando el frenillo con su lengua.

Cristo.

Se inclinó y sus labios se tragaron la cabeza de mi polla. Intenté mirar. Quería que se me grabara en el cerebro. Pero se sentía demasiado bien. Era demasiado hermoso... Jeremy. Jeremy me estaba haciendo una mamada.

Santo cielo.

Se apartó y se lamió los labios, acostumbrándose al sabor. Luego lo hizo de nuevo y le toqué el hombro.

—Estoy cerca. Dios, tan cerca.

Volvió a apartarse y rodeó su mano con la mía. Unas cuantas caricias me llevaron al límite. En un arrebato de placer y éxtasis, me corrí a chorros sobre nuestros dedos.

Desapareció en el cuarto de baño y volvió con un paño caliente y húmedo y una sonrisa bobalicona. Me lanzó el paño y luego se dejó caer en la cama a mi lado, riendo mientras se cubría la cara.

Me limpié, aunque mi camiseta estaba hecha un desastre.

—¿Qué es tan gracioso?

—Ah, mierda —dijo cubriendo su cara—. Acabo de chupar mi primera polla.

Me reí mientras me quitaba la camiseta y lanzaba ambas cosas hacia la puerta del baño. Me acomodé de nuevo en la cama.

—Es un honor.

—¿Fue terrible? ¿Fui un desastre?

Resoplé y tomé su mano.

—No, en absoluto. Lo hiciste muy bien. Acabo de limpiar lo bueno que resultaste en ello.

Se rio pero luego negó con la cabeza.

—Yo no... No lo hice bien. Gracias por advertirme. No estoy seguro de estar preparado para eso.

—Oye —susurré, apretando sus dedos—. No tienes que hacerlo nunca. Sin presión, nunca.

Se colocó una almohada bajo la cabeza y pareció contentarse con mirarme con una casi sonrisa perezosa.

—No llegamos muy lejos con la preparación de la cena.

—Has tenido un picoteo. ¿Te sientes bien?

Esa sonrisa perezosa se convirtió en una sonrisa.

—Me siento muy bien.

Me reí.

—Pero necesitarás comer.

—Sí, eventualmente.

—No tardaré en hacer la cena esta noche. ¿Qué te parece el salmón a la pimienta con limón y una ensalada?

—Depende. ¿Tengo que cocinarlo?

No pude evitar sonreírle.

—Puedes encargarte de buscarnos algo para ver en Netflix.

—Trato.

—Debería ponerme una camiseta —murmuré mientras me levantaba.

Me detuvo con:

—O no podrías.

Me encontré con su mirada.

—¿Por qué? —Estaba tan acostumbrado a ocultar mis cicatrices...

Paseó sus dedos por mi brazo hasta mi pecho.

—Me gusta esto. Nunca me había gustado un hombre sin camiseta. Quiero decir, he admirado, pero nunca he querido tocar el pecho de un hombre antes. No realmente. Y ciertamente no en mi cama, donde puedo simplemente tocarte. Tus músculos son... bueno, son sexis.

Por supuesto que no se fijó en mis cicatrices. Tuve que preguntarme si siquiera las veía. Él simplemente estaba perplejo por su atracción hacia un hombre. Le gustaba lo que veía y le fascinaba.

—Vale, sin camiseta.

Su sonrisa era presumida y volvió a hacer eso de contentarse con mirarme.

—Cena y Netflix suena...

—¿Ordinario?

Negó con la cabeza.

—Suena perfecto.

—¿No es demasiado aburrido para ti? No son vuelos de primera clase a París ni comidas de cinco estrellas en Singapur.

Resopló en voz baja.

—¿Te refieres a la comida para llevar en las habitaciones de hotel? — Estudió mi cara—. Steve, estos días contigo aquí han sido increíbles. Nunca he tenido algo ordinario o aburrido. Nunca he tenido nada parecido a una relación. Cenar, ver Netflix y dormir la siesta en el sofá contigo es lo mejor. —Sonrió—. Si hubiera sabido que era así, no le habría tomado el pelo a Maddox y Wes.

Me reí, con el corazón golpeando contra mis costillas.

—Bueno, prometo no decirle eso a Maddox.

Se rio, pero eso se desvaneció rápidamente. Obviamente acababa de recordar su charla con Maddox de antes. Negó con la cabeza.

—Dios. Ha sido un día largo.

—Voy a preparar la cena. —Me levanté de la cama y sentí el teléfono en mi bolsillo—. Oh. Hablando de Maddox... —Extendí el teléfono—. Quería que tuviéramos esto. En caso de emergencia. ¿Por qué no lo llamas? O envíale un mensaje de texto. Usará el teléfono de Roscoe. Sabes que estará muy preocupado.

Suspiró pero cogió el teléfono.

—Le dije que no lo quería.

Tomé su otra mano y tiré de él para ponerlo de pie.

—¿Estás bien? ¿No estás mareado?

Pareció pensarlo durante un segundo.

—Estoy bien.

Bajamos las escaleras. Yo a la cocina, él al sofá. La cena tardó quince minutos en hacerse. Lo vi enviando mensajes de texto un par de veces, y me alegré.

Jeremy parecía querer alejarlos. Con todo lo que estaba pasando, parecía querer aislarse y agazaparse, para no agobiarlos.

La verdad es que necesitaba a esos cuatro chicos. Tanto como ellos lo necesitaban a él.

Y tal vez tenía algún mérito que Jeremy dijera que ahora eran un grupo diferente. Habían cambiado, crecido y tenían vidas fuera de la banda. Eso también era cierto, hasta cierto punto. Pero eran más cercanos que cualquiera que hubiera conocido.

Necesitaba a sus cuatro mejores amigos, sus hermanos, no a la banda.

Estuvo callado durante la cena, su plato estaba casi vacío antes de hablar.

—Estaba delicioso, gracias. Y que no lleves camisa sigue siendo la mejor decisión del día.

Eso me hizo reír.

—De nada. —Le di un sorbo a mi agua—. ¿Qué se cuenta Maddox?

Jeremy suspiró.

—Está bien. No hay mucho que podamos decir a mediante un mensaje de texto, especialmente si alguien lo está leyendo. —Se encogió de hombros—. Es una gran decisión. Si lo dejamos o no. ¿Y quién sabe? Tal vez no estoy en la mentalidad adecuada para tomar decisiones como esa ahora mismo. No lo sé.

—Lo descubrirás. Y siempre los tendrás, estés o no en la banda.

Me miró a los ojos y sonrió.

—Nunca has intentado influir en mi decisión. Cada vez que he hablado de ello, nunca has dicho lo que crees que debo o no debo hacer.

—No es mi decisión. El único consejo que puedo dar es que hagas lo que quieras. No lo que creas que quieren los demás. Toma la decisión que sea mejor para ti. —Le sonreí—. Lo que te haga feliz. Eso es lo que quiero que hagas.

Volvió a mirarme fijamente, pero esta vez sus mejillas se sonrojaron. Se levantó, se acercó a mi lado de la mesa, me levantó la barbilla y me besó. Luego llevó los platos a la cocina.

—He pensado que podríamos empezar a ver todas las películas de kickboxing y karate de los años 80 y tú puedes señalarme todos los fallos.

Me reí mientras limpiaba la mesa.

—Suená bien.

Cuando todo estaba recogido, Jeremy hizo otra prueba de glucosa. La lectura estaba bien, pero le dolían los dedos.

—Estoy harto de esta mierda —refunfuñó—. ¿Sabes lo que necesito?

—¿Un nuevo páncreas?

Jeremy me lanzó una mirada de asombro antes de soltar una carcajada.

—Bueno, sí, eso también.

—Lo siento. —Le entregué una botella de agua—. ¿Qué necesitas?

—Iba a decir acurrucarme contigo aun sin camiseta, y puedes frotarme la espalda.

Me reí.

—Puedo hacerlo.

Me tumbé en el sofá, apoyado en los cojines, y Jeremy se plantó entre mis piernas, con la cabeza sobre mi pecho. Empezamos la película, pero estaba claro que no estaba prestando atención. Al cabo de un rato, levantó la vista, con las cejas fruncidas.

—¿Puedo decirte algo? Creo que me he dado cuenta de algo.

—Claro.

—No soy gay.

Dios, aquí vamos de nuevo.

—Sigues diciendo eso.

—Lo sé. Pero he estado pensando... No creo que sea del todo hetero.

Estuve tentado de sonreír hasta que me di cuenta de que hablaba en serio. Le pasé mi pulgar por la mandíbula y le di tiempo para que se explicara.

—¿Y no creo que sea bi? Quiero decir, lógicamente creo que tengo que serlo... Pero no se siente correcto. No lo sé. Estoy tratando de entenderlo. ¿Cómo puedo ser bi si nunca he deseado a un chico antes de ti?

—Ser bisexual no tiene por qué significar una atracción al cincuenta por ciento hacia los hombres y las mujeres —le dije suavemente—. Puede ser ochenta-veinte o noventa-diez o cualquier ecuación, hacia ambos sexos o géneros, si es lo que más te conviene. No hay criterios mínimos ni de calificación. No hay controladores. Puede ser en una escala móvil que cambie cada día, si eso te conviene.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Se puede?

—Claro que sí. No hay reglas, Jer. Cada uno es individual, así que es lógico que la definición de cada uno también pueda serlo, ¿no?

Sonrió.

—Supongo. ¿Siempre tiene que tener sentido?

—Lo intento.

—Entonces, ¿crees que soy bi? —Frunció el ceño—. Quiero decir, siempre me han gustado las mujeres, pero luego estás tú, sin camiseta y sexi como el pecado, y con tus fuertes brazos y tu pecho peludo. Y me gustó mucho chuparte la polla antes y me gustaría volver a hacerlo. Así que supongo que es algo en lo que tal vez piensan los chicos bisexuales.

Me reí y me incliné para poder besarlo.

—Tal vez. —Luego miré mi pecho—. No tengo el pecho peludo.

—Tienes más vello que yo.

Volví a reírme y sonó el teléfono de Maddox. Jeremy gimió y lo cogió de la mesita.

—Gilipollas. Estoy intentando...

Dejó de hablar y frunció el ceño. Miró el teléfono y pulsó el botón del altavoz.

Era Maddox.

—... ponlo en las noticias. Acaba de salir. —Jeremy salió de Netflix y sintonizó el canal de noticias.

Una reportera estaba en la puerta de una comisaría de policía.

—... según un comunicado emitido por Platinum Entertainment, era buscada por el FBI y la policía local en relación con el fraude cibernético contra Platinum Entertainment y las amenazas proferidas contra Jeremy Dalton, de la banda Atrous.

Oh, Dios mío. *¿Qué demonios ha pasado?*

—Sólo para recapitular —dijo la reportera—, la mujer californiana de veintidós años, Jacqueline Sosa fue encontrada muerta en la escena del crimen.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VEINTIDÓS

JEREMY Y YO NOS SENTAMOS, uno al lado del otro, mirando con horror la televisión.

—Jacqueline Sosa habría pirateado el ordenador central de Platinum Entertainment e intentado vender todas las acciones de la empresa en el mercado de valores. No por su propio beneficio personal, sino al parecer por ninguna otra razón que un intento de buscar simplemente el control y la quiebra de la empresa. El director general de Platinum Entertainment, Arlo Kim, ha afirmado en un comunicado —leyó la reportera en sus documentos—, que la “transacción habría supuesto la entrega del control de la empresa al público”. La infracción ilegal fue descubierta por las autoridades antes de que la transacción pudiera llevarse a cabo.

—Por Dios —murmuró Jeremy. Me miró, desconcertado.

—¿Estás escuchando esto? —preguntó Maddox al otro lado del teléfono—. ¿En qué demonios estaba pensando?

—Jacqueline Sosa también habría accedido ilegalmente a los teléfonos de cada uno de los miembros de Atrous, la banda, y se habrían proferido amenazas contra Jeremy Dalton.

Entonces la reportera se llevó la mano al oído, escuchando a su productor. Sus ojos se abrieron de par en par, emocionados.

—Esto acaba de llegar, también podemos confirmar, que una página web ha reproducido cuarenta minutos de lo que parece ser la grabación de seguridad de la casa de Jeremy Dalton.

El pulso me latía en los oídos.

El noticiero cortó a una pantalla en blanco y negro del patio trasero de Jeremy. De mí en la piscina, de Jeremy hablándome. De mí saliendo de la piscina, de Jeremy tocando mis cicatrices.

Me sentí mal.

—Joder —respiré volviéndome hacia Jeremy. Imaginaba que su expresión coincidía con la mía.

Horrorizado.

Entonces el metraje se cortó a la fiesta de cantantes borrachos durante unos segundos, y supe que se acercaba...

Jeremy cayendo en la piscina. Golpeándose la cabeza. Maddox lanzándose tras él, seguido rápidamente por mí.

Podía oír a Maddox y a Roscoe diciendo algo, pero no podía distinguir las palabras por encima de los golpes en mis oídos.

La habitación se inclinó y se calentó de repente.

Entonces, las imágenes volvieron a mostrar a la reportera.

—El sitio ha sido eliminado, la dirección IP es una de las muchas que se cree que utilizaba la Srta. Sosa.

—Apágalo —susurró Jeremy. Se puso en pie y gritó—: ¡Apágalo! —Lanzó el mando a distancia contra el televisor. Rompió la pantalla y la resolución, pero el reportero siguió hablando. Jeremy se acercó y arrancó el televisor de la pared. Cayó al suelo con gran estrépito, con los cables arrancados de la pared.

Gritó, con las manos arañando el aire. Entonces vio el portátil sobre la mesa de centro, lo cogió y lo lanzó contra la puerta de cristal con tanta fuerza que se hizo añicos.

El sonido cortó el aire como un disparo, pero Jeremy no había terminado. Nunca le había visto tan enfadado.

Agarró el módem y lo arrancó de la pared. Atravesó la puerta, ahora rota, y lanzó el módem a la piscina. Se dirigió al portátil, que estaba abierto y boca abajo sobre el cristal roto, lo recogió y lo lanzó también a la piscina.

Entonces dirigió su ira hacia la cámara de seguridad. Buscó a su alrededor algo que lanzarle, y como lo más cercano era una tumbona, intentó lanzarla contra la cámara, pero falló. Lo intentó por segunda vez y dejó escapar un gruñido frustrado mientras la hacía girar como un atleta lanzaría un disco... Fue un tiro peor que el primero. Sin embargo, consiguió arrancar un trozo de la pared.

—¡Joder! —gritó.

Me acerqué a la mesa del patio y saqué la sombrilla, me aseguré de que el toldo estuviera cerrado y asegurado, y se la entregué.

¿Debería haberle detenido? ¿Debería haber intentado calmarlo?

Probablemente.

Pero su ira, su maldita rabia, estaba justificada.

Sonrió mientras cogía el paraguas. Unos buenos golpes y la cámara cayó al suelo.

Maddox y Roscoe llegaron en el momento en que Jeremy llevaba el paraguas a la cámara en la parte delantera de la casa. El coche deportivo rojo se detuvo en la parte delantera y Maddox salió del lado del conductor y subió corriendo justo cuando Jeremy derribó la cámara.

—Jer, Dios mío —dijo rodeándolo con sus brazos—. ¿Estás bien?

Jeremy respiraba con dificultad. Estaba claro que no estaba bien. Se apartó de Maddox.

—Mejor ahora —dijo. Luego volvió a entrar.

Maddox le siguió y Roscoe me hizo una solemne señal con la cabeza mientras entraba tras ellos. Se detuvieron en el salón, Maddox y Roscoe mirando la puerta destrozada, la pared dañada.

Jeremy, por su parte, intentaba ahora mirarse la planta del pie.

Maddox se dio cuenta.

—¿Estás sangrando? ¡Jeremy! —Entonces Maddox me lanzó una mirada y señaló los daños—. ¿Qué coño ha pasado aquí?

Me eché a Jeremy al hombro y lo llevé a la cocina, sentándolo en la encimera.

—Déjame echar un vistazo —dije cogiendo su pie.

Era una pequeña arista de vidrio que retiré fácilmente. Moje una toalla de papel antes de pasarla suavemente por ambas plantas de sus pies.

—¿Sientes algo más ahí?

Negó con la cabeza y me dedicó una débil sonrisa.

—No. Se siente bien.

Tuvo suerte de que fuera un cristal templado y se hubiera hecho añicos en forma de guijarros, no de enormes fragmentos.

—Eh, ¿Jeremy? —dijo Maddox, pareciendo un poco asustado. Roscoe tenía la mano en la espalda de Maddox.

—Estoy bien —dijo Jeremy—. Sólo perdí la cabeza por un segundo, eso es todo. Me deshice de todas las cámaras, internet, ese tipo de cosas.

Vi su viejo teléfono, todavía en el contenedor de arroz, colocado en el mostrador más alejado. Lo saqué y se lo entregué.

—Te has olvidado uno.

Frunció el ceño ante la pantalla negra, así que volví a ponerlo sobre mi hombro y lo acompañé hasta el patio, rodeé los cristales rotos. Le di la vuelta y se rio mientras lo lanzaba a la piscina.

Pero entonces Wes estaba allí con el agente especial Zielinski.

—¿Qué...? —Wes estaba obviamente confundido. Señaló con el pulgar a Zielinski—. Le he dejado entrar. Necesitas un maldito teléfono. Jer, vinimos tan rápido como... ¿Qué estás haciendo? ¿Y qué diablos pasó en tu casa?

Puse a Jeremy de pie y lo sujeté un segundo, por si se mareaba. Probablemente no debería haberlo tenido boca abajo sobre mi hombro.

Zielinski señaló la puerta trasera.

—¿Ha pasado algo? ¿Hubo algún incidente que debamos conocer?

—Sí —dijo Jeremy—. He arrancado el televisor de la pared. Y todos los aparatos electrónicos que tengo están en remojo. Una puta desquiciada acaba de retransmitir mi vida por Internet. —Señaló hacia la puerta destrozada y gritó—: ¡De mi propia puta casa!

Zielinski se acercó y se asomó a la piscina, viendo los diversos dispositivos en el fondo.

—Podrían haber sido pruebas.

Jeremy gruñó y pensé que iba a arremeter contra él. Lo agarré y lo retuve.

—Zielinski, ¿qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—No tendría que estar aquí si alguno de vosotros fuera localizable por teléfono. —Nos miró a los dos—. Supongo que habéis visto las noticias.

—¿De quién fue la idea de hacer una declaración a la prensa? —preguntó Jeremy—. ¿Tuya o de la empresa?

Zielinski levantó ambas manos.

—Fue tu gente. Sólo he venido a contarte personalmente lo que ha pasado porque no tenía forma de contactar contigo. Porque no tienes teléfono.

Jeremy hizo una mueca en la piscina antes de volver a mirar a Zielinski y encogerse de hombros.

—Y hay muchas posibilidades de que no tenga otro. Jamás.

Y entonces, porque sí, llegaron Luke y Blake con Ambrose tras ellos. Salieron al patio con los ojos desorbitados.

—¿Qué coño ha pasado dentro? Jer, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien —murmuró, aunque estaba claramente molesto por la presencia de Ambrose.

Ambrose también se dio cuenta.

—Llegué al mismo tiempo que Luke y Blake —dijo tímidamente—. Intenté llamar...

Jeremy me miró.

—Esto es todo. No volveré a tener teléfono.

—Vamos adentro —sugerí. Le di a Jeremy otro paseo alrededor de los cristales rotos, y todo el mundo nos miró. Si me miraban a mí sin camiseta o a mis cicatrices o a la forma en que Jeremy me rodeaba con sus brazos, no lo sabía y no me importaba.

Ahora todos sabían sobre el apuñalamiento. Deja que vean las cicatrices.

Lo acompañé hasta la mesa del comedor y bajé a Jeremy a una silla. Y sí, cuando me di la vuelta, todos estaban mirando mis cicatrices.

—Voy a ponerme una camiseta —dije. Me sentí mejor una vez que me vestí, mucho más profesional, al menos.

Cuando volví a salir, todos los chicos estaban sentados a la mesa del comedor, Maddox cerca de Jeremy, como siempre. Roscoe estaba de pie, apoyado en el mueble lateral, y Ambrose a su lado.

Elegí quedarme junto a la puerta.

Zielinski se colocó en la cabecera de la mesa como si estuviera dando una sesión informativa oficial del FBI. No sé, tal vez era...

—Finalmente conseguimos localizar a la Srta. Sosa y, cuando llegamos, la encontramos ya fallecida. Tenía cuatro ordenadores portátiles, varios teléfonos inteligentes, codificadores y escáneres. Todos sus ordenadores han sido tomados como evidencia, pero había muchos datos de operaciones bursátiles, por lo que pude ver.

—¿Fue su muerte autoinfligida? —preguntó Jeremy en voz baja.

—No había ningún indicador externo obvio de la causa de la muerte —respondió—. No hay señales de lucha, ni alteraciones. Se llevará a cabo una autopsia completa.

—¿Realmente estaba tratando de apoderarse de la compañía? —preguntó Maddox.

Zielinski asintió.

—Eso parece, sí. Para ser sincero con todos vosotros, no soy un experto en ciberdelitos, y los informes finales aún no han llegado. Por lo que me han dicho, había accedido a través de unos cortafuegos encriptados y estaba a punto de enviar el cien por ciento de la empresa a la bolsa en un mercado libre.

—¿Sabemos por qué? —preguntó Luke.

Zielinski negó con la cabeza.

—No hay motivos concretos. Y dado que la señorita Sosa ahora no puede decirnos, todo lo que podemos hacer es armar una cadena de eventos.

—¿Y ese sitio web? —preguntó Jeremy. Estaba un poco pálido—. Ella tenía la alimentación directa de mis cámaras de seguridad. ¿Cómo diablos hizo eso?

—Ese dron que se conectó a tu Wi-Fi —respondió—. Por lo que podemos decir, sólo tenía imágenes hasta el primer cambio de contraseña. Nada después de eso.

Eso todavía no era reconfortante.

—Y —dijo Zielinski—, tenía imágenes de todas vuestras casas. No sólo de esta.

—¿Qué demonios? —gritó Blake.

—Las tenía todas cargadas para salir en directo, pero por la razón que sea, nunca pulsó el botón de publicar.

Jesucristo bendito.

—Por si sirve de algo —añadió Zielinski—. Si la hubieran detenido hoy, habría sido acusada de pilotar una aeronave ilegal en el espacio aéreo de California, cargos de infracción de información personal, posibles delitos de terrorismo. El dron que utilizó era un arma seria. Y muy ilegal.

—¿Hizo todo eso sólo para destruirnos? —preguntó Maddox—. Podría entenderlo si fuera por dinero. Si tuviera toda esa tecnología y los conocimientos técnicos, podría habernos limpiado. A todos nosotros, individualmente y a la compañía. ¿Pero quería que lo perdiéramos todo y no beneficiase de ello? No lo entiendo.

—Es algo personal —dijo Roscoe—. Tiene que haber algo que la vincule a nosotros.

Lo había.

—Yo —dije todavía apoyado en la puerta—. ¿Qué dijo Chase Hystek? ¿Dijiste que lo iban a interrogar hoy?

Jeremy se giró en su asiento y me dedicó una sonrisa cansada pero dulce.

Zielinski, en cambio, me miró como si fuera mierda en un zapato.

—Admite conocerla. Se conocieron a través de un intercambio de amigos por correspondencia. Niega cualquier implicación, por supuesto. Dijo que ni siquiera sabía que trabajabas para Platinum Entertainment hasta que ella se lo dijo. —Hizo una pausa—. Dijo que la señorita Sosa era *un buen valor de entretenimiento* y que ella estaba, y cito, “desquiciada”.

—Entonces, ¿se acabó? —preguntó Jeremy. Se pasó la mano por el pelo y tragó con fuerza, y su rodilla rebotó e hizo esa cosa de parpadear/entrecerrar de ojos que ahora reconocía como una advertencia previa a la hipoglucemia. Ahora estaba pálido—. Eh, ¿Steve?

Me moví por la cocina, cogí un vaso y vertí zumo y me apresuré a ponerlo en la mesa frente a él. Asintió rápidamente y le di una palmadita en el hombro.

—Bien, ya hemos oído suficiente. Gracias —dijo Maddox a Zielinski. Puso su mano en el hombro de Jeremy—. Jer, ¿estás bien?

Jeremy asintió y bebió su zumo, con la mano temblando. Maddox me miró, luego a Roscoe, y negó con la cabeza.

—Dos veces hoy. Eso no es bueno.

—Jer, te ves como una mierda. ¿Deberíamos llamar al 911? —dijo Wes preocupado.

—No —dijo Jeremy—. Sólo llama a Hardwick. —Dejó escapar una respiración temblorosa—. Me golpeó rápido, eso es todo. Lo siento. —Hizo una mueca—. Mi espalda me está matando.

Me arrodillé junto a Jeremy, palpando su palma húmeda y tratando de ver bien sus ojos. Parpadeó lentamente y se lamió los labios secos. No estaba bien. Roscoe ya estaba al teléfono con Hardwick.

—Jer —dije en voz baja—. Vamos a llevarte al hospital.

Me miró a los ojos y asintió. No había nada de lucha en él, y eso me dijo lo suficiente. No estaba en buena forma.

—Sin ambulancia —susurró—. Será un circo.

Levanté la vista hacia su rostro, ahuecando su mandíbula. Todavía estaba demasiado pálido para mi gusto.

—Está bien.

—Hardwick está en camino —dijo Roscoe.

Miré a Luke.

—¿Puedes traer más zumo por favor? —Luego miré a Maddox—. ¿Puedes encontrar su medidor de glucosa? No recuerdo dónde lo teníamos. En la mesa de café o al lado de su cama.

Maddox asintió y desapareció.

—Me voy —dijo Zielinski en voz baja.

—Te acompañaré a la salida —dijo Ambrose—. Y yo esperaré al médico.

Luke volvió con el zumo y Jeremy se bebió la mitad, luego me hizo un gesto con la cabeza para indicar que estaba bien.

Sin fuerzas, pero bien.

Pero iría al hospital. Aunque tuviera que arrastrarlo hasta allí yo mismo.

Acaricié su mejilla, su mandíbula, su cuello.

—Estarás bien.

Entonces Maddox volvió con el medidor y un paquete de tiras.

—Toma —dijo entregándomelas.

Cogí el dedo de Jeremy y lo pinché en un lado, sabiendo que las yemas de sus dedos estaban un poco doloridas. Pegué la tira a la mancha de sangre y luego la introduje en el lector.

Sabía que Blake y Luke me estaban mirando con él, y estaba casi seguro de que Wes había sumado dos y dos.

Ya no me importaba.

Lo dejaría en manos de Jeremy, por supuesto. Eran sus amigos, sus hermanos. Si él quería que lo supieran, no lo ocultaría.

La forma en que Jeremy me tomó de la mano se los dijo de todos modos.

La máquina emitió un pitido.

—El nivel está bajo —dije.

Jeremy asintió, como si no le sorprendiera en absoluto. Le apreté la nuca un par de veces, masajeándolo, calmándolo.

—¿Te sientes bien?

Su mirada se dirigió a la mía, lenta y cansada.

—Odio esto.

—Lo sé. Pronto te sentirás mejor.

Dejando a Jeremy un poco de privacidad, Luke, Blake y Wes recogieron el salón, enderezando la televisión y barriendo los cristales rotos. Maddox nunca se alejó demasiado de Jeremy, sentándose con él y dándole algún que otro abrazo y caricias en la espalda hasta que llegó Hardwick.

El médico no perdió el tiempo.

Entró, puso su bolsa sobre la mesa y nos alejó a Maddox y a mí. Se sentó en el asiento junto a Jeremy, le tomó la muñeca y le midió el pulso mientras le hablaba.

—He llamado a la clínica. Te recibirán esta noche. ¿El lío de la otra habitación? ¿Fuiste tú?

Jeremy asintió.

—Furia, estrés, esfuerzo físico. No es de extrañar que te hayas casi desplomado —dijo Hardwick—. Tienes una maldita suerte de que haya ocurrido ahora y no cuando estabas dormido, o podrías no haberte despertado.

Jeremy volvió a asentir.

Hardwick cogió el medidor de glucosa y miró las últimas lecturas.

—¿Qué has ingerido? ¿Zumo, caramelos?

—Tomó un vaso de zumo —respondí por él—. Y su lectura no pasó de cuatro. Comió salmón, arroz integral y ensalada hace dos horas.

Hardwick suspiró y acarició la pierna de Jeremy.

—Bueno, la clínica es la opción correcta esta noche, ¿eh? Se suponía que hoy te lo ibas a tomar con calma. Te di una lista de tres cosas que debías evitar, ¿recuerdas?

—Nada de estrés, sexo o alcohol —dijo Jeremy.

—Hm, ¿y? ¿Cómo fue eso?

—Bueno, no he bebido alcohol —dijo Jeremy, tratando de sonreír.

Maddox resopló y me empujó.

—No es el reposo en cama que se suponía que tenías que ofrecerle.

Le lancé una mirada fulminante e ignoré las miradas que intercambiaron Wes, Luke y Blake.

—Doc, Jeremy dice que le duele la espalda.

Hardwick frunció el ceño pero asintió.

—Definitivamente ingresarás esta noche. Maddox, ¿puedes hacerle una maleta? Dos o tres noches.

—¿Tres días? —gritó Jeremy—. De ninguna manera.

Hardwick claramente no estaba de humor.

—Te quedarás el tiempo que necesites. Tres días no es mucho. —Me dedicó una mirada—. Es una instalación segura. Tratan con mucha gente famosa. —Luego asintió a Roscoe—. Quizá quieras organizar una escolta

policial para salir de aquí, si Ambrose no lo ha hecho ya. Hay muchos medios de comunicación en las puertas.

Jeremy se hundió.

—Por supuesto que sí.

Y eso fue todo lo que hizo falta. La policía para despejar la entrada y la carretera. Tuvieron que estar allí como un desfile presidencial para mantener a los imbéciles invasores fuera.

Aun así, lo intentaron. Los flashes de las cámaras apuntaban al interior de la furgoneta mientras gritaban su nombre.

El agarre de la mano de Jeremy sobre la mía sólo cedió después de que hubiéramos atravesado el grueso del camino. Él y yo nos sentamos en el asiento trasero, Maddox y Roscoe en el asiento cercano a la puerta. Hardwick se sentó delante. Sayed conducía.

Luke, Wes y Blake se habían quedado en la casa. Habían llamado para que les cambiaran la puerta de cristal y se quedarían hasta que la empresa viniera a instalarla, así que al menos podría estar cerrada. Usando el teléfono de Roscoe, había llamado a Robbie, Zoe e Ivan, y nos habíamos ido en cuanto llegaron.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Jeremy asintió pero frunció el ceño.

—Es triste, ¿no?

—¿Qué es triste? —preguntó Maddox, mirando por encima del respaldo del asiento.

—Sobre esa mujer. Quiero decir, ella murió. Claramente tenía algunos... problemas y causó mucho daño. Pero no tenía que morir. Sólo necesitaba ayuda.

Enhebré nuestros dedos. Esta mujer había intentado arruinarlo, casi lo había hecho. Era difícil saberlo, teniendo en cuenta que las consecuencias aún no habían empezado. Tal vez lo había hecho. Sin embargo, todo lo que tenía para ella era simpatía.

—No te preocupes por nada de eso —dije—. Sólo tienes que preocuparte por ti mismo.

Puso su cabeza en mi hombro.

—Hm.

Maddox debió de encontrar su teléfono junto a la cama de Jeremy cuando fue a por el medidor de glucosa, porque lo levantó.

—He buscado en Google la clínica a la que vas —dijo—. Dice que es la mejor. Parece elegante. En una especie de hotel-cárcel.

Jeremy resopló.

—Genial.

Le di un suave apretón.

—Todo irá bien. Y cuando salgas, te sentirás cien por ciento mejor.

Murmuró, sólo lo suficientemente alto para que yo lo oyera.

—Espero que sí.

La clínica tenía un camino de entrada en forma de U con una zona de llegada y recepción en la puerta principal, lo que significaba que no teníamos la privacidad de un aparcamiento subterráneo con entrada en el sótano.

Lo que significaba que los fotógrafos tenían una visión clara de nosotros saliendo de la furgoneta. Sin embargo, no pasaron por el jardín delantero, lo cual fue bueno porque no creí que un “Hulk Aplasta” repetido fuera bueno para nadie.

Hardwick abrió el camino, Maddox llevó la bolsa de Jeremy, Roscoe lo protegió de las cámaras y yo sostuve el brazo de Jeremy mientras lo acompañaba.

Una doctora con bata blanca se reunió con nosotros justo dentro, y el ruido exterior se cortó en cuanto las puertas se cerraron tras nosotros. La nueva doctora y Hardwick se dieron un apretón de manos y ella señaló un mostrador de admisión hacia unas puertas donde había un guardia.

—No tenemos muchos ingresos nocturnos —dijo—. ¿Qué tal si pasamos por aquí?

Lo que quería decir era que se alejara de todas las malditas cámaras.

Pasamos, y me di cuenta de que el guardia estaba en forma y era joven, estaba armado y tenía el logotipo de una empresa de seguridad de renombre en su camisa. Desde luego, no era el típico viejo y regordete de seguridad de centro comercial.

—¿Está ahí para mantener a la gente fuera, o para mantener a los pacientes dentro? —preguntó Jeremy.

Resoplé.

—Ambos.

La médica sonrió.

—No es raro que los adictos asuman que aquí tenemos drogas. Los pacientes son libres de irse en cualquier momento.

Jeremy dejó de caminar.

—Oh, bien.

Me reí.

—No puedes irte *todavía*.

Maddox se acercó y tomó su otro brazo.

—Puede que tengan tazas de pudín.

—Es una maldita clínica para diabéticos —respondió Jeremy.

Maddox hizo una mueca.

—Oh. Lo siento.

Había una silla de ruedas en el pasillo y la doctora le puso la mano encima.

—¿Sr. Dalton? No creí que quisiera que sacáramos la silla para que lo vieran las cámaras.

Creí que iba a decir que ni hablar de usar la silla, pero se acercó a ella y se sentó con un suspiro de cansancio. Estaba mucho más cansado de lo que

parecía. Parecía pálido, cansado, más pequeño. La cicatriz, su cabeza afeitada y su cara sin afeitar no ayudaban.

Su aspecto distaba mucho de su apariencia de cantante superestrella que modelaba marcas de lujo en las revistas.

—Yo conduzco —dijo Maddox, dejando la bolsa de viaje en el regazo de Jeremy. Le dio un apretón en el hombro a Jeremy antes de coger las asas.

La doctora nos condujo a la que sería la habitación de Jeremy. Era muy parecida a una bonita habitación de hotel, pero con la cama de hospital y la maquinaria. Era grande, con un baño privado, un televisor.

Había que rellenar el papeleo para admitirlo, pero el doctor Hardwick y el representante Roscoe se encargaron de ello, dejándonos sólo a Maddox, Jeremy y a mí en la habitación.

—Ven —dijo Maddox dejando la bolsa de lona en el suelo—. Vamos a meterte en la cama.

Cogí las manos de Jeremy y tiré de él para que se pusiera en pie mientras Maddox llevaba la silla hasta la esquina. Jeremy me acercó y deslizó sus brazos alrededor de mi espalda, apoyando su cabeza en mi hombro.

Lo abracé con fuerza durante un largo segundo y luego lo ayudé a meterse en la cama.

Maddox mulló las almohadas, subió las mantas, deshizo la bolsa de viaje y los artículos de aseo, todo ello mientras yo no hacía más que sostener la mano de Jeremy.

Salió del baño con una expresión de desconcierto.

—¿Dónde voy a dormir? —preguntó—. Se me acaba de ocurrir. No hay ningún sofá para sacar.

—No hace falta que te quedes —dijo Jeremy.

Maddox levantó una ceja perfecta.

—Has perdido la cabeza si crees que voy a dejar que te quedes aquí solo. —Entonces Maddox giró la ceja hacia mí—. Lo siento, Steve. Esta

vez soy yo quién usará lo del rango.

Me reí, porque la verdad era que Jeremy necesitaba a Maddox.

—Está bien.

Jeremy hizo un mohín.

—¿Te vas a rendir así? ¿Sin luchar en absoluto?

Besé la frente de Jeremy.

—Lo necesitas. —Luego bromeé—: Y de todos modos, Roscoe me pidió si podía tener unas noches libres de Maddox, así que le estaría haciendo un favor.

Maddox se quedó con la boca abierta.

—No lo hizo. Eso es jodidamente falso.

Me reí.

—Como si Roscoe fuera a decir eso. —Besé el dorso de la mano de Jeremy—. Es sólo un día o dos.

Hizo un mohín.

—Sabes el código de mi casa.

—Tengo una casa —respondí—. A la que no he ido en mucho tiempo. Debería revisar mi correo antes de que el encargado piense que estoy muerto.

Jeremy pareció pensar algo por un segundo antes de fruncir el ceño.

—Si todo el asunto del riesgo para la seguridad ha terminado, entonces no tienes que quedarte más en mi casa...

Los médicos y Roscoe volvieron a entrar en la habitación. Ella nos dedicó una brillante sonrisa.

—Bien, es hora de que todos se vayan para que el señor Dalton pueda instalarse. Tenemos que hacer algunas pruebas esta noche.

—Me quedo con él —declaró Maddox.

La doctora hizo una pausa.

—Oh, eh...

Roscoe lo intentó.

—Maddox... —Maddox le mostró una ceja perfectamente arqueada y Roscoe se calló de inmediato.

—Normalmente sólo permitimos que los padres de los pacientes más jóvenes duerman en las habitaciones —añadió.

—Puede ser mi hijo —dijo Maddox, y luego se volvió hacia Jeremy—. Puedes llamarme papá.

Roscoe tosió para disimular su risa y Hardwick suspiró. La amable doctora concedió una sonrisa.

—Haré que traigan una cama.

—Perfecto —dijo Maddox—. Gracias.

Luego nos miró a mí y a Roscoe.

—Todos los demás tendrán que irse. Estoy segura de que lo entendéis.

Jeremy me agarró la mano con más fuerza. Le regalé una sonrisa.

—Descansa un poco y te veré muy pronto.

Tiró de mi mano, acercándose. Apoyé mi frente en la suya y él deslizó su mano alrededor de mi cuello y me besó, suave y casto, tan perfecto.

Un minuto después, Roscoe y yo salimos de la habitación. Los médicos ya estaban hablando de los Niveles de Glucosa en Sangre (BGL) y de una prueba A1C que comprobaba las proteínas de la hemoglobina, además de pruebas renales y suprarrenales.

Odiaba dejarlo, aunque sabía que era lo mejor para él.

Llegamos a las puertas dobles cerca de la entrada, fuera de la vista de los paparazzi y esperamos.

—Sayed viene con la furgoneta —dijo Roscoe—. Nos llevará a casa.

Asentí lentamente.

—Gracias.

—Ha sido un día infernal, ¿eh?

Resoplé.

—Eh, sí. Se podría decir que sí. —Las últimas veinticuatro horas parecían un mes. Yo estaba cansado. Roscoe también parecía cansado. Esta

última semana había sido un infierno para todos.

—Está en el lugar correcto —dijo Roscoe—. Los médicos conseguirán que sus niveles de glucosa sean los adecuados.

Suspiré y le hice un gesto con la cabeza.

—Creo que está mucho más enfermo de lo que deja entrever. Admitió que se siente mal desde hace meses y se supone que debe controlar sus niveles de glucosa, y por supuesto no lo ha hecho. Tiene que estar aquí.

El teléfono de Roscoe no dejaba de zumbiar. Miró la pantalla y puso los ojos en blanco.

—Es que nunca se acaba.

—Sabes, siempre podrías tirarlo en la piscina de Jeremy. Yo dejé el mío en el cuartel general.

Sonrió.

—Lo sé. La mitad de estos son solicitudes de actualización de vosotros dos.

Hice una mueca pero no lo sentí del todo.

—Lo siento.

Roscoe sonrió al oír eso justo cuando su teléfono volvió a sonar. Leyó la pantalla.

—Vale, la furgoneta está en la puerta.

Entramos en el vestíbulo y el guardia de seguridad pulsó un botón para abrir las puertas delanteras. Los paparazzi y las cámaras de los telediarios nos filmaron, gritando nuestros nombres, pero los ignoramos y subimos a la furgoneta. Roscoe ocupó el asiento trasero, yo el de la puerta y los dos nos sentamos con las piernas estiradas, apoyadas en el lateral de la furgoneta.

Roscoe suspiró con fuerza.

—Se siente raro ir a casa sin Maddox. Esta será nuestra primera noche separados desde que nos juntamos.

Oh, vaya.

—Se queda con Jeremy para bien o mal.

Sonrió.

—Tienen un vínculo único. Todos son como hermanos, pero Maddox y Jeremy son como gemelos, en cierto modo. Ya te acostumbrarás.

¿Me acostumbraría?

¿Era algo a lo que tenía que acostumbrarme?

No tenía ni idea.

—Hm. Sí. No sé.

—¿No sabes qué?

Negué con la cabeza.

—No sé lo que somos. O a qué atenerme con él. O qué querrá cuando se sienta mejor.

—No creo que tengas que preocuparte.

Dios, sonaba tan quejumbroso.

—Nos unimos durante una época muy estresante, cuando él no se sentía bien. ¿Y si se da cuenta, después de un tiempo separados y cuando se sienta mucho mejor, que no me necesita cerca? —Me golpeé la cabeza contra el lateral de la furgoneta—. No me hagas caso. Necesito dormir.

—Steve —dijo Roscoe—. ¿Cuánto hace que lo conoces? —No me dio tiempo a responder—. ¿Casi una década?

Asentí.

—¿Y cuándo has sabido que estuviera con alguien en público? Que se tomara de la mano, que se abrazara. ¿En todos los años, en todas las giras, en los clubes nocturnos, en el backstage, en las fiestas?

—Nunca.

—Lo que ha hecho a puerta cerrada es algo que cualquiera puede adivinar y que está sellado en los acuerdos de confidencialidad. Pero, ¿ha besado alguna vez a alguien delante de otras personas?

Negué con la cabeza.

—No que yo haya visto.

—Lo hizo esta noche. Te besó.

Sí, lo hizo.

—Incluso Maddox dijo que nunca había visto a Jer en una relación. Es más susceptible de lo que pensaba. —Miré por encima del respaldo de mi asiento para ver a Roscoe sonriéndome—. Steve, no creo que tengas nada de qué preocuparte.

Me senté de nuevo en mi asiento y sonreí.

Su teléfono volvió a sonar y esta vez gimió. Respondió a la llamada.

—Arlo... Sí, estoy con él. Te lo paso. —Roscoe me pasó el teléfono y dijo—: Lo siento.

Cogí el teléfono y respiré hondo. Esto no iba a ser bueno.

—Steve Frost.

—Steve, Arlo Kim. El hecho de que no tengas teléfono hace que sea bastante difícil contactar contigo.

Me pasé la mano por la cara y le di un informe, tanto si lo pedía como si no.

—Jeremy está en la clínica de endocrinología. La propia clínica tiene guardias y medidas de seguridad. La policía estaba controlando a la multitud de paparazzi en el frente. A una persona se le permitió quedarse con él, así que Maddox se ofreció como voluntario. El doctor Hardwick también estaba allí.

—Hm, sí —dijo rotundamente. Obviamente, él ya sabía todo esto, así que ¿por qué me llamaba?— ¿Supongo que has oído hablar de los acontecimientos que rodean la investigación del FBI?

—¿Te refieres a que Jacqueline Sosa fue encontrada muerta? Entonces, sí. ¿O a que subió imágenes privadas de Jeremy a Internet antes de morir? Porque, también, sí.

—El sitio ha sido retirado.

—Y estás enviando ceses y desistimientos a cada persona que sube o comparte imágenes en las redes sociales, ¿verdad? Hubo un momento de silencio.

—Nuestro equipo está trabajando en ello.

Quería golpear a este hombre.

—¿Y te has enterado de que Jeremy destrozó su casa en un arrebato de ira que hizo que sus niveles de azúcar se desplomaran y que probablemente deberíamos haber llamado a los paramédicos, pero le preocupaba que sólo fuera otro circo mediático que no necesitabas? —Hablé con los dientes apretados—. Te lo dijeron, ¿verdad? ¿O necesitabas que el FBI te dijera que te preocuparas?

Hubo una larga y tensa pausa.

—Steve, tienes dos semanas de permiso. Con efecto inmediato. Con el sueldo completo, pero no tienes la suerte. Y cuando vuelvas, se espera que tengas un teléfono para poder contactar contigo. No te acosaré de nuevo. Tampoco voy a aguantar una repetición de tu actitud. Y la próxima vez que seas reprendido por esa insubordinación será tu último día en Platinum...

Terminé la llamada y le devolví el teléfono a Roscoe.

Tenía los ojos un poco abiertos.

—¿Todo bien?

—Tengo dos semanas y una advertencia oficial. ¿Creo? No lo sé. Le corté antes de que pudiera terminar.

—Oh.

Me encogí de hombros.

—Que se joda. Le importa su empresa, el dinero, la reputación y el prestigio. No le importan esos chicos. Ya no. No soy el único que lo nota. Incluso Hardwick lo mencionó.

Roscoe asintió.

—Y Maddox. Y Wes.

—Jeremy dijo que él y los chicos van a hablar sobre el futuro de la banda. Cuando salga de la clínica. Quieren ir a las cabañas.

Roscoe me miró a los ojos.

—Lo sé. ¿Recuerdas cuando fuimos a la propiedad de mi tío en Vermont? ¿Cuándo Maddox tuvo su problema en Nueva York?

Asentí.

—Claro.

—Me preguntaste entonces si creía que iban a dejarlo. Sabía que necesitaban un descanso, Maddox en particular, pero estaba seguro de que lo superarían y la banda seguiría adelante.

—¿Pero ahora?

—Ahora pienso que no. Creo que han terminado.

Me pasé la mano por el pelo.

—Yo igual. Jeremy le dijo a Maddox que quería salir. Pero no se ha sentido bien, así que podría cambiar de opinión. Aunque lo dudo. Creo que ha terminado. Lo hizo desde hace un tiempo. Todo este espectáculo de mierda acaba de sellar el acuerdo. O, al menos, lo que es Atrous después de pasar por esto será diferente.

Roscoe me miró a los ojos y asintió.

—Sí. Y eso no es malo.

—No, no lo es.

—Ah, ¿Steve? —Sayed llamó desde el frente—. Estamos cerca de tu parada.

Miré por delante y vi que sí, que estábamos en mi calle. La furgoneta redujo la velocidad hasta detenerse.

—¿Estarás bien? —preguntó Roscoe.

Le dirigí una sonrisa cansada.

—Sí. ¿Y tú?

Él me devolvió la sonrisa.

—Sí.

Pulsé el botón y la puerta se abrió. La noche era oscura y silenciosa en el exterior, y me di cuenta de que, sin reloj ni teléfono, no tenía ni idea de la hora que era.

En el espacio de una semana, había pasado de vivir una vida regimentada, estructurada y organizada al minuto... a no importarme.

Mi apartamento estaba tal y como lo había dejado, algo gris y diminuto comparado con la mansión de Jeremy. Su casa era enorme, pero nunca se sintió fría o como un museo. Era un hogar.

Mi casa, en cambio, se sentía enormemente vacía a pesar de tener el tamaño de una caja de zapatos.

Echaba de menos a Jeremy, lo cual era ridículo, teniendo en cuenta que hacía una hora que lo había dejado.

Limpié la nevera. Me duché. Me tumbé en el sofá y me quedé mirando el techo, todavía sin saber qué hora era. Estaba tan cansado que no me importaba.

¿Se acabó mi trabajo en Platinum?

Más o menos.

Tampoco estaba seguro de que me importara demasiado.

Quién me importaba era Jeremy.

Cerré los ojos pensando en su tacto, su sonrisa, su beso. Sabía que estaba en buenas manos. Estaba siendo controlado por algunos de los mejores médicos endocrinólogos del país. Estaba con Maddox, en un centro seguro. La investigación del FBI había terminado. Estaba a salvo.

Por fin podía tomarme un minuto para descansar...

Me desperté con la luz del sol entrando en mi salón, con la espalda dolorida, el cuello rígido y un pitido muy persistente.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

TARDÉ un segundo en darme cuenta de que el pitido era mi interfono. Me levanté, frotándome el cuello, y pulsé el botón.

—¿Hola?

—¿Steve? Soy Elsie.

Elsie... Elsie.

—¿De Platinum? —dijo ella—. Tengo un paquete para ti.

Oh, Elsie, la mujer que hacía todo tipo de recados por toda la ciudad.

—Por supuesto —dije—. Ya bajo.

Bajé al vestíbulo, entrecerrando los ojos ante el resplandor de la luz del sol que entraba por la puerta de cristal. Elsie estaba allí sola, con un gran sobre en la mano.

Había visto esos sobres antes. Eran sobres legales o de RRHH de la firma Platinum Entertainment. Abrí la puerta.

—Buenos días —dijo ella alegremente.

—Buenos días.

Ella entregó el sobre.

—Para ti.

Era más pesado de lo que esperaba y, efectivamente, había un logotipo de Platinum Entertainment en la esquina.

—Oye, ¿qué hora es?

Me miró como si le hubiera preguntado en qué planeta estábamos, y luego miró su reloj.

—Son más de las nueve.

Dios, ¿cuánto habría dormido? ¿Diez o doce horas?

—Gracias —dije.

Se despidió con la mano y siguió su camino, y yo me dirigí a mi apartamento con una gran necesidad de café.

Me preparé un café fuerte y negro, volví a mi sofá y me quedé mirando el sobre. Anoche había estado dispuesto a tirar mi trabajo por la borda, y ahora... independientemente de lo que hubiera en ese sobre, estaba bastante seguro de que mi tiempo en Platinum había terminado.

No podía trabajar para una empresa, para un hombre cuyos motivos ahora cuestionaba.

A quien ya no respetaba.

Consideré no abrirlo, dejarlo sin leer como todos mis mensajes de texto y correos electrónicos, pero con un suspiro, despegué el sello y saqué los papeles.

El primer documento era un escrito oficial, en el que se citaba mi permiso remunerado de dos semanas por actitud y conducta no profesional impropia del estándar de Platinum Entertainment, bla, bla, bla.

Era una carta estándar de mierda de RRHH para tener constancia en caso de que no se resolvieran mis problemas personales y me despidieran. Esto anulaba cualquier esperanza de que les demandara por despido improcedente.

El segundo documento era un contrato de trabajo revisado. La carta de presentación indicaba dos nuevas cláusulas añadidas, ya que tenían derecho a modificarlas en cualquier momento. Y se esperaba que devolviera el contrato firmado a mi regreso en dos semanas.

Nueva cláusula uno, aceptaría mantener una actitud y un estándar de comportamiento que reflejara la reputación mundial de Platinum

Entertainment.

Menuda mierda.

Nueva cláusula dos, por la presente acepto, mientras esté empleado en Platinum Entertainment, pero no mientras esté de baja, estar localizable por el teléfono emitido por la empresa en cualquier momento que la dirección considere razonable.

Por el amor de Dios.

Casi me reí.

Pero el tercer documento... el tercer documento era un nuevo NDA.

Un acuerdo de no divulgación de las relaciones personales con el personal. Jeremy y yo.

Me reí con eso.

Porque me hizo mucha gracia que Arlo Kim pensara por un segundo que yo haría algo para herir a Jeremy. Sabía que esto era algo normal. La parte racional de mi cerebro lo sabía. Pero, *maldito fuera*.

Necesitaba expulsar algo de energía. Iba a dar un puñetazo a algo o a correr.

Así que tiré los papeles en mi mesa de café, me puse unos zapatos, cogí las llaves y la cartera y me fui corriendo.

Y corrí.

Corrí hasta que quise vomitar. Corrí hasta que mis pulmones ardieron y mis piernas pesaron como el plomo.

Y corrí un poco más.

Pensé en Jeremy, me pregunté qué estaría haciendo, cómo se sentiría, qué habían encontrado los médicos. Pensé en lo que diría cuando le hablara del acuerdo de confidencialidad, cuando le contara lo de las dos semanas de baja forzosa.

Pensé en la posibilidad de que se diera cuenta de que no era, de hecho, bisexual y que simplemente se había sentido vulnerable y solo, encontrando consuelo en la única persona que tenía cerca.

En mí.

Y que no quería verme más. Que todo había sido un terrible malentendido. Que lo que teníamos se había acabado.

Entonces vomité.

Estaba a kilómetros de casa. *¿Realmente había corrido tanto? ¿No me había dado cuenta de por dónde iba?* Sin saber muy bien por dónde había corrido, encontré una tienda, compré unos cuantos víveres y cogí un taxi para volver a casa.

Ignoré los documentos que seguían esparcidos por la mesa de café, me duché y me preparé un sándwich.

Entonces, como seguía sin pensar, por costumbre, cogí el mando a distancia y encendí la televisión. Mordí mi sándwich antes de darme cuenta de lo que estaba escuchando.

—... ha sido ingresado en un hospital especializado en diabetes. Aquí se le puede ver escoltado por su guardaespaldas, Steve Frost, sólo unas horas después de que se hicieran virales unas imágenes de ambos intimando.

Casi me atraganté con mi sándwich.

Aparecieron en la pantalla imágenes mías y de Jeremy, la grabación de la cámara de seguridad en la que salgo de su piscina y él toca mis cicatrices. Las imágenes estaban tomadas desde un ángulo elevado y era difícil distinguirlas con exactitud. Parecía que nos habíamos besado, pero sólo era él tocando mi costado. Estaba lo suficientemente cerca como para que nos besáramos.

Dios. Por un segundo pensé que tenían imágenes reales de nosotros en el sofá o en la cama.

—Jeremy Dalton dio una comparecencia de prensa no programada ayer por la mañana —dijo la mujer de la televisión—. Se puede ver que la seguridad sale tarde, incluyendo a Steve Frost, indicando que no fueron informados sobre la entrevista. Momentos después, al enfrentarse a un fanático enfadado, Steve Frost intercepta y tira al hombre al suelo en lo que

las redes sociales han bautizado como “Hulk Aplasta”. —La mujer sonrió, recordando a un caballo—. Ha sido una gran semana para Atrous, ¿verdad?

La pantalla mostró a un reportero frente a la clínica donde se encontraba Jeremy.

—Seguro que sí —continuó—. ¡Parece el argumento de una película! Primero, tenemos la investigación del FBI sobre un acosador. Sabemos que el objetivo era Jeremy Dalton. Sabemos que hubo una mayor presencia policial. Sabemos que el FBI frecuentó las oficinas de Platinum Entertainment la semana pasada. Después Jeremy es llevado al hospital por una lesión en la cabeza, sin relación con las demandas de acoso. ¿Cómo sabemos esto? Porque las imágenes de las cámaras de seguridad privadas de la casa del Sr. Dalton fueron subidas a Internet. Podemos ver a Jeremy cayendo a la piscina, golpeándose la cabeza y siendo rescatado dramáticamente por Maddox Kershaw y Steve Frost. Jeremy concede una entrevista de prensa improvisada, luciendo una cabeza bien afeitada y una cicatriz muy visible, de unos cinco centímetros de largo. Mientras tanto, nos enteramos de que Steve Frost es en realidad Steve Hammond, un ex luchador de artes marciales mixtas que fue apuñalado hasta seis veces en un ataque de crimen de odio hace más de una década. —Al reportero casi le daban vueltas los ojos, estaba muy emocionado.

Deslicé el sándwich sobre la mesa de café, se me quitó el apetito.

—Luego, a última hora de la tarde, se informó que la presunta acosadora, una tal Jacqueline Sosa, fue trágicamente encontrada muerta. La causa de la muerte, aún no está determinada. Y como si todo esto no fuera suficiente, ahora Jeremy ha sido ingresado en la mejor clínica de endocrinología de Los Ángeles, donde podemos suponer que está siendo tratado por una enfermedad relacionada con la diabetes.

El reportero hizo un gesto con la mano hacia la clínica.

—No se ha visto a Jeremy ni a Maddox ni a ningún otro miembro de Atrous. Tampoco hay declaraciones de Platinum Entertainment. Las redes

sociales están en un frenesí...

Apagué el televisor.

Si ese reportero estaba en frente de la clínica ahora mismo, podría ir allí y meterle el micrófono en su...

Mi intercomunicador sonó. Oh, Dios mío.

¿Y si es un periodista?

Apreté el botón, listo para hacer pedazos a alguien.

—¿Steve? Soy Roscoe.

Respiré hondo y pulsé el botón, dejándolo entrar, luego fui a mi puerta principal y la abrí. Llevaba bolsas y un...

¿Una silueta de cartón?

—¿Qué...? —Le ayudé con las bolsas.

Puso la silueta de cartón en mi sala de estar. Era, por supuesto, de Jeremy. Un recorte de cartón de tamaño natural, igual que el de mi oficina.

Roscoe suspiró.

—Él insistió.

Lo miré fijamente.

—¿Quién?

—Jeremy. —Me llamó usando el teléfono de Maddox. No quería que estuvieras aquí solo, olvidándote de él. Sus palabras, no las mías. Insistió, y sabes que eso significa amenazas, ¿verdad? Insistió en que fuera a su oficina y te trajera la mitad de la mercadería. Hay camisetas y sudaderas de Jeremy con su cara, un póster de pared y tres calendarios de Jeremy. Uno para tu salón, tu cocina y tu baño. Y eso... —señaló la versión de cartón de Jeremy—... eso es específicamente para tu dormitorio. Para ser sincero, no quiero saber para qué.

Miré la estúpida silueta de cartón de Jeremy y luego miré a Roscoe. Intentaba no sonreír, lo que por supuesto me hizo sonreír a mí. Entonces los dos nos reímos.

—¿Insistió?

Roscoe asintió.

—No quiere que lo echés de menos.

Me tapé la boca y me reí un poco más. Dios, podría haber llorado.

—Es un idiota.

Roscoe me dio una palmada en el hombro.

—¿Y pensaste que el tiempo de separación le haría darse cuenta de qué, exactamente?

Todavía sonriendo, negué con la cabeza.

—No voy a poner la silueta en mi habitación. —Saqué una camiseta y puse los ojos en blanco al ver la enorme calcomanía de su cara en ella. La calcomanía era grande. La camiseta parecía pequeña. Comprobé la etiqueta de la talla. *Dios*.

Roscoe se rio.

—Dijo específicamente que no consiguiera nada por encima de la talla mediana. Y quiere una foto.

Me reí y traté de no sonrojarme, luego tiré la camisa en el sofá.

—¿Quieres café?

—Claro.

Volví a encender la cafetera y preparé las tazas.

—¿Cómo estaba esta mañana?

—Está bien. Le han hecho escáneres y más pruebas esta mañana. Todavía no hay visitas. ¿Y tú?

—Anoche me quedé dormido en el sofá. Debo haber dormido unas doce horas, aunque no tengo ni idea de la hora. Sin reloj, sin teléfono. Salí a correr. Corrí dieciséis kilómetros y terminé en un suburbio que no conocía. Tuve que pedirle al chico de la tienda que me llamara un taxi para llegar a casa. Cometí el error de encender la televisión, y puedes imaginar cómo fue. Y entonces llegaste tú. —Entonces me acordé—. Ah, y a primera hora me enviaron por correo unos preciosos papeles de Arlo Kim. Que fue lo que provocó la carrera de dieciséis kilómetros.

—Oh. —Su expresión era una mezcla de sorpresa y asco—. ¿Para qué son los papeles?

—Una advertencia oficial, un nuevo contrato para especificar que no debo herir las pequeñas alas de Arlo Kim, y que debo tener un dispositivo de seguimiento en mi persona en todo momento. Uuups, quiero decir un teléfono. Ah, y un acuerdo de confidencialidad. Debido a mis *relaciones personales* con Jeremy.

Roscoe se rio.

—¿Sus pequeñas alas?

Me pasé las manos por la cara y suspiré.

—No debería ser así, lo siento.

—Maddox estaba lívido cuando tuvimos que firmar nuevos acuerdos de confidencialidad. Y quiero decir *lívido*.

Gemí.

—Juro por Dios que si envían los papeles de Jeremy mientras está en el hospital, les romperé sus putos cráneos.

Roscoe volvió a reírse. Debió pensar que estaba bromeando.

¿Estaba bromeando?

No bromeaba.

Serví el café y le entregué una taza.

—Sabes, que yo tenga dos semanas libres ahora mismo es probablemente algo bueno.

—¿Supongo que Jeremy tampoco lo sabe?

Me encogí de hombros.

—Supongo que no. Se lo contaré todo cuando esté mejor. La presión arterial alta y el azúcar bajo no es una buena combinación. —Le di un sorbo a mi café—. No quiero que mis problemas influyan en su decisión sobre lo que quiere para la banda.

Roscoe suspiró.

—¿Sabes lo que deberíamos hacer?

—¿Qué?

—Deberíamos salir esta noche. Sólo a un bar. Ver cualquier partido que haya. Comer unas alitas de búfalo y unas cervezas.

Le sonreí.

—Es una muy buena idea.

—Ahora, sobre esa foto...

—Absolutamente no.

—NO RECUERDO la última vez que hice esto —admití mientras entrábamos en el bar.

Habíamos elegido un lugar lo suficientemente oscuro. No era un antro, exactamente, pero no era un local de alta gama como a los que iría la banda. Era lo suficientemente oscuro, con carteles de cerveza de neón detrás de la barra y varios partidos de béisbol en las pantallas.

Encontramos una mesa y me senté en el asiento mientras Roscoe iba a la barra. Había otras mesas, la mayoría de hombres, algunas mujeres; ninguna de ellas parecía una amenaza. Los baños estaban en la parte de atrás, además de una salida de incendios.

Intenté relajarme.

La primera cerveza ayudó un poco. La segunda ayudó un poco más. Las alas también estaban muy bien. Pero más que eso, era fácil pasar el rato con Roscoe. Hablamos de un montón de cosas y fue... agradable.

Me dio vergüenza darme cuenta de que no había hecho este tipo de cosas en mucho, mucho tiempo.

Siempre había sido sobre el trabajo o la planificación de viajes o la formación. Había olvidado que había una vida fuera del trabajo. Una vida social, amigos, deportes, tal vez incluso un novio...

Roscoe levantó su teléfono, mostrando el nombre de Maddox. Puso los ojos en blanco, pero su sonrisa bobalicona lo delató. Respondió a la llamada.

—Sí, mi amor. —Escuchó un rato y luego dejó escapar un enorme suspiro—. Impresionante... Sí. Bien... Espera, te lo pongo.

Se llevó el teléfono al pecho.

—Alguien publicó una foto de nosotros en Twitter.

—¿Aquí? ¿Ahora?

Roscoe asintió.

—Hace una media hora —susurró—. Etiquetó a Atrous con el hashtag CuandoelGatoNoEstá.

Cuando el gato no está... los ratones hacen fiesta.

—¿En serio?

—Porque somos los arreadores de gatos. Creo. Sólo Dios sabe. —Roscoe entregó su teléfono y esperaba escuchar a Maddox, pero no fue así.

La voz de Jeremy fue como un bálsamo.

—¿Ya me estás engañando?

Resoplé, porque todos sabíamos que eso era ridículo. Por no mencionar que Jeremy y yo nunca habíamos establecido lo que éramos, exactamente, y mucho menos la exclusividad.

—Me prometió cerveza y alitas de pollo.

Jeremy se rio.

—Ni siquiera llevas la camiseta que te envié. No estoy seguro de qué es lo que más duele, si soy sincero.

—La camiseta es un poco pequeña.

—Por eso la elegí. Me gusta cómo te queda la ropa ajustada.

Estaba sonriendo como un tonto y ni siquiera me importaba.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Mejor. Me han metido algo muy bueno. No sé qué era. Una infusión intravenosa con todo lo que mi cuerpo necesitaba, aparentemente.

Un centenar de pruebas y escáneres diferentes y más análisis de sangre. Y ahora tengo un implante para las lecturas de glucosa. Así que no hay más pinchazos en los dedos.

—¿Un implante?

—Sí. Como Iron Man. Pero en mi brazo. Y no tan genial.

—¿Ayuda?

—Sí.

—Entonces está bien. —Hubo un tiempo de silencio. Me lo imaginé sonriendo—. ¿Cuánto tiempo más vas a estar ahí?

—Les he dicho que quiero irme mañana. Están haciendo más pruebas. Mis riñones no han estado relacionándose bien con los otros órganos, así que necesitamos...

—¿Qué?

—No es nada grave.

—¿Estás seguro? Porque lo último que he oído es que todos los órganos del cuerpo tienen que relacionarse bien con los otros órganos. Si no, es grave.

—Podemos hablar de ello cuando vengas a recogerme mañana.

—¿Te recojo?

—Sí. Con una condición.

—¿Qué condición? —*Tenía la sensación de que sabía...*

—Ponte la camiseta.

Sí. Eso es lo que pensé.

—No me pondré la camiseta.

—Sí, lo harás. Y no más besuqueos con Roscoe en público. Está comprometido para casarse, por el amor de Dios.

Suspiré.

—De acuerdo.

—Te he echado de menos —dijo en voz baja—. Lo cual es estúpido y ridículo, y te culpo por ello.

Sonreí.

—Yo también te he echado de menos. Y eso es cien por ciento culpa tuya.

—Maddox se muere por recuperar su teléfono.

—Sí, de acuerdo. ¿Cómo voy a saber a qué hora debo ir a buscarte? Todavía no tenemos teléfonos.

—Enviaré una Bati-señal. Y por Bati-señal, me refiero a Roscoe. Me gusta no tener un teléfono. Aunque es una mierda que no pueda llamarte.

Sonreí. O seguía sonriendo. No estaba seguro. Intenté ocultar mi sonrisa a Roscoe. Ya era bastante embarazoso.

—Lo sé. Te veré mañana.

—Oh, ¿vas a dormir con la silueta de cartón en tu cama esta noche? Es de tamaño natural, pero la polla es sólo bidimensional...

—Buenas noches, Jeremy.

Le devolví el teléfono a Roscoe, que escuchó durante un rato, con una amplia sonrisa.

—Tendría que medir la de Maddox para estar seguro —dijo riendo.

Pude escuchar a Jeremy gritando algo, y luego obviamente estaba hablando con Maddox de nuevo, así que lo usé como excusa para mirar alrededor. La persona que nos hizo una foto podría haber sido cualquiera.

¿Realmente éramos noticia? Supongo que cualquier cosa relacionada con Atrous era noticia.

—De acuerdo, llámame más tarde. Adiós. —Roscoe guardó su teléfono en el bolsillo—. Ni siquiera voy a mirar Twitter.

Me tomé la cerveza.

—Buena idea.

—¿Debemos irnos? ¿Antes de que entre alguien más?

Asentí.

—Probablemente.

Pagamos la cuenta en efectivo y nos fuimos, y sí, algunos miraban y susurraban, a otros no les importaba. Subimos a la camioneta de Roscoe y nos dirigimos a casa. Nadie nos siguió.

Era agotador tener que estar tan pendiente todo el tiempo.

—¿Crees que los chicos llegarán a vivir una vida normal? —pregunté.

Roscoe lo consideró por un momento.

—Espero que sí. Pero no en el corto plazo. Supongo que dependerá de lo que decidan hacer. Y luego, incluso si se disuelven como Atrous, dependerá de lo que hagan en solitario.

No lo había considerado.

—¿Crees que irán de solistas?

—No lo sé. Maddox no lo ha dicho exactamente. No me lo imagino queriendo salir al escenario sin los demás. Creo que le costaría demasiado la presión de estar solo. Su ansiedad está mucho mejor hoy en día, pero es algo en lo que ha tenido que trabajar mucho. —Se encogió de hombros—. Haga lo que haga, será algo relacionado con la música, seguro. ¿Escribir, componer, producir? Ni idea.

—Es difícil imaginarlos haciendo otra cosa. Y sin que los cinco lo hagan juntos, claro.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó—. ¿Con tus dos semanas? O permanentemente, si decides herir las pequeñas alas de Arlo Kim otra vez.

—¿Permanentemente? No tengo ni idea. ¿Estas dos semanas? —Suspiré—. Realmente no he tenido ni un día libre en diez años. No sabría por dónde empezar. —No se me ocurría nada significativo—. ¿Leer un libro? Ponerme al día con el sueño.

—Oh, hombre, tengo que decir, y no te atrevas a repetir esto a nadie, pero anoche, siendo mi primera noche con la cama para mí solo... Dormí muy bien. Maddox o está ocupando toda la cama, o se aferra a mí como un koala. No hay un punto intermedio. Anoche, tuve toda la cama para mí. Quiero decir, lo extrañé, por supuesto, pero sí.

Me reí.

—De ninguna manera le diría eso a Maddox.

—O Jeremy. Decirle a Jeremy significa decirle a Maddox.

—Oh, eso me recuerda. Jeremy quiere que lo recoja mañana, dijo que Maddox te enviaría los detalles. Estoy disfrutando de ser radio-silencioso sin teléfono ni portátil, pero honestamente odio que no pueda llamarme si necesita algo. Y no quería decirle que no puedo llamar precisamente por Sayed y la furgoneta cuando me han suspendido.

—Lo organizaré —dijo—. No te preocupes. Puedo llamar a la furgoneta. Te recogeremos al pasar.

—Gracias. Y gracias por esta noche. Fue bueno salir.

—No hay problema. Nos vemos mañana.

Subí a mi apartamento, encendí las luces y casi me dio un ataque al ver la silueta de cartón de Jeremy en mi salón. Casi le arranqué la cabeza, y luego me reí de mí mismo, sintiendo el zumbido de tres cervezas.

—Por eso no vienes a mi habitación.

Al darme cuenta de que acababa de hablar con una imagen de Jeremy y al preguntarme si realmente estaba perdiendo el rumbo, me acosté.

ME LEVANTÉ TEMPRANO y salí a correr. Fue bueno sentir el sol en la cara, quemar algo de energía. Había echado de menos correr. Había echado de menos muchas cosas en la última semana.

Y correr era una buena distracción porque, por Dios, echaba de menos a Jeremy.

Anoche dijo que me echaba de menos. El otro día dijo que no estaba seguro de lo que era esto, este asunto entre nosotros, pero que le gustaba lo que fuera.

Y mientras volvía a casa, me di cuenta de que había pasado de tener todas las dudas sobre él ayer, a estar seguro hoy. Era un vaivén, y era agotador. Y mientras corría, con el sudor corriendo por mi espalda, con los pulmones ardiendo, supe lo que tenía que hacer.

Tenía que decirle lo que sentía. Tenía que ponerlo en juego y hacérselo saber.

Se acabaron las dudas.

Ya tenía bastante de qué preocuparse, al igual que yo.

La amenaza del acosador había terminado, pero el futuro de la banda estaba en duda. Su salud. Su relación con Arlo Kim.

Y mi trabajo estaba en peligro, mi futuro. Mi estabilidad financiera.

Había una lista de dudas kilométrica, y si había algo de lo que estaba absolutamente seguro era de lo que sentía por Jeremy.

Él debía saber, independientemente de lo que sienta por mí, que no tiene que dudar de mí.

Me dio una nueva sensación de determinación.

Tal vez mi tiempo con Platinum había seguido su curso natural. El cambio estaba en el aire, y tal vez era algo que podía entusiasmarme en lugar de temerlo.

Si me daban de baja o renunciaba, al menos podría mirar atrás y apreciar el salvaje viaje por lo que fue. Había dado la vuelta al mundo varias veces, había visto más países de los que podría haber soñado, había visto más de Estados Unidos de lo que la mayoría de la gente jamás vería. Había coincidido con todo tipo de celebridades y personajes de la vida social, y había pasado *innumerables* horas con la mayor banda del mundo.

Los había visto en los ensayos de baile, en el estudio de grabación, en los ensayos generales, en el escenario frente a cien mil admiradores gritando. Les había visto reír, llorar, discutir, saltar de alegría o desplomarse de agotamiento. Había estado allí cuando empezaron, desde sus primeros conciertos en pequeños estadios hasta las giras mundiales en estadios

gigantes, cuando fueron nominados por primera vez a los principales premios, cuando los ganaron.

No estaba mal para un chico que tuvo que volver a empezar su vida a los diecinueve años sin un céntimo.

Perspectiva.

Me sentí bien al conseguir algo.

Cuando Roscoe llamó a mi timbre, lo recibí abajo con una sonrisa.

—¿Contento de ver a alguien? —preguntó.

—Podría decirse que sí.

La verdad es que estaba jodidamente excitado, extasiado y un poco nervioso. Sobre todo extasiado.

Me di cuenta de que Riko estaba de pie junto a la puerta de la furgoneta. Sonrió cuando me vio.

—¡Jefe!

—Hola —respondí, feliz de verlo también.

Riko nos abrió la puerta de la furgoneta.

—Me gustaría decir, para que conste, que ser el equipo de protección para ti es divertido. Y redundante.

Resoplé.

—Difícilmente. Estoy bastante seguro de que ni siquiera debería estar aquí.

Subí a la furgoneta y Sayed me saludó desde la parte delantera.

—Hola, Sr. Frost.

¿Sr. Frost? ¿Qué demonios pasó con llamarme Steve?

—No, sólo estoy aquí por el aventón, Sayed. Ignórame. Por favor, llámame Steve.

Roscoe se rio mientras tomaba asiento a mi lado.

—Eres una celebridad.

Puse los ojos en blanco.

—Entonces, ¿qué está pasando en la Tierra?

—Ambrose convocó una reunión de gerentes esta mañana. Dijo que la investigación del FBI estaba en su fase final, que la salud de Jeremy era una prioridad, y que te tomabas dos semanas de vacaciones.

Me burlé.

—Claro.

—No te preocupes. Todos lo sabemos. Y Ambrose lo sabe, y sabe que lo sabemos. Él sólo tiene que pasar por los movimientos de Arlo Kim.

Eso me hizo suspirar.

—¿Quién está a cargo de la seguridad sin mí? —susurré.

Señaló su barbilla hacia el frente.

—Compartido, entre Riko y Robbie.

Eso me complacía.

—Buena elección.

—¿Qué has hecho hoy?

—Fui a correr otra vez. Hoy no necesité que me acercaran a casa. — Roscoe se rio—. Me ayudó a darme cuenta.

Me lanzó una mirada.

—¿Sobre qué?

—Voy a decirle a Jeremy que lo quiero.

Los ojos de Roscoe se abrieron de par en par y yo me reí. Mis mejillas estaban calientes y lo único que pude hacer fue negar con la cabeza.

—No sé cuándo. ¿Pero pronto, tal vez? No lo sé. Hoy ha sido una buena idea. Ahora que lo he dicho en voz alta, no estoy tan seguro.

Roscoe se rio.

—Sólo entre tú y yo, y por lo que me dice Maddox, creo que será bien recibido.

Dejé escapar una risa nerviosa.

—¿Hablas en serio?

Levantó las manos.

—Quiero decir, las relaciones nunca son fáciles, ¿verdad?

—No lo sé. La última vez que tuve una relación, me apuñalaron seis veces.

Roscoe dejó de sonreír.

—Jesús.

—Lo siento.

—Cristo. No te disculpes.

Me limpié las manos en los muslos. *Dios, ¿dónde estaba mi cabeza?*

—Estoy nervioso.

Se quedó en silencio durante un largo rato.

—Saldrá bien —dijo.

Asentí. No sabía a qué se refería exactamente. Pero no importaba. No importaba el resultado de que le dijera a Jeremy cómo me sentía, o tal vez que dejara mi trabajo, si todo salía bien o incluso si salía mal, estaría bien.

—Sí, lo estará.

La mayoría de los paparazzi se habían ido cuando llegamos a la clínica, pero los dos policías que custodiaban la puerta probablemente tenían algo que ver con eso. Supuse que el guardia seguía dentro, lo que significaba que era poco probable que alguien entrara sin la debida autorización.

Sin embargo, sabía que, en cuanto saliéramos de la furgoneta, habría imágenes de Roscoe y de mí llegando repartidas por todo Internet antes de que pudiéramos llegar a la habitación de Jeremy.

Agradecí la presencia policial...

—¿Pasó algo para que la policía esté en la puerta? —pregunté.

—No. Es por precaución, o eso dijo Maddox —respondió Roscoe—. No creo que se dieran cuenta de la clase de atención que atraería Jeremy.

Asentí. Lo entendía perfectamente, y me alegraba de que la clínica viera el problema y lo abordara.

Salimos de la furgoneta, ignorando los gritos y las llamadas de los medios de comunicación, y con un movimiento de cabeza a los policías,

entramos. La clínica durante el día era muy diferente a como estaba cuando llegamos por la noche.

Una mujer y un hombre estaban sentados detrás de un plexiglás en el mostrador de recepción. Ella levantó la vista y sonrió a Roscoe.

—¿Puedo ayudarle?

—Sí, estamos aquí para ver a Jeremy Dalton.

—Identificación, por favor. —Entregamos nuestras identificaciones y tuvimos que firmar en una pantalla digital de ingreso. El hombre pulsó un botón y se abrieron las puertas dobles por las que habíamos pasado la última vez. La mujer nos sonrió—. Por el pasillo y sigan el barullo.

Hicimos un gesto con la cabeza al guardia, esta vez un hombre diferente, y entramos. No tuve que preguntarme a qué se refería con “seguir el barullo”, porque una carcajada familiar dijo todo lo que necesitábamos saber.

Doblamos la esquina y encontramos a Robbie, Ivan y Zoe de pie en el pasillo.

—¡Hola, jefe! —dijo Robbie. Estaban contentos de verme, sin duda. Y sí, era bueno verlos también.

Pero la persona que realmente quería ver...

La puerta de su habitación estaba abierta, y dentro pude ver a Maddox, Blake y Wes. Podía oír a Luke. Pude ver la cama de Jeremy y ver que estaba en ella, pero todos estaban de pie alrededor.

En cuanto oyó hablar a Robbie, Jeremy miró alrededor de Blake y sonrió. Maddox vio a Roscoe al mismo tiempo y se lanzó sobre él.

Pero yo no podía dejar de mirar a Jeremy.

Estaba sentado. Se había afeitado la cara, la barba desaliñada había desaparecido. El pelo había empezado a crecer de nuevo. Sus ojos parecían más claros, menos cansados.

Pero la forma en que me sonrió casi me robó el aliento.

—No te has puesto la camiseta —dijo todavía sonriendo.

—Era como un top.

—Así que, una muestra privada es lo que estoy escuchando.

—Mierda,míralos —susurró Blake mirando entre nosotros—. No estabas bromeando.

—Cállate, Blake —dije haciendo reír a todos. *¿Podría Steve, el de seguridad, decir eso? No. ¿Podría Steve, que estaba aquí para ver a Jeremy, decir eso? Acababa de hacerlo.*

Jeremy me dedicó una sonrisa de esas que hacen arder los ojos y, durante unos segundos, no hubo nadie más en la sala. Luego se echó a reír y miró a los demás.

—¿Podéis dejarnos un segundo? La cafetería tiene una gran selección de cosas terribles sin azúcar.

Salieron de la habitación y, deliberadamente, no hice contacto visual con ninguno de ellos. Pero una enfermera esperó en la puerta hasta que todos salieron antes de entrar a comprobar su vía.

—Hola, Denise —dijo Jeremy—. Este es Steve.

Ella sonrió.

—Hola.

—Hola.

Indicó la vía intravenosa.

—Ya casi has terminado.

—Gracias a Dios.

—Volveré para quitártela en unos minutos.

Jeremy esperó a que ella se fuera.

—Me están dando un último súper líquido antes de irme. No puedo levantarme, así que tendrás que venir aquí.

Me acerqué, tomé su cara entre mis manos y lo besé. Un poco locamente, con los labios y un toque de lengua. Era difícil besar bien cuando ambos sonreíamos.

—Te he echado de menos —admití en voz baja. Con mi mano aún en su mandíbula, lo besé suavemente—. ¿Cómo te sientes?

—Caliente como el infierno.

Me reí.

—No me refería a eso.

—Lo sé. Pero he estado pensando mucho en lo que haremos cuando salga de aquí. Y estar metido en una habitación con Maddox durante dos días que no ha hecho más que hablar de ser follado... Se supone que debería estar descansando.

Me reí y lo besé de nuevo.

—Te ves bien.

—Me siento bien.

—Me alegro.

—Ahora tenemos un plan. Tengo hipoglucemia no diabética, lo que ya sabíamos. Pero se dieron cuenta de que mis riñones no están bien, probablemente desde hace tiempo.

—¿Qué significa eso?

—No es una insuficiencia renal crónica o total. Pero había algunas lecturas que eran realmente bajas. Lo que explica los frecuentes bajones, junto con el estrés. Tengo que comer ciertas cosas y tomar algunos medicamentos que ayudarán. Pero necesitareé pruebas cada tres meses o algo así.

—¿Cómo? Quiero decir... —Negué con la cabeza—. ¿Cómo?

Sonrió.

Años de someter mi cuerpo a demasiado estrés. El ejercicio, las horas y horas de baile cada día, los horarios, el no parar, la dieta en la habitación del hotel. Probablemente habría sido peor si no nos hubieran dado esos paquetes de glucosa en gel después de cada concierto. ¿Y esa “contractura de espalda” por la que he hecho fisioterapia? Probablemente un leve dolor

de riñones. —Se encogió de hombros—. En realidad tengo bastante suerte. Podría haber sido peor.

Lo besé en la frente.

—Me alegro de que estés bien.

—Oh —dijo emocionado—. Mira mi implante de Iron Man. —Me mostró la parte posterior de su brazo, y había una pequeña lengüeta negra pegada allí—. Está implantado bajo la piel y tiene un transmisor. Me dirá si mis niveles de glucosa empiezan a bajar, y es continuo. Se acabaron los pinchazos en los dedos.

Robbie abrió la puerta a una enfermera. No era Denise pero Jeremy le sonrió.

—¿Estás aquí para liberarme?

—Seguro que sí —contestó ella. Empezó a deshacer el goteo intravenoso de la cánula y a hacer cualquier otra cosa que tuviera que hacer. No le presté demasiada atención, demasiado ocupado mirando a Jeremy.

Me cogió la mano.

—Oh, deberías haber visto el frenesí de las redes sociales sobre ti y Roscoe teniendo una cita anoche.

—No fue una cita —dije—. De todos modos, realmente no es mi tipo.

Esperaba que Jeremy se riera, pero entrecerró los ojos y negó con la cabeza. Miró la cánula en su brazo justo cuando Riko irrumpió en la habitación.

—Reconocí su cara.

Miré a la enfermera y se me heló la sangre.

Ella sonrió.

—Hola, Steven —dijo, y luego Jeremy se dejó caer de lado en la cama.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

LILIAN SOSA ESTABA en el lado opuesto de la cama, con una aguja en la mano.

Fue como si el tiempo se hubiera detenido, como si el mundo hubiera dejado de girar. No había ningún sonido, sólo mi corazón palpitando en mis oídos. Mi cuerpo estaba congelado por el miedo.

—¡Necesito un médico aquí! —gritó Riko, saliendo por el pasillo.

La realidad volvió a golpearme, y Lilian pareció notar el cambio en mí. Puso la jeringa en el brazo de Jeremy, amenazando con perforar la piel.

—No lo intentes —dijo—. No puedes hacerle daño ahora. ¿Crees que te pertenece? Te equivocas. Al igual que Jacqueline estaba equivocada.

Las máquinas empezaron a pitar. El brazo de Jeremy se sacudió, y pensé que era una reacción a su toque, pero luego su pierna comenzó. Sus manos empezaron a temblar, luego su cabeza.

Estaba teniendo un ataque.

—¡Jeremy! —Me moví para ponerle la mano encima, pero Lilian me enseñó los dientes, con los ojos desorbitados.

—¡He dicho que no lo toques!

La puerta se abrió con un golpe, un médico al frente, Riko y Maddox justo detrás de él. Lilian los miró, cambiando su postura para adaptarse a la amenaza. Aproveché la distracción de una fracción de segundo en mi

beneficio. Con una mano en la cama, salté el colchón y apunté mi cuerpo hacia ella.

Conecté una rodilla a su pecho y nos fuimos al suelo. Riko estaba allí en un instante y forcejeamos con ella, pero retrocedió con un siseo. Golpeé mi codo contra ella y me clavó algo en el cuello, pero no me detuve.

La rabia se apoderó de mí.

Le agarré el pelo con el puño y la muñeca, retorciéndola y obligándola a ponerse boca abajo, tratando de levantarla para poder usar mi cuerpo y golpear su cabeza contra el suelo. Quería castigarla.

Quería matarla.

Pero entonces había uniformados a mi lado. Policías. La sujetaron, y se necesitaron los dos para contenerla, incluso con mi rodilla todavía en su espalda. Ella luchó, gritó, se agitó, pateó.

Entonces unos grandes brazos me apartaron y me sustituyeron más uniformados. Seguridad, esta vez. Robbie me sostuvo, llevándome mientras se alejaba. Vi a un médico clavar una cosa con aspecto de bolígrafo en el muslo de Jeremy mientras otro le clavaba otra jeringa en la cánula.

Y entonces vi a Riko tirado en el suelo y a un médico y una enfermera que se cernían sobre él.

Entonces un médico estaba delante de mí. No pude distinguir las palabras. Todo era demasiado. Demasiado bochorno. Demasiado ruidoso. Demasiado silencioso. Demasiado rápido. Demasiado lento.

¿Cómo estaba Jeremy? Necesitaba llegar a Jeremy.

Jeremy.

¿Cómo llegué al suelo?

¿Por qué un médico me miraba así?

¿Por qué no podía moverme... por qué no podía pensar? Intenté luchar contra ello. Intenté...

Lo intenté.

EL DOLOR DE cabeza me despertó. Me sentí dolorido por todo el cuerpo y con náuseas. Había pitidos y luces horribles. Sabía que era un hospital, porque... porque ya me había despertado así antes.

Entonces me acordé. Jeremy.

Intenté incorporarme.

—Oye, espera —dijo una voz suave. Una voz familiar—. Tómallo con calma.

Ryan.

—Jeremy —dije tratando de sentarme de nuevo.

Ryan trató de tranquilizarme con una mano en el brazo.

—Él está bien. Quédate quieto. Iré a buscar al doctor.

Está bien...

Ryan dijo que Jeremy estaba bien.

Me tumbé en la cama y, tras respirar profundamente, apareció un médico con Ryan y Roscoe. El médico me hizo unas cuantas preguntas, me iluminó los ojos con su estúpida luz y leyó algunas impresiones de la máquina.

Me habían clavado una jeringa de insulina en el cuello, o eso me explicó. No era una dosis enorme, pero era suficiente. Y fue directamente a mi torrente sanguíneo.

En pocos minutos me desplomé en el suelo.

No me preocupé por mí mismo.

—¿Cómo está Jeremy?

El médico dejó de hablar. Pero no respondió a mi pregunta. Roscoe fue quién lo hizo.

—Está bien. Le administraron suficiente dextrosa para detenerlo. Estuvo cerca, pero está bien. Sin embargo, se anotó unos días más en el

hospital. Sólo para monitorearlo. Maddox está con él ahora. Los otros chicos tuvieron que irse, pero Maddox no iba a ir a ninguna parte.

Me inundó el alivio. Hasta que me acordé de Riko.

—¿Y Riko? Estaba en el suelo, ¿verdad?

Roscoe hizo una mueca y Ryan asintió.

—Le dio en el pulmón. Un golpe entre un millón, aparentemente. La aguja entró entre las costillas. Está bien. Ahora. Pero estuvo muy mal. Para ser honesto, tuvo suerte que era un hospital para diabéticos.

Mierda.

—¿Puedo verlos? ¿Puedo ver a Jeremy?

—Riko fue llevado al centro médico de la UCLA —respondió Roscoe.

Jesús.

Roscoe me dio una palmadita en el pie.

—Está bien.

—¿Jeremy está aquí?

Asintió.

El médico terminó de escribir lo que estaba escribiendo.

—Estás en reposo. No visitarás a nadie.

Me senté a pesar de lo que decía el médico, a pesar de que mi cuerpo protestaba. Bajé las piernas al suelo y me di cuenta en ese preciso momento de que llevaba una bata. ¿Y que estaba conectado a una bolsa de algo y a una máquina de ECG?

—¿Qué demonios? —Fui a sacar las pequeñas almohadillas circulares de mi pecho.

—Sr. Frost —dijo el médico con severidad.

—Necesito verlo. Sólo un minuto. Luego volveré. ¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí?

—Durante la noche. Haremos pruebas de nuevo por la mañana y otra vez después del desayuno.

Intenté buscar cualquier señal de luz del día. O un reloj.

—¿Qué hora es?

—9:35 de la noche —respondió Ryan.

Nueve y media... eso significaba...

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

—Cuatro horas, más o menos —respondió Roscoe.

Maldita sea.

—Necesito ver a Jeremy. —Me quité la primera almohadilla de ECG del pecho, luego la segunda. Puse algo de peso en mis pies, viendo si mi cabeza giraba, y cuando no lo hizo, alcancé el soporte de la intravenosa.

Ryan se apresuró a acercarlo.

—Aquí.

Le regalé una sonrisa.

—Gracias.

—Sr. Frost —intentó el doctor de nuevo—. Debería estar en la cama.

Roscoe apareció con una silla de ruedas.

—Me aseguraré de que sea rápido.

Me coloqué en la silla, Ryan me ayudó con los reposapiés, maniobré el soporte de la intravenosa y Roscoe me sacó en silla de ruedas.

Resultó que Jeremy estaba ahora en una habitación justo enfrente de la estación de enfermería. Maddox nos vio a través de la mampara de cristal.

—Hola —dijo dándome un largo abrazo en la puerta—. Está durmiendo ahora mismo.

—No, no duermo —murmuró Jeremy, en un susurro agudo.

Me sonreía, con los ojos pesados.

—Jeremy —respiré levantándome de la silla y yendo hacia él. Le cogí la mano—. Dios, cariño.

—Sólo puede salir unos minutos —dijo Roscoe.

—Os daremos algo de privacidad. —Maddox tiró del brazo de Ryan y nos dejaron solos.

Pasé el pulgar por encima de su pómulo y me fijé en cada detalle de su cara. Parecía agotado, un poco pálido. Estaba conectado a todo tipo de máquinas.

—Tenía que verte. ¿Cómo estás? —le pregunté—. Estaba muy asustado.

—Yo también. —Parpadeó lentamente—. Bésame.

Mis ojos ardían, y con un movimiento de cabeza, me incliné y presioné mis labios contra los suyos. Acaricié su rostro, necesitando tocarlo, asegurándome de que estaba bien. Besé su frente, sus párpados, su nariz, sus labios de nuevo. Luego uní nuestros dedos y besé el dorso de su mano.

—Necesitas descansar —susurré—. Estoy al final del pasillo. Te veré por la mañana, a primera hora.

—Steve —murmuró.

—¿Sí, cariño?

La comisura de sus labios se levantó, sólo un poquito.

Sus ojos estaban cerrados.

—Me alegro de tenerte.

Tuve que parpadear para no llorar.

—¿Te tengo, Steve? —murmuró apenas audible—. ¿...Te tengo?

Asentí, aunque no pudiera verlo con los ojos cerrados.

—Me tienes —susurré—. Soy todo tuyo.

Sonrió mientras se dormía, y yo no sabía si reír o llorar.

Después de que Roscoe me llevara a mi habitación y me ayudara a meterme en la cama, después de que la enfermera me volviera a colocar las almohadillas de Electrocardiograma, cuando la habitación estaba a oscuras y yo estaba solo, hice un poco de las dos cosas.

ME HICIERON una lectura de la glucosa a las seis de la mañana. Desayuné y me volví a poner la ropa, y cuando volví a mi habitación, encontré a

Jeremy de pie, en bata, junto con su soporte de suero, metiéndose en mi cama.

—Hola —dije—. Señor, creo que esta no es su cama.

Se tumbó y palmeó el poco espacio que quedaba.

—Tu lugar.

No había forma de que no lo hiciera. Me presioné en la cama y él se metió en el hueco de mi brazo. Le besé la parte superior de la cabeza.

—¿Cómo te sientes?

—Hm. Mejor ahora.

Y entonces la enfermera entró corriendo y resopló. Era Denise. Se puso la mano en la cadera.

—¿Intentas darme un ataque al corazón? Estaba a punto de avisar a seguridad. Se supone que no deberías estar aquí.

Jeremy se rio.

—Fui sigiloso.

—Sr. Dalton —intentó.

Se acurrucó más cerca.

—Estoy ocupado.

—Jer —murmuré.

—No me voy a ir. Mis lecturas fueron buenas. Me comí el desayuno y oriné en una taza como un buen chico. Mi implante de Iron Man te dirá si mis niveles bajan. Y se ha demostrado científicamente que los abrazos de Steve me bajan la tensión. —Entonces, levantó la cabeza—. Por favoor.

Denise se acercó, le puso la sábana encima y puso los ojos en blanco.

—Dos minutos.

Suspiré y le froté la espalda. Tenerlo a salvo en mis brazos ahora era un tramo muy lejano al de ayer. Los recuerdos de su desplome, el color pálido de su rostro, sus convulsiones. Dudaba que esas imágenes me abandonaran alguna vez.

—Siento lo de ayer —murmuré—. Debería haberte protegido mejor.

Se quedó callado un segundo.

—¿Sabes lo que *no* vas a hacer? Es culparte por todo lo que pasó ayer.

Sabía que diría algo así.

—Debería...

—¿Deberías haber hecho qué? ¿Investigar personalmente a cada miembro del personal de este hospital?

—Bueno, ¿sí? Probablemente sea un buen punto para empezar.

Jeremy suspiró.

—Por favor, no lo hagas. No es culpa de nadie más que de la puta loca que intentó matarnos. —Levantó la cabeza, sus ojos azules tristes—. Ella también intentó matarte, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, yo sólo... Es mi trabajo mantenerte a salvo.

La tristeza de sus ojos se convirtió en ira.

—¿Tu trabajo? ¿Es eso todo lo que soy para ti? ¿Un puto trabajo?

Apreté mis brazos alrededor de él.

—No. Por supuesto que no. Tanto si soy tu guardaespaldas como tu novio, siempre te protegeré. Es lo que soy. Necesito proteger a los que me importan.

Me miró fijamente, su mirada perdió rápidamente su fuego. Resopló y volvió a apoyar su cabeza en mi hombro.

—Esa era la respuesta correcta. —Se quedó callado durante unos instantes y me pregunté si mi uso de la palabra novio era parte de eso. ¿Iba a mencionarlo? ¿O simplemente fingir que no lo había dicho?—. Novio, ¿eh?

Resoplé.

—Lo siento, simplemente salió solo.

Se rio.

—Curioso, porque pienso igual.

Yo también me reí y le di un apretón.

—¿Bi y orgulloso?

—Bueno, bi y un poco asustado, pero sí.

Le besé la frente.

—Poco a poco. Es todo lo que se necesita.

Volvió a bajar la cabeza con un suspiro.

—Nunca he tenido un novio antes.

—Yo tampoco.

Se rio y se acurrucó en mí.

—Los chicos se tomaron bien la noticia.

—¿Les has dicho que eres bi?

—Bueno, les hablé de ti.

Mi corazón golpeó contra mis costillas.

—Ah.

—Maddox les dijo que yo era Steve-sexual. Dije que suponía que eso me convertía en bisexual. Lógicamente hablando. Aunque sólo seas tú.

Vaya. Bien...

Volví a besar su frente.

—Eres perfecto.

Permaneció en silencio durante un largo momento, su respiración se hizo más profunda. Estaba casi dormido.

—Quiero ir a casa.

—Pronto. —Dibujé patrones en su espalda hasta que estuvo roncando tranquilamente.

Cuando Denise volvió a entrar, me llevé el dedo a los labios en señal de silencio. Ella me dedicó la mirada de *¿en serio?*, le echó un vistazo y suspiró.

—Menos mal que es guapo —murmuró saliendo.

Unos minutos después, Maddox y Roscoe entraron.

—La enfermera dijo...

Le hice el mismo gesto de *shh*.

Maddox echó una mirada a Jeremy y sonrió con cariño.

—¿Cómo está? —susurró.

—Bien.

Roscoe parecía un poco desconcertado.

—Es una casa de locos ahí fuera.

—¿Medios de comunicación?

Asintió.

—Oh, sí. Y la policía y seguridad. Prensa, paparazzi, fans.

Instintivamente, mi agarre a Jeremy se hizo más fuerte.

—El hospital ha aconsejado a la banda que no nos visite hoy —dijo Maddox—. Les he dicho que estaré aquí yo y entraré por la puerta principal. O si lo prefieren, puedo disfrazarme de enfermera temporal con una identificación falsa y entrar de cualquier manera, y podríamos hacer un evento completo para la prensa.

Jeremy resopló en voz baja.

—¿Tienes un traje de enfermera?

Maddox besó la mejilla de Jeremy.

—Buenos días, precioso. ¿Cómo te sientes?

—Mejor que anoche.

Denise volvió a entrar y Jeremy se aferró a mí.

—Nooooo.

Maddox se rio.

—Relájate. No estoy aquí por ti —dijo. Llevaba un lector de glucosa en una mano—. Sr. Frost, la mano, por favor.

Sonriendo, le di la mano y me dio el pinchazo en el dedo. Mientras esperábamos el resultado, Jeremy apoyó la cabeza en su brazo.

—¿Denise? —preguntó dulcemente, un poco quejoso.

—Sí —respondió ella, probablemente con más paciencia de la que Jeremy merecía.

—¿Puedo ir a casa hoy?

Ella frunció el ceño.

—No lo sé. Depende de los médicos. Tienes unas pruebas programadas para esta mañana. Para las que debes estar en tu propia habitación.

Jeremy suspiró y volvió a dejar caer su cabeza sobre mi pecho.

—Quiero ir a casa.

El lector de glucosa emitió un pitido. Denise lo levantó para mostrármelo.

—Bien.

Que yo me fuera de aquí sin Jeremy no iba a caer bien. Roscoe sacó su teléfono e hizo una llamada.

—Ambrose... Sí, estoy con él ahora. Está bien. —Todos lo miramos—. Voy a necesitar que muevas algunos hilos. Vamos a necesitar un médico o enfermera de endocrinología de guardia en casa de Jeremy. Podría mentirte y decir que es un problema de seguridad, porque has visto las noticias y sabes que es un problema real, pero te voy a decir cómo son las cosas. Él *quiere* irse, así que eso es lo que vamos a hacer. Esta mañana tiene que pasar algunas pruebas más, lo cual hará, pero se irá hoy. Encárgate de ello.

Mierda.

Roscoe terminó la llamada, Maddox le sonrió y a Jeremy se le saltaron las lágrimas.

—Roscoe, eso es lo más sexi que has hecho nunca. —Me reí y le besé el costado de la cabeza. Él frunció el ceño al verme—. ¿Por qué no pudiste hacer eso?

Ehhh.

—Bueno, sobre eso. Probablemente deberíamos tener una pequeña charla sobre mi situación laboral actual con Platinum.

CAPÍTULO VEINTICINCO

LO PRIMERO que hizo Jeremy al llegar a casa fue ducharse. Quería quitarse la sensación del hospital de la piel, cosa que entendí. Dejamos a Maddox a cargo mientras Roscoe, Robbie y yo hacíamos una revisión completa de la casa y los terrenos.

El resto de la banda llegó poco después, con toda la seguridad a cuestas, y Ryan, Amber y Ambrose llegaron en un tercer grupo, y luego Hardwick con la nueva enfermera titulada.

Le hicieron una demostración sobre el nuevo implante de Jeremy y sobre qué hacer si tenía una hipoglucemia grave. La verdad es que confiaban en que, con la mejora de la salud de los riñones, su hipoglucemia sería fácilmente controlable.

Era todo tipo de complicaciones, ¿pero la respuesta era realmente sencilla?

Más potasio, entre otras cosas.

Salió del hospital con un plan de salud y dieta que, según él, se parecía mucho a mi lista de la compra: cereales integrales, arroz integral, pollo y pescado a la parrilla, verduras de hoja verde y un montón de plátanos y aguacates.

—Será fácil —dijo Jeremy—. Steve accedió a cocinar para mí, y come toda esta mierda por diversión, así que...

Volví a la mesa del comedor y le di a Jeremy un plato de galletas y uvas.
—No he aceptado en absoluto cocinar para ti. Voy a enseñarte a cocinar.

La enfermera estaría unas horas cada día durante los tres primeros días. Hardwick vendría una vez al día. Jeremy tenía que tomárselo con calma, un montón de cosas que hacer y no hacer, pero al menos estaba en casa.

Riko estaba bien y se esperaba que le dieran el alta mañana.

—Deberíamos ir a verlo —dijo Jeremy—. Mañana por la mañana.

Otro asunto de seguridad total, pero ¿sabes qué? A la mierda. Deberíamos ir. Asentí.

—Deberíamos.

Luego fue el turno de Ambrose.

—Lo que sabemos sobre Lilian Sosa —comenzó—. Está bajo custodia policial. Será sometida a una evaluación psicológica. El FBI cree que mató a su hermana por intentar hacer daño a Jeremy. Pero la hermana intentaba herir a Jeremy para herir a la hermana por lo encaprichada que estaba. Aparentemente su encaprichamiento arruinó sus vidas. Lilian dijo que su hermana se hizo amiga del hombre que te apuñaló, Steve, sólo para hierla, y que iba a arruinar Platinum Entertainment como venganza. —Ambrose negó con la cabeza, con los ojos muy abiertos—. Toda la situación es simplemente... salvaje.

—Y triste —dijo Maddox.

Todos asentimos, porque era triste. Era una situación muy complicada.

—En cuanto Lilian se enteró de que estabas en el hospital, tuvo un punto de acceso. Simplemente se hizo pasar por una enfermera. Los hospitales tienen personal clínico temporal o rotativo. Es más común de lo que la mayoría de la gente cree. —Ambrose suspiró—. Todo lo que tenía que hacer era parecer una enfermera y actuar su papel. Hay imágenes de ella accediendo con el resto del personal, entrando corriendo como si llegara tarde. Tenía el uniforme correcto, la identificación correcta. No su nombre, por supuesto. Entró como si fuera su sitio, con una gran sonrisa,

saludando a otros miembros del personal al azar como si los conociera, y simplemente entró.

—Escondida a plena vista —dije—. Como si se *supusiera* que debía estar allí.

Ambrose asintió.

—Eso es una gran cagada —dijo Wes—. Como enorme.

Ambrose asintió.

—Oh, sí.

—Apuesto a que Arlo se está preparando para demandarlos en la estratosfera —murmuró Luke.

—No —dijo Jeremy—. No quiero eso. ¿Debería haber una revisión? Probablemente. ¿Fue culpa de alguien directamente? —Me miró y sonrió—. No. No lo es. Las hermanas Sosa tenían claramente algunos problemas de salud mental para los que obviamente no recibieron ayuda. Una está muerta, otra estará en prisión durante mucho tiempo. Es terrible, y quedamos atrapados en el medio. ¿Pero dónde empieza y termina la culpa? ¿La empresa de seguridad? No fue su culpa. Fueron hackeados. ¿El fabricante de drones? No, no es culpa de ellos, el cliente se equivocó. ¿El hospital? Siguieron el procedimiento. Lilian Sosa mintió y cometió fraude y falsificación, o como se tipifique. ¿Demandamos a Internet por proporcionar identificaciones falsas? —Negó con la cabeza y suspiró—. No lo sé. Podemos echarles la culpa a todos ¿y lograr qué, exactamente? Nadie gana el juego de la culpa.

Ambrose frunció el ceño.

—Pero si ella no hubiera...

Jeremy lo cortó.

—Y si no fuéramos famosos, nada de esto habría ocurrido. Si no estuviéramos en todos los canales de noticias, nada de esto habría ocurrido. Si no estuviéramos en las revistas, o en todo Internet, en los programas de televisión de todos los países del planeta, no se habría encaprichado. Si la

sociedad en su conjunto no glorificara a los famosos y exigiera cada detalle, esto no habría ocurrido. ¿Dónde acaba esto? —Miró a sus compañeros de banda, a sus hermanos—. Si no nos entregáramos al consumo público, no nos masticarían y escupirían.

Todos lo miraron fijamente. Nadie habló.

Jeremy me cogió la mano delante de todos.

—Ayer, tres personas de nuestro círculo estuvimos a punto de morir —añadió en voz baja—. ¿Cuándo es suficiente?

Tras un rato de silencio, Ambrose se aclaró la garganta.

—Yo, eh... Sólo tengo que decir, sobre los programas de premios que se avecinan...

Todos se volvieron para mirarle. Maddox le lanzó una mirada sucia.

—No creo que sea el momento de discutir el maldito trabajo Neil.

Ambrose levantó las manos.

—No, no es eso lo que quería decir. —Respiró hondo y lo soltó lentamente. Intentó sonreír—. Lo que quise decir fue... si vosotros estáis pensando en disolveros, porque estoy teniendo esa sensación con esta charla, entonces tenemos que pensar en una estrategia de salida y anuncios formales.

Todos miraron alrededor de la mesa y yo apreté la mano de Jeremy.

Ambrose se encogió de hombros.

—¿Antes de los premios? ¿Después? ¿Un álbum más? ¿Una gira más? ¿O ya habéis terminado?

Maddox dejó escapar un largo y tembloroso aliento, y Roscoe le masajeó el hombro. Asintió y se lamió los labios.

—Nosotros... eso es algo de lo que tenemos que hablar.

Blake dio un simple asentimiento.

—Odio admitir esto. Odio incluso pensar esto. —Estaba lloroso y se aclaró la garganta—. Pero creo que puede ser el momento.

Wes dejó caer la cabeza hacia atrás y suspiró hacia el techo. Luke frunció el ceño y, tras un largo momento, asintió.

Jeremy asintió.

—¿Puedo pedir una cosa? —dijo. Todos lo miraron para continuar—. No puedo hacer esto ahora mismo. No puedo tener esta conversación hoy. Estoy cansado y he pasado por muchas cosas esta semana. Ahora mismo, hoy, estoy listo para irme. Para dejar la banda. Pero la próxima semana o el próximo mes, podría sentirme diferente. —Negó con la cabeza y sus ojos estaban vidriosos—. Deberíais saber que, independientemente de lo que decidamos, no puedo seguir los calendarios, los ensayos de baile, las jornadas de dieciocho horas. Ya no puedo hacerlo. Físicamente. Diez años de eso hicieron mella en mi cuerpo. La última gira casi me mata. Literalmente.

—¿La última gira? —preguntó Ryan.

Jeremy asintió.

—Volvimos de una gira de dos meses y no podía regular mis niveles de azúcar y mi función renal era una mierda. Ya no puedo hacerlo. Ni siquiera estoy seguro de que mis médicos me dejen intentarlo. Así que si decidimos aguantar un poco más, seguir adelante, lo que hagamos va a ser diferente. Tenemos que decidir si eso es lo que queremos para Atrous.

—¿Qué tal si la próxima semana subimos a las cabañas? —propuso Maddox—. Como dijimos que haríamos. Podemos relajarnos y hablar de lo que queramos. —Dejó escapar una respiración temblorosa y miró fijamente a Jeremy—. Ayer vi a mi mejor amigo en estado muy grave. Pensé que iba a morir. No estoy para tomar decisiones ahora mismo.

Cada uno de ellos asintió, solemne, con lágrimas en los ojos.

Pero entonces Luke se rio entre lágrimas.

—Podríamos hacer un último álbum. Sin gira ni nada. Pero un adiós a los fans. Una secuela de *Código Rojo* pero la llamaremos *Código Azul*. Ya sabéis. Emergencia médica...

Todos se rieron, porque era algo gracioso.

Pero entonces dejaron de reírse. Todos se miraron entre sí. Blake levantó una ceja. Wes se encogió de hombros. Luke se rio, y Maddox y Jeremy se miraron, se sonrieron y asintieron.

Luke dio una palmada, todavía riendo.

—Os quiero, capullos.

Todos se pusieron de pie, pusieron sus manos derechas como siempre lo hacían antes de cada concierto, antes de cada actuación. Y todos gritaron al unísono.

—¡Atrous!

HABÍAMOS TENIDO UNA MAÑANA AJETREADA, lo que no era de extrañar si teníamos en cuenta que a las ocho ya estábamos en cama durmiendo. Cuando todos se habían ido, preparamos la cena. Y después de que Jeremy comprobara sus lecturas de azúcar e hiciera una lectura de potasio, sólo quería irse a descansar.

Se durmió en mis brazos y se despertó de la misma manera. Nos dimos orgasmos lentos y somnolientos en la ducha. Desayunamos. Sus niveles de glucosa eran buenos, pero igual preparamos un pequeño paquete de bocadillos, por si acaso. Fruta, algunos frutos secos, galletas, dos tetrabricks de zumo. Se quejaba de sentirse como un niño pequeño, pero era lo que teníamos que hacer ahora.

No era gran cosa.

Y nos pusimos en marcha. Tomamos el Jeep, y me sorprendió que sólo hubiera unos pocos paparazzi en las puertas. No los números a los que estábamos acostumbrados. Tal vez tenía algo que ver con el comunicado de prensa que Platinum había publicado anoche.

Desde luego, no me quejaba.

La primera parada fue ver a Riko en el hospital. Le sugerí a Jeremy que se pusiera un disfraz o algo así, pero se limitó a sonreírme y a decir:

—No necesito un disfraz. Tengo un Steve.

Riko estaba bien. Su pulmón no estaba muy contento con la punción ni con que le inyectaran insulina directamente, pero los médicos estaban contentos con su recuperación. Se alegró de vernos, tenía ganas de salir del hospital, pero sobre todo se alegró de que Jeremy y yo estuviéramos bien.

La siguiente parada fue la casa de la madre de Jeremy.

Estaba nervioso al entrar, aunque no debería haberlo estado. Lloró y lo abrazó, y luego lloró y me abrazó a mí.

—Mamá, deja de apretarlo tan fuerte —dijo él apartando su brazo.

Ella se secó las lágrimas y le dio otro abrazo.

—Oh, Jer, me alegro mucho de que estés bien. He estado viendo las noticias y quería ir a visitarte al hospital...

—Lo sé, mamá, pero fue una mierda de seguridad.

Negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—Fue todo tan horrible. Me alegro de que Steve esté aquí contigo. Tener un guardaespaldas contigo es una buena idea.

Jeremy me sonrió y luego se mordió el labio inferior.

—Ah, sobre eso, mamá.

Oh, Dios mío.

—Steve es técnicamente mi guardaespaldas, supongo. —La esquina de su labio bajó—. Pero es más que eso. Es mi... todavía no hemos acordado un término para ello. Usamos una vez la palabra novio. Amante es simplemente asqueroso. Amigo especial hace que suene como si lamiera las ventanas.

Oh, madre de Dios.

Su madre lo miró, luego a mí y de nuevo a Jeremy.

—Oh.

—No te preocupes. Nadie se sorprendió más que yo, mamá.

Se tapó la boca, y me pregunté si iba a salir horriblemente mal, pero una sonrisa apareció detrás de sus dedos.

—¡Oh, Jeremy! ¿Un novio?

—Bueno... no hemos...

Me cogió de la mano, emocionada.

—¡Podemos ir al Peacock Theater! En West Hollywood. Siempre he querido ir.

—Mamá, no vamos a ir al teatro.

—Quería que Maddox me llevara, pero siempre estaba muy ocupado.

—Mamá, ya te he dicho que no hace falta ser gay para ir a esas cosas.

—Suspiró—. Pero está bien. Alguna vez. No sé cuándo. Te llevaremos.

¿Era esto... era esto incluso real? Jeremy había dicho que ella intentaría hacerle ir al teatro gay. Pensé que había estado bromeando.

Pero entonces el lector de glucosa de Jeremy sonó. Hacía dos horas que había desayunado.

—Tienes que comer —le dije. La lectura no era súper baja, pero ya no estábamos bromeando.

Jeremy asintió.

—Oye, mamá, ¿qué tienes en la nevera?

Mientras Jeremy comía algunas sobras de carne asada y láminas de mostaza, le contó todo lo que había pasado con el caso del FBI, con su implante Iron Man, cómo funcionaba todo y lo que significaba. Y finalmente, la constatación de que Atrous llegaba a su fin, y quizás un último disco de despedida. Sin gira. Nada de calendarios de promoción.

—Es el momento adecuado, mamá —dijo.

Sus ojos estaban muy abiertos y llenos de preocupación.

—¿Qué vais a hacer, chicos? Vosotros habéis sido Atrous desde que erais muy jóvenes.

Sonrió y dejó escapar un suspiro de felicidad.

—Todavía no lo sé. Las posibilidades son infinitas. Pero va a empezar con un descanso muy largo.

—Bueno, me alegro de oírlo. ¿Significa esto que puedes venir a cenar más a menudo?

Le dio una palmadita en la mano.

—Claro que sí. Cuando se calme toda la locura, puedes venir a mi casa. Ha pasado un tiempo, ¿sí?

Ella asintió con cariño.

—Me gustaría mucho.

Cuando nos íbamos, él le dio un largo abrazo.

—Me ha gustado verte, mamá. Pero tengo que irme. La enfermera vendrá a verme esta tarde. —Se apartó y la miró—. Y gracias. Por estar bien con lo mío con Steve.

—Oh, cariño —dijo ella—. Sólo quería a alguien que te cuidara y te tratara bien. Y él ha estado cuidando de ti durante años.

Jeremy asintió y me sonrió.

—Lo ha hecho.

Entonces ella me abrazó, con fuerza. Fue un poco incómodo pero muy bonito. Él acababa de traer a un chico a casa y ella apenas se había inmutado.

Si siempre fuera así...

Cuando salimos, un sonriente Jeremy extendió la mano para coger las llaves.

—Me toca conducir.

Nunca había estado en un coche con él conduciendo.

—¿Debería estar nervioso?

Se rio.

—Sólo cuando te des cuenta de a dónde vamos.

Bien, eso no podía ser bueno.

Subimos y él sonrió mientras arrancaba el Jeep.

—Quiero una vida normal. Quiero hacer todas las cosas que nunca he podido hacer. Y ahora que no habrá más giras mundiales y no estaremos fuera durante meses, hay algo que siempre he querido hacer.

Condujimos por la autopista durante un rato antes de que tomara una salida que no era la nuestra, pero parecía saber a dónde iba.

—Solía haber uno por aquí —murmuró.

—Podrías introducirlo en Google Maps.

—Pero entonces no sería una sorpresa.

Si era sincero, no estaba seguro de querer una sorpresa.

Pero entonces sonrió.

—¡Ajá! ¡Aquí está! —Giró hacia los aparcamientos...

De un centro de rescate de perros.

—¿Un perro? —pregunté.

Su sonrisa se hizo imposiblemente más amplia.

—¡Un perro!

Aparcó y salió de un salto, tan emocionado que era difícil no sonreír. Me abrió la puerta principal, rebotando de expectación, y se apresuró a entrar. Llegó al mostrador.

—¿Hola? Me gustaría adoptar un perro, por favor.

La joven que estaba detrás del mostrador le echó un vistazo, lo reconoció inmediatamente y perdió la capacidad de hablar durante quince segundos.

—Mierda. Eres Jeremy Dalton.

Se rio.

—El mismo. —Luego leyó la etiqueta con su nombre—. Y tú eres Elizabeth.

Elizabeth llevaba un peinado salmonete de color verde, gafas de montura rosa y un piercing en el labio. Asintió, poniéndose un poco llorosa.

—La misma.

Observé cómo se desarrollaba esta escena increíblemente incómoda y me pregunté cuánto tiempo iban a estar ahí de pie sonriéndose el uno al otro.

—Eh, ¿hay perros en adopción aquí? —pregunté.

Entonces Elizabeth me miró. Ella jadeó.

—¡Y tú eres, Steve!

Oh, Dios.

Asentí.

—El mismo.

Jeremy se rio.

Ella parpadeó rápidamente durante unos segundos y luego sacudió sus pensamientos con un movimiento rápido de su cabeza. Su cerebro se puso en marcha y se levantó de su asiento, repitiendo la política y los procedimientos de adopción. Y luego nos dio una vuelta por la perrera. Y le hizo un montón de preguntas sobre el tipo de perro que tenía en mente.

A Jeremy no le importaba la raza, pequeña o grande, macho o hembra.

—Sólo lo sabré cuando los vea —dijo.

Había tantos perros. Tantos. Cualquiera de ellos habría sido encantador. Perros grandes, perros pequeños, perros saltarines, perros ladradores. Todas las razas imaginables.

Tuve visiones de que nos íbamos con todos los perros de aquí porque no tenía ni idea de cómo iba a elegir.

Cuando se detuvo en una jaula.

Este perro era un Pitbull, de menor tamaño, pero todavía tenía una estructura sólida. Parecía joven, tal vez no del todo crecido, y parecía asustado. Era plateado, con una mancha blanca en el pecho que subía hasta la barbilla. Tenía unos ojos grandes y redondos llenos de amor y esperanza, y Jeremy lo miraba fijamente.

—¿Qué es?

—Es una Pitty... perdón, una Pitbull. Tiene ocho meses. Probablemente era la más pequeña de la camada, pero es bonita y dulce como un ángel.

Jeremy susurró.

—¿Cómo se llama?

—Señorita Eleanor Rigby.

Jeremy se quedó con la boca abierta.

—¡No!

Lizabeth asintió.

—La misma.

Jeremy se volvió hacia mí, con los ojos muy abiertos. Puso su mano en mi brazo.

—Su nombre es Señorita Eleanor Rigby.

—¿Te gustaría conocerla? —preguntó Lizabeth.

Jeremy asintió rápidamente, y mientras ella abría la puerta de la jaula, Jeremy se sentó en el suelo de cemento, con un pie bajo el culo y una rodilla doblada.

Lizabeth tenía a la Señorita Eleanor Rigby atada.

—Oh, normalmente nos gusta presentarla en el...

Pero la Señorita Eleanor Rigby tiró de la correa y se abrió paso hasta el regazo de Jeremy. Él la abrazó y ella estaba casi sentada sobre él.

Jeremy me miró, con lágrimas en los ojos.

—Steve, es perfecta. —Se secó una lágrima—. Su nombre es Señorita Eleanor Rigby. ¿Cómo no estaba destinada para mí?

Lizabeth moqueó y se puso a llorar también.

—Dios. Lo siento. —Se rio y se limpió la mejilla—. Creo que ella te eligió a ti.

Jeremy asintió, abrazando a la perrita que se contoneaba y sonreía en sus brazos.

Y así, sin más, había encontrado a su perro.

Después de un montón de formularios y un maletero lleno de artículos para perros: una cama, un collar rosa brillante y una correa a juego, juguetes, champú y un mes de comida para perros; nos pusimos en camino.

No sé quién sonrió más, si Jeremy o la Señorita Eleanor Rigby.

—Su nombre —dijo.

—Lo sé.

—Los malditos Beatles, Steve. Era una señal.

—Lo era.

La sostuvo en su regazo, abrazándola durante todo el camino de vuelta a su casa. Pasó las siguientes horas con ella, enseñándole su nuevo hogar, su nueva cama, su nuevo cuenco.

Sabía algunas órdenes básicas y Jeremy estaba muy emocionado por empezar el entrenamiento.

—Podemos llevarla a clases, y necesitaremos un veterinario. Dios mío, Steve, tenemos tanto que organizar.

Había una gran cantidad de *nosotros* en su excitación.

Me senté en la tumbona del patio y los observé. Cómo interactuaban, cómo jugaban. No sabía quién era más feliz.

Jeremy estaba radiante. Corrió con ella, se rio, jugaron con un frisbee.

La Señorita Eleanor Rigby se tumbó en la hierba a la sombra, con la lengua fuera y una amplia sonrisa. Jeremy se tumbó a su lado.

—Tenemos que decírselo al tío Maddox... Oh, tío. No tengo teléfono.

—¿Quieres otro? Podemos ir a comprar uno. O puedo llamar a Elsie y pedirle que recoja uno.

Me miró fijamente.

—¿Llamarla cómo, Steve?

—Oh.

Resopló y acarició a su perrita, muy contento.

—Tal vez deberíamos tener uno. Ahora que el caso ha terminado. Ahora que... —Me lanzó una mirada—. Oh, Dios mío. ¿Y si tenemos que llamar a

un veterinario de urgencia?

Me reí.

—Será mejor que te consigamos un teléfono nuevo.

Suspiró y se tumbó de espaldas en la hierba cubierta de sombra, con los brazos abiertos.

—¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde que hice esto?

—¿Demasiado tiempo?

Se volvió para mirarme justo cuando la Señorita Eleanor Rigby decidió abalanzarse y lamerle la cara. Jugaron un rato, haciéndome reír, pero pronto la llevó dentro para que pudiera dormir en su cama. Le había dado un juguete y una manta para que durmiera, lo cual era, sinceramente, lo más bonito.

Se puso de pie y la observó mientras dormía, frunciendo el ceño y negando con la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Ya la quiero. Tanto —dijo—. ¿Cómo es posible?

—A veces, cuando lo sabes, simplemente lo sabes.

Se volvió para mirarme. No estaba hablando del perro dormido, y él lo sabía.

Tomé su mano y un enorme salto de fe.

—Te amo, Jeremy.

Su boca se abrió. Suspiró mi nombre.

Sonreí.

—Amo cómo sonríes y cómo te ríes. Amo cómo hueles, cómo duermes. Amo cómo piensas primero en los demás, cómo a pesar de la fama y el dinero, sigues siendo el mismo chico que eras hace tantos años. Amo cómo cantas. Y no en el escenario o en el estudio, aunque eso sigue siendo genial. Pero nada se compara con la forma en que cantas en la cocina cuando crees que nadie te está escuchando. —Apreté su mano entre las mías—. Llevo mucho tiempo enamorado de ti, Jeremy. Pero verte hoy, con ella... —Miré a

la Señorita Eleanor Rigby y de nuevo a él—. Con tu capacidad de amar tan libremente. Viéndote tan feliz. Tenía que decírtelo. No espero que me respondas. Sólo necesitaba que lo supieras. Eres increíble, y te quiero mucho.

Sus ojos estaban vidriosos y me echó los brazos al cuello, abrazándome con fuerza.

—Steve.

Lo envolví en el mayor de los abrazos, sonriendo en su cuello. Podría abrazarlo para siempre. Y ahora que había dicho esas palabras, ahora que él lo sabía, sentí como si me hubiera quitado un peso de encima.

Se merecía saber lo amado que era. No por ser el famoso Jeremy Dalton, cantante e intérprete adorado. Sino por ser Jeremy Dalton, el hombre cuando las luces se apagaban, cuando las cámaras dejaban de grabar.

—Steve —susurró.

Me aparté, a punto de decirle que no se asustara. No esperaba...

Aplastó su boca contra la mía, besándome, tratando de escalarme como si no pudiera acercarse lo suficiente. Lo levanté y él me rodeó con sus piernas, sólo rompiendo el beso para sonreír.

—Pensé que era sólo yo —dijo—. Con sentimientos estúpidos con los que no sabía qué hacer.

Me reí. Sentimientos estúpidos...

Entonces me di cuenta de lo que estaba diciendo. Estaba diciendo que sentía lo mismo.

—No sólo tú —dije, atreviéndome a esperar que fuera eso lo que quería decir—. Los sentimientos estúpidos son estúpidos.

Sonrió.

—Tan estúpidos. ¿Qué es el amor, además de las palpitaciones y los sudores fríos?

Me reí.

—Y mariposas.

—Muchísimas mariposas —susurró antes de volver a besarme. Luego se apartó, con sus ojos fijos en los míos—. Nunca me había enamorado. No de nadie. —Tragó con fuerza—. Pero de ti sí.

Mi corazón se sentía demasiado grande para mi pecho.

—Jeremy.

—Llévame al sofá —murmuró—. Túmbate encima de mí. Quiero sentir tu cuerpo...

Un pitido le interrumpió. No podía ser un teléfono... Suspiró.

—Es sólo mi lector de glucosa.

Me reí y lo llevé a la cocina. Lo levanté sobre la encimera de la cocina.

—Primero la comida.

Saqué los ingredientes para hacer rollitos integrales con varias verduras de ensalada y pavo en rodajas. Jeremy se quedó sentado en la encimera y montó cada uno de ellos. Se mordió el interior del labio durante un segundo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Seguirás sintiendo lo mismo por mí cuando no sea famoso? Los días de Atrous casi han terminado. No saldré en la televisión ni en las revistas. No más viajes alrededor del mundo, no más giras. No más títulos de hombre más sexi vivo. —Hizo una mueca—. No siempre tendrás que protegerme del frenesí.

Le acerqué una rodaja de pimiento a los labios. Lo mordió y le di un rápido beso.

—Jeremy, no me importa nada de eso. En realidad, probablemente lo prefiera cuando todo acabe, cuando no tengamos que preocuparnos por nada de eso. Me encanta cómo eres cuando el mundo no te ve.

Sonrió e incluso se sonrojó un poco.

—Todo va a ser diferente ahora. He pasado tanto tiempo teniendo cada parte de mi vida programada y planificada al minuto, y ahora, por primera vez, no sé cómo será mi futuro. Nunca he sido yo sin Atrous. No realmente.

—¿Eso te asusta?

—Sí. Pero también es emocionante. En cierto modo. Quiero decir, ¡soy libre!

Le sonreí.

—Lo eres.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

Suspiré.

—Por mi contrato, pediré veros terminar. Entonces habré terminado. No os dejaré mientras estéis en Platinum. Pero vuestro último día también será el mío. No quiero trabajar con nadie que no seas tú.

Sonrió y me cogió la mano.

—¿Qué vas a hacer?

Me reí.

—No tengo ni idea. ¿Quizá montar una agencia de protección? Tengo algo de dinero ahorrado. Puedo pagar el alquiler durante un buen tiempo con eso hasta que se me ocurra algo. Como tú has dicho. Da miedo, pero también es emocionante.

Enganchó sus piernas alrededor de mí y me acercó.

—O podrías mudarte conmigo.

Me quedé mirando.

—¿Qué?

—Podrías mudarte conmigo —susurró vulnerable—. Me ha encantado tenerte aquí. A pesar de que me hacías cocinar, lo que en realidad disfrutaba en secreto, pero ese no es el punto. Me he acostumbrado a tenerte aquí. Ya no quiero vivir solo, y no hay nadie con quien prefiera vivir que contigo. —Hizo un mohín—. Podríamos tener sexo *todo* el tiempo. Como a todas horas. ¿Sabes lo bueno que sería eso, Steve? Y me siento seguro cuando

estás aquí. Y ahora tenemos a la Señorita Eleanor Rigby. Necesitará a sus dos papás —puso los ojos en blanco—. De acuerdo, ella es técnicamente mi perro. No quiero decir que seas responsable de ella económicamente en absoluto, pero voy a mimarla al cien por ciento. Y tendrás que ser la voz de la razón, Steve. Ella va a necesitarte.

Me reí.

—Oh, me necesitará, ¿eh?

Asintió con seriedad.

—Sí.

Lo besé.

—¿Puedo pensar en ello?

Asintió con los labios en una fina línea. Esperó tres segundos.

—¿Lo has pensado ya?

Me reí, enrollé el envoltorio y se lo di. Lo mordió, masticó y luego habló con la boca llena.

—¿Qué tal ahora?

Me reí de nuevo.

—¿Siempre consigues lo que quieres?

Se contoneó sonriendo.

—¡Sí!

—Eso no fue un sí.

Acunó a su oreja.

—Lo siento, ¿qué fue eso? No podía oírte por encima de ese fuerte y rotundo sí.

Me reí y me acercó con sus piernas.

—Sí —dije—. Sí, sí.

Sonrió victoriosamente, pero luego sus ojos se suavizaron.

—Me acabas de hacer ridículamente feliz.

—Me siento igual. Ahora date prisa y come tu rollito. Vas a necesitar toda la glucosa que puedas conseguir para lo que quiero hacerle a tu cuerpo.

Su sonrisa fue salaz, sucia.

—Hm, sí, por favor.

Pero para cuando había comido, la Señorita Eleanor Rigby se despertó de su siesta.

Y diez minutos después, Maddox y Roscoe aparecieron. Maddox entró furioso, agitando una nueva caja de iPhone.

—¿Dónde está Jeremy? Se va a quedar este maldito teléfono le guste o no. Tuve que enterarme de que se había convertido en padre de un perro cuando una chica del refugio publicó una foto suya en Twitter. ¡Con un perro!

Sonreí.

—La llevó a orinar —dije—. Está ahí fuera.

Salimos a la parte de atrás, y allí estaba Jeremy en la esquina de su patio con su perro. Cuando nos vio, la sonrisa de Jeremy se amplió.

—Ven a conocer a tus tíos —dijo.

La Señorita Eleanor Rigby se acercó, con las piernas descoordinadas y una sonrisa tonta.

—Dios mío —susurró Maddox. Se agachó y recogió a un perro contoneante y feliz—. Es preciosa. ¿Cómo se llama?

—La Señorita Eleanor Rigby —anunció Jeremy.

Maddox, aún en el suelo, levantó la vista.

—¡No, es imposible!

Jeremy se rio.

—¡Lo es! Ese era su nombre en el refugio. ¿Puedes creerlo?

—Esa es tu canción favorita de los Beatles.

—¡Lo sé!

Maddox la levantó, sosteniendo con cierta facilidad a la perra que lamía y se retorecía, mostrándosela a Roscoe.

—¡Mira! ¡Quiero una!

Roscoe me sonrió y luego a Jeremy.

—Muchas gracias.

Jeremy se rio.

—De nada.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

OceanofPDF.com

UN AÑO DESPUÉS

—A CONTINUACIÓN, el éxito número uno de Atrous. De su último álbum, la canción que da título al disco, “Código Azul” —dijo el DJ de la radio—. Es triste verlos despedirse, pero ¡qué regalo hicieron a sus fans! Un álbum de despedida. Un álbum de agradecimiento. ¿Hay algo mejor que eso?

El copresentador habló a continuación.

—Enviaron ondas de choque a todo el mundo cuando anunciaron que este álbum sería el último, que su reinado como reyes del pop había terminado. Pero, sinceramente, ¿quién puede culparles por dejarlo?

—Nadie, seguramente —dijo el DJ—. Escenas locas en el juzgado del condado de Los Ángeles la semana pasada. Lilian Sosa se declaró culpable de toda una serie de cargos, incluidos tres de intento de asesinato, a pesar de que sus abogados alegaron motivos psicológicos. Y cientos de fans alineados en la entrada del juzgado para proteger a la banda de los paparazzi, en un corredor de protección organizado al estilo militar.

—Sólo demuestra lo mucho que los fans respetan a la banda, que les devuelve el respeto. *Código Azul*, el álbum, es un agradecimiento personal a sus fans por una década de amor. Y aquí está, la canción que batió récords en todo el mundo.

Sonriendo, Jeremy puso los ojos en blanco.

—Apágalo.

Estábamos en el Jeep, dirigiéndonos a las cabañas para pasar unos días con la pandilla. Jeremy conducía, yo iba en el asiento del copiloto y la señorita Eleanor Rigby iba en el asiento trasero. Ya estaba dormida.

Apagué la radio.

—Maddox y Roscoe dijeron que llegáramos alrededor de las cinco, ¿verdad?

—Sí. Ya sabes cómo es Roscoe.

Roscoe hacía el trabajo de padre en la que se pasaba el día limpiando con una manguera todo lo que había en la zona común de la barbacoa y quitando las telarañas y el polvo, mientras Maddox solía gritar:

—Te has dejado un poco —y Roscoe fingía rociarle con la manguera.

Si Roscoe quería limpiar todo el lugar antes de que llegáramos, no iba a discutir.

Había sido un año interesante. Había sido un gran año.

Arlo Kim casi se tragó la lengua cuando los chicos dieron su aviso de terminar. Creía que iba a intentar obligarles legalmente, pero cuando dijeron que querían hacer un disco más, sin mierda de prensa, sin gira, sólo una despedida y un agradecimiento a los fans, cedió.

Su relación había sido tensa desde el calvario de Jeremy, y honestamente, Arlo Kim lo sabía. Sabía que la cosa se pondría fea, y ningún dinero del mundo pagaría el daño que haría si tenía a Atrous como rehén.

No se perdió el amor cuando le conté mis planes de terminar junto con la banda. Francamente, se alegró de que me fuera. Para cuando habían acabado el álbum, el año estaba a medio camino, así que la aventura de mi propia agencia de protección era todavía muy nueva.

Pero tenía dos de los mejores gerentes en el negocio. Robbie y Riko habían decidido no renovar sus contratos con Platinum y habían venido a trabajar para mí. Y aunque sólo era el principio, las cosas iban bien.

Muy bien.

Jeremy y todos los chicos habían pasado los últimos seis meses, desde que terminaron su último álbum, teniendo un verdadero descanso. Un merecidísimo descanso. Se veían todo el tiempo, hacían todas las cosas que se habían perdido en los últimos diez años.

Dormían hasta tarde, iban a la playa, tenían noches de cine, cenas y barbacoas, excursiones por el cañón, iban a museos y pasaban tiempo con sus familias.

Estos dos días en las cabañas se habían planeado desde hace tiempo, y tenía la sensación de que sería una especie de marcador para que empezaran a pensar en lo que querían hacer después.

Tuve que preguntarme qué haría Jeremy. Había hablado de hacer cosas diferentes, y Dios sabe que tenía suficiente dinero para no tener que trabajar nunca más. Si quería ser un padre que se quedara en casa con la Señorita Eleanor, sin duda podía hacerlo. Pero últimamente lo había encontrado apuntando algunas notas y melodías y cantando melodías desconocidas por la casa. Le estaba empezando a picar el gusanillo de ser productivo.

Hiciera lo que hiciera, la música nunca estaría lejos. Tenía la sensación de que se inclinaría por escribir y producir, posiblemente con Maddox, pero al final no importaba lo que eligieran.

Sólo quería que fuera feliz.

—¿En qué piensas, mi amor? —me preguntó, cubriendo mi mano en el muslo.

—En la suerte que tengo de tenerte.

—Oh, mierda, ¿cogimos la manta de la Señorita Ellie?

Solté una carcajada.

—Sí. La preparé.

Respiró aliviado.

—Uf. —Levantó nuestras manos unidas y me besó los nudillos—. Yo también tengo suerte de tenerte.

Al final nos desviamos de la carretera y bajamos por el largo camino hacia las cabañas. Pude ver cuatro vehículos aparcados.

—¿Ya están todos aquí? Pensé que habías dicho que Luke no había llegado todavía.

—Estaban diez minutos detrás de nosotros. —Jeremy acercó el Jeep a su cabaña y Roscoe apareció sonriendo.

—Hola —le dije—. ¿Es ese el coche de Wes?

Jeremy sacó a la Señorita Eleanor del jeep y la dejó en el suelo. Le encantaba el lugar y estaba feliz de correr por ahí. Esperé a que Roscoe respondiera, pero estaba callado, todavía sonriendo. Definitivamente, algo pasaba.

—¿Qué pasa?

—Venid por aquí —dijo Roscoe. El hecho de que actuara de forma sospechosa nos puso nerviosos a los dos. Miré a Jeremy y se encogió de hombros.

La zona de barbacoa común, que estaba cubierta, tenía una pedriza para fuego incorporado y asientos en forma de banco, estaba ahora equipada con cordones de luces.

Bien, eso no era nada importante.

Pero Roscoe no se detuvo allí. Siguió caminando hacia el enorme granero que se había convertido en una especie de estudio de grabación. Era básicamente una sala abierta para sesiones de improvisación de lujo que casualmente tenía equipos de grabación. No parecía gran cosa, pero la acústica era increíble.

Roscoe cruzó las puertas y nosotros lo seguimos, mis ojos tardaron un segundo en adaptarse a la oscuridad. Pero el estudio no era el estudio... Ya no estaban las alfombras en el suelo, ni los sofás ni los equipos.

En su lugar había una capilla improvisada.

De las vigas colgaban unas cuerdas de luz que creaban un suave resplandor. Había sillas en bonitas filas, un pequeño escenario y flores

blancas por todas partes.

Oh, Dios mío.

Jeremy jadeó a mi lado.

—¿Dónde está Maddox?

En ese momento, Maddox salió del fondo con su madre... y la madre de Roscoe.

Toda la cara de Maddox se iluminó cuando vio a Jeremy.

—Um, bienvenido a nuestra boda.

Jeremy casi rompió a llorar y se abrazaron con fuerza, y cuando se retiraron, Jeremy ahuecó la cara de Maddox.

—¿Te vas a casar hoy? ¿Y me estoy enterando hoy?

Maddox asintió.

—No me hagas llorar, Jer.

Me volví hacia Roscoe.

—¿Te las arreglaste para mantener esto en secreto?

Se rio.

—No fue fácil.

—Oh —le dijo la madre de Roscoe—. Tu padre me ha dicho que te diga que viene otro coche.

Luke y Vana llegaron con Blake y su nueva novia de cinco meses, Rebecca. Rebecca era una chica encantadora, dos años más joven que los chicos, pero no se inmutó por quién era Blake.

¿Por qué no se ponía nerviosa?

Porque era la hermana de Luke.

Eso sí que había sido una conversación. Luke se había enfadado al principio. Dijo que era raro y que no, Blake no podía salir con su hermana. Pero habían insistido y aguantado. La cosa era que Rebecca ya conocía a todo el mundo, le importaba una mierda que fueran famosos, y aunque quería absolutamente a su hermano, también podía mandarlo a la mierda cuando era necesario.

Los padres de Blake pensaron que era maravilloso, y los padres de Luke adoraban a Blake.

A Luke no le convencía la idea hasta que se dio cuenta de que si Blake y Rebecca se casaban, él y Blake serían legalmente hermanos. Sólo sería por matrimonio, pero aun así...

Serían hermanos de verdad. Entonces le pareció bien.

Entonces llegaron Wes y Amy. Amy estaba embarazada de siete meses y absolutamente radiante. Wes los estaba convirtiendo en tíos, y Jeremy estaba encantado. Todos lo estaban.

Jeremy había tenido mucho miedo al cambio y a lo que significaba para ellos. La idea de que su grupo creciera y cambiara le había aterrorizado. Ahora le encantaba. Cada nueva incorporación, cada cosa nueva era algo que había que celebrar.

Incluyendo la boda de Maddox y Roscoe.

Ante sus padres y nosotros, y el celebrante, por supuesto, Maddox Kershaw y Roscoe Hall se casaron. Llevaban pantalones burdeos a juego y camisas blancas abotonadas. Maddox llevaba sus característicos pendientes negros colgantes e intercambiaron alianzas negras.

Simple, sin fanfarrias, sin alboroto, sin medios de comunicación. Sólo nosotros.

Simplemente perfecto.

Brindamos por la feliz pareja, comimos, bailamos con las cuerdas de luces sobre nuestras cabezas, a la luz de la luna en el exterior. Nos reímos y había mucho amor en esa sala. Fue muy apropiado que esto marcara el final del camino de Atrous, como adultos, en una ceremonia para un nuevo comienzo.

Una ceremonia para recordar siempre.

Cuando la noche se hizo tarde, después de que Jeremy hubiera bailado con todo el mundo, bailó lentamente conmigo. Yo nunca fui un gran bailarín, pero Jeremy sí lo era. Nos hacía bailar como imanes. Nuestros

cuerpos se presionaban, sus brazos me rodeaban la espalda y mis manos estaban en su cintura.

—¿Quién crees que será el siguiente? —pregunté.

—¿Siguiente para qué?

—El siguiente en casarse. Las bodas suelen tener ese efecto. Creo que Wes se lo pedirá a Amy pronto. Me sorprende que no lo haya hecho ya.

Miró a las otras parejas que bailaban y pareció reflexionar un rato. Luego me miró, con sus ojos azules como galaxias celestes.

—Creo que seremos nosotros.

Me reí, porque, ¿qué?

Sonrió y me besó.

—Sí, me casaré contigo.

El hecho es que...

—Estoy bastante seguro de que no lo he pedido.

Se llevó la mano a la oreja.

—Lo siento, ¿qué fue eso? No pude oírte por encima de esa increíble propuesta de matrimonio.

Me reí de nuevo, porque... ¿qué demonios acababa de pasar?

—Umm... ¿acabamos de...?

—¿Comprometernos? Sí. Pero no se lo digamos a los demás todavía. No quiero quitarles nada a Madz y Roscoe. —Me besó profundamente, y luego volvió a bailar lentamente como si nada hubiera pasado.

Deslizó sus manos por la parte baja de mi espalda y tarareó como un pájaro cantor en mi oído, una melodía que no pude ubicar.

—¿Cuál es esa canción?

Se rio.

—¿Te acuerdas, cuando todavía estaba tratando de entender las cosas? Eran las tres de la mañana o algo así y estaba tocando el piano. Me preguntaste qué canción era. Te dije que no tenía nombre.

—Lo recuerdo.

—Bueno, la canción tenía un nombre. Pero lo que sentía no lo tenía. No sabía cómo llamarla ni cómo dar sentido a lo que sentía.

—Oh, cariño.

—Es tu canción.

Me retiré. Mis pies dejaron de moverse.

—¿Mi canción?

Sonrió.

—La canción de Steve. Bueno, en realidad se llama “Caminos Intransitados”, pero para mí siempre será la canción de Steve.

—¿Escribiste una canción para mí?

Puso los ojos en blanco.

—Tengo un montón de canciones sobre ti.

—¿En serio?

—Por supuesto que sí, tonto.

—Canta para mí.

Apoyó su frente en la mía, cerró los ojos y cantó.

*Camino cuando estoy contigo
Lugares en los que nunca he estado
Lugares que no puedo imaginar
Lugares que nunca he visto
Asustado por cada paso que doy
No me puedo dar vuelta
No quiero parar
No estoy seguro de hacerlo
No sé dónde estoy
O lo que esto significa
Pero todo parece cierto
Cuando recorro caminos intransitados*

Contigo

*Vuelo cuando estoy contigo
Cielos en los que nunca he estado
Alturas que no puedo imaginar
Sueños que nunca he soñado
Asustado por cada respiración que tomo
No me puedo dar vuelta
No quiero parar
No estoy seguro de poder
Ahora sé dónde estoy
Y lo que esto significa
Sé que todo es cierto
Cuando recorro caminos intransitados
Contigo*

- Caminos Intransitados (canción de Steve)

OceanofPDF.com

CANCIONES PARA STEVE

OceanofPDF.com

Código Azul

Mi corazón está sobre la mesa
Aun sangrando, aun latiendo
Ven a curarme con tu destreza
Apenas respirando, apenas sintiendo

Llama al doctor, cariño
Código azul, código azul
Llama al doctor, cariño
Tan enamorado de ti estoy

La vida nunca fue así
No quiero presionar
No quiero solo estar
No me recuerdo antes de ti

Rompeme, tóname
Cúrame, arréglame
Ámame, ámame

Llama al doctor, cariño
Código azul, código azul
Llama al doctor, cariño
Tan enamorado de ti estoy

Nunca fui así
Antes de conocerte
Pero no puedo hacer esto sin ti

No recuerdo, cariño
No recuerdo un amor como este
No me conozco sin ti

Código Azul

OceanofPDF.com

Luz del Día

Mírame en la oscuridad
No puedo en el día enfrentarte
La noche brinda facilidad
Para permitirme hablarte

La luz del día brilla demasiado
No hay donde me pueda esconder
No me mires si está iluminado
Soy un hombre diferente al anochecer

Es mucho más fácil en la oscuridad
Para ser quien quiero ser
Donde el mundo no puede ver
Donde sólo tú y yo vamos a permanecer
Donde las sombras ocultan quién podría ser

Cierra las persianas
Apaga la luz
No estoy seguro de querer ver
Quién soy
Quién realmente soy
Lo que esto me hace hacer
Quién quiero ser

Sólo mírame en la oscuridad
Donde la luz no deja ver
Lo que esto me hace hacer
Quién quiero ser

OceanofPDF.com

Error Honesto

Nunca quise que esto sucediera
Nunca planeé decepcionarte
Nunca lo busqué
Te prometí que nunca

Lo siento mucho, cariño
Lo siento mucho por todo esto
Un error tan honesto

Cuando dije que nunca lo haría
Cuando te prometí que nunca
Un error tan honesto

No sé cómo he llegado hasta aquí
No sé lo que significa
No sé en qué me convierte esto
Sólo sé cómo se siente

Lo siento mucho, cariño
Lo siento mucho por todo esto
Un error tan honesto
Sé que dije que nunca lo haría
Enamorarme de ti

Pero aquí estoy
Tan enamorado de ti
Perdóname, cariño
Un error tan honesto
Estoy tan enamorado de ti
Un error tan honesto

OceanofPDF.com

Terremoto

Me miras y el suelo tiembla
En formas que no parecen correctas
Me mantienes firme mientras el suelo tiembla
Me mantienes a salvo dentro
Cuando el mundo se sacude
Derrumbándose a mí alrededor
Te mantienes fuerte
Me proteges

Me tocas y el suelo tiembla
En formas que no parecen correctas
Me atrapas cuando caigo
Me atrapas
Te mantienes fuerte

Me tocas y el suelo tiembla
En formas que no parecen correctas
Dime que esto no está mal
Tócame, haz que el suelo tiemble
Haz que se sienta bien
Mírame, haz que el suelo tiemble
Haz que se sienta bien

Abrazame
Y si me caigo
Caeré contigo

OceanofPDF.com

Ámame

Desearía poder decirte cómo
No hay respuesta
Nada de esto es fácil
Busco una solución

Desearía saber qué decir
Para evitar todo esto
Desearía poder decírtelo

Pero no sé cómo
Caríño, no hay respuesta
Ni siquiera yo, ni siquiera yo
Caríño, no sabes
Ni siquiera yo sé cómo amarme

Como puedes, como puedes entender
Cuando nadie ha estado aquí antes que tú
Nadie estuvo donde tú estás
No como esto
No como tú

Caríño, no hay respuesta
Ni siquiera yo, ni siquiera yo
Caríño, no sabes
Ni siquiera yo sé cómo amarme

OceanofPDF.com

SOBRE LA AUTORA

N.R. Walker es una autora australiana a la que le encanta su género, el romance gay. Le encanta escribir y pasa demasiado tiempo haciéndolo, pero no lo haría de otra manera.

Es muchas cosas: madre, esposa, hermana, escritora. Tiene chicos muy, muy guapos que viven en su cabeza, que no la dejan dormir por la noche si no les da vida con palabras.

A ella le gusta cuando hacen cosas sucias, muy sucias... pero le gusta aún más cuando se enamoran.

Solía pensar que tener gente en su cabeza hablándole era raro, hasta que un día se encontró con otros escritores que le dijeron que era normal.

Ha estado escribiendo desde entonces...



OceanofPDF.com

ACERCA DEL AUTOR

CONTACTA CON N.R. WALKER

[Página Web](#)

[Facebook](#)

[Página de Facebook del Autor](#)

[Twitter](#)

[Página de Amazon](#)

Email:

nrwalker2103@gmail.com

[*OceanofPDF.com*](http://OceanofPDF.com)

TAMBIÉN DE N. R. WALKER

Blind Faith

Through These Eyes (Blind Faith #2)

Blindside: Mark's Story (Blind Faith #3)

Ten in the Bin

Gay Sex Club Stories 1

Gay Sex Club Stories 2

Point of No Return – Turning Point #1

Breaking Point – Turning Point #2

Starting Point – Turning Point #3

Element of Retrofit – Thomas Elkin Series #1

Clarity of Lines – Thomas Elkin Series #2

Sense of Place – Thomas Elkin Series #3

Taxes and TARDIS

Three's Company

Red Dirt Heart

Red Dirt Heart 2

Red Dirt Heart 3

Red Dirt Heart 4

Red Dirt Christmas

Cronin's Key

Cronin's Key II
Cronin's Key III
Cronin's Key IV - Kennard's Story
Exchange of Hearts
The Spencer Cohen Series, Book One
The Spencer Cohen Series, Book Two
The Spencer Cohen Series, Book Three
The Spencer Cohen Series, Yanni's Story
Blood & Milk
The Weight Of It All
A Very Henry Christmas (The Weight of It All 1.5)
Perfect Catch
Switched
Imago
Imagines
Imagoes
Red Dirt Heart Imago
On Davis Row
Finders Keepers
Evolved
Galaxies and Oceans
Private Charter
Nova Praetorian
A Soldier's Wish
Upside Down
The Hate You Drink
Sir
Tallowwood
Reindeer Games
The Dichotomy of Angels

Throwing Hearts

Pieces of You - Missing Pieces #1

Pieces of Me - Missing Pieces #2

Pieces of Us - Missing Pieces #3

Lacuna

Tic-Tac-Mistletoe - Hartbridge Christmas Series #1

Christmas Wish List - Hartbridge Christmas Series #2

Bossy

Dearest Milton James

Dearest Malachi Keogh

Code Red - Atrous Series #1

Code Blue - Atrous Series #2

OceanofPDF.com

Títulos en Audio

Cronin's Key
Cronin's Key II
Cronin's Key III
Red Dirt Heart
Red Dirt Heart 2
Red Dirt Heart 3
Red Dirt Heart 4
The Weight Of It All
Switched
Point of No Return
Breaking Point
Starting Point
Spencer Cohen Book One
Spencer Cohen Book Two
Spencer Cohen Book Three
Yanni's Story
On Davis Row
Evolved
Elements of Retrofit
Clarity of Lines
Sense of Place
Blind Faith
Through These Eyes
Blindside
Finders Keepers
Galaxies and Oceans
Nova Praetorian

Upside Down
Sir
Tallowwood
Imago
Throwing Hearts
Sixty Five Hours
Taxes and TARDIS
The Dichotomy of Angels
The Hate You Drink
Pieces of You
Pieces of Me
Pieces of Us
Tic-Tac-Mistletoe
Lacuna
Bossy
Code Red
Learning to Feel
Dearest Milton James
Dearest Malachi Keogh
Three's Company
Christmas Wish List

OceanofPDF.com

Lecturas Gratuitas:

Sixty Five Hours

Learning to Feel

His Grandfather's Watch (And The Story of Billy and Hale)

The Twelfth of Never (Blind Faith 3.5)

Twelve Days of Christmas (Sixty Five Hours Christmas)

Best of Both Worlds

OceanofPDF.com

Títulos Traducidos:

Italiano

Fiducia Cieca (Blind Faith)
Attraverso Questi Occhi (Through These Eyes)
Preso alla Sprovvista (Blindside)
Il giorno del Mai (Blind Faith 3.5)
Cuore di Terra Rossa Serie (Red Dirt Heart Series)
Natale di terra rossa (Red dirt Christmas)
Intervento di Retrofit (Elements of Retrofit)
A Chiare Linee (Clarity of Lines)
Senso D'appartenenza (Sense of Place)
Spencer Cohen Serie (including Yanni's Story)
Punto di non Ritorno (Point of No Return)
Punto di Rottura (Breaking Point)
Punto di Partenza (Starting Point)
Imago (Imago)
Il desiderio di un soldato (A Soldier's Wish)
Scambiato (Switched)
Galassie e Oceani (Galaxies and Oceans)

Francés

Confiance Aveugle (Blind Faith)
A travers ces yeux: Confiance Aveugle 2 (Through These Eyes)
Aveugle: Confiance Aveugle 3 (Blindside)
À Jamais (Blind Faith 3.5)
Cronin's Key Series

Au Coeur de Sutton Station (Red Dirt Heart)
Partir ou rester (Red Dirt Heart 2)
Faire Face (Red Dirt Heart 3)
Trouver sa Place (Red Dirt Heart 4)
Le Poids de Sentiments (The Weight of It All)
Un Noël à la sauce Henry (A Very Henry Christmas)
Une vie à Refaire (Switched)
Evolution (Evolved)
Galaxies et Océans (Galaxies and Oceans)
Qui Trouve, Garde (Finders Keepers)

Alemán

Flammende Erde (Red Dirt Heart)
Lodernde Erde (Red Dirt Heart 2)
Sengende Erde (Red Dirt Heart 3)
Ungezügelmte Erde (Red Dirt Heart 4)
Vier Pfoten und ein bisschen Zufall (Finders Keepers)
Ein Kleines bisschen Versuchung (The Weight of It All)
Ein Kleines Bisschen Fur Immer (A Very Henry Christmas)
Weil Leibe uns immer Bleibt (Switched)
Drei Herzen eine Leibe (Three's Company)
Über uns die Sterne, zwischen uns die Liebe (Galaxies and Oceans)
Unnahbares Herz (Blind Faith 1)
Sehendes Herz (Blind Faith 2)
Hoffnungsvolles Herz (Blind Faith 3)
Verträumtes Herz (Blind Faith 3.5)
Thomas Elkin: Verlangen in neuem Design

Tailandés

Sixty Five Hours (Traducción al Tailandés)
Finders Keepers (Traducción al Tailandés)

Español

Sesenta y Cinco Horas (Sixty Five Hours)
Código Rojo (Atrous Series 1)
Código Azul (Atrous Series 2)
Queridísimo Milton James (Dearest Milton James 1)
Queridísimo Malachi Keogh (Dearest Milton James 2)
El Peso de Todo (The Weight Of It All)
Tres Muérdagos en Raya (Hartbridge Christmas Series #1)
Lista de Deseos Navideños: (Hartbridge Christmas Series #2)

Chino

Blind Faith (Traducción al Chino)

OceanofPDF.com